

GERHARD FITTKAU

A MIS TREINTA Y TRES AÑOS

*NOVELA*

EDITORIAL PLANETA  
BARCELONA

**A MIS TREINTA Y TRES AÑOS**

36869

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

36869-10

*Inv. 2020/NRP*

Título original:  
**MEIN DREIUNDDREISSIGSTES JAHR**

*BNP  
PD-RV  
833.914  
F547a*

Traducción del alemán por  
**WALTER HÖSELBARTH**



© KOSEL VERLAG, MÜNCHEN, 1963

**9 IIII 1976**

Primera edición:  
**DICIEMBRE DE 1963**

**DEPÓSITO LEGAL: B. 27523 — 1963**  
**N.º REGISTRO 1337 - 63**

**PRINTED IN SPAIN**

**Talleres Gráficos «Duplex». - Fontova, 6. - Barcelona**



9 julio 1976.

56  
833.917  
F 247a

A mis feligreses de Süssenberg  
y a mis paisanos de Ermland.

Momento del Señor. Español  
\$6.75

Compra

Reg. No.

01 2186



381970



## PRÓLOGO

...y para reforzaros y consolaros en la Fe, para que nadie, en las tribulaciones actuales, se deje apartar de la Fe, sabed: para eso estamos nosotros.

1 Tes. 3, 2.

*Cumplidos mis treinta y dos, habia yo recorrido la saludable humildad de siete años de capellanía cuando fui nombrado párroco de Süssenberg, pequeño municipio de Erm-land, en la Prusia Oriental. Revestido de mi nueva dignidad, hice mi entrada en la iglesia, en lo alto de la colina de Süssenberg. Los plácidos, tardíos días estivales del otoño de 1944 quedaban ya ensombrecidos por las nubes de tormenta que se acumulaban en el este. Sin embargo, aún me fue concedida la gracia de disfrutar algunos meses de lo que a mi querida abuela le habia parecido la satisfacción completa de unas ambiciones clericales: una feligresía rural, amable y católica hasta la medula, una vieja iglesia muy bien restaurada, una rectoría confortable, un huerto de muchas posibilidades y una espaciosa cocina atendida a la perfección por mi hermana. Cuanto sucedió después, no excedió de las eventualidades con que nuestros preceptores espirituales nos habian familiarizado. Pero aquellas perspectivas nunca habian rebasado el marco de edificantes contemplaciones, y*

*ahora, de pronto, la ruda realidad nos empujó a caminar sobre las huellas ensangrentadas de nuestro Maestro Divino. Seguramente lo que yo y mis feligreses hemos vivido al final de la guerra, no es algo insólito; es el infortunio corriente de incontables personas que, atacadas por las fuerzas de las tinieblas, han sido impelidas a traspasar el valle de la muerte. Si, no obstante, me dispongo a escribir la historia de un año decisivo en mi sacerdocio, no lo hago para levantar acusación contra los que nos destrozaron, ni para mendigar compasión por mis desgraciados paisanos. La culpa pesa sobre unos y otros. Más bien quisiera dar fe de lo que Dios, nuestro Señor, nos ha concedido en este año de prueba, al llegar a la edad de Cristo.*



I

*¿Por qué Tu ira se ha inflamado  
contra los rebaños de Tu vergel?*

UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
LIBRARY

## SÜSSENBERG

Al acercarnos al último montículo, mandé hacer alto a la pomposa jardinera del arcipreste Poschmann. Desde la cima inmediata, cubierta de bosque, el campanario de Süssenberg me saludaba. Desde la vieja ciudad de Heilsberg, sede y cabeza del episcopado, el vehículo, en una hora, me había acercado a mi lugar de destino, a través de la campiña de Erm-land, bañada en el tibio sol de un verano tardío. Como nuevo párroco, contemplé con alborozo, no exento de incertidumbre, el campo de mis actividades futuras.

Mis sensaciones semejaban las de un novio de los buenos tiempos antañones, quien, al ver con ilusión y por vez primera a la muchacha que los padres le han destinado, tras esa decisión paterna, hija del cálculo, a la que los razonamientos del corredor de fincas no han sido ajenos, cree vislumbrar los designios de la más alta sabiduría.

Hacía algo más de veinte años que mi abuela de Reimerswald, en su lecho de muerte, me había quitado de la mano la gorra escolar del instituto de Rössel. Había cruzado sus callosas manos, surcadas de negras venas, y las había dejado en reposo sobre la colcha de vivos colores, tejida por ella misma. Con sus ojos intensamente azules, herencia, según se decía, de algún soldado merodeante de los tiempos del rey sueco, me había mirado fijamente, y luego, con entonación inolvidable, me había dicho:

—¡Ay, qué alegría tendré el día que, desde el cielo, te vea como rectorcito de Süssenberg!

El que con aquella «novia» que, por la decisión del obispo y las plegarias de la abuela moribunda, me había caído en suerte, a pesar de su nombre prometedor, no todo serían mieles, no me desanimaba. Las granjas dispersas que formaban el poblado, con raras excepciones, eran pequeñas, y, por la configuración accidentada del terreno y su suelo, arenoso o arcilloso, era de dificultoso sostenimiento. Si bien eran muchos los pequeños granjeros que procuraban mejorar sus ingresos, aunque ciertamente no su buen nombre, con trata de caballos, aquellas modestas posesiones muy a menudo cambiaban de propietario.

Y también de los párrocos del lugar se decía que no eran sedentarios, y que no mostraban propensión a ser enterrados en Süssenberg. Por lo dicho, no era muy reñida la competición cuando de proveer aquella rectoría se trataba. Mis compañeros de curso del seminario de Braunsberg no podían suponer que les indicaba como mi meta el pueblo de Süssenberg. Poco antes de estallar la guerra, había acompañado a nuestro obispo Maximiliano Kaller en sus viajes de visita y en aquella ocasión habíamos llegado hasta dicha rectoría. Durante el banquete, yo le conté que mi abuela había cerrado los ojos con la esperanza de que, algún día, yo llegaría a ser párroco de aquella aldea. Cinco años más tarde, quedó vacante la rectoría, y la buena memoria del obispo, y alguna circunstancia más, dieron por resultado que la elección recaería sobre mí. Y allí estaba, y bien podía darme prisa para llegar a tiempo a la fiesta titular de la parroquia, el 8 de septiembre, Natividad de la Virgen.

Mi entrada en Süssenberg no se verificó en forma de procesión triunfal, como quizás en su día habría soñado mi abuela. Cuando me presenté al decano, había llegado un solo vehículo para recibirme. Bolek, ruso prisionero de guerra, que trabajaba como mozo en una de las granjas más importantes del pueblo, era el cochero. Pero la Naturaleza, al menos —y eso me sirvió de consuelo—, se había adornado con sus mejores galas para festejar aquel día solemne. Y, allí, sobre la colina, permanecí contemplando la imagen de paz que mi «no-

via» con casto recato, me ofrecía a mi llegada. Tan sólo un lejano zumbido de cañones suscitó en mi mente la pregunta de si la duración de mi estancia en Süssenberg no iba a ser más breve que la de mis antecesores.

En la hondonada, desde donde el camino se empinaba hacia lo alto del montículo de la iglesia, se habían estacionado dos camiones de la *Wehrmacht*. Algo debía de suceder. Pero nosotros no hicimos alto, pues yo tenía prisa en acercarme a mi nueva iglesia. Al llegar a la cúspide de la iglesia salió una mujer entrada en años, para saludarme. Venía de llevar flores al altar, tal como le incumbía durante la primera semana del mes.

Reprimiendo su excitación, me contó que todos estaban reunidos abajo, en la taberna del pueblo. Había sido derribado un avión ruso. Me mostró el campo sobre el que se había estrellado.

—Sólo han podido coger vivo a uno de los tripulantes —dijo—. El otro ha perecido al chocar contra el suelo. El que ha podido saltar con el paracaídas, aterrizó cerca del secadero de ropa. El deshollinador que se hallaba sobre el tejado de la casa del sacristán, de un brinco saltó a tierra, y, con su larga escoba lo detuvo, antes de que pudiera levantarse. Tenía el brazo derecho lesionado. El deshollinador lo llevó a la taberna.

Según relato de la mujer, se trataba de un hombre rubio, bien alimentado y afeitado; llevaba un uniforme de oficial, en buen estado. La gente le había ofrecido de comer y de beber, pero él todo lo había rechazado. Como una ave de rapina apresada, los había mirado a todos, al acecho de la primera ocasión para escapar o matarse. Un prisionero de guerra ucraniano, que ya hacía tiempo que trabajaba en el pueblo, tuvo que hablar largo rato hasta convencer al prisionero de que aceptara un poco de pan y de cerveza.

Sin embargo, el hombre no había perdido su desconfianza: debía de suponer lo que le esperaba. Apenas hubo comido un poco, irrumpieron en la posada los gendarmes. Eran los que habían llegado con aquellos camiones que yo había visto

junto a mi camino. Despejaron la sala, imprecando a la gente:

—¿Es que estáis locos para tratar tan bien a un Iván?

Este suceso sirvió de pórtico a mi estancia en Süssenberg, y de prefacio de lo que iba a venir. Yo me volví y, solo, entré en la iglesia. Ante el altar me arrodillé, implorando la bendición de Dios para el trabajo que iba a iniciar.

Al llegar a la rectoría, apenas tuve tiempo para orientarme, y llegó la primera visita. Era el director de la escuela del pueblo, uno de los probos e íntegros maestros de Ermland, que resueltamente se habían negado a suprimir las clases de religión, según ordenaba el partido. En todo momento, y a pesar de verse acosado por el gobierno nacional-socialista, las lecciones de su clase se empezaban y se terminaban con una canción religiosa y una oración. Tenía ocho hijos, y venía a hablarme sobre el entierro de su hijo mayor, un muchacho de diecisiete años. De las aulas del Instituto, y después de una instrucción precipitada, de sólo unas cuantas semanas, había sido mandado al frente, y tres días después había caído. Con él eran diecisiete las víctimas de la guerra en nuestra pequeña aldea.

Fue, pues, mi primera diligencia ocuparme de los muertos. Durante los cinco meses que siguieron —ése fue el tiempo que atendí a mis feligreses antes de llegar los rusos— tuve tres inhumaciones más, pero ningún bautizo ni casamiento, ya que los hombres de los diecisiete a los sesenta años estaban movilizados. Los padres de nuestras familias principales, y muchos abuelos, cuando yo hice mi entrada estaban ocupados en cavar trincheras y trampas para los tanques en los bosques cercanos.

Pese a estas sombras tenebrosas que gravitaban sobre nuestro pueblo, el sábado siguiente fue celebrada con la solemnidad tradicional la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, patrocinio de nuestra parroquia. Puesto que la región de Ermland, en su totalidad, era católica, aquel episcopado en el corazón de la Prusia Oriental —en contraste con el territorio de la Orden Alemana, que lo circundaba— no había

aceptado la Reforma. Cada casa de campesino tenía sus cuadros y sus imágenes religiosas; cruces votivas y pequeñas capillas bordeaban caminos y carreteras, y por doquier apuntaban al cielo los rojos campanarios de las viejas iglesias de mampostería, de estilo gótico.

El día de la fiesta mayor, muy de mañana, empezó la romería de las tres parroquias vecinas a nuestra iglesia. Según vieja tradición, después de los maitines se formaba la procesión, junto a una capilla votiva a la salida del pueblo, el llamado «sacrificio», y ordenadamente, con cantos y rezos, se ponía en marcha y por los campos llegaba hasta nosotros. Por tres caminos distintos, que llevaban los nombres de sus patronos respectivos, San Lorenzo, Santa Margarita y San Roque, las tres procesiones, una tras otra, llegaban a lo alto del montículo de nuestra iglesia.

Aquel pueblo que religiosamente celebraba y cantaba, ofrecía una imagen pura de paz y de oración. Mas cuando los peregrinos, después de impartida la bendición, sacaron los bocadillos que se habían traído y empezaron a saludar a amigos y parientes, acaloradamente hablaron de que aquella misma mañana, habían aterrizado algunos paracaidistas rusos más en los bosques. Uno de ellos había sido desviado por el viento y había tomado tierra a unos pasos de la procesión. Los peregrinos, en su perplejidad, no habían logrado capturar al ruso, que había huido hacia los bosques.

Exactamente una semana después, los rusos iniciaron su gigantesca ofensiva de otoño, que empujó el frente hacia el interior de la Prusia Oriental. De parte alemana se dio el orden de evacuar ciertas regiones fronterizas. Durante todo el mes de octubre llegaron a nuestro pueblo riadas de fugitivos, con carros cargados de muebles, gallinas, enseres, colchones y demás objetos. Estos habitantes de regiones fronterizas no abrigaban la intención de quedarse en nuestra comarca; procuraban adentrarse más en Alemania, para evitarse ser alcanzados por una ola posterior de la ofensiva rusa.

Con tanto ajeteo, a nuestra parroquia le faltó tiempo.



para pensar en su propio porvenir. Demasiado ocupadas estaban las gentes con recolectar la cosecha, para asegurarse, a sí y a los recién llegados, el sustento durante el invierno que se avecinaba. No tuvimos trabajo excesivo en hallar acomodo para todos los refugiados. Pues los evacuados de Berlín, ante el nuevo peligro que se acercaba, prefirieron regresar a su capital, destruida por las bombas. A primeros de noviembre, llegó a Süssenbergl una sección veterinaria del ejército, con unos cuatrocientos caballos maltrechos. Como en mis dos dependencias no quedaban más que cuatro soberbias gallinas Plymouth-Rocks, los soldados alojaron a cuarenta y cinco de estos caballos enfermos en los establos de la rectoría. Los campesinos estaban contentos por cada caballo enfermo que quedaba alejado de sus establos y yo no miré con malos ojos aquel empleo de mis cobertizos. De este modo disponía de gran cantidad de excelente abono para mi huerto, emplazado en la vertiente, y recién cavado. Más que yo se alegraron las gallinas. Con fruición escarbaron en el establo, papo y cresta hinchados. Huelga decir que no vi ningún huevo hasta que la sección veterinaria volvió a ponerse en marcha. Me fue traído por un avisgado cabo primero, que antes había sido «traga-fuegos» en un circo de Berlín, y que, como muchos otros de sus camaradas de aquel extraño grupo, tenía un pasado un tanto borrascoso. Solemnemente me anunció:

—Señor cura, una de sus gallinas ha puesto un huevo.

—Pues sí que es una sorpresa —exclamé yo—. ¿Y cómo lo quiere: frito o pasado por agua?

Él, un poco cortado, repuso:

—Ni de un modo ni de otro, señor cura. Ya va siendo hora de que alguno también llegue a su sartén, para que usted conserve un buen recuerdo de nosotros.

En prueba de mi agradecimiento por su magnanimidad, le di un cigarro. Para mis adentros me juzgué dichoso que, al menos, las gallinas hubieran quedado con vida.

Los soldados alemanes del cuerpo veterinario, durante su alojamiento en nuestro pueblo, eran abastecidos de forma



harto exigua, pero más mezquino era aún el aprovisionamiento de sus auxiliares italianos. Estos eran «Badoglios», o sea hombres reclutados de los campos de prisioneros del ejército italiano que había capitulado. Esperando ciertas ventajas, cierto alivio de su situación, se habían ofrecido para servicios auxiliares en el ejército alemán. Iban embutidos en ligeros uniformes de verano, desgastados, esperando en vano la llegada del equipo de invierno y de zapatos. La perspectiva de un permiso, después de dos o tres años, para volver a ver a sus familias, más y más se iba desvaneciendo. Casi todos ellos muy jóvenes, los italianos procuraban hacerse útiles en los alrededores de la rectoría, después de haber comprobado que yo, de mis años de estudios en Roma, había conservado unos exiguos conocimientos de su idioma y un afecto sincero por su pueblo.

Llegó Navidad, y mis feligreses de Süssenberg celebraron la fiesta, en el seno de la familia y de la Iglesia, todo lo bien que la gravedad de la situación permitía. En mi interior sentí escalofríos sólo al pensar cómo soportarían las duras pruebas que esperaban. En mi sermón, durante la misa del gallo, les dije que la fiesta de la Natividad del Niño Jesús no era una fiesta de sentimientos amables, sino la fiesta de la Fe y de lo que ella en la práctica debía significarnos. Así como ellos, en el banco de comulgar, se arrodillaban al lado de soldados italianos y obreros polacos, debían compartir también con ellos la mesa de Navidad. Invité a los fugitivos protestantes y a los soldados que se hallaban entre nosotros y no podían ir a la Comunión, que se sintieran identificados con sus hermanos católicos en la comunidad de la caridad cristiana.

La noche de Navidad, nuestros niños representaron el Nacimiento de Jesús. La parroquia toda se sintió emocionada. Años más tarde, aun cuando como pueblo sin patria se habían dispersado por el mundo, hablaban de esta representación, y se acordaban de cómo la Sagrada Familia buscaba alojamiento.

Algunos días antes de Navidad, y después del tercer vaso

de un fuerte ponche, había yo conseguido del campechano comandante brandeburgués de la sección veterinaria que me mandara a todos los italianos de los lugares cercanos a la iglesia, el día de San Esteban por la tarde. De lejos ya se oyeron sus claras risas al subir a lo alto del monte de la iglesia, para asistir a la función religiosa. Nunca, durante mi estancia en la rectoría, había visto reunida una asamblea tan alegre. Pese a su vivacidad, dentro de la iglesia mostraron gran recogimiento. Desde que la terrible guerra los había secuestrado al este, esa vez fue la primera que se sintieron un poco como en su casa, tanto más al ser saludados, con gran sorpresa suya, en su propio idioma. Y el mismo Cristo a quien sus madres y sus sacerdotes les habían enseñado a amar, los esperaba a que se sentaran a Su mesa.

En mi plática les recordé las oraciones de sus mujeres, hijos, parientes, y que en aquella hora, debían hacer la paz con Dios, y dominar, al menos en el alma, el mal, origen de todos los trastornos y de todas las injusticias de la tierra, y, por lo tanto, también de la guerra odiada. Después de un común examen de conciencia, todos ellos, sesenta y cinco, se confesaron.

Mi hermana Irmgard, que atendía mi casa, y Úrsula, la organista suplente, en el coro, junto al órgano, tiritaban de frío. No habían contado con que todos aquellos hombres acudirían al confesonario. Pero cuando, tras una larga hora de espera, el viejo órgano se puso a sonar bajo las toscas manazas de Úrsula, sus corazones volvieron a reconfortarse. Úrsula tocaba el instrumento, contraído por el frío, con más devoción y fervor religioso que afinación. En casa hacía las veces de mozo de establo y su trabajo era muy duro, pues su hermano había fallecido a causa de un accidente y el padre había perdido un brazo en la primera Guerra Mundial. Su hermana Clara, la verdadera organista, había sido reclutada por la Cruz Roja. No le quedaba mucho tiempo a Úrsula para dedicarse al órgano; no era de extrañar, pues, que no fuera una artista consumada.

Cosa que a nadie molestó. La grey de soldados italianos

cantaba de todo corazón y cada uno siguiendo su propia melodía, y yo encontré motivos para agradecer a Dios que no me hubiera concedido un oído excesivamente musical. Tuve que pensar en los pastores de Belén; si ellos hubieran cantado, lo habrían hecho de forma parecida. Cada uno alababa a Dios todo lo bien que podía, y cuando para el *dóminus vobiscum* me volví, pude observar cómo brillaban sus caras. Un solo soldado parecía no estar satisfecho. Esperó el momento de silencio poco antes de la elevación de la hostia, saltó sobre un banco y, segundo Caruso, entonó el *Ave María* de Gounod.

Después de la misa, era tan grande y tan contagiosa la alegría de los visitantes, que hasta el personal de guardia se olvidó del mal humor por la larga espera. El domingo antes de Navidad había pedido yo a nuestras mujeres que obsequiaran a los italianos con pasteles y bizcochos. Uno de los labriegos más pobres del pueblo trajo un enorme pastel silesiano, del tamaño de una pequeña mesa. Lo repartí entre los hombres y traté de localizar al cantor. *Caruso* fue empujado por los demás hacia delante. Al informarme de dónde había aprendido a cantar tan bien, me dijo que había asistido a una escuela de organistas. Cuando le pregunté en qué casa estaba alojado, noté su confusión. Discretamente me llevó aparte y me descubrió que su hospedero no le había dado ni una triste taza de café. Al describirme la casa, supe que se trataba del propietario más rico del pueblo.

Aquella falta de hospitalidad no me asombró. En la misma casa, una muchacha polaca, algunos meses antes, había dado a luz una criatura; pero el propietario, a ella y al niño, les señaló una buhardilla sin calefacción. En noviembre había pedido a su amo que le diera un poco de lana, para tejer alguna prenda de punto para el pequeño. Él no hizo más que mandarla al alcalde para que le entregaran un bono de suministro. Pero el alcalde se negó, alegando que ya no tenía ni para abastecer a los evacuados. Le aconsejó que se dirigiera a su patrono, pues éste tenía diez ovejas con lana, y vivían solos él y su mujer. La muchacha polaca se quedó sin bono

y sin lana. Al día siguiente se encontró a la criatura muerta en el huerto. La muchacha había desaparecido de la buhardilla.

Entre Año Nuevo y Reyes, vino a verme mi madre. En nuestro desván aún había dos grandes habitaciones vacías. Al verlas, me dijo mi madre:

—Ciertamente, no es más que una vana ilusión; pero ;qué hermoso sería si yo, dentro de algunos años, pudiera retirarme a vivir en estas dos habitaciones, y contemplar el huerto de la ladera, tan cercano a la iglesia! Toda mi vida he tenido que andar cuatro o cinco kilómetros a pie hasta llegar a la iglesia más cercana.

Pero, apenas lo hubo dicho, se puso muy triste, ya que no creía que ella vería la guerra terminada.

En aquel preciso instante entró Renata, una niña de la Casa de Caridad que se había traído mi hermana al hacerse cargo de mi casa. Con orgullo nos mostró una pequeña mochila que el Niño Jesús le había traído por Navidad. Estaba repleta de ropa, medias, víveres: todo cuanto tenía que llevar consigo en el caso de que los rusos avanzaran. Mi hermana había confeccionado las mochilas con trozos de viejas cortinas, y todas estaban preparadas por si tuviéramos que ponernos en marcha inopinadamente. Aunque mi madre dijo que ella no podía pensar en huir, pues mi padre, a pesar de sus sesenta años, estaba a punto de ser llamado a las filas del *Volkssturm* (batallones de ancianos y niños para hacer frente al invasor), y dentro de diez semanas mi hermana Brígida esperaba su primer hijo.

De sobra sabía nuestra madre lo que significa huir ante un ejército enemigo. En 1914, diez días después del nacimiento de su tercer hijo y dos semanas después de haber recibido el padre la orden de movilización, ella tuvo que emprender la huida ante los rusos que se iban acercando. Yo mismo, el hijo mayor, tenía entonces dos años y medio. Durante cuatro días y cinco noches, junto con once familias más y una cabra, estuvimos hacinados en un vagón de mercancías. Al término de aquel angustioso viaje, mi madre había

encanecido. Aquella huida había debilitado al recién nacido, mi hermano menor Hugo, de tal manera, que más tarde necesitó muchos años de cuidados especiales. Mas, si bien la madre lo salvó de todas las miserias de la primera Guerra Mundial, pasó por el trance de perderlo al empezar esta segunda guerra, justamente al terminar sus estudios. Sucumbió durante la invasión de Francia.

## LA HORA ONCE

Mientras tanto, la situación de nuestro pueblo se fue comprometiendo de día en día. Todos los domingos, y a veces también entre semana, los hombres capaces de trabajar que no habían sido llamados a filas, tenían que cavar trincheras y trampas antitanques. En vista del peligro creciente, empecé muy pronto con los preparativos para la Primera Comunión de los niños. Para dar con todos los niños aptos para la Primera Comunión, hice el «circuito de las calendas» ya caído en desuso en aquella parroquia. Acompañado de tres ayudantes y revestido, por campos y praderas fui de granja en granja, para bendecir casas, establos y graneros. Las familias nos esperaban, reunidas en la mejor habitación de la casa, donde decíamos una oración. Luego cantábamos juntos el Magnificat, y yo me ponía a la cabeza de aquella procesión que, cantando avanzaba por la casa, y bendecía aposento por aposento, mientras que el cabeza de familia, con tiza bendecida, escribía en el marco de la puerta las iniciales de los tres Reyes Magos, seguidos de una cruz y de la fecha. Tuve ocasión asimismo de conocer a todos los evacuados protestantes, cosa que a sus hospederos católicos no siempre les fue agradable, no tanto por lo que se refería a los sentimientos religiosos de sus huéspedes evangélicos, como por la vergüenza que sentían por su miserable forma de alojamiento.

—Aquí viven los evangélicos, señor cura —me decía alguna vez tratando de cerrarme el paso.

—Un poco de agua bendita no les iría mal —solía responder yo, y también aquellas puertas se franquearon.

El 21 de enero, el Evangelio contenía la pregunta que Cristo hizo a sus discípulos durante la tormenta del lago. «¿Por qué estáis acobardados y vuestra fe zozobra?» (Mt. 8, 26.) El objeto de mi sermón consistía en llevar a la mente de mis feligreses lo que Jesucristo, durante toda su vida, y en las horas de su pasión y muerte, había predicado a los hombres. El hombre tiende a olvidarse de estas enseñanzas y de arrojarse en la Iglesia como en un sitio confortable e inocuo. Su fe no es auténtica ni está arraigada si no está dispuesto a demostrarla emulando los sufrimientos de Cristo.

Mientras así estaba predicando, observé cómo la puerta de la iglesia fue abierta con cuidado, y un grupo de hombres del *Volkssturm* entró. Hacía una semana escasa que habían sido mandados al frente nordeste, como refuerzo de las tropas regulares. En el acto comprendí que eran precursores de graves acontecimientos.

Después del oficio, la población rodeó a los recién llegados, y por ellos supo que el frente norte de la Prusia Oriental había sido perforado, y que el ejército alemán se hallaba en retirada desordenada. Los rusos avanzaban rápidamente hacia el centro de la Prusia Oriental. Aquellos hombres, ya entrados en años, desvalidos, habían corrido para salvar su vida, pues sus fusiles italianos, con sólo cinco disparos, no eran los más adecuados para hacer frente a la avalancha de tanques rusos.

Las noticias llegadas del sur de la provincia no eran menos alarmantes. También allí los rusos habían arrollado las líneas alemanas y ya se hallaban en marcha sobre Allenstein, Elbing y Dantzig, al mismo tiempo que la propaganda del partido, sin escrúpulos, hacía saber que no existía peligro inminente para la población de Prusia Oriental. Mi hermana, durante la noche, acabó de preparar las mochilas por si al día siguiente teníamos que emprender la huida.

Para procurarme una imagen clara de la situación, me puse en camino en dirección a Heilsberg. En las afueras de la ciudad, hombres del *Volkssturm* iban precipitadamente ta-

lando árboles y erigiendo barreras. Sobre la carretera de Guttstädt, largas hileras de camiones del ejército, atiborrados de fugitivos de Allenstein y de los Masures, iban avanzando penosamente, resbalando sobre la nieve. La esperanza de poder escapar del cerco y de llegar por Elbing a la parte occidental de Reich, quedó desvanecida al ser dirigidos los vehículos hacia el este, en dirección a Königsberg.

Las calles de Heilsberg ofrecían un aspecto de desbarajuste total. Solamente paso a paso pude atravesar la ciudad, repleta de gente. El paso a la estación ferroviaria había sido interceptado. Sobre las vías de la estación de mercancías, esperaban largas hileras de vagones abiertos, como suelen usarse para el transporte de arena o ladrillos, con vallas que no pasaban del medio metro. Mujeres, niños y ancianos habían pasado la noche en aquellos vagones; la nieve que iba cayendo los había cubierto, el frío penetraba a través de sus mantas y zamarras; pero firmemente aguantaban, en la esperanza de que el tren partiría al día siguiente, poniéndolos a salvo de los rusos, que se iban acercando.

Convencido de que todo otro medio de transporte sería inservible, me dispuse a buscar un trineo. Un comerciante amigo me cedió el último que le quedaba disponible. El trineo era tan pequeño, que mi hermana podía tirar bien de él con la mano, cuando ella con Renata se pusieran en camino, a pie, hasta la casa de mis padres. Era un camino de más de cuarenta kilómetros.

En la tienda del mismo comerciante encontré al último diputado del Reichstag por el distrito de Ermland, Hubert Teschner-Kleditten. Después del 20 de julio, por imposición de la Gestapo había sido expulsado del ejército. Se le acusaba de sabotear el reclutamiento forzoso de mano de obra entre la población rusa, lituana y estoniana de detrás del frente del nordeste. Él, en efecto, se había esforzado en respetar la unidad de las familias y de los poblados y en animarlos a reconstruir la economía de su patria. Acababa de salir de la prisión de Heilsberg. A su lado estaba su mujer, que compraba sucedáneos de pimienta para la elaboración de sal-



chichas para su numerosa familia: tenían diez hijos; además, vivían bajo su mismo techo tres familias más de refugiados, que también tenían que ser alimentadas. Cuando le pregunté qué pensaba hacer, me dijo:

—¿Por qué temer si tenemos la conciencia tranquila?

Tirando del trineo recién adquirido, entré a decir adiós a nuestro arcipreste. Era un hombre alto y corpulento, en lo mejor de sus años, sobre cuyos amplios hombros y ancho cuello se sentaba una cabeza desproporcionadamente pequeña. Esta desproporción entre cabeza y cuerpo aún era acentuada por el sombrerito hongo con el que creía imprescindible subrayar su dignidad. Durante la primera Guerra Mundial, el joven y ambicioso estudiante había llegado a sargento, cosa que seguía enorgulleciéndole. Su vocación como pastor de almas era grande; su cargo lo ejercía con notable pulcritud.

Al ir a verle para enterarme de lo que pensaba hacer en aquellos momentos de angustia, de antemano, y con bastante precisión, podía adivinar sus reacciones. Se mostró cargado de valor, pronunciando un gran discurso sobre los capitanes que no abandonan su barco hasta que estén salvados todos los demás. Si bien con estas palabras procuraba animarse a sí mismo, indudablemente las decía en serio, y muy pronto tendría ocasión de poner a prueba su entereza.

Antes de regresar al pueblo, hice una visita al convento de las hermanas de Santa Catalina, y rogué me entregaran una buena provisión de hostias. La hermana portera se dijo que aquélla sería, sin duda, la última oportunidad, y me hizo un paquete con tres mil formas. Por la superiora me enteré de que el convento se hallaba ya atestado de ancianos y fugitivos. Un religioso de Steyl, alojado en el locutorio, relató los horrores de la huida de Allenstein. Había visto un tanque alemán, que, sin contemplaciones, se había abierto camino por entre tres hileras apretadas de trineos y carros. Los rusos, desde sus aviones en vuelo bajo, disparaban sobre las columnas de fugitivos.

A medio camino de Süssenberg me encontré con el trineo

de nuestro preboste Poschmann. Cuando estuve más cerca, reconocí a mi hermana y a Renata, sentadas en el asiento trasero. Los azules ojos de Irmgard estaban desorbitados de pánico. Sujeté el pequeño trineo de mano que había comprado para ellas, a la parte posterior del trineo de caballos del señor Poschmann. El tiempo apremiaba, y, como despedida, no pude hacer más que la señal de la cruz sobre sus frentes.

El resto del día estuve demasiado ocupado para pensar en que la carretera de Wormditt, por la que Renata e Irmgard querían llegar a la casa paterna, ya había sido bloqueada por los rusos. Por la noche, después de mis dilatadas visitas a los enfermos, me encontré tan extenuado, que no acabé de comer las patatas que yo mismo me había preparado, y, rendido, caí en un sueño de plomo.

Poco después de medianoche, fui despertado por grandes gritos frente a mi ventana. Medio en sueños, temí primero que alguna persona fuera maltratada. Finalmente advertí que se trataba de una voz de mujer, y también entendí las palabras: «¡Listos los fardos! ¡Listos las fardos!» Al no poder abrir la ventana, de un puñetazo rompí un cristal. El viento helado sopló por mi pijama y acabó de despertarme.

Reconocí a Berta Fuhge, una hermana de nuestro alcalde. Aquel buen anciano tenía mujer y tres hermanas en su casa, pero Berta era la que llevaba el mando. Después de habernos serenado un poco los dos, me enteré de que el alcalde había recibido instrucciones para evacuar el pueblo aquella misma noche, y de ponerse en marcha en dirección a Raunau.

En mi maleta coloqué la Biblia, el breviario, el misal y los manuscritos de mis estudios de Crisóstomo, redactados en Breslau. El cáliz de primicias lo envolví en un poco de ropa, y también dispuse los víveres que mi hermana, mucho tiempo antes, había preparado para este caso. Añadí una docena de libros. Tuve que sentarme sobre la tapa de la maleta para poderla cerrar. Pero la cerradura cedió, y, hasta que até la maleta con una correa, no quedó cerrada. Lo que de prendas de vestir no había cabido, me lo puse, hasta que ya casi no pude moverme. La maleta, con algún trabajo, la colo-

qué en el portaequipajes, un tanto desvencijado, de mi bicicleta.

Luego, rápidamente, me trasladé a la iglesia. Eran las tres de la madrugada. Berta Poschmann, la hermana del preboste, estaba arrodillada en la oscura nave, junto al comulgatorio. Yo no presentaba un aspecto muy confortador al ofrecer a Berta la sagrada comunión. Pero ella, a pesar de su escrupulosa meticulosidad, no se dejó estorbar en su recogimiento por mi indumentaria, muy poco litúrgica, con mis dos abrigos y, sobre ellos, la pelliza.

Las restantes formas consagradas —serían unas veinte— las coloqué en la píxide y las guardé en mi bolsillo interior. Como medida de previsión, dejé en el tabernáculo mi copón más sencillo, vacío, cediéndolo a la avidez de los saqueadores.

Y llegó la hora de dirigirse al lugar de concentración, frente a la taberna del pueblo. El camino de Santa Margarita, que desde el montículo de la iglesia conducía en pendiente a la calle principal del pueblo, estaba cubierto de polvillo de nieve recién caída. Bajo aquella capa de polvo, la superficie del camino estaba helada. A fuerza de trabajos, y con grandes precauciones, conseguí mantenerme en equilibrio. La gran maleta en la parte posterior, la máquina de escribir atada a un lado del manillar y un paquete de libros al otro habían convertido mi bicicleta en un trasto apenas manejable.

Bañado en sudor, a causa de las muchas prendas que llevaba, con el resto de mis fuerzas llegué al pie de la colina. Cuando, con un suspiro de alivio, quise atravesar la calle, reventó la correa que sujetaba mi maleta. Ésta cayó al suelo, y yo, tras ella, en la cuneta. Y aquí terminó mi intento de huir de los rusos. Temblando de pánico, lo mismo que mis feligreses, yacía sobre la nieve, rodeado del resto de mis pompas de sacerdote. Avergonzado, me acordé de aquel bello sermón que le hice a nuestra maestra de escuela, que, fuera de sí, había descendido del trineo que le hubiera asegurado la huida, para ir a recoger sus bordados y sus labores de mano:

—No llevaréis nada en vuestro camino, ni fardo ni bastón, ni pan ni dinero. (Luc. 9, 3.)

En cuanto me hube repuesto de aquel fracaso, lo dejé todo en la cuneta y me reuní con mi gente, que se había concentrado frente a la taberna. Rodeaban a algunos evacuados y familias de refugiados, que en su desesperación llegaron a exclamar: «Ojalá el *Führer* mandara unos cuantos aviones que aquí mismo nos mataran a todos. Siempre sería mejor que ser entregados a merced de los bolcheviques.

Berta Poschmann apaciguó a las mujeres forasteras, presas de pánico indescriptible:

—Ninguna de nuestras familias abandonará el pueblo sin llevarse también algunos evacuados. En pocos minutos tendremos tres carros disponibles y en ellos podréis cargar lo más imprescindible de vuestro equipaje. Yo me cuidaré de que no nos falte comida para una huida de un par de semanas. Si no conseguimos caballos para estos carros, aquí esperearemos hasta que tengamos caballos. Y, si no podemos partir juntos, nadie saldrá.

Las demás mujeres asintieron, y también estuvieron de acuerdo en no abandonar el pueblo sin sus hombres. Éstos habían prometido que regresarían de los bosques si se llegaba a poner en claro que aún quedaba una carretera abierta por la cual poder huir. De vez en cuando, uno de ellos venía al pueblo, en busca de comestibles, herramientas, ropa y medicamentos. Pero, desde que como jefe tenían un sargento nuevo, fanático miembro de las Juventudes hitlerianas, con un brazo amputado, ya no estaban tan seguros de si podrían realizar sus planes a su debido tiempo.

Nuestra decisión de no precipitar la marcha se vio reforzada por dos trineos que volvieron por el mismo camino que horas antes habían emprendido para huir. La carretera principal estaba bloqueada, las cunetas llenas de caballos muertos y de vehículos volcados.

—Nos volvemos a casa —nos gritaron—; más vale morir en casa que de frío en la nieve.

Yo propuse que, de momento, todo el mundo regresara

a sus casas y que pasada media hora, con todos los familiares se reuniera en la iglesia. Mientras tanto, pude quitarme mis diversos abrigos y cambiarme mi ropa interior, sudada, y mandar a Franz, mi sacristán y ministrante, para que en la cuneta recogiera mis esparcidos bienes.

Cuando a las seis me acerqué al altar, nuestra iglesia estaba llena a rebosar. También habían acudido muchos evacuados evangélicos. Era el día de San Policarpo, mártir: el 26 de enero de 1945. Cuando llegué al Evangelio, la voz casi me falló: ¡Qué texto para el día! «No temáis a los que matan el cuerpo mas no son capaces de matar el alma. Temed más bien a los que son capaces de entregar cuerpo y alma a las perdiciones del infierno. ¿No pueden comprarse dos gorriones por algunos céntimos? Y, sin embargo, ninguno de ellos cae al suelo sin la voluntad de vuestro Padre. Sabed que los cabellos de vuestra cabeza están contados. Nada temáis. Vosotros bien valéis más que muchos gorriones.» (Mat. 10, 28-31.)

Cuando vi en la iglesia a los niños, con sus madres, claramente me percaté de que no había que perder más tiempo con los preparativos para la Primera Comunión. Nadie sabía si, después de la tormenta, quedaría algún sacerdote con vida. Comunicqué a mis feligreses que la fiesta de la primera comunión se celebraría el domingo 28 de enero, o sea dos días después. Supliqué a los padres que me ayudaran en mi labor de preparar a los niños. Seguidamente, después de la misa, unos treinta niños asistieron a la iglesia. Lo que les faltaba de nociones, procuraban suplirlo con su entusiasmo y su devoción.

Pero en las casas nadie podía dedicarse seriamente a los niños. En todas las granjas se trabajaba de día y de noche, para cuidar de todos los que entraban y salían. En cuanto corrió la voz de que los gerifaltes del partido se habían escabullido para salvar el pellejo, se inició una matanza de cerdos en masa, y por doquier se extendió el olor a salchichas y asados, a caldo de embutidos, a fiambre y salazón. Durante algunos días, hubo comida abundante y buena, incluso para

todos los que en número creciente afluían al pueblo, sin poder avanzar ni retroceder.

Aquel mismo día, al anochecer, me dispuse a visitar al más anciano del lugar, el abuelo Schenk. Cuando, con el Santísimo Sacramento guardado, iba zaqueando por la nieve, me encontré con la muchacha rusa Tatiana y su amiga polaca Marusia. Tatiana tendría unos catorce años y sólo hacía unas cuantas semanas que había venido a parar a nuestro pueblo, juntamente con su madre, su abuelo y algunas hermanas. Como las casas de campesinos ya estaban todas ocupadas con evacuados, la familia rusa fue alojada en la Casa de Caridad. Cuando vi tiritar a la niña bajo sus harapos, una ola de calor me subió a la cara por no haber encontrado aún tiempo, debido a la excitación general, de ir a ver a aquella familia, la más pobre de todas. Tatiana me contó que hacía dos años que sus familiares habían sido secuestrados por las S.S. y enviados desde su casa, cerca de Leningrado, a un gran campamento en los Masures. Allí, a pesar de su endeble constitución, ella había tenido que someterse a las duras faenas del campo. El abuelo consiguió un empleo fijo como peón. Pero hacía algunas semanas habían tenido que volver a ponerse en camino. Y esta vez para huir de los bolcheviques.

En un alemán casi correcto, con la vivacidad y la serenidad de una criatura precoz, Tatiana refirió que aquellos dos últimos años, a pesar de la miseria, habían sido llevaderos, porque, con la ayuda de Dios, la familia había podido permanecer unida. Pero, con pena, algo había echado de menos: que nunca había podido asistir a la santa misa. Todos ellos eran fervientes cristianos ortodoxos.

Cuando le dije que, con el Santísimo Sacramento, estaba en camino de visitar al abuelito Schenk, Tatiana, dirigiéndose a Marusia, propuso:

—Acompañemos al cura, que rezaremos por el viejecito.

Durante el camino, Marusia, animada por su amiga, también se confesó. En casa del abuelo Schenk pude dar a ella el Pan Sagrado. Sin embargo, me pareció que era Tatiana la

que tenía la fe más firme y anhelos más fervientes por el Santísimo Sacramento.

Juntos regresamos al pueblo e invité a las niñas a que pasaran a recoger la ropa que mi hermana había dejado. Con gran ahínco Tatiana me enseñó algunas palabras y pequeñas frases en ruso, que muy pronto habrían de ser de gran provecho para mí.

La noche era estrellada y silenciosa, noche de plenilunio, sin brisa que se moviera. Lo apacible del tiempo me invitó a visitar a mi confesor, el sacerdote Teschner. Mi examen de conciencia sólo fue interrumpido una vez, al pasar un joven con una motocicleta, que paró para preguntar por el camino. Yo quise enterarme de si él creía que nuestra Wehrmacht conseguiría de nuevo frenar el avance ruso.

—¡Desde luego! —me aseguró—. Somos de la división Grossdeutschland (Gran Alemania). Nunca hemos sido batidos. Cuando el Iván se pone insolente, nos cuidamos de darle su merecido.

La calle del pueblo de Wernegitten estaba rebosante de soldados alemanes, que parecían muy animados. Acababan de llegar tropas de refuerzo. Al entrar en la rectoría de mi viejo colega, quien siempre me recibía con efusión especial, quizá porque su ama de llaves, muy tacaña, entonces se avenía a hacernos café de verdad, no lo encontré en su despacho. En su lugar, un grupo de oficiales se inclinaban sobre sus mapas. Discutían vivamente las medidas tácticas para los próximos días. Tan lóbrega era la luz y tan espeso el humo del tabaco, que nadie se fijó en mí al atravesar, en busca del dueño de la casa, a quien encontré durmiendo en una habitación posterior. Ni sentía temor ante los rusos ni lo molestaba aquel alojamiento.

—Nadie va a hacer nada a un pobre infeliz como yo —dijo—. Hace treinta y cinco años que estoy aquí. Quizás haya llegado mi hora de morir. Yo no quiero abandonar mi rectoría. Y, con las varices que tengo, no podría huir aunque quisiera.

Me aseguró que también los demás sacerdotes de los pueblos circundantes habían resuelto quedarse.

Mientras gran número de feligreses se quedaran en el pueblo, para nosotros, los sacerdotes, la decisión no era difícil; más difícil era aconsejarlos bien. En esos días, cada uno tenía que decidir por sí mismo entre la vida y la muerte, entre el dilema de marchar o quedarse. Para personas jóvenes y sin familia, era relativamente sencillo encontrar la solución que más probabilidades brindaba para sobrevivir. Se unían a las tropas que se retiraban. Pero casi cada casa estaba llena de forasteros, de ancianos, de enfermos, de criaturas, y no se les podía dejar abandonados. Los más decididos y los más abnegados entre los nuestros tenían que preocuparse de los demás.

El cura acababa de darme la bendición cuando un oficial irrumpió en la alcoba preguntando:

—¿Dónde está Süssenberg?

Me presenté como sacerdote del lugar y me ofrecí para mostrarle el camino.

Los soldados estaban orgullosos de sus tres *Hummel*, gigantescas piezas de artillería motorizadas que esa misma noche iban a ser emplazadas en nuestro pueblo. Me enteré de que teníamos que alojar a cincuenta artilleros que estaban al servicio de aquella batería. El teniente me condujo al coche de su jefe, me presentó y me ofreció un asiento al lado del conductor. Al lado del capitán había una joven mujer, cuyas funciones en la batería de momento no pude poner en claro.

Dirigí el vehículo a casa de nuestro alcalde Fuhge. Con ayuda de su hermana Berta pronto logramos encontrar buen alojamiento para los soldados, en la escuela. Yo, por mi parte, tuve el honor de albergar en mi rectoría a los oficiales y a la «dama fugitiva». Muy pronto tendría que arrepentirme. Después de una colación que yo mismo preparé tan bien como pude, la «señora» optó por fumar y coquetear con los oficiales, en lugar de cuidarse de fregar los platos. No estaba yo dispuesto a dejarlos beber y fumar y pasar alegremente la



noche hasta la madrugada. Como, además, estaba rendido de cansancio, propuse que nos fuéramos a dormir. A la mujer le señalé una alcoba apartada, al otro extremo del pasillo, mostré sus habitaciones a los oficiales, y yo mismo me instalé entre ambas partes. Mis invitados pusieron de momento caras largas, pero luego se avinieron a mi distribución de aposentos.

A la mañana siguiente, los señores oficiales mandaron matar cuatro cerdos bien cebados, de las granjas vecinas, y, para ellos solos, pidieron diez albóndigas grandes de carne cada uno, como desayuno. Tenían los dos un cocinero exclusivamente para ellos, un mozarrón de Westfalia, bien alimentado. Cuando, después de haber dicho misa, volví a la rectoría, el brigada de la batería, un viejo veterano silesiano, con las botas puestas se desperezaba sobre el sofá de mi hermana.

—¡Valiente porquería! —iba gruñendo para sí mismo—. Los caballeretes son demasiado comodones para mantener en movimiento a los muchachos como en los buenos tiempos, y ahora se asombran de que los gallinas tomen las de Villadiego. Si ya todo es inútil... más valdría que voláramos aquel maldito refugio de Berchtesgaden, para que esto terminara de una vez.

Después de tan edificantes comentarios, apareció el capitán, un joven elegante, de unos veintitrés años. Aseado y fresco como un joven dios pagano, acababa de tomar su baño caliente y se disponía a devorar las albóndigas. Como estaban muy grasientas, decapitó una botella de aguardiente, y con su ayuda, en un santiamén se tragó su ración.

Entre ellos, pizpireta y radiante, se movía la «dama fugitiva» de la noche anterior. Después del desayuno me comunicó que había decidido quedarse una temporadita en aquel delicioso pueblecito, para esquiar. Aquella idea estrafalaria pasaba de la raya. Al ver yo que ella no pensaba en marcharse, llamé aparte al capitán y sin rodeos le dije mi opinión:

—Esta mujer es una espía, o una ramera del regimiento,

o las dos cosas a la vez. Sea lo que sea, su sitio no es éste. Si usted no procura que dentro de una hora ella desaparezca, tanto usted como ella se servirán desalojar la casa, o, con ayuda del alcalde, la echaré.

Al oficial aquel asunto le fue desagradable; me prometió que procuraría encontrar un trineo para la mujer y la haría regresar a Heilsberg.

De día en día se iba acercando la gran prueba. La liturgia del domingo de Septuagésima hablaba de la misericordia de Dios con los que no acudían a Él hasta las once, una invitación apremiante para los que aún no habían encontrado el camino de los Sacramentos. Les aseguré que el Señor los acogería con el mismo amor con que lo hiciera con los de primera hora. Y a los restantes los amonesté a que no se erigieran en jueces de sus vecinos morosos.

Aquella misma mañana, los niños de la parroquia celebraron su Primera Comunión. Yo encarecidamente les rogué que oraran por todos nosotros, para que todos mereciéramos la merced de Dios, como ellos sin duda la merecerían. Y toda la parroquia oyó cómo los niños oraban por ellos «para que nosotros, que en justicia somos castigados por nuestros pecados, gracias a Tu merced nos veamos librados del mal, para mayor gloria de Tu Nombre».

Era de temer que aquél fuera el último oficio divino de nuestra parroquia. Nuevamente procuré darle a cada uno el «duro pan» de la palabra de Dios, para aquel camino largo y tenebroso que pronto tendría que emprender.

Si mirábamos sobre el mar de pecados sin expiar en el que poderes satánicos trataban de ahogar a nuestro pueblo, no encontrábamos más camino que el de emular en el sufrimiento y unirnos a Cristo Crucificado, por los pecados de aquellos que en tiempos venideros nos causarían daño a nosotros y a tantos más, pero también por los pecados de los responsables de aquello que se cernía sobre nosotros.

Después del oficio de la Primera Comunión a un niño sordomudo. Mi hermana lo había preparado con especial cariño. Con voz potente, si bien apenas inteligible, iba gritando:

«Oh, Dios, no soy digno...» Y después de comulgar, con grandes esfuerzos balbuceó:

—Jesús, contigo vivo; Jesús, contigo moriré; Jesús, Tuyo soy, en la vida y en la muerte.

Nos pareció como si aquel niño hubiera recibido al Señor con más unción aún que los demás muchachos.

El lunes por la mañana, un verdadero aluvión de fugitivos llegó hasta nosotros, procedente del sudeste. Durante la noche anterior, las tropas alemanas habían hecho retroceder a las avanzadas rusas hasta unos veinte kilómetros, rescatando así una serie de pueblos alemanes de la ocupación rusa. Los supervivientes, tal como iban y estaban, sin entretenerse en llevar algo consigo, huyeron. Lo que ellos contaban, llenó de pánico a los más sosegados. Los soldados que mantenían las posiciones en nuestra aldea, trataron de tranquilizarnos. Precisamente por la mañana, así nos contaron, habían recibido noventa litros de gasolina, con los que podrían emplazar las tres pesadas piezas de artillería *Hummel* y frenar el avance de los rusos. El contraataque de Seeburg y su éxito evidentemente habían levantado su moral. Pero el que podía marcharse, lo hizo. Tan sólo nuestras grandes familias seguían esperando en vano el regreso de sus padres. En su lugar, por doquier iban apareciendo tipos sospechosos, que pernoctaban en los pajares y cuyas huellas se dirigían a los bosques: guerrilleros soviéticos, desertores, antiguos prisioneros de guerra, que procuraban ponerse a salvo a tiempo; siniestros precursores del ejército rojo en su arrollador avance.

Mas, por muchos temores, muchas suposiciones que cualquiera pudiese abrigar, mi tarea en esta hora once quedaba bien perfilada. Fui de granja en granja, a ver a todos aquellos que se veían imposibilitados de asistir a la iglesia. Muchos de los recién llegados, sobre todo los enfermos y los ancianos, pidieron los Santos Sacramentos. En las casas de campesinos me encontré con viejos, criaturas, soldados heridos, tendidos juntos sobre la paja.

La situación general, la atmósfera de terror que se iba

extendiendo sobre el pueblo, fueron propicias a que los obreros extranjeros también se avinieran a confesarse. Algunos curas de Ermland habían sido encarcelados, y hasta mandados al campo de concentración de Dachau, porque se habían preocupado del bien de las almas de los obreros extranjeros. Era significativo que la ruindad de los métodos de la Gestapo, que como denunciantes empleaban a algunos confidentes polacos. Como los pecados y los diez mandamientos no conocen fronteras, yo, con mis rudimentarias nociones de la lengua polaca y algún que otro empellón amistoso, conseguí que mis penitentes hicieran su confesión, al cabo de la cual, con un golpecito sobre la espalda, los dejé frente al porvenir incierto, mas con el corazón aliviado.

Todos los soldados de la región habían recibido la orden de concentrarse en Freudenberg, para ofrecer la última resistencia. Taciturnos, extenuados, esperaban sentados o yaciendo sobre el suelo de nuestras casas y nuestros graneros. Entre ellos, los más ya llevaban diez días de huida a pie, sin interrupción, sin tiempo ni de cambiarse las botas. Había allí más de un padre de familia, desesperado, entrado ya en años, de los que a última hora habían sido movilizados para servicios de custodia en campos de municiones y de aviación, en la retaguardia. Ellos eran los que ahora debían detener la embestida rusa, después de haber abandonado sus posiciones las tropas calificadas de la línea de combate. Las armas pesadas habían sido abandonadas, por faltar los medios para su transporte.

Ya no era mucho lo que quedaba del brillo y resplandor de los gerifaltes del partido. Algunos de los miembros activos habían desaparecido de la noche a la mañana, pero el jefe local del pueblo, el viejo herrero Gorks, se mantenía en su puesto. Había llegado a la categoría de cabeza de célula, no por haber sido muy activo en su labor, sino porque era de la «vieja guardia». Antes de 1933 había abrigado la esperanza de que Hitler daría a los campesinos la posibilidad de que pudieran pagarle a él sus deudas, aumentando así el crédito que tenía en la taberna del pueblo. Todo parecía ir bien. Los

campesinos volvieron a tener dinero, y pagaron, pero ahora Hitler se le había llevado sus hijos a la guerra, y a él le había dado más trabajo del deseado. Al aumentar sus preocupaciones, aumentó su sed.

Harto desilusionado, lo encontré sentado sobre una tinaja llena de manteca de cerdo. Ante él, en el zaguán de su casa, roncaba un montón enmarañado de soldados. Sin saber qué hacer, con cara desconcertada, me preguntó tímidamente: «¿Y ahora qué, señor cura?» Yo sólo le pude dar el consejo de descender de su último trono, la tinaja de manteca, y de postrarse ante el Único que aún podía salvarnos.

Emprendí el camino hacia la granja del tío Werr, para esconder en su pozo algunas botellas de vino de misa. El tío Werr era uno de los miembros más fieles de mi parroquia, un hombre cabal y piadoso, padre de Úrsula, nuestra organista suplente. Me ayudó a quitar las etiquetas de las botellas, antes de sumergir nuestro tesoro. Desde la invasión de los rusos, durante la primera Guerra Mundial, algo habíamos aprendido. Entonces, toda la diócesis se había reído de un buen cura que había echado al estanque del pueblo unas docenas de botellas de vino de misa. Al llegar la primera patrulla rusa, los cosacos, con viva alegría, advirtieron las etiquetas prometedoras, de vivos colores, que nadaban sobre la superficie del estanque. Sin el menor respeto a su dignidad, hicieron entrar al muy reverendo en las aguas del estanque, y le hicieron sacar de ellas tantas botellas como etiquetas flotaban en el agua. Al preguntar yo a Werr: «¿Qué tal están esos ánimos?», él me respondió:

—No es que tenga mucho miedo. Los más queridos del Señor serán los primeros en ser llamados.

La paz casi solemne que la barbuda faz del viejo reflejaba, contrastaba con la expresión de miedo en los desorbitados ojos de su hija.

—Señor cura, yo sí que tengo miedo —dijo—, pero no de la muerte. Ayúdeme a implorar de la Virgen que me proteja. Prefiero verme fusilada antes de caer en las garras de esos salvajes.

El padre no la contradijo. Al despedirme, y después de haberles impartido la bendición, él me llamó aparte y me rogó que me preocupara del vecino del otro lado de la calle antes de que fuera tarde.

El viejo Moschall poseía una de las mejores propiedades y ponía especial empeño en que nadie dudara de quién era el que mandaba en su casa. Ni siquiera se le ocurría conceder a su hija permiso para casarse y conferirle el cuidado de la granja. Y ella ya tenía sus cincuenta y tres años. Su vieja esposa estaba temblando junto a la escalera de la vivienda cuando yo me dirigí al viejo gigantón, para apaciguarle.

Él estaba dando rienda suelta a su cólera porque un grupo de soldados había sacado un carretón de leña de su repleto almacén. Poca fortuna tuve al señalar hacia la ancha franja de resplandor rojizo que se extendía a lo largo del horizonte del sudoeste, y rogarle que se preocupara de asuntos más importantes que de sus leños.

—Oiga, joven, usted no sabe cómo se mantiene el orden en una granja. Usted no ha hecho su servicio en la guardia del emperador Guillermo.

En eso tenía razón, mas yo le dije que entonces sólo importaba tener en orden su alma antes de que fuera demasiado tarde.

—Despacio, despacio, curita, que hasta la Pascua aún faltan dos meses —fue todo lo que contestó.

Apesadumbrado, seguí mi camino hacia Stolzhagen, para visitar allí al sacerdote Langwald. Por su teléfono, milagrosamente intacto, me había rogado que acudiera a saludar a mi amigo el capellán Ernesto Hoppe, el cual, en su huida de Allenstein, había llegado a su casa. Sentado sobre un pequeño trineo, su ama de llaves le había hecho recorrer los cincuenta kilómetros de camino, ya que por su grave flebitis no podía andar.

El reverendo Langwald me guardaba especial afecto y, desde que le había ayudado, durante tres días, a poner en orden la liquidación anual de la rectoría, podía conseguir lo que de él quisiera: hasta algunos litros de petróleo para mi

quinqué de sobremesa. Si bien, gracias a sus conocimientos del idioma ruso, entendía la radio militar soviética, y no abrigaba grandes ilusiones sobre lo que nos esperaba, a causa de su ascendencia polaca esperaba que la entrada de los rusos le causaría menos quebraderos de cabeza que las continuas conminaciones por parte de las autoridades episcopales de Frauenburg, por sus asuntos administrativos. Pese a lo poco que se le apreciaba como administrador y pastor de almas de su parroquia, yo sentía sincera simpatía por él. Era un hombre muy culto, le gustaban las discusiones y se interesaba por la teología especulativa. Pero cuando el capellán Hoppe se puso a hablar de los horrores de la huida, él pronto enmudeció, y con más frecuencia que de costumbre fue rellenando su pipa. Convinimos entre nosotros que el que sobreviviera de la catástrofe y permaneciera aquí, se cuidaría también de las parroquias vecinas desatendidas.

Ya casi había oscurecido y empezaba a nevar cuando me despedí de mis hermanos. Los copos de nieve cubrían las huellas delatoras que conducían sobre los campos, de un pedazo de bosque a otro. De los pueblos incendiados, a diez kilómetros escasos de nosotros, columnas de humo rojizo se elevaban al cielo. El martilleo de las ametralladoras y el retumbar de la artillería se iban acercando. En los paréntesis de silencio, en el tenebroso silencio del solitario camino por los bosques, yo aceleraba mis pasos.

Al cabo de media hora, en mi iglesia se rezaría el santo rosario, pero no serían muchos los que acudirían. Un pánico cerval y un hastío se apoderaron de mí, y, por un instante, estuve tentado de huir a campo traviesa en dirección al claro de Launau. Allí se defenderían algunas fortificaciones del triángulo de Heilsberg, hasta que las tropas que huían y la población hubieran llegado a la bahía de Dantzig y el Mar Báltico. Al parecer, tampoco podría continuar con mi tarea.

La ventisca iba arreciando. En la carretera de Süssen-berg tropecé con dos soldados, visiblemente extenuados. A una distancia de diez metros el uno del otro, lentamente iban arrastrando los pies. Los cuellos del abrigo, subidos,

y los extremos de los chales con que envolvían sus cabezas, estaban cubiertos de hielo, proveniente de su aliento congelado.

—¿Es éste el camino de Freudenberg? —me preguntó el primero, con marcado acento del Rin.

—Sí —dije yo—, pero ¿para qué deseáis ir allí? Esta misma noche, seguramente, el Iván ocupará la ciudad.

—Es que somos de la división dieciocho, y todo el que pueda moverse aún tiene que presentarse allí —contestó con aire de resignación.

Sin duda, por el dialecto, procedía del Rin. Cuando llegó su camarada, más agotado aún, le pregunté de dónde procedía él.

—De la Alta Silesia —fue la respuesta.

—Tú eres del Rin —dije—, y éste es de Silesia. Seguramente los dos sois católicos.

Dos caras asombradas.

—¿Es usted acaso cura? —me preguntó sin ambages el del Rin. No podía ver mi alzacuello, pues había bajado la capucha y llevaba completamente abrochado el abrigo de piel.

—Sí, soy el párroco del lugar —contesté—. Y ahora precisamente traigo conmigo el Santísimo Sacramento.

Enmudecieron por un instante y perplejos se miraron. El del Rin, por fin, secamente, dijo:

—Ya... Así que ahora nos toca confesar...

—Así es —asentí yo—. Los dos sois viejos veteranos, y seguramente también viejos pecadores. El Iván no os va a dejar ya mucho tiempo para poner en orden vuestros asuntos con Nuestro Señor. —Los dos hombres miraron hacia el horizonte, teñido de rojo, calculando la distancia del fuego de artillería y de los disparos de los tanques.

Les hice una proposición.

—Vosotros tenéis que ir andando, y yo debo volver a mi parroquia. Os acompañaré hasta la plataforma de carga de leche que se ve allí detrás del tercer árbol de la carretera. Al camarada del Rin le prometo que entre el primer árbol y el segundo habrá terminado su confesión. Mientras tanto, se



habrá preparado el compañero de la Alta Silesia. A él le toca el camino del segundo al tercer árbol. Detrás del andén, os arrodillaréis. El andén os servirá de comulgatorio.

Las confesiones se efectuaron como estaba previsto. Luego barrí la nieve de la plataforma de madera dispuesta para la carga de los depósitos de leche, me sacudí los brazos para calentarlos, soplé los dedos entumecidos hasta poderlos mover y sacar las hostias. Los hombres se arrodillaron sobre la nieve, las manos plegadas sobre la plataforma. Tras ellos, ardían las aldeas vecinas incendiadas, ante mí se dibujaban los contornos de la granja de Moschall, de aquel viejo que me había recusado al querer yo ofrecerle el pan de Dios. El Señor, otra vez, había invitado a Su mesa, a más huéspedes, procedentes de «camino y cercados». (Luc. 14, 23.)

El muchacho del Rin no hubiera sido del Rin si no se hubiera puesto a hablar seguidamente después de la comunión. Enjugándose las lágrimas, saltó sobre sus pies, y sacudió la cabeza:

—Pastor, ¿quién me hubiera dicho que me pasaría una cosa así! —Y efusivamente apretó mi mano entre las suyas.

El silesiano no dijo ni palabra, pero fue quien dio la respuesta a las exclamaciones de asombro de su camarada. Empezó a hurgar parsimoniosamente en sus bolsillos. Por fin pareció haber hallado lo que buscaba con tanto tesón: el pequeño fragmento de un rosario, en total unos doce granos.

—¿Tanto has usado el rosario, en tus rezos, que ya no te queda más que este pedacito? —le pregunté, al acercármelo él hasta mis narices, para que viera la medalla de la Virgen de Chenstochova.

—No —rectificó—, no lo he rezado ni una sola vez. Pero mi mujer y mis seis niños sí que lo han rezado. Ni un solo día han estado sin rezarlo.

—Entonces ya no hace falta explicaros por qué vosotros, dos viejos tiburones, a última hora habéis caído en la red del Señor —dije—. Aquí tenéis mi rosario, que aún está entero, y rezadlo entre los dos, para que Dios Nuestro Señor esté con vosotros en esta noche de horror.

Inclinaron sus cabezas y siguieron su camino. Yo los acompañé un largo trecho con la mirada. Reinaba la oscuridad, mas sus siluetas destacaban del horizonte enrojecido. Aquella noche, Freudenberg fue arrollada por los rusos.

No sé quién fue el más favorecido por aquel encuentro, si los dos viejos soldados o yo. Antes de haber cruzado ellos mi camino, yo había pensado en huir. Ahora me avergonzaba de aquel acceso de cobardía, y ya quedó muy lejos el pánico a la muerte. Me sentí como si fuera un hombre nuevo, y tomé la resolución firme de quedarme, pasara lo que pasara. Si mis feligreses tenían que ser conducidos por el camino de la «fe desnuda», sin el consuelo de los Sacramentos y de la palabra de Dios, mi misión no era huir, sino aguantar con el rebaño que Dios me había confiado, y sufrir con él, e implorar al Señor, que nos concediera a todos la gracia de abreviar aquellos tiempos.

Llegué a la iglesia con retraso. Estaba llena a más no poder de miembros de la parroquia y de muchas otras personas que se habían refugiado en la aldea. Tal como estaba, corrí por el pasillo hasta el altar y relaté a los reunidos mi encuentro con los dos soldados. Luego rezamos los misterios dolorosos del Rosario.

Al terminar la ceremonia, apenas pude dar crédito a mis ojos, pues advertí que el maestro Gorks en persona, con el gorro bajo el brazo y la nariz azulada escondida entre el cuello levantado del abrigo, pacientemente se puso en la larga hilera de los que esperaban turno ante el confesonario.

## EN EL POLVO DE LA MUERTE

Durante la noche, cesó de nevar. El día que le sucedió fue diáfano, sin una nube que colgara del cielo. Ya sabíamos lo que eso significaba: el fin.

El fin de las tropas alemanas que, al amparo de las nevadas, habían procurado mantener la resistencia. Nuestro atildado capitán renunció a su baño caliente, y su teniente se dejó sin comer algunas de las apetitosas albóndigas. Los soldados prepararon apresuradamente sus bártulos. El viejo automóvil que había pertenecido a mi antecesor, fue sacado del granero y lanzado por la empinada pendiente hasta el pie de la colina. A su alrededor amontonaron algunas motocicletas encontradas en el pueblo y les prendieron fuego. De las cureñas motorizadas, sobre las que estaban montadas las piezas de artillería, sacaron la gasolina para sus coches ligeros.

La voladura de aquellas flamantes piezas pesadas de artillería puso un término poco brillante a las actividades de tropas bien pertrechadas. Pocos años antes, la artillería alemana había sido el terror del mundo. Ahora, sus piezas, destruidas, quedaban sobre el prado de nuestro pueblo, voladas por sus propios hombres antes de haber disparado un solo proyectil. Los únicos efectos que causaron fueron la rotura de los cristales de nuestras ventanas, por la presión del aire. Los artilleros aún cargaron algunas muchachas en sus vehículos y luego pusieron pies en polvorosa.

A continuación llegó el frente propiamente dicho. Duran-

te todo el día pasaron por el pueblo soldados maltrechos, más población civil. Unos, sobre trineos; otros, en camiones o coches. En doble hilera, y hasta de tres en tres, ocupando y rebasando la estrecha carretera, aquel cortejo de la miseria iba avanzando penosamente por la espesa nieve. La gasolina escaseaba tanto, que el vehículo que aún la tenía, remolcaba dos o tres coches más. En tales circunstancias, los que iban a pie eran los que más avanzaban.

En un bosque, una docena de carros de campesinos rusos, cargados de municiones, hicieron alto; iban tirados por resistentes caballos rusos, conducidos por soldados del ejército de Wlassow. Los *Hiwi* (auxiliares voluntarios), como se les llamaba, estaban en una situación desesperada. Ellos habían preferido realizar trabajos auxiliares en la retaguardia antes que padecer hambre en los campos de prisioneros de Alemania. Odiaban el comunismo, amaban a Rusia. Sus jefes alemanes desconfiaban de ellos; ellos mismos sabían que se les engañaba. Sabían los terribles castigos que les esperaban si caían en manos del ejército rojo. Temían lo que se acercaba más que los alemanes, y trataban de escapar tanto de sus jefes alemanes como de los rusos que avanzaban.

Aviones rusos, en vuelo bajo, atacaban incesantemente las columnas de fugitivos, así que cada vez fueron más los que desistieron de la huida. Todas las casas estaban abiertas de día y de noche, y todo el mundo podía entrar libremente en ellas. Se improvisaron cocinas de campaña. Naturalmente, no había ni remotamente las camas indispensables para tantas personas extenuadas, enfermas... Tenían que conformarse con dormir sobre paja esparcida por el suelo. Mucho padecieron los ancianos y los niños, que, sorteando la tormenta de nieve, habían llegado hasta nosotros, pero más aún aquellos que ya en la Biblia son compadecidas: «¡Ay de las mujeres que estén encinta y de las que críen en aquellos días aciagos! ¡Rogad que vuestra huida no sea en invierno!» (Mat. 24, 19-20.)

Yo reanudé mis rondas, para consolar a los enfermos y desesperados en las granjas atestadas. Algunos habían sido

testigos de escenas escalofriantes, aunque también alguna historia inventada o abultada iba de boca en boca. Sin embargo, lo comprobado y verídico que quedaba era suficiente para llenarnos de terror y de pánico.

Una madre, de un pueblo de los Masures, que había emprendido el camino en un convoy, después de horas de rodar, había levantado la manta bajo la que guardaba a sus cuatro hijitos, enfermos. Quería darles de comer, mas, al separar la manta, advirtió que tres de los pequeños ya estaban muertos, congelados. Precipitadamente tuvo que enterrarlos en la nieve, al lado de la carretera, para no perder de vista a los vehículos que se iban alejando. Pues quien perdía el contacto con su convoy, estaba perdido.

Otros llevaban el cadáver de un viejo abuelo, muerto de frío durante el camino. Lo habían enrollado en una alfombra y atado debajo de un carro. A la mañana siguiente, el fardo había desaparecido. El que lo había robado, seguramente pensaba que contenía carne de alguna res sacrificada.

En nuestra rectoría se dio cabida a unas cincuenta personas. Sobre el suelo de la cocina, rendidos, dormían como troncos una docena de soldados. Mi despacho, descontando algunas literas de emergencia, aún conservaba su aspecto relativamente normal. Un oficial de alta graduación, en su huida, me agradeció el descanso y el refrigerio que pude ofrecerle. Me causó una excelente impresión y me aseguró que los rusos cogerían en un movimiento de tenazas lo que quedaba del frente y acabarían de aniquilarlo. Me dio los nombres de algunos párrocos de pueblos cercanos, que a la entrada de los rusos habían sido fusilados, y me ofreció que le acompañara en su trineo. Si yo me quedaba, o sería matado en el acto, o sería deportado a la Siberia. Pero cuando le pregunté si también podría poner en seguridad a nuestras mujeres, nuestros niños, nuestros ancianos, con sentimiento se encogió de hombros. Ni siquiera disponía de medios de transporte suficiente para salvar a todos los soldados heridos.

Le entregué una carta para mis padres, con una dirección de la Alemania Occidental, y él me prometió remitirla en

caso de que aún lograra salir del cerco de Prusia Oriental.

Por la noche, después de rezado el rosario, llegó a la rectoría una religiosa que yo había conocido cuando acompañaba a nuestro obispo en sus visitas pastorales. Era la hermana Imelda, y pertenecía a la congregación de Damas Grises de Santa Isabel. Había abandonado el pueblo de Nossberg, destruido por la artillería, y donde ella actuaba como hermana encargada de la beneficencia, y acababa de llegar con un camión lleno de ancianos que había logrado sacar de la zona castigada por la artillería. Había pensado dirigirse a Heilsberg, pero ya no podía llegar hasta allí. Le conferí la dirección de la cocina y de la casa, y el cuidado de todos los que en ella buscaban refugio.

La hermana Imelda, con decisión, puso manos a la obra, empezando por preparar puré de lentejas y buñuelos de patatas, y alterando agradablemente la monótona y exigua dieta que en los últimos días nos había servido una piadosa mujer fugitiva. Al disponernos a sentarnos a la mesa, en el oscuro pasillo apareció un viejo mutilado, con un solo brazo. Con palabras entrecortadas, balbuceó:

—¡Señor cura, tiene que dejarme aquí! Ya no puedo continuar. Se me ha roto el pértigo del trineo, y no tengo comida para los caballos. Ya no puedo seguir a los demás. Y conmigo vienen tres mujeres y siete criaturas. Cuando haya alojado a mi gente y haya dado de comer a mis caballos, por mí ya pueden venir los rusos y matarme.

—Despacito, abuelo —procuré calmarle—. Voy a buscar una vela, para ver quién es el nuevo cliente que se me presenta.

Cuando el reflejo de la bujía cayó sobre su cara, cubierta de surcos, enrojecida del frío, reconocí con gran sorpresa que se trataba del cuñado de una tía abuela, Keichel, propietario de un ladrillar en Lautern. Él, de perplejidad, perdió el habla. Finalmente me abrazó y dijo:

—Ahora es cosa hecha. De aquí no me muevo hasta que Dios me llame.

Después de la comida, la hermana Imelda se las compuso

para instalarle un camastro en mi despacho, y para alojar a las mujeres y los niños de familias obreras que había traído consigo.

Mientras duró aquel ajetreo, yo trasladé el Santísimo Sacramento de la iglesia a la bodega de la rectoría, asimismo las joyas y los paramentos de la iglesia y de la rectoría: los misales, los libros de la parroquia, la vieja cruz bávara, de estilo barroco, demás libros y manuscritos de valor. Ya eran las dos de la madrugada cuando, por fin, pude subir a mi buhardilla en busca de un poco de reposo.

Apenas me hube calentado en la cama, mi mente seguía embargada por el torbellino de los acontecimientos del día pasado. De pronto se oyó un silbido, un estrépito, una detonación, y otra, y otra, hasta seis. Sobre astillas de cristales rotos y cascotes que se habían desprendido del revoque, en calzoncillos me precipité al sótano. Ya estaba lleno de caras asustadas, al acecho de la siguiente ola de impactos. Se trataba de granadas del 10,5, según comprobaron los soldados, y no eran muy peligrosas si uno estaba refugiado en el sótano.

Cuando nos hubimos repuesto del primer susto, y procedimos a un recuento, echamos de menos una cara: la del abuelo Keichel. La hermana Imelda subió inmediatamente a ver lo que le había ocurrido. Riendo, volvió a bajar la escalera y nos refirió que estaba roncando pacíficamente en su camastro. Casi nos preocupó tener que despertarle. Cuando hubo descendido, él, sin el menor asomo de sentimentalismo, me expuso:

—Sé que he cumplido la tarea de mi vida. Mis once hijos son todos buenos cristianos, yo puedo confiar en ellos. Dios pronto me llamará. Es, pues, el momento de confesar y de recibir la sagrada comunión.

Estaba libre de todo temor, y cuando en el sótano, durante horas enteras, siguió orando, una serena alegría, una gran esperanza iluminaba su rostro.

Ya no fuimos alcanzados por más proyectiles de artillería. Pero como la rectoría se hallaba emplazada en lo alto, pre-

sentándose como un excelente blanco, yo, al apuntar el alba, trasladé mi cuartel general a una pequeña choza solitaria, situada al extremo occidental de la aldea. A las cinco, con la hermana Imelda, abandoné el sótano. El abuelo Keichel había insistido en quedarse para guardar la casa.

—De todos modos, ya sé que Dios pronto me llamará — ésta fue su despedida.

Advertimos que una granada había estallado en el granero vacío, y que otro impacto había causado desperfectos en el tejado de la iglesia. Un silencio tétrico pesaba sobre el camino abandonado. A ambos lados de la revuelta carretera quedaban esparcidos armas, vehículos de la *Wehrmacht*, trineos volcados, colchones, enseres de toda clase, cadáveres de caballos. En medio del lodo y estiércol, se veía apisonada una vieja cruz de camino, seguramente arrancada y aplastada por algún vehículo pesado. Donde pocas horas antes una procesión interminable de miseria y desesperación atropelladamente había impelido hacia el único paso sobre el río Aller que quedaba expedito, ya no se veía ni una sola persona.

La choza, situada al pie de un barranco, invisible desde la carretera, pertenecía a mi tío Franz Haugrund y a sus dos hermanas Elisabeth y Ana. Mi primo José Hoppe, futuro propietario de aquella heredad, se las había arreglado para alejarse unas horas del *Volkssturm* y refugiarse en aquel mismo lugar con su familia. Como si fuesen ladrones, los granjeros, por la noche, tenían que ir a escondidas a sus casas si querían ver por última vez a esposa e hijos antes de presentarse para la última resistencia.

Sí, también los demás hombres del *Volkssturm*, vecinos de nuestro pueblo, habían logrado burlar la vigilancia de su joven comandante. Lo habían encerrado en una letrina, y, subiendo a dos trineos preparados de antemano, habían regresado a sus casas.

José Hoppe era un hombre fornido, serio y de buen corazón, a quien todo el pueblo quería. Después de haber recibido los Santos Sacramentos, me confió su familia, en especial sus



dos hijos. Luego, con lágrimas en los ojos, volvió a su puesto de combate.

El día transcurrió en calma completa. De vez en cuando se oía el traqueteo de alguna ametralladora. Al llegar la noche, abandoné nuestro escondrijo para ir a ver a algunos cabezas de familia que habían llegado a sus granjas. Quise ir primero a la de Otto Poschmann, el presidente del consejo de fábrica. Para llegar a su granja, tenía que atravesar tres kilómetros de tierra de nadie. Theresia, de unos treinta años, hija de un fugitivo de Nossberg, alojado en casa de Haugrund, se brindó a acompañarme. Yo, por lo que pudiera ocurrir, me llevé cáliz, misal, vino de misa, alba y estola. El pueblo, al atravesarlo, ofrecía un aspecto fantasmal. Pero, sin más contratiempo, llegamos a nuestra meta.

El dueño, hombre cabal y sereno, en la plenitud de su vida, iba cortando de unas cajas de cartón letreros para colgarlos del cuello de sus siete hijos. Hänschen, el menor, no tenía más que cuatro años.

—No se sabe si dentro de algunos días aún quedará alguien que sepa a quién pertenecían estos niños —dijo con resignación, y, al lado de los datos personales de cada uno, iba pegando una fotografía de la familia y una estampa del Crucificado con una oración.

Desde la ventana pudimos ver cómo la ciudad de Heilsberg, a siete kilómetros, ardía en llamas. Desde el pueblo de Wernegitten, a tres kilómetros de distancia, los rusos lanzaban al aire cohetes rojos y verdes, que eran contestados desde la aldea vecina de Reichenberg. A veces, de lo alto de las colinas que nos circundaban, tras fuertes detonaciones, grandes llamaradas subían al cielo. Eran los depósitos de municiones que las últimas secciones de retaguardia alemanas hacían volar, señal inequívoca de que nuestro pueblo había sido definitivamente abandonado. Nuestros hombres habían vuelto del *Volkssturm*, pero las familias que los habían esperado ya no podían huir.

Mi proposición de celebrar con todos los allí reunidos, unas sesenta personas, la santa misa, fue acogida con gran

alegría. Mientras yo, en una cámara repleta de baúles y fardos, confesaba, las ollas y las sartenes fueron llevadas a la cocina, sobre un fuego común, y, en la sala de estar, los colchones fueron amontonados junto a la pared. Allí se reunieron todos en torno al escritorio, convertido en altar. También los creyentes de «cerkas y vallados», los que, por lo general, pocos oídos prestaban a la palabra de Dios ofrecida por la Iglesia, ahora la acogieron como el campo recién arado acoge la simiente. El tiempo apremiaba, a cada momento podían aparecer los rusos; mas sobre los rostros que a la luz llameante de las velas pude reconocer al volverme, que había una serena paz. Tuve la sensación de que, en aquella hora extrema, podía hablar con la más cruda sinceridad:

—Los días que se aproximan, quizá las próximas horas, a algunos de nosotros nos traerán la muerte, a todos grandes sufrimientos. Ni uno solo se verá liberado. Quizá sea la voluntad de Dios salvar a algunos de nosotros. Pero nadie de los que sobrevivan, sabrá por qué él sobrevive y otros han de morir. Lo único que cada uno de nosotros debe saber es que Dios quiere que sobre la tierra viva la fe. Para los que tienen esta fe, vivir es una gracia de Dios, y una gracia es morir, y una gracia también es sufrir.

Cuando Theresia y yo, en la oscuridad de la noche, regresamos al refugio menos «capitalista» de mis viejos parientes, fuimos sorprendidos por algunas pequeñas detonaciones. No pudimos poner en claro si nos hallábamos bajo el fuego de alguna arma o si aquellas explosiones provenían de los coches de municiones alemanes. Al pasar por el pueblo, un proyectil de artillería silbó sobre nuestra cabeza. Durante todo aquel tiempo pude admirar la entereza y la serenidad de Theresia.

Para disimular mi propio miedo, le dije que me hablara de su vida. Y ella fue contando con gran locuacidad. Quizá, tras aquella fachada de imperturbabilidad, se escondiera también un poco de temor. Cuando era una muchacha joven, había sido mandada a Berlín por su familia, para ganar dinero. Había tenido que trabajar duramente años y más años,

pero había sabido ahorrar su dinero, y había salido adelante, hasta que, finalmente, había logrado arrendar una pequeña pensión. Luego, poco antes de la guerra, se había prometido con un oficial de la antigua policía de Berlín. Pero, por aquellos días, las S.S. se habían hecho cargo de la policía. Esto había significado el fin de su carrera; para poder casarse por la Iglesia, había tenido que requerir el permiso de sus superiores; después de un vivo altercado, había sido mandado al frente ruso como simple soldado. Allí había muerto muy pronto.

—De él he aprendido a pensar en los demás y a no temer nada —dijo Theresia al final de su relato.

La choza de Haugrund estaba tan oscura como la misma noche. Un soldado alemán estaba junto a la puerta y miraba hacia el horizonte en llamas. Dijo que el pueblo seguramente sería tomado al día siguiente.

—Pero esta noche, el Iván tiene otras cosas que hacer. Puede ir tranquilamente a descansar.

Durante aquella noche, el frente germano-ruso corría a través del cuarto de estar de mis parientes. Allí dormían, en el suelo, los últimos soldados alemanes. Tres oficiales, sentados a una mesita, con humeante quinqué de petróleo, eran los únicos que estaban despiertos. Dos estaban estudiando mapas, escribiendo apresuradamente sus informes; el tercero, un capitán, a la luz llameante, trataba de leer un pequeño libro.

Atravesé la habitación y me dirigí a la cocina, donde, junto a la puerta, tropecé con la tía Ana, que, seguida de un brigada encolerizado, salía de la despensa.

—¡No sea así! —iba gritando—. Lo que no nos llevemos nosotros, será para el Iván. Y si a él le vienen con historias, además de su tocino también se comerá a ustedes.

Estas intimidaciones no impresionaron mucho a tía Ana. Con igual alarde de voz le replicó:

—Si os lo lleváis todo, no valéis mucho más que los rusos.

También en la alcoba del tío Franz se oyó ruido. Él tenía

la gripe, y desde hacía unos días guardaba cama, con fiebre elevada. Pero algunos soldados, extenuados, le habían sacado de la cama metiéndose ellos mismos en ella. En vano traté de apaciguar los ánimos y de convencer al brigada:

—Estos viejos le darán todo lo que quiera si usted puede conseguir de los soldados que sean más considerados.

Por toda respuesta a mi bienintencionado consejo, el brigada me lanzó a la cara todo un cargamento de maldiciones.

En esto entró el capitán, un hombre alto y rubio que llevaba lentes.

—¿Qué sucede? —preguntó.

El brigada y yo le dimos cuenta de lo acaecido, cada uno a su manera. El oficial levantó la colcha de la cama y mostró al brigada lo sudadas que estaban las sábanas.

—Este viejo está enfermo de verdad. ¿No lo veis? ¿Hay que dejarle en su cama!

Así el tío Franz volvió a acurrucarse en su cama, y los hombres se echaron de nuevo sobre la paja esparcida por el suelo.

La tía Ana, después de esta escaramuza ganada, aún no se mostraba satisfecha. No podía resignarse a la pérdida de dos hojas de tocino, de un grueso de tres pulgadas, procedentes de su mejor cerdo. Al seguir refunfuñando sin descanso, la tía Elisabeth lo tomó a chacota.

—¡Cálmate ya! —le dijo desde el rincón de la sala de estar, donde, sin que los soldados le hicieran el menor caso, se había metido tranquilamente en su cama—. Déjalos que hagan lo que quieran, y ven a acostarte conmigo. Ya te he calentado la cama. ¿Quién sabe si mañana aún podremos dormir aquí!

Antes de que amaneciera, se marcharon los soldados. Nadie tenía ganas de hablar. Al despedirse, el capitán me preguntó si yo era el sacerdote católico del lugar.

—¿Y realmente tiene usted la intención de quedarse aquí? —me preguntó, con la cara muy seria.

—Sí, debo quedarme con mis feligreses —contesté.

—Lo comprendo —me aseguró él, dándome un fuerte apretón de manos—. ¡Que Dios le proteja!

Apenas los soldados hubieron abandonado la casa, tía Ana empezó a barrer la paja sobre la que habían dormido. Según ella, aquellos hombres no habían demostrado gran delicadeza en la manera de tratar sus muebles, un tanto carcomidos; hasta habían llegado a echar fuera una de esas piezas desvencijadas, para disponer de más sitio. La tía Ana, rezongando, no paró hasta que, por entre el mugre y la basura, se hubo abierto camino hasta la despensa. Lo que allí descubrió, la dejó atónita; pero pronto, recobrando ánimos, con el puño levantado amenazó a los soldados que quién sabe ya dónde paraban. El tío Franz, lacónicamente, opinó:

—Te lo tienes bien merecido, por haber despoticado tanto anoche contra los soldados. Para evitarse más disputas contigo, se han llevado el barreño con el tocino en salazón por la ventana trasera. Si los hubieras tratado con más amabilidad, seguramente te habrían dejado el barreño y algún pedazo.

—¡Ya decía yo que me daban la impresión de ser rusos! —terminó tía Ana.

Dimos noticia a las granjas de la vecindad de que en la casa de Hausgrund se celebraría la santa misa. Era la fiesta de la Purificación de la Virgen, el día 2 de febrero de 1945.

No todos los cuarenta fieles que se reunieron en torno al altar ese día de la Candelaria, tenían la cara tan resplandeciente como la tía Elisabeth, la cual, a causa de su artritis, muy poco había podido ir a oír misa durante los últimos diez años. Pero no había un solo rostro sobre el que no se reflejara un atisbo de aquella luz que, en tiempos remotos, había surgido sobre los oscuros campos de Belén.

Terminada la misa, nos despedimos mutuamente, con la sensación de que bien podía ser la última vez que nos viéramos. Lidia, la sirvienta rusa del tío Franz, fue la primera que desapareció. Durante algunos años había sido una fiel ayudante en las faenas del campo. En su propia patria había presenciado una vez la entrada de los rusos; ello fue en 1939,

cuando el este de Polonia, según el tratado de Moscú, fue cedido a Stalin. Lidia hacía dos días que vivía escondida entre las gavillas de centeno. Solamente se avino a dejar su escondrijo después de haberse cerciorado de que aún no habían llegado los rusos.

Envolví mi cáliz en un paño oscuro y lo escondí en un montón de turba, en el almacén de leña. Había llegado la hora de hallar un escondite lo más seguro posible para la hermana Imelda, Theresia y tres jóvenes muchachas más de la vecindad. Coincidimos en que lo mejor era el depósito subterráneo de las patatas, debajo de la cocina y cuyo único acceso era una trampa, al lado del hogar. Aplanamos los montones de patatas, sobre ellas colocamos colchones y mantas. Se bajaron mochilas llenas de víveres y una vela; luego las mujeres descendieron.

Oímos los impactos de algunas granadas, y también el fuego de fusiles muy cercanos. Más tarde nos enteramos de que un pequeño grupo de quince soldados con un oficial, durante todo el día estuvieron defendiendo la entrada del pueblo. Fueron muchos los que lucharon hasta la muerte. Algunos de los caídos eran hijos de Ermland; la guerra los había dispersado hacia todos los campos de batalla de Europa, y ahora, en el terruño empapado de sangre, encontraban la paz. La resistencia de esta pequeña sección durante aquel último día facilitó la huida de muchos soldados y de gran parte de la población civil. Por fin, cuando ya no quedaban sino cuatro o cinco del grupo de resistencia, dos pesados tanques rusos, con todas sus armas, pudieron avasallar aquella última retaguardia.

Al caer la tarde, cesó el fuego de artillería. Pequeños grupos de soldados corrían desesperados a campo traviesa, como animales malheridos. Hacia la medianoche, algunos de ellos, completamente mojados de nieve licuada, llegaron hasta nosotros y nos pidieron algo de comer. Ametralladoras rusas —a unos ciento cincuenta metros escasos de nosotros—, desde una colina, cubrían con su fuego las últimas posiciones ale-

manas, en la colina de enfrente. Y nosotros nos hallábamos en la hondonada, entre las dos alturas en combate.

Corrimos a refugiarnos en el sótano. Durante toda la noche, delante de la casa se oyeron pasos pesados. Pero cuando yo subía para ver quién era, siempre se trataba aún de soldados alemanes. Algunos de ellos estaban tan agotados, que, pese al peligro que corrían de ser sorprendidos por los rusos, entraban en la casa para echarse a dormir unos instantes.

Al amanecer, llegaron corriendo Rosa y Margarita Funk, procedentes de su granja, al otro lado de la colina. Pálidas, aterrorizadas, nos contaron su primer encuentro con los rusos. Algunos soldados del ejército rojo habían aparecido durante la noche. Al disparar sobre ellos algunos soldados alemanes que huían, se parapetaron en la casa Funk. Allí encontraron a toda la familia reunida ante la imagen de Cristo, en un rincón de la habitación. Los rusos, a gritos, les dijeron algo; pero como nadie los entendió, el padre, con el rosario en la mano, imploró que respetaran su vida y la de sus hijos. Los rusos, al verlo, se encolerizaron. Furiosamente golpearon al tembloroso abuelo, de ochenta y cuatro años, y maltrataron luego al padre, de sesenta. Ya estaba ensangrentado cuando entró otro ruso, al parecer un oficial de bajo rango, el cual también se puso a gritar. Todos tuvieron un susto de muerte, hasta que advirtieron que el oficial no imprecaba a ellos, sino a sus propios hombres, haciéndolos salir de la casa. Luego se dirigió a una imagen de la Sagrada Familia, que estaba cerca de la puerta, y, santiguándose de derecha a izquierda, según el rito oriental, señaló al cuadro y dijo:

—Jesús, María, José.

Con algún esfuerzo sacó de debajo de su chaquetón un pequeño crucifijo sencillo, de hojalata, y lo elevó al aire para que todos pudieran verlo, en demostración de que era creyente. Luego salió de la casa rápidamente y desapareció. Las muchachas, entonces, se escondieron en el pajar. Cuando se hizo de día y pudieron distinguir el camino, impelidas por el

miedo abandonaron su peligroso escondrijo y corrieron hacia nosotros.

Yo estaba decidido a ser quien recibiera a los primeros rusos. La experiencia adquirida en el trato con la Gestapo y con mastines peligrosos me decía que, siendo el encuentro inevitable, lo mejor era afrontarlo con calma imperturbable. La menor señal de miedo provoca la brutalidad del contrario. El tío Franz, las dos tías, nuestro intérprete Wladimir y yo esperamos en la sala de estar a que llegara la vanguardia del ejército rojo, que, sin duda, ya se hallaba muy cerca. Me había puesto mi sotana, abrigo de pieles y gorro de pieles negro, para que en el acto se me pudiera identificar como sacerdote. Sobre el pecho llevaba una cruz de madera del huerto de Getsemaní. La había recibido quince años antes, con motivo de mi ingreso en el «Collegium Germanicum et Hungaricum» de Roma.

Hasta el mediodía seguimos sin novedad. El tío Franz tosía y tiritaba de fiebre. Pero no le preocupaba tanto su estado como el de una vaca que estaba a punto de parir. Pese a nuestras reconvenciones, a cada instante salía a ver cómo seguía. Cuando, al mediodía, se hallaba a medio camino del establo, dio la vuelta y retrocedió. Sin muestras de excitación, a través de la ventana, nos señaló algunos hombres que, con largos abrigos pardos, desde el barranco, cautelosamente se dirigían a la casa.

—Ésos tienen que ser. ¡Que Dios nos ampare! —dijo el tío Franz, y se sentó en su rincón.

Cogí mi cruz, me encomendé a nuestros ángeles custodios, y salí hasta el umbral de la casa, a recibir a los rusos. El que conducía el grupo, apuntando con su metralleta, se iba deslizado, pegado a la pared, como un gato. De pronto, dando un gran salto, llegó hasta la puerta y, estupefacto, me miró. Era un hombre bajo y forzado, de cara redonda, pétrea, con ojos diminutos e inmóviles y trazos brutales. Sus hombres, todos bien pertrechados y bien alimentados, se mantuvieron a cierta distancia de su jefe.

Mi extraña indumentaria desconcertó por un instante al



*fieldwebel* (1) ruso. Luego, recobrándose, apoyó su arma, con el tambor lleno de munición, sobre mi pecho y me espetó su grito de guerra, que, en lo sucesivo, oiríamos de día y de noche:

—*Uhrrr! Schnaps! Daitsher Soldat!* (2).

Después de haberme resignado a perder todas las bellas cosas que había dejado en la rectoría, no me fue difícil ofrecerle mi reloj, que un amigo suizo me había regalado después de mi convalecencia de una larga afección pulmonar.

Le mostré mi reloj y le dije:

—¡Bonito reloj, suizo!

Apresuradamente lo llevó a su oído, y al escuchar el tic-tac, sus facciones de piedra se iluminaron y sonrió como una luna. Antes de que pudiera darme cuenta, guardó su pistola, me abrazó con los dos brazos y me dio un beso, decidido y sonoro.

—*Ruski soldat, kultura soldat!* —me aseguró.

Aún encontró algunas cosas más, de las que yo poseía, que le parecieron adecuadas para un soldado de cultura: una pluma estilográfica, un cortaplumas y una máquina de afeitar sencilla. Lo que más alegría le causó fueron dos pañuelos que extrajo de mi bolsillo. Después de aquel primer contacto de cuerpo y alma tan inesperadamente cordial, invité al soldado de cultura a que entrara en la casa. Sus hombres se mostraron desengañados al prohibirles él que le siguieran. Seguramente también ellos estaban ávidos de demostrar que eran «Kultura-soldat». Pero él, con toda energía, les ordenó que esperaran fuera.

La tía Elisabeth, con su gota, no pudo levantarse de la silla, pero con su sonrisa de días de fiesta le dio la bienvenida. Él, por respuesta, le dio un tierno beso sobre cada mejilla. Ella, a decir verdad, en su edad moza había sido una muchacha pizpireta y de muy buen ver. Y a sus setenta y cinco, conservaba su atractivo. Pero no habían sido sus bellos ojos ni su dulce carita de anciana lo que había provocado aquellos

(1) Brigada.

(2) ¡Reloj! ¡Aguardiente! ¡Soldado alemán!

besos; pues el soldado de cultura con la misma efusión saludó a tía Ana, mucho menos apetitosa: su boca, casi siempre entreabierta, sólo dejaba ver un diente, y éste de tamaño extraordinario; la barbilla, demasiado breve, con el tiempo se había poblado de recio vello. Hasta el tío Franz, que, con el ajeteo de las últimas semanas, no había encontrado el momento de cuidar su hermosa barba, la cual, gracias al rapé, había adquirido un tinte verdoso, recibió del generoso Iván un beso chisporroteante sobre el mentón.

—¡Viejecito, viejecito, viejecito! —se fue exclamando, dándole palmaditas en los hombros.

Luego, se puso a hablar con Wladimir, nuestro mozo ruso blanco. Éste le aseguró que en la casa no había ya soldados alemanes, y que nosotros no éramos más que gente sencilla, pobre y decente, ni capitalistas ni nacis. Bien, quería cerciorarse por sus propios ojos e inspeccionar la casa, dijo el ruso. Como si tuviera olfato de perro, en seguida descubrió la trampa al lado del fogón de la cocina. Me indicó que la levantara y que mandara subir a todos los que estaban escondidos allí. Como un espíritu de ultratumba salió primero la hermana Imelda. Su cara estaba blanca como el velo de monja que llevaba. Dominándose por completo, saludó con un afable: ¡Salud! El Iván, ostensiblemente perplejo, retrocedió un paso, y volvió a asegurar: *Ruski soldat, kultura soldat!* Las mujeres y muchachas restantes se revistieron de valor y también salieron a la superficie. El brigada ruso, tranquilizándolas, las invitó a que pasaran al cuarto de estar, y siguió inspeccionando lo que faltaba de la casa.

Cuando se hubo convencido de que ya no había soldados en la casa, ordenó a sus camaradas que entrasen. Llevaban largos abrigos, toscamente confeccionados, y una metrallera, a punto de disparar, colgando del pecho. Aquel pequeño grupo de doce hombres era una fiel imagen de la gran mezcla de razas de la Unión Soviética. Solamente la mitad eran rusos europeos, los otros pertenecían a diversas nacionalidades mongólicas y a otras regiones de Asia. La voz cantante, empero, la llevaba un judío de Leningrado, con una

cara que llevaba muchos días sin afeitarse. Con su dialecto «yiddish» se hacía entender bastante bien. El brigada hizo sentar a sus soldados, formando parejas con nuestras mujeres en torno a la gran mesa de comedor. La tía Ana desapareció en la cocina y volvió con la gran fuente de hierro, con un sabroso asado de cerdo con salsa.

Apenas la bandeja había sido puesta sobre la mesa, los soldados de cultura sacaron sus machetes y empezaron a cortarse con ellos buenas tajadas; luego, con la punta del machete las mojaban en la succulenta salsa, que afortunadamente tenía el mismo color de sus uniformes, y se tragaron el botín con gran fruición. Desde la fuente, pequeños riachuelos de salsa corrían en todas direcciones, formando el dibujo de las aspas de una rueda.

El brigada, orgulloso, había tomado asiento a la cabecera de la mesa, como si fuera el padre de aquella gran familia. Algunos de los soldados tuvieron que comer de pie. Cuando el brigada hubo terminado, se despojó de su largo abrigo, ostentando orgullosamente cinco o seis condecoraciones sobre el pecho. Eufóricamente, el héroe rojo sacó de su bolsillo interior un puñado de papeles ajados, entre ellos una fotografía barata, al minuto. Estaba hecha en unos almacenes de Moscú y mostraba una mujer regordeta, embutida en un uniforme comunista, con sus cuatro hijos, algunos también uniformados y orgullo del padre.

El ambiente casi amistoso de pronto se turbó al aparecer aquella fotografía familiar. Varios de los soldados, que hasta entonces se habían mostrado pacíficos, empezaron a gritarnos con aire amenazador. Sólo comprendimos una palabra: «¡Hitler, Hitler!», y un ademán, el de cortar el pescuezo. El portavoz de Leningrado repitió la acusación que tanto exaltaba a sus camaradas: Hitler había asesinado a sus mujeres y sus hijos, había incendiado sus casas. Y ahora habían llegado, así gritaban excitados, para vengarse y para aniquilar a Hitler. Cómo pensaban hacerlo, de modo harto gráfico nos lo ilustraron. Ponían el pulgar bajo la barbilla y echaban la

cabeza atrás, haciendo ver que le colgarían de un gancho, como se cuelga a los cerdos sacrificados.

Les pregunté dónde vivían, y comprobé que casi todos procedían de regiones en las que un soldado alemán nunca podía haber puesto sus pies mientras estaba en armas. Así que los tranquilicé, asegurándoles que pronto volverían a ver a sus familias. Nosotros nada teníamos que objetar a que quisieran castigar a Hitler por sus crímenes, pues también a nosotros nos había traído miseria y desgracia. Pero si querían apresar a Hitler, tenían que darse prisa, pues hasta Berlín aún faltaba un buen trecho. Uno de los soldados sacó un librito de notas que le había quitado a un soldado alemán, y mostró un pequeño mapa de Alemania. Le enseñé dónde estaban y dónde se hallaba Berlín. Cuando se hubieron convencido de que aún tenían que caminar unos seiscientos kilómetros, se hicieron señas con la cabeza y se dispusieron a partir. Pertenecían a las avanzadas de la tropa combatiente, y su misión era perseguir desde las alturas recién conquistadas a las tropas alemanas que huían.

Su estancia de media hora entre nosotros terminó con la amable promesa de que volverían cuando tuvieran más tiempo. Nuestros deseos de volverlos a ver no fueron tan fervientes. A pesar de tener que reconocer que de momento habíamos salido bastante bien librados, la excitación seguía teniéndonos dominados. Aquella tensión nerviosa no se disipó hasta que la tía Elisabeth, guiñando un ojo, dijo a su hermana:

—Dime, Ana, ¿no hará cuarenta y cinco años, por lo menos, que no te habían dado un beso?

Ana eludió adentrarse en el tema y sólo murmuró unas palabras bien poco halagadoras sobre el pobre Robert «Timmerloon», que por aquella época en vano la había cortejado. Llevó platos y cubiertos a la cocina, y, con un estropajo y jabón se puso a fregar mesa y bancos, para borrar las huellas poco apetitosas de aquel banquete.

Pronto nos dimos cuenta de la gran suerte que habíamos tenido con nuestro primer encuentro con el Iván. Lo que seguía a las tropas combatientes de primera línea nos dio un

ligero sabor de lo que nos esperaba. Durante la breve tarde soleada, numerosas unidades de combate rusas siguieron al ejército alemán por sus mismas rutas de retirada. Por los campos encharcados, merodeaban pequeños grupos, que a veces no se componían más que de dos tipos sospechosos, armados con carabinas alemanas. Esos indeseables, que casi siempre se reclutaban de prisioneros liberados, eran los más peligrosos.

Mi sotana, empero, y mi crucifijo siempre los frenó. Las aseveraciones de Wladimir, nuestro fiel intérprete ruso, también hicieron lo suyo, y así pronto volvíamos a vernos libres de tan siniestros visitantes. Una sola vez la situación se hizo peligrosa. Dos mozalbetes penetraron en la casa, tomaron sus fusiles, y, apuntando sobre mí, gritaron: «¡Aguardiente!» Sobre sus vestidos de paisano llevaban unas mugrientas guerreras de soldado; al parecer acababan de juntarse al ejército rojo. Wladimir, con gesto protector, se colocó delante de mí, y en su idioma les preguntó cómo se atrevían a buscar allí aguardiente. Si querían tener aguardiente y evitar que sus camaradas se bebieran todo el encontrado, que se apresuraran a llegar a las grandes granjas cercanas al frente, que allí lo había. Ello pareció convencerlos, pero no por eso dejaron de escudriñar por toda la casa, blandiendo sus fusiles, hasta que finalmente, con atroces blasfemias, desistieron de su búsqueda.

Más inquietantes eran otros que, con su metralleta a punto de disparar, exigían algo más grave: «*Frau!*» (Mujer.) Apenas podíamos disimular nuestro terror. Wladimir, señalando a las viejas tías, y con un chiste de grueso calibre, logró que aquellas fieras desencadenadas se decidieran por otros rastros.

Ni uno de los tipos que entraban y salían descubrió la entrada del depósito de patatas. Con el tiempo nos sentimos más seguros. Las mujeres ya llevaban muchas horas allí abajo, y algunas se impacientaban. Cuando se hizo oscuro, Theresa levantó la trampa y me preguntó al oído:

—¿Hasta cuándo tendremos que estar ahí abajo?

La respuesta se la dio Lucía, que, completamente deshecha, desgredada, corrió hacia nosotros por los campos, desde la granja de sus padres. Rosa y Margarita, sus primas de catorce años, procuraron aliñarla un poco y acomodarla en el sótano de las patatas. No le cabía en la cabeza lo que aquellos doce soldados habían hecho con ella, uno después del otro, cuando en la sala de estar, ante los ojos de sus padres y hermanos, la tiraron al suelo y le arrancaron los vestidos del cuerpo. Cuando aquellos demonios también quisieron violar a la hermanita de doce años, la madre, desesperada, se había echado sobre ellos. Durante la lucha, Lucía, había logrado escapar. Dos días después me enteré de que también la madre tuvo que sufrir lo que con sus hijas habían hecho ante sus propios ojos.

Al llegar la noche, procuramos asegurar más el escondite de nuestras mujeres y niñas. No se nos ocurrió cosa mejor que colocar el colchón de la cama de la tía Elisabeth sobre la trampa, y acomodar allí a la tía artrítica. Wladimir se acurrucó en su rincón. La tía Ana se sentó junto al hogar, para mantener encendido el fuego durante la noche. El tío Franz, en un extremo, se sentó apoyado en la pared que recibía calor de la chimenea contigua. Pero la trampa aún asomaba el ancho de una mano. Aunque me coloqué junto al lecho de la tía Isabel, para cubrir la compuerta delatora, la trampa sobresalía del nivel del suelo cimentado de la cocina. Pero con mi talar forrado de piel, aquella yacija era soportable, si bien no lo bastante confortable para poder dormir. Pero, de todos modos, estábamos más dispuestos para recibir sorpresas que para conciliar el sueño.

Llegó la noche. Nadie se acercó. Mostróse el frío, infiltrándose, del suelo de cemento, por el abrigo de pieles, hasta los huesos. El temor por el destino de las que bajo la trampa se acurrucaban sobre las patatas, convertía en interminable aquella espera. Así que casi nos sentimos aliviados cuando, al filo de medianoche, oímos voces y pasos pesados. Me levanté, fui a la puerta. Súbitamente el reflejo de una luz me golpeó la cara. «¿Oficial alemán?», preguntaron. Veían que

era un hombre joven, y con razón se extrañaban de que no fuera soldado. Les mostré la cruz sobre mi pecho:

—Sacerdote católico.

—La luz de la linterna se deslizó sobre mi figura de pies a cabeza. No medió ni una sola palabra.

Un oficial con dos estrellas doradas sobre las hombreras encarnadas entró, y yo le conduje a la sala de estar. Era bajo, su porte era tieso y disciplinado. Sus ojos, oscuros y destellantes, daban a su rostro la expresión de un hombre que lleva sus asuntos con inteligencia y energía. Le acompañaba su séquito.

Un ayudante encendió el quinqué sobre la mesa del cuarto de estar, y extendió un mapa sobre la cómoda, la misma cómoda que un día antes había servido de altar. Me pidió que le mostrara sobre el mapa dónde se hallaban. Era el mapa más detallado de mi patria que nunca había visto, impreso en varios colores. Incluso el cobertizo de madera al lado del establo de nuestra pequeña granja estaba dibujado en él. Los nombres de todos los lugares estaban escritos en caracteres rusos. Cuando le hube indicado nuestra posición, escuetamente gritó:

—¡Vamos!

Yo me escabullí en el acto hacia la cocina, volví a mi sitio sobre el canto de la trampa. Fuera de la casa se notó gran movimiento. Al parecer, una unidad de cierta importancia, con vehículos y piezas de artillería, pensaba pasar allí la noche.

Pronto se pudo oír el tictac del aparato de radio instalado en la sala de estar.

Durante toda la noche, oímos subir y bajar a los soldados por la escalera. Tía Ana, alarmadísima, temió que estuvieran desvalijando el desván. Allí guardaba sus buenas piezas de lino, harina de trigo, de avena, de centeno, y algunas buenas salchichas. Pero el valor para oponerse a aquellos saqueadores se le había esfumado. Hasta cesaron sus palabras gruñonas cuando en la cocina recibimos más visitas.

Con elegantes uniformes militares, de color aceitunado,

y con metralletas y sendos tambores de 72 disparos, que llevaban colgadas con displicencia sobre el pecho, sembrado de condecoraciones, aparecieron dos brigadas femeninas. Eran muchachas airoosas y bonitas, de unos veinte años. La una era alta y esbelta, con ojos claros como el agua, fríos como el hielo; la otra, baja y fornida, llevaba los cabellos trenzados en forma de corona alrededor de la cabeza.

Sin preámbulos, se pusieron a manipular junto al fuego. Traían huevos. Una mano sobre la pistola y la otra con la cuchara, por nada se dejaron estorbar en sus quehaceres. La bajita, cuando algún soldado sacaba la cabeza por detrás de la puerta, reaccionaba haciendo mofa del *pope* y cosechando vivos aplausos. No entendí todo lo que decía, pero sí advertí que con sus groseras bromas conseguía grandes éxitos entre sus camaradas. Por lo demás, pude advertir que los soldados rasos les tenían un gran respeto a aquellas muchachas, sobre todo a la más alta, que los trataba con reserva y frialdad. Cuando con su comida se marcharon, un soldado, con expresivas muecas, nos dio a entender que los camaradas femeninos eran unas excelentes tiradoras.

El huésped que más veces visitó la cocina durante aquella noche, fue un hombre de ojillos amables y cara encarnada, de unos cincuenta y cinco años. Era el cocinero de la sección. Su cocina de campaña, tirada por caballos, hizo alto junto a nuestra puerta de entrada. Pidió agua para limpiar la cocina. El grifo se hallaba justamente a los pies del colchón de tía Elisabeth, y como el hombre no andaba con mucho cuidado, a cada viaje vertía agua del cubo. Pero, cada vez que volvía a poner en remojo los pies de tía Elisabeth, se disculpaba. Más de quince veces estuvo a buscar agua; luego salía por la puerta de la casa y vertía el cubo sobre la grasienta caldera. Cada vez que volvía con el cubo, repetía, mitad en ruso, mitad en alemán:

—La guerra, mala. La guerra, terminada.

A veces también, haciendo como quien llora, decía algo de su *matka* (mujercita), que estaba en casa y lloraba. Su cara, enrojecida por el frío, reflejaba una gran bondad. La



tía Elisabeth y yo perdonamos de todo corazón a aquel hijo auténtico de la madrecita Rusia, el cual, al cabo de sus viajes y por su torpeza, nos dejara mojados hasta los huesos.

Cuando, sobre las tres de la madrugada, empezábamos a sentirnos relativamente seguros, por el camino hacia la casa aparecieron dos corpulentos soldados, se plantaron delante de nosotros, gritando: «¡Patatas!» Las únicas patatas que poseíamos estaban en el sótano. Nos mantuvimos sin chistar. Los hombres penetraron en la cocina, manteniendo horizontalmente en sus manos sendos cirios, procedentes de mis provisiones y escondidos bajo la cama de tía Elisabeth. «¡Patatas!», volvieron a bramar con aire amenazador, mientras la cera goteaba sobre el abrigo de tía Elisabeth y mi sotana. Yo me encomendé a todos los espíritus del cielo, en especial al arcángel Miguel, para que protegieran el acceso al depósito de patatas.

Por tercera vez sonaron los gritos de los hombres. Pero el tío Franz se encogió de hombros, y ellos, trepando por encima de mí y de tía Elisabeth, echaron a la tía Ana y a Wladimir, e inspeccionaron la cocina. Pasando por el suelo el cirio encendido, buscaron la trampa de entrada al sótano de las patatas.

Abajo, en el sótano, con manos sudorosas, las mujeres iban desgranando el rosario. Hasta ellas llegaba el menor ruido que se producía en la cocina. Al cabo de algunos minutos, los dos desistieron de su búsqueda infructuosa, y volvieron a zanquear por encima de nuestros cuerpos, sin que se les ocurriera mirar debajo del colchón.

Al amanecer, nos concedieron permiso para salir de la cocina durante cinco minutos. Salimos a tiempo de ver cómo una de nuestras visitantes, por todo aseo matinal, vertía una taza de agua sobre las manos del teniente. Luego, el teniente correspondió a su camarada femenino con el mismo servicio, y ambos se secaron las manos en mi toalla de listas azules, que la joven llevaba colgada del cuello.

El exterior de la granja estaba desconocido. Los árboles del huerto habían sido derribados, para dejar la vía expedita

a los proyectiles de las seis piezas de artillería emplazadas. En medio de un caos de vehículos de toda clase, pululaban unos ciento cincuenta soldados, ocupados con su equipaje y su botín.

Tan pronto como volvimos a estar en la cocina, tía Ana puso a calentar un bote de café. A una señal nuestra, los refugiados en el sótano levantaron la trampa lo suficiente para poder tomar la estimulante bebida. Tía Ana fue la que tuvo la luminosa idea de llenarles otro bote, para que se lo guardaran en su refugio, cosa que fue recibida con gran satisfacción por parte de ellos.

Durante toda la mañana, los rusos, desde nuestra sala de estar, telefonearon a sus puntos de mando, recibiendo y retransmitiendo órdenes. Hacia el mediodía, pudimos observar que un movimiento de inquietud se apoderó de la sección. Se oyeron consignas, órdenes que resonaban por el patio; los soldados se pusieron a correr de un lado para otro. Oímos luego una voz insistente. En contados minutos, carros, trineos y piezas de artillería se movieron en perfecta formación hacia la carretera.

Al sacar yo cautelosamente la nariz por el resquicio de la puerta, sobre el último trineo descubrí mi maleta marrón, que tan bien había escondido. Mayor fue aún el susto al ver encima de ella el estuche negro en el que guardaba el cáliz. Por lo visto, también lo habían hallado, escondido en el montón de turba. El trineo esperaba al oficial, quien, acompañado de uno de los sargentos femeninos, salía el último de la casa.

Apenas se había alejado aquella pesadilla, Theresia abrió la trampa y subió a la superficie, a pesar de mis protestas, corriendo seguidamente por las habitaciones para ver si había quedado alguna de las cosas suyas que había escondido. Apenas había yo vuelto a tapar el escondrijo cuando un soldado, con la pistola empuñada, irrumpió enfurecido por la puerta. Con la izquierda me tiró a la cara una pieza de tejido blanco almidonado, gritando como un toro:

—*Monaschka!*

La diabólica lujuria que reflejaban sus contraídas faccio-

nes, muy claramente delataban para qué quería a la monja cuyo velo de repuesto había descubierto al saquear el armario. Apenas tuve fuerzas para disimular mi pavor y preguntarle si quería algo de comer o beber, quizás un poco de leche. La respuesta fue una serie de obscenas blasfemias, como en adelante oiríamos de día y de noche.

A través de la ventana, el soldado podía ver cómo su unidad se iba alejando rápidamente. Por último me lanzó el velo a la cara, me asestó un puntapié al vientre y desapareció. Pero al dar la vuelta por la casa, miró por última vez desde fuera, por la ventana de la alcoba, y descubrió a Theresia. Suponiendo que ella era la monja, perdió los estribos, y, fuera de quicio, tomó una granada de mano. Cuando se disponía a lanzárnosla, recapacitó, dio la vuelta y, corriendo, se marchó. Theresia estaba muy pálida al regresar a la cocina, y no tuve ninguna dificultad en hacerla volver al sótano de las patatas.

Entonces intentamos recomendar un poco de moderación a tía Ana, que, en su indomable instinto de ama de casa, se disponía a dar la batalla a la indescriptible suciedad que había por todas partes. Cada cajón había sido revuelto: ropa, vestidos, enseres, todo andaba esparcido sobre el suelo. La sala de estar y el dormitorio del tío Franz estaban cubiertos de paja sucia. Por el aire volaban nubes de plumas, pues los rusos acostumbraban a abrir con sus cuchillos colchones y almohadas, a la busca de objetos de valor escondidos.

Tío Franz, por fin, pudo llegarse hasta el granero y recibió respuesta de Lidia, escondida entre centeno. Los rusos no la habían encontrado, pero ella aún estaba demasiado atemorizada para salir. Sus tres vacas el tío aún las encontró vivas, y ni siquiera habían sido matadas todas las gallinas.

Mientras tanto, yo me puse a hurgar en la basura de la casa, en busca de tres botellitas de medicina que contenían vino de misa. Había procurado salvar el valioso contenido mediante unas etiquetas pegadas con el dibujo de una calavera. Con gran alegría las encontré en un montón de estiércol, sin haber sido abiertas. Mis hostias sin consagrar las

había escondido en una caja de papeles fotográficos. Vi que había algunas esparcidas por el suelo, pero luego encontré la caja, que seguía casi llena de obleas.

Protegidas por la oscuridad, cuando pudieron eludir mejor las columnas que incesantemente iban pasando, llegaron algunas mujeres con la noticia de que sus hombres, apenas librados del *Volkssturm*, habían sido recogidos de sus granjas. Los rusos les habían ordenado que llevaran consigo una manta y provisiones para quince días. A ellas les habían dicho que los hombres, por de pronto, tenían que descombrar las carreteras cerca de Heilsberg.

Las mujeres, después de aquel relato, permanecieron mudas e inmóviles. Mas, sobre sus desconcertados rostros, sin que ellas la pronunciaran, podía leerse la pregunta: «¿Por qué, ¡oh Dios!, nos castigas tan duramente?», ¿por qué dejas que nos pisoteen en el fango a nosotras y a nuestros hijos? ¿Por qué Te llevas a nuestros hombres, ahora que más falta nos hacen?» Y yo, desvalido como nunca lo estuve, me vi impotente frente al dolor y la desesperación de aquellas gentes torturadas y ultrajadas.

Cerca de cuarenta creyentes recibieron la Sagrada Comunión. Un simple platillo sirvió de patena; un viejo florero, de cáliz. Para escanciar el vino utilicé un frasco de medicina, para el agua, una taza. La desvencijada cómoda de tía Elisabeth fue el único mueble que nuevamente podía hacer las veces de altar.

Al apuntar el alba, nuestra pequeña comunidad se disolvió, dispersándose hacia todas las direcciones, para encaminarse, a campo traviesa, a sus respectivas granjas. Yo, apresuradamente, hice preparativos para llevar los consuelos de la religión a los demás supervivientes del pueblo. Tomé una botellita y la llené de vino de misa, y asimismo me apoderé de la cajita con las hostias sin consagrar, mi pequeño misal y mi nuevo cáliz: el florero. Y como nadie sabía, al salir, si tendría ocasión de regresar, en todos los caminos sucesivos también cargué con la última copia de mis estudios sobre

Crisóstomo y demás documentos, que guardé en lo más recóndito de mis bolsillos.

Mientras yo iba llenando mi maletín, también la hermana Imelda hizo sus preparativos. Se había preparado una cesta con medicamentos, vendajes, agua bendita, martillo, clavos y hacha, y, con un azadón al hombro, esperaba la orden de marcha. Se había quitado hábito y velo, y Theresia, con algunas ropas viejas de tía Elisabeth, la había convertido en una vieja *babushka* (abuelita) nada sospechosa. Mas bajo el pañuelo que cubría su cabeza, brillaban muy claros sus ojos y daban fe de que ella estaba dispuesta a sacrificarlo todo en aras de la obra de caridad para la que Dios la había reservado.

Nos despedimos de Wladimir. Había llegado la hora de que nos abandonara. Cada unidad que pasaba y hacía alto en nuestra casa, insistía con amenazadora severidad en que él tenía que registrarse en la Comandancia. Ya no le quedaba otra alternativa. Mucho teníamos que agradecerle. Sólo Dios sabe a cuántos salvó de una muerte segura gracias a su serenidad y su valerosa intervención.

Estaba prohibido atravesar los campos. Pero nosotros todavía no lo sabíamos; así que aproveché la oportunidad para llevar a Rosa y Margarita a su madre. La pequeña Lucía se quedó con nosotros en la bodega de las patatas. El hijo mayor de la familia Funk había sido secuestrado aquella misma noche. La *Wehrmacht* alemana lo había licenciado a tiempo de que, apenas llegado a su casa, fuera llevado por los rusos a Siberia. Su madre estaba convencida de que, con su grave afección cardíaca, no resistiría el viaje a través de Rusia. Pero al menos volvía a tener consigo a sus hijas, si bien en su casa, cercana a la carretera, tenía que estar prevenida para cualquier sorpresa.

La hermana Imelda y yo nos acercamos al centro del pueblo. Las calles seguían sembradas de cadáveres y restos de los dos ejércitos que por allí habían pasado. Tres caballos muertos, cuyas heridas más y más eran abiertas por cornejas y perros vagabundos, interceptaban el paso. A ambos lados

se amontonaban tanques destruidos, automóviles quemados, camiones averiados.

De la primera casa, a la entrada del pueblo, oímos claramente un ruido. Hacia allá nos dirigimos, en la esperanza de sorprender a nuestro campanero, el tío Roberto, en su tiempo cortejador desafortunado de tía Ana, en su trabajo de poner en orden su vivienda. Mas no descubrimos ni a él ni a su mujer, y tan sólo lo que era su orgullo y su fortuna, una enorme cerda cargada, que, en busca de comida, había penetrado en la sala de estar y allí se había aposentado en la basura y el estiércol que cubrían el suelo. Se veían esparcidos montones de ropa, enseres, vestidos, trastos, hilos de teléfono, vajilla, cubiertos que había perdido algún saqueador precipitado. Al continuar nuestro camino, con precaución, no oímos señal de vida de ninguna de las casas restantes. De vez en cuando, el chirrido de alguna puerta o ventana abiertas subrayaba el tétrico silencio. La escuela tenía dos enormes agujeros producidos por impactos de la artillería. Delante de la fachada, en un montón, podían verse aquellos bordados por los que la buena profesora había vuelto de su huida.

Nos disponíamos a subir la colina de la iglesia cuando de pronto vimos a tres rusos, que, con mucha calma, cabalgaban monte abajo por la carretera, en dirección a nosotros. Sin titubeos, yo avancé hacia ellos y les comuniqué que era el párroco del lugar, y que me dirigía a mi iglesia. Un tanto perplejos, pero con fría indiferencia, me dejaron seguir mi camino. Mas, a los pocos pasos, volvimos a pararnos. En el umbral de una puerta acabábamos de descubrir a dos personas que no nos quitaban la vista de encima. La más peligrosa de las dos nos pareció una mujer armada, de aspecto mongólico. Sus facciones, depravadas, inexpresivas, causaban pavor. Completamente inmóvil, se apoyaba contra el marco de la puerta; solamente sus dedos, nerviosos, jugaban con el gatillo de su pistola. A unos pasos de ella, inmóvil también, un oficial. También él tenía una pistola en la mano, y, con el dedo sobre el gatillo, se recostaba sobre el otro montante de la puerta. Sabía yo que con seguridad recibiría un disparo

por la espalda si pasaba delante de ellos. Opté, pues, por atravesar la calle y dirigirme hacia los dos. La hermana Imelda, después de titubear, me siguió.

Ni siquiera al plantarme yo enfrente aquella mujer se movió; solamente sus dedos seguían jugando con la pistola. Con voz bastante fuerte para que también pudiera oírme el oficial, les di la misma información que a la patrulla montada. Pero nada de ello pareció causarles la menor impresión; permanecieron mudos en su postura, tal como los habíamos descubierto. Sin saber lo que sucedería, dimos la vuelta, y con temblores y palpitaciones nos dispusimos a subir la cuesta.

Después de cincuenta pasos de congoja, llegamos a la tienda de comestibles del pueblo, y rápidamente nos pusimos a recaudo. Ellos no nos persiguieron. Ya no nos faltaba más que atravesar el patio de la rectoría para llegar a la iglesia. Pero recobramos aliento, esperando algunos minutos.

En la tienda solamente quedaba una clase de mercancía, pero ésta en grandes cantidades: bolsitas con sucedáneos de té. Bolsas resquebrajadas, latas de conservas abiertas, cajas boca abajo a troche y moche cubrían el suelo, junto con el barril de mermelada volcado.

Al atravesar el patio de la rectoría, tuve que recordar la imagen de paz de la romería que allí mismo, sobre la pradera frente a la iglesia, se había celebrado. Antes de poder distinguir en detalle aquellos «horrores y destrucciones en lugar sagrado», el malestar y la repugnancia se adueñaron de nosotros. La leve brisa del día encapotado, amenazador de nevadas, llevaba hasta nosotros el olor a putrefacción. Después de echar una última mirada sobre el arcón de madera de mi hermana, abierto con violencia y volcado en el suelo, conteniendo aún algunos granos de avena, pues al parecer había sido utilizado como comedero, atropelladamente penetramos en la rectoría. Desde lejos había visto que debajo de cada ventana había un montón de escombros. El más alto de esos montículos estaba coronado por los instrumentos rotos de la orquesta de la parroquia. Levanté un libro, una edición de bolsillo del Nuevo Testamento, propiedad de mi hermana.

Poco podía pensar en aquel instante el consuelo que más tarde sacaría de él.

Como un ladrón, me deslicé a hurtadillas por el interior de aquella casa que había sido mi hogar. El suelo de la cocina estaba cubierto en el centro con más de un metro de basura; de dónde procediera tanta porquería me resultó difícil darme cuenta. El cuarto de baño y el retrete estaban abiertos de par en par y con demasiada elocuencia daban fe de que sus usuarios nunca habían tenido contacto con tales instalaciones de la civilización. En la bañera encontramos pedazos del telar a mano de mi hermana. La galería estaba sembrada de añicos de vajilla. Centenares de libros y el archico de la parroquia estaban esparcidos fuera, sobre la nieve.

Sacando fuerzas de flaqueza, por fin me decidí a echar una ojeada a mi despacho. Sobre la mesa de escritorio, volcada, había una sartén rusa, sucia y grasienta. La grasa, según parecía, había sido arrojada, en brioso impulso, sobre los pocos libros que habían quedado en las estanterías. Los armarios de las habitaciones de la planta baja habían sido volcados y juntados, haciendo las veces de camastros. Sobre uno de aquellos lechos quedaban los restos del Nuevo Testamento greco-latino de Nestles. Había sido despojado de varios puñados de sus hojas de papel biblia, para liar cigarrillos.

Las imágenes religiosas, incluso el crucifijo, seguían colgando de la pared. Un solo cajón en toda la casa lo había dejado yo sin cerrar, y no había sido vaciado. En él, último del armario del archivo, además de algunos papeles había dejado escondida una caja con dos mil hostias sin consagrar. Estaban intactas. Con alborozo y agradecimiento las guardé en mi maletín.

El silencio sepulcral que rodeaba aquella bárbara devastación y el hedor a descomposición de la basura allí hacinada, hizo precipitar nuestra salida. Presurosos, por encima del seto apisonado de ligustre nos encaminamos a la iglesia.

Con un grito sofocado, la hermana Imelda se paró al ver en el suelo, junto a la entrada, el cadáver de un hombre con los brazos extendidos en forma de cruz y el gorro de piel co-



locado bajo la cabeza. Las huellas en la nieve denotaban que desde el umbral de la rectoría había sido arrastrado hasta allí. La horrible herida abierta en la cabeza habría ocasionado la muerte instantánea del buen abuelo Keichel, que con tanta serenidad la había esperado. Aún pude reconocer sus facciones al arrodillarme yo para bendecir su cuerpo.

Mas no pudimos estar más tiempo a su lado. Aquella mujerzuela de los ojos oblicuos, con el pistolón, y su compañero lentamente iban subiendo hacia la iglesia. Desaparecieron en el interior del edificio y corriendo atravesamos la nave central; una casulla hecha jirones, una estola manchada, cirios rotos, candelabros retorcidos, hasta las figuras del belén: todo estaba esparcido por el suelo.

La puerta del tabernáculo había sido violentada. Sobre el altar, destrozado, quedaba el cáliz vacío, abollado, que adrede había yo dejado allí. El retablo del altar había sido despedazado con alguna hacha, al igual que la balaustrada de madera tallada. Con ensañamiento infernal, también la sacristía había sido asolada y todo cuanto estaba consagrado al servicio del altar, incluso la más pequeña hijuela, había sido arrojado al suelo, desmenuzado, cubierto de lodo. La vieja imagen de San Jorge yacía en el suelo, al lado del comulgatorio; al caer, se había roto los dos brazos. Un solo lugar de la iglesia había quedado intacto: desde su altar lateral, la imagen de la Virgen, con las manos cruzadas, contemplaba aquel espectáculo de la profanación de nuestra Santa Casa.

Abandonamos la iglesia por la salida posterior, y descendimos por la ladera del montículo cubierta de maleza, sin saber a ciencia cierta hacia dónde dirigirnos. Por el camino oímos un ligero crujido en el matorral. Al indagar lo que era, descubrí una vieja amiga: orgullosa y erguida, picoteando con fruición la comida esparcida en abundancia y con la cresta muy hinchada, se pavoneaba una de mis gallinas Plymouth-Rock. Las aves restantes o habían sido asadas o servido de blanco en competiciones de tiro. Ésta, la única superviviente de su corral, que siempre había caminado a su

antojo, con la mayor naturalidad se había escapado de la hecatombe.

Desde el camino de San Lorenzo se oyó el crujido de un carro. Tres tipos siniestros, con uniformes de oficial, con vueltas de color verde, estaban sentados juntos en el pescante. No llevaban prisa, y, soñolientos, miraban distraídamente. Yo les di la voz de que nos dirigíamos a la iglesia de Stolzhausen. El carruaje no paró, pero uno de aquellos inquietantes individuos me hizo señas de que podíamos seguir nuestro camino. Fue nuestro primer encuentro con los comisarios de la NKVD, a los cuales el ejército tenía que ceder los territorios conquistados.

Descontando los aviones de exploración rusos, que sobre nuestras cabezas volaban hacia el frente, durante todo el camino no oímos el menor ruido. Un solo carruaje pasó por la carretera, cubierta de hielo; un carro cerrado, como lo empleaban nuestros campesinos para transportar sus terneras o sus cerdos al mercado. Su interior estaba lleno de colchones, sujetos con cuerdas. Al pasar por delante de nosotros, oímos gemidos y estertores, y, consternados, advertimos que, de la parte posterior, colgaban algunas piernas desnudas, azuladas del frío. Tratamos de hacer ver al cochero de aquella «ambulancia», un Iván vejete y jovial, que tenía que arropar de nuevo a sus heridos si quería que salieran con vida de aquel transporte. Él nos saludó, campechano, mas ni siquiera se molestó en echar una mirada sobre su «cargamento»; estoicamente se encogió de hombros, murmurando: *Nichevo* (No importa).

Empezaba ya a oscurecer; nos dijimos que sería demasiado peligroso llegar hasta Stolzhausen. A la izquierda, en el valle, estaba la granja de la familia Werr. Junto a la puerta descubrí a la madre Werr. Al vernos ella, lentamente bajó la escalera y acudió a recibirnos al portal de entrada al recinto.

—¡Dios mío, señor cura! —exclamó desde lejos—, pero ¿aún está vivo?

Sus dos hijas, Cristina y Mónica, temerosas de dejarse ver, no se atrevieron a cruzar el patio, pero la madre, tomán-

dome de la mano, me condujo hasta el corral de las aves. La última gallina enana de las que el padre Werr con tanto cariño había cuidado, se hallaba, con la cabeza agachada, como si estuviera triste, frente a un montículo de tierra recién cavada.

—Por favor, deles la bendición, señor cura —dijo la señora Werr—. Hemos tenido que enterrar aquí mismo al padre y a la hija Úrsula.

En mi mente vi la cara serena, casi de iluminado, de aquel hombre que poco antes había dicho que Dios llamaba primero a los que más quería. Y vi también los ojos desorbitados de la valerosa Úrsula, que prefirió entregar su vida antes que su honor, y volví a sentir el apretón de su mano vigorosa, que año tras año había conducido el arado por los campos y últimamente había hecho sonar nuestro órgano desafinado.

—Señor cura —me rogó la madre Werr, cuando yo hube pronunciado la oración por los difuntos—, quédese con nosotros. En la vecindad bastante trabajo encontrará para los próximos días.

Gustosamente acepté la invitación de la madre Werr. Atravesando el patio, regresamos a la casa, por delante de una vaca sacrificada, de la que únicamente habían aprovechado algunos pedazos de carne. Un poco más allá, yacían dos cerdos, de los que tan sólo habían cortado los solomillos. Esparcidos sobre el patio, había pedazos de carne podrida, montones de lodo, latas de conserva abiertas.

En el interior de la casa, reinaba el caos, pero también de las paredes colgaban intactos cuadros e imágenes religiosas. La señora Werr se disculpó de que aún no había puesto en orden la casa, pero que, de momento, prefería dejarla en aquel estado repelente, para evitar que más tropas de las que seguían pasando se aposentaran allí.

Mónica me mostró el lugar donde su padre había sido asesinado de un balazo entre los ojos y otro en el pecho. Luego me condujo al desván, hasta el charco de sangre que había dejado Úrsula. Todos juntos habían rezado durante la noche en su oratorio, relató Mónica. Poco después de medianoche,

se habían oído algunos disparos en el patio, y los perros habían aullado. «¡Mujer, ven!», había dicho el soldado a Úrsula al arrastrarla hasta el desván. El resto de la familia había sido mantenida a raya en el pasillo por otro ruso con la metralleta a punto de disparar. Poco después habían oído a Úrsula cómo por tres veces llamaba a gritos a su padre. Seguidamente se habían oído dos disparos. El soldado, furioso, se había precipitado por la escalera, y, con una horrible blasfemia, también había matado al padre, el cual, con el rosario en la mano, había tratado de proteger a sus dos hijas restantes. Luego los rusos habían obligado a la señora Werr y a Mónica a enterrar en seguida los cadáveres. El arenoso suelo del corral era el único lugar donde había sido posible hacerlo, pues fuera, en el huerto, la tierra, por la helada, estaba dura como una piedra.

Mónica, la más avispada de las cuatro hijas Werr, seguidamente me explicó por qué su cuarto de estar y el oratorio aún se conservaban en buen estado. Cuando hubieron enterrado a Úrsula y al padre, un batallón entero había hecho alto en la granja. El comandante ruso les había dado palabra de que aquella noche estarían bajo su protección personal. Había montado tres guardias y procurado que nada se tocara en la pequeña habitación que les había asignado.

El oficial ruso había cumplido con su palabra. Aquella habitación fue la única del pueblo que no fue saqueada. En aquella milagrosa salvación de la vergüenza que casi todas las demás muchachas y mujeres tuvieron que sufrir, los supervivientes de la familia, creyeron reconocer con razón que Dios había oído las plegarias del padre y de la hermana, y había aceptado el sacrificio de su vida.

A la mañana siguiente, después de la misa por el descanso de las almas de los asesinados, que celebré en el mismo oratorio en el que toda la familia reunida habíaorado por última vez, la hermana Imelda y yo reemprendimos nuestra gira por las granjas circundantes. Había que dar sepultura a los muertos, consolar a los supervivientes.

A campo traviesa pisamos la nieve. Hacía frío. Mónica

me había dado la pelliza de su padre, la misma que llevaba al ser asesinado. Había lavado cuidadosamente las manchas de sangre. Directamente sobre el corazón, podía verse el orificio de la bala mortal, y uno mayor a la espalda del tabardo. Las mangas estaban forradas de piel nueva de cordero. Esta prenda tan práctica, de la que el «padrecito», al llegar la primavera, difícilmente había sabido separarse, era para mí el atavío ideal. Muy caliente por dentro y en su exterior, sobre todo a la altura del pecho y en los extremos de las mangas, muy poco apetitosa y gracias a los dos agujeros un tanto ventilada, tendría que rendirme servicios inestimables.

Casi tanto como por su propia desgracia, la madre Werr se sentía afligida por lo que podía haber ocurrido a los vecinos al otro lado del monte, en especial al viejo Moschall, en cuyo favor Werr, algunos días antes, con tanto calor me había hablado, precisamente porque sabía lo testarudo que era aquel viejo avaro y lo difícil que le sería adaptarse a lo que iba a venir. Más empeñado en salvar su leña de las manos de los fugitivos medio muertos de frío que en salvar su alma de las garras del demonio, muy pocos días hacía que me había echado de su granja con cajas destempladas. Por fin, después de larga búsqueda en aquel mar de desolación, dimos con Marie, su hija, de cincuenta y tres años; yacía sobre el heno, en el establo de las vacas.

—Marie, déjate de dar de comer al ganado —le dije al verla—. Ya se cuidarán los rusos de hacerlo mañana. Cosas más importantes son las que hay que hacer. ¿Dónde está tu padre?

Con la cabeza calenturienta, descendió por la escalera. Su brazo derecho colgaba de un cabestrillo sucio, manchado de sangre, hecho de jirones de una camisa. La hermana Imelda condujo a casa a la enfebrecida, le lavó la herida de arma de fuego de su costado derecho y la metió en la cama.

Una mujer fugitiva de los Masures, nos informó escuetamente, en su jerga germano-polaca:

—Vino ruso. ;Reloj, aguardiente, soldado alemán! A hombre viejo le dan porrazo con escopeta, ruso le empuja a caja

dinero. Grita ruso: «¡Abre ya, *yob tuy matj!*» Hombre viejo, nervioso, no acierta cerradura. Ruso dispara un tiro, mata viejo; otro tiro, María herida pecho. Huye ruso, lejos. ¡Ay, pobrecitos de nosotros, ay Dios mío!

Encontramos el cadáver del granjero sobre un haz de paja, entre sus colmenas. Éstas habían sido volcadas, y las abejas destruidas del mismo modo que en todas partes del país: se sostenían las colmenas sobre un fuego, hasta que quedaban ahumadas, luego se derretía la miel, que era saboreada allí mismo.

Enterramos al viejo granjero a la manera de los frailes cartujos. Su cadáver fue colocado sobre una tabla, la cabeza descansando sobre paja. Abrí los dedos de su mano derecha, que aún mantenían sujetas las llaves del arca de caudales, y en su lugar metí un crucifijo. Cubrimos el cuerpo con un sudario, y lo amortajamos con una recia manta de caballos, sujetándolo todo con alambre de teléfono.

Mientras yo preparaba el cadáver para que fuera sepultado, las mujeres cavaron la fosa. Francisca y Juana, las dos nietas del viejo campesino, recubrieron la sepultura con siemprevivas. Las muchachas, casi niñas aún, iban disfrazadas de mujeres viejas; llevaban amplias faldas y delantales que les llegaban hasta los pies, las cabezas enfundadas en pañuelos al estilo ruso, y las caras embadurnadas de hollín.

Al finalizar la inhumación, salió María para cantar con nosotros la *Salve Regina* y echar la primera paletada de tierra sobre la sepultura. Sobre una sencilla cruz de madera escribí nombre, fechas de nacimiento y defunción del granjero y con ella marqué el lugar de la tumba.

La hermana Imelda, mientras tanto, había vuelto a conducir a María a la casa, cuidando de ella todo lo bien que se podía. Animamos a las dos jovencitas a trasladarse a una granja más apartada, de parientes suyos; allí quizá no las molestaran tanto. Nunca olvidaré la expresión de pavor en sus grandes ojos, al rogarme la bendición para el camino y al desaparecer como dos fantasmas por los penumbrosos campos.

También la hermana Imelda y yo tuvimos que darnos prisa. Elegimos el sendero que conducía por el barranco, por delante de diversas granjas destruidas. Al llegar a la de Grimm, hicimos alto. Sin hablar, con lágrimas en los ojos, el abuelo Grimm nos invitó a entrar. Su barba, siempre tan cuidada, parecía un trigal asolado por el granizo. Los rusos le habían sorprendido en su pajar, a culatazos le habían dejado maltrecho, le habían arrastrado a su casa, y, en su presencia, habían violado a su mujer y sus tres hijas y matado a su sobrino Hugo.

Hugo, un inválido gravemente enfermo, no había podido levantarse de la cama por haber sido operado recientemente del pulmón. Al descubrir los rusos una fotografía de soldado del hijo, muerto en la guerra, ciegos de cólera echaron al enfermo de la cama, le maltrataron y le mataron a tiros. Mientras todos seguían anonadados por el pánico, hicieron salir a las mujeres de la casa, y, frente al silo de patatas, las hicieron poner en fila. De pronto se oyeron algunos disparos. Una niña de catorce años, Greta Radau, cayó al suelo. Un soldado la cubrió con una arpillera, y al advertir que la muchacha seguía moviéndose, con sus pesadas botas se puso a patear sobre el saco.

Las demás mujeres fueron sometidas a un examen que nadie más pudo presenciar. Finalmente fueron elegidas tres, para «pelar patatas», según se les dijo. Las tres eran las hijas de la familia Grimm. La madre imploró a los soldados que al menos dejaran a la mayor, de cuyo marido no había noticias, para cuidar de sus hijitos. Cuando la señora Grimm mostró las dos pequeñas criaturas, se adelantó uno de los soldados y levantó a las criaturitas, besándolas y acariciándoles las mejillas. Después de haber jugado un rato con ellas, las devolvió a la madre.

Cuando los rusos se hubieron marchado, la madre Radau, a través de la ventana, miró hacia la arpillera del patio.

—¡Dios mío, aún se mueve! —exclamó, y corrió hacia fuera.

Su hija aún vivía, si bien sangraba de cuatro heridas. La

vendaron y ella, rápidamente, recobró los sentidos, y, con gran devoción y alegría, recibió la Santa Comunión.

Desde nuestro cuartel general, a la mañana siguiente, nos desplazamos a la propiedad de los Nieswandt, situada junto al linde del bosque. Los Nieswandt tenían nueve hijos. Cuatro de ellos convalecían de una grave difteria cuando llegó un pelotón de vanguardia ruso, a caballo. Los soldados pretendieron lo de siempre, y al no poder satisfacer sus deseos por las buenas, mataron a la madre y la hija María, de dieciséis años, de una ráfaga de metralleta. Los demás niños presenciaron la escena, y los cuatro convalecientes, de la impresión, sufrieron una grave recaída.

Al volver yo dos días más tarde, tuve que bendecir también los cadáveres de Dorotea, de diecisiete años, y de sus pequeñas hermanitas Clara, de cinco, y Cecilia, de tres. El pequeño Pablo, de siete años, estaba a un paso de la muerte. Rompí una partícula de la Sagrada Hostia, y, después de una breve iniciación en el catecismo, le ofrecí la Primera Comunión. Conmigo pronunció la oración de gracias tan bien como su estado de asfixia lo permitió. Poco después de la Extremaunción, también él cerró los ojos para siempre. Por cuatro veces vi al desdichado padre cómo sacaba los cuerpos de sus hijos muertos por el umbral de la casa, antes de ser él mismo secuestrado por los rusos, aquella misma noche.

Para la población de los pueblos ocupados fueron dictadas disposiciones, impresas en carteles rudimentarios. Después de un prolijo preámbulo sobre nuestra liberación y las maravillosas perspectivas de un nuevo sistema democrático, se ordenaba que nadie abandonara su casa ni el pueblo, que todos se hicieran registrar y que los habitantes varones entre los diecisiete y sesenta años, con mantas y provisiones para quince días, el 15 de febrero se presentaran para ser movilizadas en el Segundo Ejército Bielorruso.

Esa disposición me indujo a acelerar mis giras de visita a la parroquia tan cruelmente castigada. A la hermana Imelda, desde entonces, la hice quedarse en casa.

Era de noche cuando llegué a casa de los Werr. Por el



camino de regreso, a campo traviesa, me produjo un gran desgarrón en mis pantalones. Por esa feliz circunstancia, los soldados saqueadores ya no mostraron su peligroso interés por prenda tan valiosa. Aún no había acabado de calentarme junto a la estufa de azulejos de la madre Werr, cuando el perro de la granja, *Fido*, que milagrosamente seguía vivo, prorrumpió en nerviosos aullidos. Salí al umbral de la casa, di la bienvenida a los visitantes nocturnos y pregunté qué deseaban. Ellos, sin hacerme el menor caso, silbando, se pusieron a ir de habitación en habitación, sobre los escombros esparcidos sobre el suelo y se pusieron a tocar el piano. Al terminar su inspección, en la sala de estar se hicieron servir café con pan y mantequilla. Mientras comían, sus ojos, inquietos e incansables, estaban al acecho.

El cabecilla, un capitán rubio y alto, se sentó enfrente de mí y contempló el crucifijo que yo guardaba en el bolsillo interior de mi chaqueta. Sus dos compañeros, asombrados, inspeccionaron mientras tanto mi sotana, colgada al lado de la estufa. Yo les mostré mis libros litúrgicos, tratando de convencerlos de que era un sacerdote católico. El capitán, con gran minuciosidad, registró mis bolsillos, sacando hasta el último lápiz, el último pañuelo. Él, para sonarse la nariz, así acababa yo de verlo, usaba elegantemente sus dedos. Su interés se concentró en mi cartera. Encontró allí un diccionario ilustrado germano-ruso, que había sido editado para uso de los obreros rusos en Alemania. El ruso se mostró encantado con la original explicación de las palabras por medio de imágenes, y por algunos minutos se deleitó con su botín.

Luego me preguntó por el significado de algunos documentos que cayeron en sus manos: el certificado de mis órdenes sacerdotales, mi título de bachiller, mi diploma de doctorado. Cuando, frente a este último, titubeé un instante, desperté su suspicacia. Mónica trató de ayudarme y con ingenuo orgullo explicó que aquel documento confirmaba que yo había sido nombrado doctor en teología.

Al oír el capitán la palabra «doctor», saltó de su asiento, cambiando bruscamente de actitud. Yo me esforcé en hacerle

ver que ello nada tenía que ver con la medicina. Ni Enrique, el ucraniano —aún seguía con nosotros, en funciones de intérprete— consiguió reducir su desconfianza ni convencerle. Sus dos compañeros, mientras tanto, sin hablar, se calentaban cerca de la estufa. Sin más ni más, el capitán se metió el diploma en el bolsillo, devolviéndome los demás documentos.

Antes de marcharse, despedazó el diploma impreso sobre papel fino y lo repartió entre sus camaradas. Los tres sacaron un puñadito de tabaco de sus bolsillos, lo vertieron sobre el papel, lo enrollaron y encendieron su *papiroska*. Al ver cómo aquel orgulloso testimonio se deshacía en humo, tuve que pensar en la ceremonia que precede a la coronación del Papa, cuando el cardenal diácono prende fuego a un puñado de estopa y pronuncia las palabras: «Efímera es la grandeza del mundo». Cuando los oficiales, con sendos cigarrillos, nos abandonaron, nos preguntamos qué epílogo podría traernos aquella visita. La situación no nos pareció muy clara.

A la mañana siguiente tuve que ayudar a accionar la máquina de embutir, para moler trigo remojado, pues se nos terminaba el pan. Mi pacífico trabajo fue súbitamente interrumpido, al caer un disparo en la granja y oírse el lastimero aullido de *Fido*. Al sacar la cabeza tras la puerta, para ver lo que sucedía, recibí un fuerte golpe de látigo sobre la cabeza. Por un momento quedé atontado, hasta que me di cuenta que los rusos me increpaban: «¡Manos arriba!»

Nuestros rudos visitantes eran los campechanos huéspedes de la noche anterior. Ordenaron que todo el mundo saliera. Al traspasar yo el umbral, advertí la cara, contraída por la rabia, del capitán. Sacando su pistola, me cubrió de obscenas imprecaciones, mientras, con la otra mano, me iba abofeteando a diestro y siniestro. De vez en cuando, gesticulaba en dirección a la granja de los Neuwald. Por fin comprendí lo que buscaba: la señora Neuwald. Ella, la noche anterior, mientras el capitán perseguía a sus dos hijas, había saltado por la ventana y se había escondido entre la maleza de un terreno pantanoso, hasta que los pies se le congelaron. Al apuntar el día, cautelosamente se había dirigido a nuestra

casa, para calentarse. El capitán estaba furioso por haberla buscado infructuosamente.

Mientras tanto, habían ordenado a las mujeres que formaran fila en el patio. Una sola mirada sobre la formación me convenció de que la señora Neuwald no tenía noción del peligro que corría. Al parecer, no la reconocieron. ¡Había que pensar con rapidez! En la vertiente de enfrente estaba el cadáver de una mujer a la cual todavía no habíamos podido dar sepultura por estar el suelo demasiado duro por el frío. Mostrando aquel cadáver, contesté al impaciente general, tan serenamente como pude:

—La mujer muerta que ve allí, no es de la granja que usted señala, sino de la última casa de la colina, más allá de la carretera.

Por un instante, el ruso se distrajo. Mas luego me pegó la cara con redoblada furia. Con más insistencia señaló la casa que él quería decir, y volvió a preguntarme dónde estaba la mujer que la noche anterior había saltado por la ventana de aquella casa. A él le interesaba la mujer viva, no la muerta. Con el mismo tesón con que él preguntara, le repetí yo mi respuesta, añadiendo que, aunque me matara, no podía decirle sino que aquella mujer muerta de la vertiente no era de la granja que él indicaba, sino de la casa más allá de la carretera. Exasperado y amartillando su pistola, me dio un puntapié con sus pesadas botas, y a golpes me empujó hacia un montón de paja que había entre el granero y el corral.

Las caras de las mujeres, por delante de las cuales fui empujado, estaban rígidas de terror. A todas ellas, así como a mis demás feligreses, las encomendé al cuidado del Buen Pastor. Lo curioso fue que en aquel momento en que creí dar mis últimos pasos, no sentí el menor temor. Más bien me sobrevino una maravillosa sensación de paz y de alegría.

Al llegar al montón de paja, el capitán me ordenó que me volviera y le mirase a la cara. Enfáticamente repitió sus pretensiones, diciendo que aquélla era mi última oportunidad. Yo, muy tranquilo, por última vez le declaré:

—Puede matarme si quiere, pero la verdad es que aquella

mujer de la vertiente no procede de la granja que usted señala, sino de la casa más alejada.

Indeciso, vaciló un momento, como un perro enfurecido al que tranquilamente se planta cara. Aquel silencio sepulcral fue interrumpido por el traqueteo de un coche que entró en el mismo patio. De él saltaron dos oficiales. El mayor de ellos parecía ser un comisario de alta graduación. De mal talante preguntó al capitán:

—¿Qué sucede aquí?

El capitán se vio obligado a encubrir su motivo verdadero, pues ya habían transcurrido las primeras cien horas de libertad ilimitada para matar, robar y violar. Dio al comisario una respuesta ambigua, aduciendo, por lo que pude comprender con gran esfuerzo, que él había descubierto que yo era un *wratch*, un médico del ejército. Me puse a protestar, gritando al comisario:

—*No wratch! Documenti! Pope!*

Con el empeño de apartarme de la línea de fuego de la pistola apuntada, me acerqué al comisario y le mostré mi permiso de conducir, que llevaba una fotografía mía con traje talar. El comisario lo cogió e hizo como si lo leyera con detenimiento. Por fin, con un gesto altivo, dio la orden:

—Déjelo en paz. Un estúpido cura no vale la pólvora de un disparo.

El miedo, que en los momentos de extremo peligro no había sentido, se presentó con creces al volver a estar todos solos en casa, y meditar sobre lo que convenía hacer. Hasta después de largo rato no se me ocurrió despertar el «arrepentimiento y pesar» por mis pecados. No me sentí más confortado al oír cómo los Neuwald, con toda franqueza, trataban de persuadir a mi huésped de que el cura era la causa de su situación insegura y que más valdría que él se marchara. Pero la señora Werr no se dejó amilanar y me animó a quedarme un día más. Estaba convencida de que mi súbita desaparición, precisamente después del incidente, sería fuente de nuevas suspicacias. Nadie protestó, cuando, después de

larga discusión, los Neuwald decidieron, por su parte, abandonar la casa.

Cerca del mediodía fuimos al granero para ayudar a Mónica en su tarea de desgranar un poco de trigo. De pronto, la muchacha se echó sobre la paja y prorrumpió en sonoras carcajadas. Duró un buen rato hasta que por fin, dominándose, pudo explicarme el motivo de tan insospechada hilaridad. Nos mostró un orinal que tenía a sus pies, entre la paja. Los incautos soldados de la cultura habían elevado aquel práctico recipiente a la dignidad de sartén, como, con gran regocijo pudimos comprobar Mónica y todos nosotros, en vista de los residuos de carne y salsa que en él había.

Este festivo interludio fue bálsamo para nuestros nervios en tensión. Mas apenas entrar de nuevo en la casa, volvió a sobresaltarnos el insistente ladrido del único perro aún existente, ahogado en el acto por una salva de disparos. Volvieron a hacer acto de presencia nuestros tres inefables amigos rusos. Silbando, entraron en la habitación jovialmente, como si nada hubiese sucedido, merodearon por la casa, hicieron como si se hubiesen dejado algo olvidado sobre el piano y terminaron por sentarse para tomar un vaso de leche y probar nuestro pan recién salido del horno. Pero no tenían hambre y, tan inopinadamente como habían surgido, volvieron a desaparecer.

A la mañana siguiente cundió la noticia de que otra vez se habían llevado a media docena de hombres. Todos eran padres de familias numerosas. ¡Uno de ellos, nuestro alcalde, de setenta y tres años; otro, Groks, el herrero del pueblo. El modesto granjero Greif estaba tan enfermo que, a los seis kilómetros fue abandonado en la cuneta; allí, más tarde, fue recogido muerto.

El domingo de quincuagésima, después de la misa, una mujer me entregó un librito: la edición de guerra del breviario para soldados alemanes.

—Señor cura —me dijo—, lo tengo de uno de los tres soldados alemanes que hemos enterrado en nuestro jardín.

Formaban parte de aquellos quince hombres que durante

veinticuatro horas habían defendido la entrada de nuestro pueblo.

—Acababan de rechazar un fuerte ataque de los rusos —siguió relatando la mujer— y aprovecharon el paréntesis de calma para llevarnos a un soldado de sanidad malherido; un proyectil le había atravesado la cintura. Lo colocamos en una cama; su primer ruego fue que sacáramos de su bolsillo, empapado de sangre, un librito: era este breviario. Como no había médico, nosotros mismos procuramos restañar la sangre. Pese a sus grandes dolores, el hombre se esforzó en rezar con aquel libro. Un poco más tarde fueron entrados dos heridos más. Él, orando en voz alta, trató de consolar a sus camaradas. Entonces los rusos reemprendieron el ataque, esta vez con dos tanques pesados, y obligaron al puñado de alemanes a batirse en retirada. Al entrar los primeros rusos en la habitación, lo primero que hicieron fue matar a los tres heridos.

Abrí el libro, manchado de sangre, agujereado por un proyectil, y sobre la primera hoja leí el nombre escrito de José Gries. Luego estaban reseñadas las poblaciones por las que había pasado: de Polonia, en 1939, a las fortificaciones del Oeste; luego, a través de Bélgica y Francia, hasta Burdeos, y, a través de Bulgaria, a Grecia. En 1942 fue enviado al frente ruso meridional y atravesó Ucrania hasta Stalingrado. Allí fue herido, y en avión enviado a Dantzig. Curó en un lazareto y fue reincorporado al frente ruso. La última población reseñada era la de Insterburg. Aquel soldado era natural de Seeburg, lugar a unos quince kilómetros de nosotros. Su valioso libro, por todos los campos de batalla de Europa, lo había acompañado hasta la tierra de sus padres y la patria celestial.

El día siguiente nos trajo dos acontecimientos especiales: Uno fue la llegada de un médico ruso, el primero que tuvimos ocasión de ver. Se instaló en casa de Berta Poschmann. De él se decía que era amable y campechano. Operaba sin grandes remilgos, si bien resultaba que casi todos sus pacientes se morían: unos treinta y cinco en la primera semana. El otro

acontecimiento nos produjo gran alarma: en el pueblo, y en distintos lugares, había sido fijado un bando, en un alemán pésimo, apenas inteligible. Yo leí con detenimiento aquel *prinkas* y de él descifré lo siguiente:

El general en jefe del segundo ejército bielorruso ordenaba, bajo pena de largos años de prisión y hasta de muerte, que la población de este pueblo se personara en la comandancia de Wernegitten, para ser registrada. Todos los hombres entre diecisiete y cincuenta años serían destinados al segundo ejército bielorruso. Deberían llevar consigo un equipo de invierno y uno de verano, un colchón y víveres para quince días.

Me creí en el caso de hacer una visita de presentación al médico militar ruso, esperando enterarme de lo que significaba aquella orden. ¿Realmente se exigía que todos, niños, mujeres, ancianos, enfermos, se trasladaran a pie a Wernegitten para ser registrados? Más absurda aún me pareció la orden de movilización, después de haber sido asesinados o secuestrados todos nuestros hombres de la edad correspondiente.

A la entrada de la casa de los Poschmann, me encontré con un soldado ruso de cierta edad, cuya bicicleta creí reconocer. Era la misma de la que caí aquella noche en que Berta Fuhge nos dio la señal para la huida. Que vaya directamente a la sala de operaciones, me hizo saber el afable soldado. Allí, la gran mesa del comedor había sido extendida en toda su longitud. En un testero vi dos cubos, sobre una silla había un puñado de instrumentos quirúrgicos al lado de una botella de desinfectante; algunas botellas más estaban sobre la repisa de la ventana.

Sobre la mesa yacía un soldado mongólico desnudo, que era operado en el vientre y que gemía lastimeramente. Era sujetado por un soldado de tez oscura y manos sucias. Al verme, el médico me señaló con su escalpelo la puerta de la habitación contigua; que allí le esperara. Después de terminada la operación, con aire alegre y jovial se acercó a saludarme, me hizo tomar asiento, me ofreció un pedazo de papel

y algunas migas de tabaco, invitándome a liarme una *papiraska*.

—Usted seguramente será el oficial de más alta graduación en este lugar —traté yo de halagarle—, y me alegra que tengamos un comandante. —Al verle sonreír complacido, me presenté como párroco y le pedí autorización para enterrar a los muertos que aún no lo estaban.

—¡Entierre, entierre lo que quiera! —dijo—. Hace bien en cuidarse de ello. Si viene un deshielo, podría producirse una epidemia.

Intentamos entablar conversación, y yo, con tiento, le sonsaqué sobre las disposiciones militares; él recalcó que no había excepciones. Todos debían ir a Wernegitten para ser registrados.

—¿Y alguno de nosotros será llevado a Rusia para trabajar allí? —pregunté.

—No —me aseguró—, todos tendrán trabajo aquí mismo, en esta región.

Luego me indicó el cadáver de un soldado ruso, cerca de una casa incendiada, y me rogó que también enterrara a aquel hombre. Al asentir yo, añadió que el soldado no debía ser inhumado con honores ni tener una sepultura adornada, pues era un malhechor. Su oficial le había fusilado allí mismo por haber desobedecido su orden. Había incendiado la casa de un matrimonio de ancianos sin permiso, sin que antes hubiera sido registrada oficialmente.

De esta forma me enteré por primera vez de que el mando de las fuerzas de ocupación rusas procuraba restablecer la disciplina con todo rigor, después de haber dejado que fuera reemplazada por el terror más brutal. Pregunté al médico militar si no había un modo de proteger a nuestras mujeres contra las constantes violaciones.

—¡No! —fue su respuesta escueta—. Mujeres alemanas son botín de soldados rusos. Hitler: ¡Raza! Stalin: ¡Fuera raza! Mujer alemana y soldado ruso: ¡Buena raza!

Esta cínica justificación del atropello sistemático, inhumano, de nuestras mujeres y muchachas, que ensombrecía



todos los demás horrores de la guerra, más aterradora me pareció por ser pronunciada, con toda tranquilidad, por un ruso evidentemente educado y bondadoso. Si bien mi anfitrión no me descubrió nada nuevo al citarme ejemplos de malos tratos, secuestros y exterminación de su pueblo en su ciudad natal de Jarkof por la ocupación alemana, esta conversación me hizo ver la terrible sucesión de calamidades que la criminal política racista de Hitler había desencadenado. ¿Cómo interrumpir la continuidad de aquella cadena sino aceptando el dolor que se nos causaba como expiación de aquella culpa común que a todos nos envolvía?

Los dedos del médico estaban cubiertos de costras de sangre y suciedad, y su bata blanca, al parecer la única que poseía, estaba cubierta de manchas.

—¿Podría darme permiso para volver a abrir mi iglesia? —le pregunté al finalizar nuestra entrevista.

—Eso no es de mi competencia —contestó él—; le darán razón en la comandancia de Wernegitten.

Al dejar la habitación del doctor y atravesar la «sala de operaciones», el paciente seguía extendido sobre la mesa. Sus miembros, desnudos, estaban azulados; sus gemidos iban remitiendo poco a poco.

No tuve ninguna prisa en presentarme en Wernegitten. Cuando, finalmente, me decidí a hacerlo, me vestí como si tuviera que emprender un largo viaje. Al salir uno de su casa, nunca sabía cuándo volvería. Llevaba dos juegos de ropa interior de lana, dos pantalones, dos *pullover* de lana y un abrigo de «Loden» verde. Encima me puse la pelliza del padre Werr, que Mónica me había dado después de la muerte de éste. Satisfecho, comprobé que ningún ruso con aprecio de sí mismo sentiría deseos de robarme aquel atuendo ni de interesarse por mis galochas, cortadas a la altura de los tobillos.

Por el camino no me topé ni con un solo soldado ruso. Los había muertos, junto con soldados alemanes, al borde del camino. Sobre las diez, llegué al pueblo y, por lo pronto, fui a ver a mi colega. Encontré al reverendo Teschner en la buhardilla de su rectoría. Estaba muy cambiado; en la cara llevaba

escrito lo que él y su parroquia habían tenido que sufrir. Se le habían pasado las ganas de bromear.

—Los primeros que llegaron eran tropas seleccionadas de Siberia, y su comandante el demonio en persona. En cuanto supo quién era yo, dio orden de fusilarme. «¡Fuera de aquí este viejo!», gritó. Un centinela recibió la orden de ejecutar-me. El soldado, amablemente, me llevó por el patio hasta el corral de las aves y cargó el fusil. Mientras tanto, iba murmurando: «No tengas miedo. ¡Pobre viejecito!» Levantó el fusil y disparó tres veces. Las balas rozaron mi cabeza y él, de pronto, se puso a increparme: «¡Métete por ahí, recontra! ¡Al corral, viejo loco! No creas que todos los comandantes son tan cerdos como el nuestro!» Luego dio la vuelta, se presentó a su jefe y le dio parte: «¡Orden cumplida!» Mi ama de llaves pudo ver cómo por recompensa le dieron un vaso de vodka. Cuando se hizo de noche, me escabullí hasta una pequeña granja cerca del lago, y allí me escondí hasta que, algunos días después, fui restituido a mi rectoría por uno de los oficiales sucesores.

No pude permanecer mucho tiempo con el padre Teschner. Al salir, eché una ojeada a su espacioso despacho; estaba atiborrado hasta el techo de muebles valiosos. Fuera, en el jardín de la rectoría, había una docena de pianos y armonios. Sobre la nieve, por todas partes, se veían relojes de pared y de sobremesa de diversas formas. Las esferas, por los impactos que llevaban, habían servido de blanco en competiciones de tiro. También la iglesia estaba atestada de muebles. En el cementerio había más muebles que tenían que ser almacenados en las naves laterales.

Al entrar en la comandancia, instalada en la escuela, oí la voz gangosa de un acordeón. Seguí en dirección de donde provenía aquella música soñolienta, hasta encontrar un funcionario. Era brigada de las milicias y llevaba el distintivo verde de la NKVD, la policía de Estado rusa. Sentada junto a él, una polaca joven y gorda le distraía con su acordeón. El uniforme de ella consistía en un gorro de cocinero. Una sola mirada sobre las caras, asoladas por las orgías celebra-

das, me bastó para cerciorarme de lo que podíamos esperar de la nueva «administración». Si bien la gorda no ostentaba cargo alguno —seguramente acababa de ser acogida como intérprete—, ya había sabido hacerse imprescindible a los nuevos señores; ella parecía ser el árbitro de la situación.

Con algún trabajo puse en claro que el registro de personas había sido aplazado algunos días, hasta que al escribiente del regimiento le hubiera pasado la mona. Pero seguía en pie la orden de que, quien en el plazo fijado no compareciese, sería traído a la fuerza por las milicias.

Aproveché la ocasión para explicarles que yo, según reglamento de la Cruz Roja Internacional, no podía ser alistado en el ejército por dos motivos: primero, porque era párroco de Süssenberg; segundo, porque solamente tenía un pulmón sano. Por esos motivos el mismo Hitler no me había moviliado.

La gorda, tras su acordeón, contestó lacónicamente:

—;En Unión Soviética, popes no! ;En Unión Soviética, inválidos no! En «Rossia» crecerá nuevo pulmón!

Abandoné la comandancia con la siniestra certidumbre de que serían muchos los deportados; pero, por lo pronto, nos quedaba un plazo de tres o cuatro días.

En mi camino de regreso a Süssenberg, hice alto en la casita de mis parientes. Al enterarse tía Elisabeth de aquel último plazo de gracia, su cara resplandeció:

—;Qué bien! Tres días me bastarán para que pueda terminarte los calcetines de lana que te estoy haciendo. Así tus piernas estarán calentitas cuando en la Siberia vayas a cazar turones.

En aquellos días, la patria de día en día se nos hizo más extraña. El aspecto de aquellos parajes ya no nos era familiar. Lo que en siglos de trabajo se había logrado, prados y bosques, campos cuidados y caminos y casas y huertos, graneros y jardines, cruces y capillas que adornaban la campiña, en pocos días había sido arrasado y profanado. Y más terribles aún fueron los destrozos en la estructura social y en la vida económica de la parroquia.

La iglesia y muchas casas habían quedado despojadas. Los supervivientes eran concentrados en unas pocas granjas grandes, para facilitar así el saqueo definitivo de cuanto quedaba de ganado, víveres, muebles, camas y enseres. Hasta los seres irracionales tuvieron que padecer lo indecible bajo la ignominia del hombre. Los mismos leñadores, viejos y rudos, con los que en aquellos últimos días libres cavaba sepulturas, se emocionaban, secándose los ojos al tener que presenciar, impotentes, cómo todo el ganado vacuno, los hermosos sementales, a centenares eran conducidos por las carreteras a puntos de concentración, donde, hacinados, morían de alguna epidemia. El traqueteo de las pezuñas quedaba ahogado por el mugido de aquellas reses hambrientas, sedientas y sin ordeñar y el griterío de aquellos salvajes que los conducían, casi siempre merodeadores o jovenzuelos. El animal que por el camino caía extenuado, allí se quedaba.

Pero aún aquel pavoroso exterminio nos deparó la ocasión consoladora de ver cómo era burlada la estúpida fuerza bruta: una maciza vaca de una numerosa manada se dejó caer sobre el camino. Ni gritos ni maldiciones, ni golpes ni porrazos consiguieron moverla de su sitio. El Iván responsable de aquel transporte, después de mirarla largo rato, con cara de estúpido, la dejó en paz. Pero apenas se había alejado unos veinte pasos, la inteligente vaca saltó sobre sus patas, dio la vuelta y, con el rabo estirado, a todo galope, volvió a su establo. Al parecer, sabía mejor que nosotros cómo había que comportarse frente a aquel régimen nuevo.

Lo más lastimoso fue el estado de abandono en que fueron dejados los caballos enfermos de las tropas. En manadas vagaban por los campos nevados, mordiscando briznas de paja o cortezas de árbol. En vano con sus herraduras picaban sobre la superficie helada de los estanques. Por la noche se acercaban a las granjas, en busca de protección contra el frío, pero los establos, o estaban abiertos y fríos, o cerrados. Donde aún quedaba algún potrillo o algún caballo viejo, la gente, aun partiéndoseles el corazón, al oír cómo los pobres jamelgos iban golpeando contra la puerta, procuraban aislar-

lo de los caballos contaminados. Cuando el hambre, el frío y la enfermedad habían minado las fuerzas de los pobres animales, se mantenían inmóviles tras una pared que los protegiera del viento, hasta que caían al suelo.

Dos de estos caballos moribundos los encontré en el huerto de los Werr, la madrugada de uno de los últimos días. El más débil se apoyaba contra un peral, dejando colgar la cabeza casi hasta el suelo. De una herida abierta en el cuello manaba el espeso líquido purulento hasta el hocico. Intenté darle una corteza de pan, pero ya no la comió. Por última vez abrió sus ojos, grandes y nobles, como una muda, triste acusación de un ser torturado hasta lo indecible.

Desde que la NKVD había empezado con el saqueo sistemático y organizado de todos los bienes muebles, el estado de zozobra no nos abandonó ni de día ni de noche. Únicamente podíamos esperar no ser molestados durante las orgías a que los rusos y sus amigos se entregaban cuando encontraban alcohol. En aquellos momentos, con relativa seguridad podíamos reunirnos para ofrecer el Santo Sacrificio. Para hacer partícipes de los consuelos de los Santos Sacramentos a la mayor cantidad posible de personas, yo cada día cambiaba de refugio.

—¡Todos están muertos! —había gritado el mozo Franz, un muchacho de pocas luces, a sus vecinos, refiriéndose a su amo, la esposa y el hermano. Vivían junto a la peligrosa carretera de Heilsberg, y yo esperé hasta encontrar un anciano que estuviera dispuesto a acompañarme a aquella granja, para ver lo que había pasado. Estaba prevenido para lo peor al penetrar en el recinto de la granja, antes tan pulcro y bien cuidado. Su propietario había sido aquel campesino acomodado que no había querido suministrar lana a la muchacha polaca con su criatura y que, por Navidad, no había tenido ni una taza de café para confortar el corazón de «Caruso».

Junto a la escalera de la casa se apoyaba un soldado barbudo con facciones mongólicas y la metralleta apuntada. Yo, haciendo de tripas corazón, me adelanté hacia él, y con el mejor ruso que estaba a mi alcance, procuré hacerle ver que es-

taba allí para inhumar a los muertos. Sin decir palabra, él descendió de la escalera y salió del recinto. Pero desde el interior de la casa se oía ruido. Mi acompañante y yo no nos atrevimos a penetrar en ella. Fuimos primero al granero, luego al pajar, y finalmente a la pocilga, en busca de los cadáveres. No encontramos ni muertos ni cerdos. Pero sí descubrí un par de pantalones estrechos y listados, en buen uso, que podía ponerme además de lo que llevaba. Así que los incorporé a mi equipo, con el propósito de que, debajo de los que llevaba, más anchos, aquellos pantalones me sirvieran de doble protección contra las inclemencias del tiempo, a las que, como me temía, sería expuesto con más intensidad que de costumbre.

Mientras nos encontrábamos en los corrales, de la casa salió un grupo de pillos saqueadores, una docena de polacos y rusos, hembras y varones, cargados de botín. Creímos estar ya seguros y que por fin podríamos entrar en la casa; pero, al acercarnos, seguimos oyendo ruidos. Mi compañero dio la vuelta a la casa, cautelosamente, para indagar la causa. Al mirar a través de una ventana, descubrió una ternera y una voluminosa cerda que se habían aposentado en la habitación. Nos revestimos de valor y entramos. Por lo que podía deducirse del aire pestilente, aquellos animalitos habían sentado sus reales en la sala de estar y en el salón contiguo. Billetes de banco, vestidos, retratos les habían servido para formar su manida. El «querido dinero» de diversas épocas, desde los billetes de mil de tiempos del emperador Guillermo hasta los de Reichsmark de Hitler, estaba esparcido sobre el suelo, manchado de estiércol.

En medio de aquella tétrica transmutación de los valores que hasta entonces más se habían apreciado en aquella casa, y junto a la puerta entre sala de estar y el «santuario» del salón, vimos el cadáver del granjero; a su lado estaban los de su mujer y su hermano mayor. De los magullamientos en cara y cuerpo podía deducirse que los animales habían pasado sobre ellos. Los finos vestidos de lana y las ricas pieles con que iban vestidos los cadáveres, estaban tan llenos de lodo que

ningún profanador de cadáveres los había tocado. Al lado aún se veían dos fardos enormes de buenas ropas, seleccionadas al parecer de los grandes armarios, que los merodeadores seguramente habrían encontrado demasiado pesados para ser transportados. El cuadro era tan espantoso, el hedor tan repelente, que mi acompañante no se vio con ánimos de ayudarme a enterrar los cadáveres. Se apartó y huyó aterrorizado.

La escena era tan impresionante, que en el primer momento no me di cuenta del detalle más terrible. En forma de corona mortuoria, los cadáveres estaban rodeados de ovillos de lana recién hilada. Se veían los sacos en los que, en el fondo de los enormes armarios de roble, habían sido guardados. En la búsqueda de botín más valioso, los saqueadores los habían vaciado sobre los cadáveres y, allí, los habían dejado. Poco podían imaginarse ellos qué significativo era aquel lecho mortuario que habían preparado a aquellas personas que, semanas antes, por uno de aquellos ovillos de lana habían impelido a su sirvienta polaca a la desesperación y al infanticidio.

Con un bolsito de rapé recogido, logré finalmente convencer a un viejo boyero que del pueblo vecino pasaba por allí, a que me ayudara a enterrar los cadáveres en el huerto. Al rogarle que conmigo dijera la oración de difuntos y rogara a Dios que aceptara el horrible fin de aquella altiva estirpe de propietarios como expiación de la culpa de nuestra grey, mi ayudante asintió con gran ímpetu.

—Sí, sí, los viejos aún eran más meticulosos; cuando yo, de chaval, estaba a su servicio, la abuela solamente nos daba con el puré la corteza amarillenta del tocino. La joven, en cambio, de vez en cuando nos cortaba también un poquitín de magro. El abuelo nos pagaba nuestros jornales en la escalera, el hijo ya lo hacía en la habitación, pero, la verdad, también era muy «económico». Eso lo llevaban en la sangre.

Muy poco tiempo quedaba. La NKVD en Stolzhagen había dado la orden severa de que en los días siguientes, la población tenía que personarse en Wernegitten, y habían amenaza-

do con duros castigos si uno solo no obedecía aquella orden. Así que tuve que apresurarme. Hasta entonces no había tenido tiempo de llegarme hasta una pequeña granja en las afueras. Allí se habían refugiado varias familias. También estaba por hacer lo que conviniera por los soldados alemanes caídos.

Con un pequeño grupo de ancianos, aquella misma tarde me trasladé al Monte de las Cabras, la pequeña colina a la entrada de la aldea, donde nuestros soldados habían ofrecido la última resistencia. Algunos de ellos aún yacían insepultos por los campos.

Intentamos identificar a los muertos desvalijados. Los que no llevaban ya consigo chapa de identificación, tenían en sus bolsillos alguna carta o alguna agenda de las cuales podíamos desprender nombre y dirección. Las fotografías de sus familiares —padres, esposas, novias, hijos— se extendían sobre la nieve al lado de los muertos, congelados, con flamantes uniformes forrados, y mezclándose con cartas que, precisamente por su tono trivial, conmovían. La escala de bienes personales abarcaba desde biblias y rosarios, diarios pulcramente llevados, a inequívocas pruebas de una afición a fotografías obscenas y demás vicios del mundo.

Al inhumar los cuerpos allí esparcidos, descubrimos el cadáver de un soldado ruso que había sido aplastado, laminado por un tanque ruso sobre el arado. Yo, por precaución, avisé al médico militar ruso, rogándole que mandara alguien quien pudiera identificar al muerto. Me mandó un afable siberiano de cierta edad. Ya nos conocíamos. Algunos días antes, había metido su nariz en la cocina de la señora Hirschberg precisamente en el momento en que yo ofrecía la Santa Comunión a la familia, incluido el niño sordomudo. Con voz baja y mucha delicadeza, había preguntado si podíamos darle un huevo para sus enfermos, y luego, silenciosamente, se había marchado, sin estorbarnos.

Ahora, al trotar cachazudamente a mi lado, me contó que su mujer le esperaba llorando en su casa de Siberia. Antes de que aquel buenazo de Iván se ocupara del cadáver de su



camarada, levantó un fusil alemán que estaba sobre la tierra, lo examinó con aire de experto, hizo un disparo, soltó su escopeta rusa y se colgó del hombro la alemana; luego, con el machete, excavó el cadáver.

No era de extrañar que aquel hombre hubiera sido atrapado por sus propios tanques. Su uniforme ruso desaparecía bajo los dos trajes azules de paisano y un mono forrado del ejército alemán que llevaba. Todos sus bolsillos estaban repletos de cubiertos y cucharas de plata y demás artículos rapiñados. Al parecer se había especializado, pero al mismo tiempo se había excedido. El viejo soldado rojo, ni siquiera hizo la tentativa de identificar a aquel hombre; con su bayoneta iba hurgoneando en torno suyo, exclamando una y otra vez: «¡La guerra es mala!» Y luego añadía, con las muecas correspondientes: «Su madrecita llorará».

Luego se apartó y nos dijo que enterráramos a aquel hombre en la fosa común rusa, donde yacían trece soldados rusos. Como lápida colocaron un poste azul, de metro y medio de altura, que terminaba en punta, con una estrella roja recortada de una lata de conservas. Nuestro amigo siberiano parecía muy orgulloso de podernos demostrar que era capaz de leer los nombres de los soldados rojos caídos, reseñados en aquel monumento funerario.

Cuando volví a estar solo, y, al morir el día, me puse en camino y recordé a todos los de nuestra pequeña parroquia que en aquella semana transcurrida habían perecido. El «terror de la noche» parecía tenernos destinada la muerte de cuerpo y alma. La desesperación y la angustia, toda clase de sufrimientos del cuerpo, devastaciones por doquier, ver cómo las personas más amadas eran matadas, o violadas, o estaban enfermas o en peligro, también era una forma de morir a la que ni los que sobrevivían y creían estar con vida podían sustraerse. Mas, frente a la muerte, se alzaba la fe como un árbol lleno de verdor y esta fe nos enseñaba: «Cuando Cristo, que es vuestra vida, aparezca, también vosotros apareceréis en Su gloria».

Mi mayor alegría durante aquellos días consistía en com-

probar lo hambrientos que estaban mis feligreses del «pan divino», mucho más que nunca lo habían estado. También podía casi palpase cómo la fe viva de los que de verdad creían, en aquellos días aciagos crecía y daba óptimos frutos. Hasta aquellos que en tiempos pacíficos por nada del mundo se habrían sentido impelidos a dar a Dios más de lo que ellos, en su fe en cierge, consideraban su «deber religioso», luego parecían transformados. Me parecía un regalo por el que ningún precio resultaba caro.

Sacando ánimos de semejante alegría, continué mi visita a los campos sembrados de muertos de mi parroquia, llegando al fin también a la apartada granja de los Zyball. Nada en concreto sabíamos de ellos, tan sólo que la madre Zyball estaba con vida y necesitaba auxilio. Cuando entré en la casa, todos mantuvieron un silencio angustioso. Mas cuando a la interrogación de la madre sobre el Santo Sacramento asentí con la cabeza, ella se echó a llorar de alegría.

Cuando todos hubieron terminado su oración de gracias, la madre Zyball me condujo al granero. El aspecto que ofrecía era tan terrorífico que muchos saqueadores, espantados, habían emprendido la huida después de abierto las puertas.

Ya el primer ruso había liquidado a disparos al viejo sacristán Achzenick. El campesino Krause, un refugiado de una aldea cerca de Allenstein y el padre Zyball tuvieron que llevar el cadáver al granero. Dos soldados los acompañaron, y, según las apariencias, los habían matado por la espalda al depositar el cadáver del sacristán Achzenick sobre el suelo. A su lado se veían los cuerpos, acribillados a balazos, del abuelo Hippel y de otro anciano de ochenta años. Los dos viejos habían tenido la desgracia de volver de dar de comer a su última vaca en la granja vecina y coincidir con los soldados rusos cuando éstos salían del granero.

Acto seguido nos dispusimos a preparar la inhumación en el huerto. La que con más energía y fervor colaboró fue la señora Radau. Me asombré, pues las dos mujeres no se habían llevado muy bien como vecinas. La señora Radau no sabía arreglárselas para atender a su marido, a los niños y a los

animales de la granja a la vez, lo que había causado más de un enfado de su vecina, en extremo ordenada. ¿Cómo se explicaba ahora aquella armonía? La vieja Achzenick, a la que, pese a su dolencia cardíaca, nada escapaba de cuanto acontecía en el pueblo, me lo explicó: después del fatídico día, la madre Zyball sólo tenía dos panes en la casa, y ni un puñado de harina más para llenar todas aquellas bocas hambrientas. Cuando acababa de hacer aquella triste comprobación, llamaron a la puerta. Era la señora Radau, que pedía un poco de pan; en su casa, para sus cinco criaturas, no había ni un gramo de pan. Sin pensarlo ni un segundo, la señora Zyball entregó a su vecina uno de sus dos últimos panes.

Poco después llegó otro grupo de rusos a la granja; el oficial que los conducía preguntó por el granjero. Al ver las siete criaturas, preguntó a la madre si no tenía más hijos. La señora Zyball relató al oficial cómo su hija Lucía había sido secuestrada para «pelar patatas», y que tampoco sabía qué había sido de su hijo mayor, Erich. Luego condujo al oficial hasta el granero y le mostró al padre de la familia, que allí yacía, muerto junto a otros cuatro hombres.

El oficial sacudió la cabeza.

—¡Ha sido la S.S.! —dijo.

—La S.S. ni siquiera estuvo aquí —respondió la señora Zyball—. Han sido soldados rusos los que han matado a estos ancianos.

El oficial volvió a sacudir la cabeza y desapareció con su vehículo. Pocas horas más tarde, volvió con un trineo cargado. Con cara resplandeciente, él mismo descargó tres sacos de harina blanca, dos sacos de azúcar y un gran pedazo de tocino, y lo dejó todo en la habitación. Luego besó a los niños y se dirigió a la puerta.

—*Woina sla!* —iba murmurando, mientras miraba aquella familia huérfana de padre, y desapareció.

En el granero encontramos sacos vacíos y tablas. Ya teníamos práctica como enterradores, y sin dificultad proseguimos nuestra labor. Cuando estábamos en pleno trabajo, de pronto vimos a cuatro tipos mongólicos, con el arma empu-

ñada, frente a nosotros. Pero la labor a que nos dedicábamos no parecía de su agrado y, tan silenciosamente como habían aparecido, volvieron a largarse.

Cuando, a las cinco de la madrugada siguiente, volví al cuarto de estar de la familia Zyball, lo encontré convertido en una pequeña capilla. Durante la noche había corrido la voz de que definitivamente había sido fijado el plazo para presentarse al registro de Wernegitten. En aquella última misa de mi parroquia, la habitación se llenó. Por supuesto, también los Werr habían acudido desde su casa. La madre, junto con Mónica, había exhumado los cadáveres de su marido y de Úrsula, y me rogó que les diera sepultura en tierra sagrada. El cortejo fúnebre se puso en movimiento al apuntar el día. Un caballo decrepito, que hasta entonces no habían requisado, tiró del trineo con el triste cargamento de ataúdes toscamente confeccionados con tablas del granero.

Poco antes de llegar al pueblo, tuvimos que ceder el paso a un carricoche que iba a velocidad desenfrenada. Seis rusos rodeaban a Margret Funk, pálida como la muerte, la muchacha que habíamos escondido en el silo de patatas de tía Elisabeth. Los soldados, ante la inesperada procesión, quedaron visiblemente desconcertados, frenaron y boquiabiertos nos miraron. Con el crucifijo sobre el pecho avancé y grité:

—Margret, ¿adónde vas?

Con ojos desorbitados, blanca como la nieve, ella contestó con voz estridente:

—¡Tres días a pelar patatas!

—Más vale que vuelvas en seguida —le grité yo.

Los soldados, indecisos, se miraron, mas de pronto se oyó el chasquido del látigo, y el vehículo continuó su camino.

Nuestro cortejo, más lentamente, se fue acercando al cementerio. Junto a la verja, nos esperaban los Funk. La madre, inconsolable, estaba desesperada. Margret era la tercera hija que le era arrebatada de ese modo.

Aún no habíamos terminado de cavar la fosa cuando la

verja se abrió de par en par, y, jadeante, entró corriendo Margret echándose en los brazos de su madre.

—¿Cómo has logrado escaparte? —preguntamos todos a la vez.

—Yo misma no lo sé —contestó—. Al llegar a lo alto de la loma, pararon el coche y me dejaron correr.

La alegría por aquella salvación de la muchacha nos hizo acelerar nuestra labor y casi motivó que termináramos aquel entierro en un ambiente de optimismo, así que no rechazamos la invitación de una mujer de celebrarlo comiendo en su casa una tarta de su propia elaboración. Emocionada por la salvación de Margret, ella había corrido a su casa y, quién sabe de dónde, había sacado un poco de harina, azúcar y huevos. Durante el convite funerario, convinimos en ir todos juntos a Wernegitten, para el registro. Cada uno tenía que hacer sus preparativos. Al lado de la estufa tibia de tía Ana, encontré el pantalón listado que yo había encontrado en la pocilga. Había sido lavado, pero a los tres días aún no estaba seco del todo. La tía Elisabeth había terminado las medias de lana que me había prometido. La mujer de mi primo José me había preparado más pan, tocino y latas de conserva de lo que cabía en mi mochila. Un trozo de tocino magro de diez libras que me trajo mi vecina, tuve que dejarlo.

Por última vez subí a lo alto de la colina de la iglesia, a nuestra Casa de Dios, y encomendé mi rebaño, disperso y ultrajado, al cuidado del Buen Pastor. No éramos nosotros la primera comunidad de cristianos que en la dispersión y el ultraje había encontrado el camino que conduce al Señor.

Mientras estaba arrodillado en la iglesia, a mis pies se arrimó un par de perritos *setter*, jóvenes y de pura raza. Medio muertos de hambre y frío, sin amo, vagaban por ahí, fiel imagen de mis feligreses.

Con una última mirada me despedí de aquella casa de Dios de tan entrañables recuerdos, con su gran agujero en el tejado y las ventanas destrozadas. Me despedí de la rectoría, de los caminos de las procesiones, de los prados otrora tan pacíficos, de todo cuanto había sido mi patria.

Quedaba aún la despedida más difícil: la separación de mis feligreses. Cuando llegamos a Wernegitten, todos los que procedíamos de Süssenberg fuimos recluidos en una casa abandonada. De cuarenta en cuarenta personas fuimos agrupados en las diversas dependencias, y no nos quedó otra cosa que esperar. El fichaje se efectuó en el antiguo cuarto de estar del maestro. A la mesa se había sentado el escribiente; el comandante se hallaba detrás de él, de pie y con aire de aburrimiento. Pero la voz cantante la llevaba la gorda polaca, que algunos días antes yo había visto con el acordeón. Estaba sentada al lado del escribiente y hacía calceta. Cada vez que el funcionario terminaba sus anotaciones, la miraba con aire interrogativo. Y siempre recibía la misma respuesta. Fuera anciano, adolescente o inválido el que se hallara enfrente, una señal con una aguja de hacer media decidía la suerte de la víctima de turno.

Cuando me tocó a mí, tenía del brazo a Heinrich Matthew, cojo y ciego, ya que en la guerra había perdido los dos ojos y una pierna. El escribiente titubeó un momento. Pero la aguja hizo la señal de costumbre. A mi objeción de que aquel hombre era un mutilado, ella dio la respuesta estereotipada:

—; En la Unión Soviética no hay inválidos!

Como yo, por mi parte, aún disponía de ojos y piernas, comprendí que sería inútil alegar mi grave afección pulmonar.

Después de haber sido registrados en las fatídicas listas de la nueva «administración», éramos prisioneros, como muy pronto tendríamos ocasión de comprobar. En el acto fuimos clasificados en diversos grupos de trabajo. Éste, por de pronto, consistía en el saqueo sistemático de las aldeas en diez kilómetros a la redonda, cuyos habitantes esperaban en Wernegitten ser «fichados».

Al sacerdote Langwald y a mí nos tocó descargar los bienes saqueados. Los carruajes, tirados por jamelgos decrepitos, llegaban cargados hasta los topes; abajo había sacos de trigo y de harina, y encima se amontonaban pianos, muebles, lavadoras, relojes de pared, máquinas de coser, barriles

de mantequilla, herramientas para la agricultura, camas, colchones, bombas de agua oxidadas y puertas. Al almacenar los sacos de trigo, avena, cebada y centeno en la escuela, sobre las etiquetas del propietario leí muchos nombres conocidos. Aquello era la siembra para la primavera, y se echaría a perder.

Cuando la llegada de algún carro se retrasaba, teníamos que despejar el lugar para más botín, empujando cuesta abajo la chatarra, vehículos inservibles y máquinas que allí había. Hasta muy entrada la noche estuvimos trabajando, y con el trabajo nos olvidamos de nuestras penas. Hasta que, en un momento dado, capté la mirada desesperada del viejo sastre Matthew, padre de Enrique, el cojo y ciego, al pararse frente a un montón de máquinas de coser, esparcidas sobre la nieve. Mostrándome su vieja «Singer», exclamó:

—Vea, ésta es la mía. Durante treinta y dos años me ha prestado fielmente sus servicios, con ella he ganado el pan para mis hijos. Y ahora, ¿qué será de ella y qué será de nosotros? Pero al menos he puesto a buen recaudo la lanzadera. Nadie podrá coser con ella.

No supe cómo consolarle. Muy pronto su querida máquina seguiría el camino de la chatarra cuesta abajo.

La última preocupación de nuestro grupo de trabajo fue inhumar los cadáveres que seguían insepultos en granjas y descampados. Los sacerdotes conseguimos, tras mucho batallar, el permiso para reunirlos. Con un trineo los llevamos al cementerio, para darles cristiana sepultura en una fosa común. Juntamos más de cincuenta muertos, entre ellos quince soldados, muchos de ellos mutilados horriblemente. Detrás de la granja de los Höpfner encontramos cuatro mujeres y niñas asesinadas, y dos ancianos. Otra vez desfiló ante nuestros ojos todo el terror de aquella danza macabra de las pasadas semanas.

Sin los buenos nervios y la habilidad del párroco Podlech, de Reichenberg, que la noche anterior había llegado, nunca hubiéramos podido cumplir tan dura tarea. Gracias a su perspicacia y su tesón, durante nuestro último paso por un cam-

po arado cubierto de nieve, logró dar a una madre desconsolada noticias ciertas sobre lo que había ocurrido a su hija menor. Aquella joven muchacha había logrado escapar de los violadores de su hermana y su madre. Sus perseguidores le habían disparado algunas salvas de su metralleta, y desde entonces se había perdido su rastro. Al final del arado, muy cerca de un huerto, descubrimos algo que a primera vista parecía una estaca del cercado. Al acercarnos vimos que era un brazo de mujer congelado, rígidamente erguido. Algún profanador de cadáveres habría movido a la muerta y la habría dejado en aquella postura. Con el puño cerrado, la muchacha tenía fuertemente sujeta la cruz del rosario. No pensarían aquellos violadores y despojadores en qué sublime monumento habían erigido en aquel apartado rincón de campo arado.



## II

*Soy como aquellos que son  
llevados a la sepultura*



## DE PILATO A HERODES

Las mujeres que, en grupos de treinta, tenían que arrastrar los caballos muertos hasta un cascajar, se las habían compuesto para hacernos una comida caliente. Apenas había yo empezado a comer algunas patatas cuando un guardián, apuntando con la pistola, penetró en la habitación atestada y ordenó a todos los hombres que salieran. Yo cogí mi mochila y mi cartera de piel y me agregué al grupo de hombres, bajo la mirada atemorizada de las mujeres que habían quedado en el interior. Fuimos formados de dos en dos, en el centro de la calle. Unos diez soldados de la NKVD iban y venían, blandiendo el látigo de cuero trenzado, la *nagayka*, triste vestigio de los tiempos de los zares.

Comprendíamos demasiado poco de su idioma para saber por qué los guardianes discutían con tanto calor. Pero muy pronto habíamos aprendido algo: los números rusos. Hasta la saciedad, un Iván, de unos treinta años, iba repitiendo *ras, dwa, chetiri...* mientras movía las bolas de su primitiva máquina de calcular. Por fin, pareció estar seguro de que el resultado, contado hacia delante o hacia atrás, siempre era el mismo: veintidós.

La disputa entre los soldados continuaba. Por fin nos empujaron hasta detrás de un granero, donde estábamos resguardados de las miradas de cualquier alto oficial que acertara a pasar. Nuevamente nos despojaron concienzudamente de cuanto llevábamos encima; pero, al parecer, no se ponían de acuerdo sobre quién tenía que llevarnos y quién quedarse para guardar el botín. Con asombro advertimos que los sol-

dados rasos mostraban muy poco respeto por sus superiores. De la disciplina de las tropas combatientes habíamos sacado una impresión muy distinta.

Lo que no tenía vuelta de hoja era que nos habían puesto la soga al cuello. Nos quedaba la angustiosa incertidumbre de cómo y cuándo estrecharían el nudo. Durante dos horas interminables presenciábamos la pelea entre los soldados, hasta que por fin llegaron a un acuerdo. Frente a nosotros paró un carro tirado por dos caballos y cargado con media docena de bicicletas; algunos de los guardianes subieron al carro y nos ordenaron que los siguiéramos andando. Los demás nos acompañaron montados sobre las bicicletas.

Al ir trotando por delante de la escuela, una mujer, ya vieja y muy resuelta, se encaró con el brigada que iba a la cola de nuestro triste cortejo, y con grandes gesticulaciones señaló hacia su marido, un viejecito de barba blanca, de unos setenta años, que, cojeando, nos acompañaba. Sin mediar palabra, y sin que la mayoría de los soldados se diera cuenta, el jefe del grupo dejó libre a aquel anciano, dando a entender a él y a su mujer que se escabulleran lo antes posible.

Los demás, cargados con nuestros fardos y sacos, nos entregamos a sombrías especulaciones. ¿Hasta cuándo duraría aquella marcha? Temía que aquella caminata, hasta llegar a la meta, sería larga y penosa.

A los pocos kilómetros tuve que desabrocharme la pelliza que había heredado del señor Werr. Aquella marcha forzada me hizo sudar. Más tarde también tuve que abrirme el abrigo que llevaba debajo de la pelliza. Algunos de los más viejos empezaron a gemir, pero la marcha continuó. Al llegar a los alrededores de la ciudad, vimos brillar, acariciada por los rayos del sol poniente, la estatua dorada del arcángel Miguel, en lo alto del campanario. Las tejas rojas del viejo palacio episcopal parecían arder como fuego, y la nieve, al sol, despedía mil destellos. La calle estaba sembrada de trineos abandonados, carros rotos, carretones, camas, maletas, caballos muertos, testigos, aunque mudos muy elocuentes, de una tremenda hecatombe.

Detrás de la ciudad, los guardianes pararon el carro y nos ordenaron que echáramos en él nuestro equipaje. Libres de nuestra carga, continuamos nuestro camino. En torno a la emisora de radio de Heilsberg, cerca de Königsberg, se había luchado encarnizadamente. Tan lejos como alcanzaba la vista, todas las granjas habían sido incendiadas hasta los cementos.

Al cabo de dos horas más de marchas forzadas, llegamos al pueblo de Grossendorf, sede recién instalada de la NKVD. En la dehesa del pueblo nos hicieron parar y allí nos dejaron. Bañados en sudor, en aquella gélida noche de invierno, pronto tiritamos de frío. El ir y venir por el pueblo durante las horas siguientes, poco alivio nos significó. Los guardianes nos mandaron de un lado para otro. Y, a la postre, tuvimos que regresar al cuartel general de la NKVD, donde de nuevo tuvimos que esperar larguísimo rato. Pero, como allí nadie tenía tiempo para nosotros, nuevamente tuvimos que dirigirnos a otra parte. De Pilato a Herodes, de Caifás a Anás, alguien, por lo visto, tenía la intención de interrogarnos aquella misma noche.

Llegó por fin el relevo de nuestra guardia. Los nuevos guardianes iniciaron su servicio mofándose de nosotros. Con cinismo nos auguraban que, cuando estuviéramos en Moscú, nos enseñarían a trabajar de verdad. Sin duda, un poquito de vodka era el causante de aquella euforia. Aquellas insinuaciones, sin embargo, constituían una novedad para nosotros. Hasta el momento, todos los rusos con quienes habíamos entrado en contacto, nos habían asegurado una y otra vez que nosotros seríamos empleados para trabajos dentro de nuestro propio país.

Por supuesto, la nueva guardia no se dejó escapar la oportunidad de hacerse con nuestras mochilas. Para facilitarles su labor, todo el contenido de nuestro equipaje fue vertido sobre un montón, y de él cada soldado apartó lo que le apetecía. Terminada la operación, un amable Iván, generosamente, nos ofreció tabaco alemán del que acababa de quitarnos.

Eran altas horas de la noche cuando fuimos encerrados en los sótanos de una casa destruida. Pero no nos dejaron el sótano entero, sino que fuimos hacinados en dos cámaras para almacenar patatas, que ya estaban del todo ocupadas por lituanos, polacos y unos treinta prisioneros civiles alemanes. El piso de cemento estaba cubierto de una capa de paja sucia y mojada. Como no era posible que los encerrados hicieran allí sus necesidades, tuvo que dejarse libre un rincón para semejantes menesteres.

Entre los prisioneros acurrucados en el rincón opuesto, descubrí a mi colega el reverendo Podlech, de Reichenberg. De buena gana le hubiera llamado para charlar con él; mas no me vi capaz de despertarle, a pesar de que sabía que volverse a dormir le costaba a él muy poco. Desde sus tiempos de seminarista era conocido por sus buenos nervios. Ni los sobresaltos de la época de Hitler, ni siquiera los horrores de la invasión bolchevique habían conseguido perturbar su serenidad. Apoyada la cabeza sobre el hombro del párroco Langwald, roncaba con calma y regularidad, mientras uno de sus feligreses me contaba algo de las pruebas a que había sido sometido durante las últimas semanas.

Las reiteradas invitaciones de oficiales alemanes a huir las había rechazado. A la entrada de los rusos había defendido con gran arrojo a las mujeres y niñas que en su rectoría habían buscado refugio. Los violadores de mujeres rojos le arrastraron por la casa, le colocaron junto a la pared, dispararon algunas docenas de tiros exactamente al lado de su cabeza. Él se quedó imperturbable. Luego, apuntándole con sus pistolas, lo condujeron por todo el pueblo, lo encerraron en un frío granero. Cuando volvieron a sacarle de allí, lo único que con sus preguntas consiguieron fue la respuesta lacónica de que aquel sueño en el granero le había repuesto.

Extenuado por las vicisitudes de la semana anterior, ahora, en aquel inmundo sótano, también se había entregado al sueño. Tan fuertes eran sus ronquidos que yo, sin gran dificultad, pude tomar algunas confesiones.

A medianoche, un guardián, precipitadamente, nos hizo

salir de la bodega y nos condujo a una casa, al otro extremo del pueblo. Nuestra nueva prisión fue el desván, helado y expuesto a las corrientes de aire, de una casa de campesinos muy maltrecha por impactos de artillería. Apoyando la espalda contra la pared, aguardaba con avidez lo que nos esperaba tras aquella puerta misteriosa de la buhardilla; de vez en cuando, la puerta se abría y se oía un nombre.

La tensión nerviosa de aquellos hombres, trémulos de frío, fue incrementada por la extraña actitud de un mozalbete, que, en un dialecto inconfundible de Ermland, iba haciendo propaganda en voz baja. Con gran ahínco iba diciendo y repitiendo que, a pesar de hallarse en la misma situación que nosotros, quería ayudarnos.

—En esa buhardilla está el comisario —nos aclaró sin que se lo hubiéramos preguntado—. Tiene las listas de los miembros del partido nazi, y sabe la graduación de cada uno de nosotros. También sabe exactamente la extensión de vuestras propiedades. No tratéis, pues, de darle gato por liebre. Quien diga toda la verdad, nada tendrá que temer.

Con tanto asombro como espanto advertí que la mayoría de los hombres, cansados y atemorizados, prestaban viva atención a lo que iba murmurando el muchacho. Dijo que era un evacuado del Reich, si bien su dialecto local le delataba como hijo de aquella región. Con la debida precaución traté de convencer a mis incautos compañeros de cautiverio de que aquel muchacho no era más que un torpe confidente, cuya misión era sonsacarnos y desmoralizarnos ante los inminentes interrogatorios. Más que mis observaciones los convencieron las exclamaciones amistosas que los guardianes rusos dirigían a aquel jovenzuelo; aún más claro se vio al servicio de quién estaba cuando se le vio volver de una de sus salidas con un cazo lleno de suculento puré de guisantes.

El sacerdote Langwald, empero, no perdió su optimismo. Me mostró una tarjeta de socio, muy ajada, de una organización nacionalista polaca del año 1925. Yo no pude compartir su confianza. De mis interrogatorios ante la Gestapo sabía que es un grave error contestar a los inquisidores más de

lo que han preguntado. Toda información suplementaria despierta su suspicacia. Por lo demás, como la sentencia está dictada de antemano, las largas disquisiciones sobran.

Mi nombre fue de los primeros en ser llamados. En la buhardilla adonde me condujo el guardián, me envolvió una atmósfera densa y calurosa. Atentamente fui invitado a tomar asiento sobre un taburete delante de la estufa al rojo vivo. Mientras cuidadosamente fui abriendo algunos botones de mis diversos envoltorios, sobre la pequeña mesa vi la cara del comisario. Se trataba de un joven funcionario, de unos veinticinco años y de sorprendente simpatía. Sus ojos, oscuros, penetrantes, inteligentes, pasaron revista a mi persona. Antes de empezar su labor, vertió un poco de tabaco sobre una hojita de papel de periódico y con sus cuidadas manos se lió un cigarrillo. Luego, después de alisarse con la mano el uniforme, bien planchado, se pasó los dedos por los cabellos, extendió cuatro grandes hojas de papel sobre la mesa y dio al intérprete la señal de empezar.

Éste estaba sentado al lado derecho de la mesa, entre mí y el comisario. Hablaba un alemán muy defectuoso, con acento polaco. Las preguntas sobre mi *curriculum vitae* procuré contestarlas con la máxima exactitud, para evitarme dificultades en careos sucesivos. De acuerdo con la verdad referí el curso de mis estudios y de mis empleos después de mi orden sacerdotal. Como mi vida se distinguía mucho de la de los demás interrogados, el intérprete pasó sus apuros para transmitir al comisario mis informes.

La situación empezó a complicarse al esforzarme yo en hacer comprender al intérprete por qué cuatro años antes de mis órdenes cursé mis estudios fuera de Alemania. Más misterioso le pareció a mi interlocutor el hecho de que continuara yo mi carrera teológica en Breslau después de declarada la guerra. El que los curas tuvieran que estudiar tanto, le pareció sumamente extraño, y lo que no acababa de explicarse era lo que significaba aquel título de «doctor en teología».

Tantos estudios sospechosos parecieron afianzar su opinión de que yo había estado al servicio especial del Gobierno



nacional socialista. Ni mi objeción de que empecé mis estudios en el extranjero dos años antes de subir Hitler al poder, ni la circunstancia de que el Gobierno ni siquiera me había concedido autorización para publicar mis trabajos teológicos, convenció al comisario de mi inocencia. Ni siquiera el escrito de amonestación que recibí de la Dirección General de la Policía del Estado de Königsberg, que por suerte aún conservaba causó mucha impresión. Por haber copiado y difundido las cartas pastorales del obispo Kalles, mi máquina de escribir, en aquella época, había sido confiscada. Ante mi protesta recibí una severa amonestación del Gobierno, y, durante la guerra, la Gestapo me dedicó especial atención. Mis inquisidores siguieron indagando, preguntándome en qué fecha había predicado contra el ejército rojo. Yo les aseguré que los temas de mis sermones siempre los extraía de los Evangelios y de la liturgia de la Iglesia, y que hasta el momento no había tenido motivo para predicar contra el ejército rojo. De improviso, el comisario me avasalló a preguntas sobre mis parientes. Fueron requeridos y anotados nombre, profesión, domicilio, situación económica, jerarquía militar del padre, de los tíos, de los hermanos.

Entremezcladas con estas preguntas, el comisario quiso saber nombres de miembros del partido nazi en ciudades y en el campo. Yo, aunque lo hubiera querido, no pude darle más que unos cuantos nombres que todo el mundo, y seguramente él también, conocía.

El primer resultado positivo de aquel largo interrogatorio fue la comprobación, cuidadosamente anotada, de que mi padre no poseía más que una vaca, y que mi patrimonio en la actualidad se reducía a cuatro gallinas vivas. Con benevolente interés el comisario tomó nota de que mis treinta y dos fanegas de tierras, pertenecientes a la rectoría, habían sido arrendadas a seis colonos diferentes. Por fortuna, mi padre, algunas semanas antes, por casualidad había vendido su segunda vaca. Y también fue una feliz coincidencia el que mi hermana se hubiera negado a tener en su establo una joven cabra que yo había encargado antes de que hubiera parido. De

lo contrario, yo hubiera sido catalogado entre los capitalistas.

Al parecer, el comisario no perdía las esperanzas de convertirme en un miembro útil de la sociedad soviética, en evidente expansión. Sin grandes rodeos me recomendó que renunciara a mi profesión de sacerdote y colaborara con el régimen soviético. En la sociedad socialista, mi profesión había pasado a la historia. Esta propuesta, y su motivación tenían un parecido asombroso con la que me hizo un funcionario de la Gestapo al empezar la guerra, durante un prolongado y cortés interrogatorio en Frauenburg. Ahora, sin embargo, la conversación se veía entorpecida por la insuficiencia del intérprete.

Con ingenua altanería el comisario declaró que la ciencia moderna había acabado con la superstición del cristianismo y demostrado que Cristo nunca había vivido. Los cristianos tenían dos Biblias que mutuamente se contradecían. Traté de explicarle la relación entre el Viejo y el Nuevo Testamento con el símil de los cimientos y del edificio que sobre ellos se construye. El comisario, ante mis preguntas, tuvo que reconocer que no había leído ni el Viejo Testamento ni el Nuevo. El estudio de la Biblia me hacía imposible, así le declaré, apartarme de mi profesión. Además de desprenderse claramente de la Biblia, multitud de testimonios históricos lo demostraban, que Jesucristo era la figura más importante de la Historia de todos los tiempos, y en él los pueblos habían creído durante siglos y siglos, era un hecho que Jesús seguía viviendo en nuestros días. El mismo pueblo ruso daba fe de ello con su saludo de Pascua: «¡Cristo ha resucitado!»

—Sí —sonrió el comisario algo confuso tras su espesa nube de tabaco—, ya sé que alguien puso en circulación el rumor de la Resurrección. Pero los judíos lo acallaron, y por ello pagaron treinta rublos.

Al final me comunicó que yo nada tenía que temer, que seguramente en la comandancia siguiente sería puesto en libertad. Al preguntarle yo por qué no podía hacerlo en el

acto, repuso que lo sentía, pero que ello no estaba en sus medios.

—En la próxima comandancia, una comisión médica le examinará. Si los médicos comprueban que usted no reúne las condiciones físicas para realizar el trabajo a que estaba destinado, le mandará a casa.

Antes de firmar las cuatro hojas llenas, rogué al intérprete que me tradujera aquel protocolo ruso que no comprendía. Lo que me fue leído, me pareció inofensivo. Lo firmé.

Poco antes de que todos volviéramos a ser conducidos a nuestra primera prisión del sótano, salió tambaleando de la buhardilla, llena de humo, el sacerdote Langwald. Había sido sometido a un interrogatorio mucho más largo que el mío. Extenuado, se dejó caer al lado de la chimenea y lentamente nos contó cómo le había ido. Había sido muy grave para él tener que reconocer que poseía cuatrocientas fanegas de tierra arenosa, pertenecientes a la parroquia, tierra que, más que nada, le había proporcionado disgustos y sinsabores. Pero, al sacar su carnet de socio de la Unión Nacionalista polaca, el intérprete polaco, encolerizado, le había cubierto de soeces imprecaciones, acusándole de haber sido espía de los nazis y de los «reaccionarios de Londres».

Al volver a nuestro sótano, pudimos reanimar al reverendo Langwald, completamente consternado, con un poco de agua que nos acababan de dar como primera colación rusa. El agua había sido sacada de un estanque, en un envase para leche sucio. En la superficie nadaban pedazos de hielo. El sacerdote Podlech despertó y de su coloreada funda de almohadón extrajo un pequeño pan que hizo pasar de mano en mano. Yo, por mi parte, pude contribuir con un pedazo de tocino frío. Poco tiempo después se hicieron notar las consecuencias de tan insana comida: el rincón reservado estaba ocupado continuamente.

Más y más grupos de detenidos eran llevados a nuestra bodega. Tan atestada estaba ya, que no veíamos ~~sí~~ ni ~~para~~ estar de pie, cuando fueron llamados cuarenta hombres, ordenándoseles que salieran. Los tres curas formábamos parte de



ellos. Nos hicieron formar, y nos pusimos en marcha de regreso a Heilsberg.

En dirección opuesta circulaban interminables filas de camiones del ejército rojo, cargados de tropas y municiones. Pequeñas formaciones de aviones pasaban en vuelo bajo sobre nuestras cabezas. Señales todas, ferozmente elocuentes, de que la guerra aún no había terminado. Pero el frente parecía estar muy distante y correría por las cercanías de Königsberg.

Las calles de las afueras de Heilsberg seguían tan vacías y desiertas como el día anterior. Nuestro grupo, silencioso, siguió adelante. Detrás del puente de ferrocarril de la línea de Seeburg, fuertemente custodiado, nos ordenaron hacer alto. Nos formamos junto a un cercado que guardaba las vías del tren.

De nuevo bañados en sudor, allí tuvimos que esperar dos horas en un frío glacial. Ni el mismo sacerdote Podlech supo cómo hacernos llevadera aquella situación. Poco a poco se fue sentando sobre su mochila, confeccionada con una funda de almohadón. Pero apenas hacía un minuto que descansaba de aquella forma, un muchacho de unos doce años, uniformado, con gran jolgorio de los guardianes, le hizo levantarse de un puntapié. Y todos nosotros fuimos partícipes de las vejaciones al reverendo Podlech. Animado por las burlas de la guardia, aquel soldadito fanatizado, que apenas podía cargar con el pesado fusil, hizo de las suyas, escarneciendo a su placer a los indefensos «Fritzki».

Mientras estábamos esperando, advertimos un sospechoso ajeteo entre las milicias de la NKVD que ocupaban los dos modernos bloques de viviendas al pie del terraplén. Fuimos conducidos finalmente al patio de uno de aquellos edificios y allí nos encontramos con unos doscientos cincuenta prisioneros, en un estado mucho peor que el nuestro. Ancianos, inválidos, niños de menos de quince años, que ni al *Volkssturm* habían sido llamados, se hacinaban en mugrientos harapos. Apáticos, completamente rendidos, ofrecían una grotesca imagen de miseria. Algunos iban calzados con zuecos, pero

los más no llevaban sino trapos atados a sus pies. Algunos, los más afortunados, llevaban una tosca manta colgada de sus hombros, pero todos temblaban de frío, tenían la mirada fija y ausente, como aquellos caballos moribundos del huerto de los Werr. El oficial que pasaba revista a aquel montón de miseria humana, parecía recrearse con aquella imagen.

Medía casi dos metros, y llevaba un abrigo nuevo, de color aceitunado, con hombreras doradas y una estrella de esmalte roja sobre la visera de su gorra de oficial. Su uniforme era impresionante, su cara estaba desfigurada por pústulas de viruela. Tosía débilmente, como lo hacen los tuberculosos, y esputaba sobre el cercado. Con su sable partió de arriba abajo una docena de tablones del vallado del patio, comprobando luego el filo de la espada con algunos golpes sobre un montón de vísceras de animales.

Cuando el oficial se hubo cansado de alardear de su poder sobre aquel mísero pelotón de esclavos en el patio de la prisión, desapareció. Pero los guardianes nos hicieron permanecer a la intemperie hasta el oscurecer, y luego, como a una manada de ganado, nos empujaron hacia la entrada del sótano. Los ancianos, que atolondrados, tropezaban y se rezagaban, fueron impelidos a latigazos a saltar los peldaños de la escalera. Un guardián abrió la puerta, pero el embotellamiento de la escalera no cedió, pues la bodega ya estaba repleta de gente. A fuerza de azotes y culatazos sobre los últimos, se consiguió lo que parecía imposible: aquella masa humana se puso lentamente en movimiento y, poco a poco, fuimos prensados hacia abajo. Reinaba tanta oscuridad que no se podía reconocer ni al vecino. Entre quejidos y denuestos, aquella aglomeración de cuerpos extenuados procuró amoldarse de la mejor forma posible para tener un poco de libertad de movimientos. Cuando nos hubimos acostumbrado un poco a aquella clase de alojamiento, nos enteramos de que nos hallábamos en los calabozos de la comandancia regional de la NKVD.

A consecuencia de aquel monstruoso hacinamiento, el aire era caldeado y asfixiante. Sin embargo, aquella noche conse-

guí conciliar el sueño por primera vez después de tres días. Cuatro veces fuimos sacados por los guardianes y removidos sistemáticamente. Los ocupantes de los diversos recintos de la bodega fueron continuamente canjeados. Se iba llamando a diferentes hombres; éstos, a puñetazos, tenían que abrirse camino entre los demás y luego eran metidos en otro de los aposentos de la bodega. Objeto de aquel excitante trasiego era, sin duda, entremezclar por completo a los prisioneros y desconectarlos de sus vecinos y conocidos. A raíz de uno de estos intercambios, conseguí por breve tiempo un lugar de reposo aceptable, sobre una pila de carbón y madera. A la reagrupación siguiente, coincidí con el sacerdote Langwald. Todas las demás caras, que el alba empezaba a iluminar, me eran desconocidas.

El sacerdote Langwald me empujó hacia dos hombres acurrucados sobre el piso de cemento, en un rincón. El primero tendría unos sesenta y cinco años. Tenía los ojos grises, de mirada afable, y la frente llena de finos surcos. Tenía las manos cruzadas y su cabeza estaba un poco inclinada. Levantó la vista y me saludó con un cordial apretón de manos. Cuando me dijo: «Soy el pastor protestante de Rössel», me acordé, con gratitud, de aquel cuartito económico que ocupé cuando era alumno, en la casa del pastor evangélico de Rössel y de los buenos deseos con que el buen pastor Ebel entonces me había despedido, al emprender yo el camino hacia el sacerdocio católico. Ya no le había visto más, pero repetidas veces había oído hablar de su valerosa resistencia contra las fuerzas del Tercer Reich enemigas del cristianismo.

Como muchos de sus colegas de la Iglesia Evangélica, el pastor Ebel no solamente había rezado por sus correligionarios apresados, sino también por los hermanos en Cristo, católicos encadenados. Ahora que él, como todos nosotros, tenía que expiar los crímenes de sus adversarios acérrimos, había rogado a los que con él sufrían que implorasen conjuntamente a Dios resignación y conformidad con su Divina Voluntad.

Después del primer oficio divino que el pastor Ebel había celebrado en aquel lóbrego aposento, se le juntó un hombre

con una capa parda y sandalias de madera desgastadas. Con algún esfuerzo reconocí la cara, todavía risueña, del hermano portero del convento de la orden de San Francisco de Springborn. Con desprendimiento auténticamente franciscano, hizo pasar de mano en mano su estuche de rapé. Yo, no queriendo ser menos, saqué de mi mochila una cajita con los restos de los pasteles que mi hermana había hecho para Navidad. Por supuesto, de aquellos pastelillos no habían quedado más que las migajas. El pastor Ebel, al pescar algunos de aquellos grumos, se disculpó de que sus manos estuvieran tan sucias. Comió con fruición, teniendo buen cuidado de que ni una de las migajas quedara prendida de su barbita.

Mientras nos íbamos consolando con residuos de pasteles y rapé, el pastor Ebel observó, meditabundo:

—¿No es extraño que hayan tenido que venir los rusos para que nosotros, conjuntamente, recemos a nuestro Dios común? No podéis imaginaros qué confortador ha sido para mí ver unidas mis plegarias a las del hermano Antonio. Muy poco sabemos nosotros de los caminos de la Divina Providencia. Quizás ahora Dios quiera enseñarnos, con esta desgracia común, que aún no hemos aprendido lo suficiente en nuestra lucha contra el viejo enemigo de todos.

Gustosamente el pastor Ebel accedió a mi proposición de leer de mi librito de bolsillo el capítulo diecisiete del Evangelio de San Juan.

Antes de que se hubiera terminado la lectura, silenciosamente se fue deslizado hasta nosotros un joven intérprete polaco. Todos se apartaron de aquel tipo sospechoso, que, de día y de noche, iba figoneando y ostensiblemente servía con ahínco y devoción a sus nuevos amos. Llevaba un gorro de aviador, de cuero. Después de habernos mirado de arriba abajo, exclamó:

—Fittkau, Gerhard, sígame.

Yo puse rápidamente el Nuevo Testamento de mi hermana en las agradeciads manos del pastor Ebel, y seguí al hombre al exterior. Sobre un camino recién trazado con tableros de maderas, sacados de muebles de despacho destrozados, me

hizo atravesar el patio, donde ya había nuevos grupos de hombres esperando. Con gran alivio de mi parte, pude esperar al aire libre y fui incluido en una brigada de trabajo.

Un joven vestido de paisano que formaba parte de la guardia, me sacó a mí y a otro de la formación y nos condujo a una casa a unos centenares de metros de allí, que parecía haber pertenecido a una familia acaudalada. Nos mostró el almacén de leña y nos indicó que, tomándonos tiempo, lleváramos algunos brazados de leña al interior de la casa.

La espaciosa sala de estar ofrecía un aspecto desacomunado. En lugar de los muebles, que se hallaban esparcidos por el patio, tres paredes de la sala estaban ocupadas por largos bancos con pequeñas jofainas. En la cuarta pared habían construido un fogón primitivo, de ladrillos. Encima, habían colocado un barril como los que usan los campesinos para regar sus prados con estiércol. Bajo este depósito de agua, se hallaba el hogar. Teníamos ante nosotros una sala de baño al estilo ruso. Toda la instalación era tan simple como práctica. En el centro de la habitación, habían abierto un agujero en el suelo, que servía para dar salida al agua.

Aquel guardián fue muy afable. Nos permitió un breve descanso antes de empezar a encender el hogar. Sin correr demasiado, luego mi camarada recogió cortezas y virutas de madera, y pudimos conversar sin impedimento. Con toda franqueza me confió que había sido, durante siete años, miembro del partido comunista alemán.

—En la época de los nazis, pudimos continuar nuestras actividades algún tiempo. Pero luego fui delatado por uno de nuestros camaradas. Aquel sinvergüenza había cambiado de color, cuando se le ofreció la oportunidad de obtener un empleo con los nazis. En agradecimiento por todo cuanto hice por él, me condenaron a cinco años de cárcel. Al ser puesto en libertad, fui considerado indigno del servicio militar y trasladado a la Prusia Oriental como trabajador para las faenas del campo.

—Ahora, con la victoria de la Unión Soviética, puedes



cantar albricias —le dije—. A lo mejor los rusos te nombran alcalde de Heilsberg.

—No —contestó amargamente—, nada de eso. ¡Mira, lo único que me han dado en recompensa a mi fiel adhesión al partido comunista alemán!

Me mostró unos cardenales en la nuca y los cabellos ensangrentados de su cogote.

—Ya no quiero saber nada de la farsa comunista —dijo con firmeza.

Al mover yo, incrédulo, la cabeza, él se acaloró:

—Me han dicho que yo había traicionado la causa de la revolución, y que había ayudado a los fascistas. Según opinión de los jefazos, que se han puesto a buen recaudo en Moscú, nunca hubiera tenido que aceptar el sencillo trabajo en el campo, al que fui obligado al recobrar la libertad. Hubiera tenido que reanudar seguidamente mis actividades políticas, cometer actos de sabotaje en la industria de armamento. ¡Cuesta poco el decirlo! Ahora que ya es demasiado tarde, me doy cuenta de la patraña, y sé que nada puedo esperar de esos «camaradas». Toda la vida no es más que una porquería.

Nuestra conversación fue interrumpida por un sargento ruso, desmesuradamente gordo, que pesaría sus doscientas cincuenta libras. Anadeando sobre sus arqueadas piernas, cuidadosamente inspeccionó la sala. Al comprobar que el fuego ardía, nos hizo salir a nosotros y al joven guardián.

En el patio, llegamos a tiempo para ser incluidos en una brigada de diez hombres, para trabajos de descombro. Hicimos alto delante de una casa de cuatro pisos. Al cabo de unos diez minutos, de ella salieron unos veinte soldados, con equipo de campaña, y subieron a un camión blindado. Cuando hubieron partido en dirección a Königsberg, nos hicieron entrar para limpiar el alojamiento que los soldados acababan de abandonar.

Todos los pisos estaban devastados por completo. Desde las ventanas de las cocinas de cada piso, tuve que echar al patio lo que quedaba de enseres y vajilla. En esa ocasión me encontré con unas cuantas deliciosas frambuesas, que habían

quedado en un bote de conservas roto. En un cajón di con un pequeño crucifijo, que me metí en el bolsillo. Pronto el guardián me hizo salir de la cocina y me ordenó que subiera todos los colchones de pluma al desván. En un rincón de éste había un arcón cubierto de polvo, abierto con violencia, cuyo contenido había sido revuelto y esparcido sobre el suelo. Un vestido de noche, de seda encarnada, destacaba de aquel amasijo. Al ver, al lado mismo, un cristal roto, rápidamente me corté un trozo de aquel vestido, en forma de un gran pañuelo, como los que usaban nuestros granjeros en los buenos tiempos, cuando con una toma de rapé procuraban mantener clara su cabeza. Bajo aquel vestido vi un libro, de tamaño de enciclopedia, titulado *Historia de los alemanes*. En la última página leí la promesa de que el *Führer* en poco tiempo conduciría al pueblo alemán hacia una época de esplendor, honor y bienestar jamás igualados.

El ruido de pesadas botas en la escalera me obligó a echar precipitadamente el libro al cajón. Llegó el guardián y me mandó a buscar agua. De un sucio estanque tuvimos que llenar un viejo barril de arenques, y conducir el barril sobre un trineo al patio de la prisión. Allí vertimos el agua en una tina que tenía un poso de viscosa suciedad. Al caer el agua amarillenta removió la inmundicia que en la tina había quedado del día anterior. En este líquido se echaron algunas patatas mal peladas, y ya estaba a punto de cocción nuestro rancho.

Mientras estaba vertiendo el agua del barril a la tina, en un momento que no me vi vigilado, llené mi jarro y me acerqué a la ventana del sótano, tras la cual mis compañeros de prisión, medio muertos de sed, tenían a punto sus cantimploras. Apenas había andado tres pasos cuando un joven guardia excitadamente me hizo señas de que esperara un momento, señalando hacia su compañero mayor, conocido por su afición a dar porrazos. El joven tendría unos dieciocho años y la cara redonda y bonachona, típicamente rusa.

Cuando el temido guardián mayor hubo desaparecido, fui corriendo al tragaluz más próximo, tras el cual vi sonreír una cara poblada de barba rojiza. Al no reaccionar yo como él

esperaba, aquel buen hombre, que en la oscuridad de la bodega descollaba de los demás por su altura, me preguntó un tanto decepcionado:

—¿Es que no me reconoce?

Por muy familiares que aquellas facciones me parecieran, pese a mi buena voluntad no supe quién era. Cuando vertí el contenido de mi jarro en su bote de hojalata oxidada, me dijo:

—¡Avergüéncese, reverendo Fittkau, de no reconocer al padre Freudenberg!

Por fin recordé. Aquél era el padre José Kolfenbach, rentorista, el cual había administrado la parroquia de Freudenberg cuando el párroco titular fue expulsado por haber dado lecciones de religión a los niños de la escuela después de las clases.

Después de haber descubierto al padre Kolfenbach, volví más animado a mi trabajo. Transportamos más agua, recogimos astillas de cristales rotos, de las que el suelo alrededor de la casa estaba sembrado, hasta que, cansados, pero confortados por habernos podido mover en el aire fresco, fuimos devueltos a nuestra prisión subterránea. Los guardianes, durante largo rato, tuvieron que emplear todas sus fuerzas y apretar con sus anchas espaldas contra la puerta de nuestro cuchitril, hasta que consiguieron abrir un resquicio por el que fuimos introducidos. Durante la terrible noche siguiente estuvimos tan estrechamente hacinados, que cuando uno levantaba el pie para cambiar de postura y apoyarse sobre el otro, en seguida entraba en colisión con el del vecino, que ya ocupaba el espacio que por un instante había quedado libre.

Durante horas y horas quedé clavado al mismo sitio, al lado de las ruinas, dignas de compasión, de un hombre que con el pecho quedaba aplastado contra la puerta. Padecía una disentería tan atroz, que ya no era dueño de la musculatura constrictora. Durante toda la noche estuvo desvariando. A sus golpes desesperados contra la puerta, la guardia del pasillo no reaccionó, siguió canturreando coplas de su tierra. Después de medianoche, por fin, un joven soldado abrió la

puerta; pero, desgraciadamente, no fue para darnos alivio. Sostenía a un hombre por el cuello de su chaqueta y el asiento del pantalón, y le echó sobre nosotros. Antes, durante más de un cuarto de hora, le habíamos oído gritar y llorar como un loco. Los ocupantes de la bodega de enfrente, al parecer, con su algarabía habían conseguido que el guardián abriera su puerta, por la cual ellos arrojaron a sus pies al molesto demente. De su caída sobre el piso de cemento tenía aún erosiones y rasguños en la barbilla, nariz y frente, de las que manaba copiosa sangre. Se trataba de un hombre alto y corpulento, de unos sesenta y cinco años. Sus vigorosos brazos de granjero colgaban sin fuerzas; sus ojos, inexpresivos, nos miraban enloquecidos.

Habiéndose sosegado un poco, después del trato que le dispensaron los rusos al cambiar de aposento, y advertir que tampoco allí había sitio para descansar, se puso a gritar a todo pulmón:

—¡Madre, madre, enciende la luz! ¡Hay tanta gente en nuestra cama, que me impiden acostarme!

En su alucinación de meterse en la cama, continuamente intentaba echarse al suelo. Acompañado de maldiciones y puntapiés de los que él impelía, se agitaba convulsivamente. Cuando se sosegaba un poco, volvía a gritar:

—¡Madre, madre, enciende la luz!

Antes del amanecer oímos los pasos de los guardianes y voces de algunas mujeres. Una tenue humareda se deslizaba por el tragaluz hasta el suelo del sótano y volvía a salir por debajo de la puerta. Seguramente se disponían a hacerse el desayuno. Aquel vaho agrio y corrosivo me produjo tan fuerte mareo, que me pareció que se me iba la cabeza. Causa de aquel malestar sería en parte el cruel estreñimiento que me torturaba. Hacía ya ocho días que, con sadismo refinado, se nos privaba de hacer nuestras necesidades. Guardianes que, por su edad, podían ser los nietos de aquellos prisioneros martirizados, se divertían tirando cascotes y piedras sobre cada asentadera que se descubría a lo largo del terraplén adonde éramos conducidos dos veces al día. Aquella zozobra

constante, el temor a los interrogatorios, el hambre, el frío, el cansancio hasta la extenuación, hasta el impedimento de defecar normalmente, no eran sino parte del método fríamente calculado de la NKVD, para romper la resistencia física y espiritual de sus víctimas, por fuerte que fuera.

Empezó a clarear el día, mostrándonos con más crudeza nuestra desgracia. Al observar que el sacerdote Langwald no se hallaba muy lejos de mí, por debajo de la chaqueta alcancé la bolsita de tela que contenía tres hostias consagradas y que llevaba escondida entre los tirantes de los pantalones. Saqué una de ellas, la partí en dos, y di la otra mitad a mi cofrade, tan necesitado del Santísimo como yo.

Durante todo el día sonaron nombres y más nombres, fueron formados grupos en el pasillo, entre los calabozos. Muchas veces ni siquiera sospechábamos que en nuestra misma bodega se hallaba también un conocido, hasta que oíamos pronunciar su nombre. Nadie sabía hacia dónde partían. ¿A un interrogatorio? ¿A la Siberia?

Le tocó el turno al pastor Ebel. Hizo por pasar apretado delante de mí, puso al alcance de mi mano el Nuevo Testamento, y murmuró: «¡Que el Señor esté con usted!» Antes de que pudiera devolverle el libro y rogarle que se quedara con él, ya se había alejado. Muy digno y altivo formó con los demás, y su faz estaba limpia de amargura. Una última mirada que como despedida me dirigió, estaba tan llena de paz y de resignación que yo me sentí profundamente avergonzado.

Después de aquel reajuste, nos quedó suficiente espacio libre para sentarnos en el suelo y descansar un poco, hasta que una nueva remesa de prisioneros volvió a colmar nuestro sótano. Entre los recién llegados se encontraban tres muchachos, muy excitados, cada uno de los cuales no pasaría de los catorce años. Gerhard había ido al instituto de Rössel, donde, yo mismo cursé el bachillerato; José era aprendiz de carpintero; Franz, aprendiz de jardinero. Ninguno de los tres llevaba abrigo y sólo José tenía un gorro de invierno.

—Somos de Bischofstein y vivimos en la misma casa —me

relató José—, pero no somos hermanos. Habíamos salido juntos a buscar agua para nuestras madres. Al regreso topamos con algunos soldados rusos que descendían por la calle con un grupo de prisioneros. Nos obligaron a que nos uniéramos a ellos, y así hemos llegado hasta aquí. Lo que más nos duele es que ni siquiera hemos podido avisar a nuestras madres.

José aún tenía en la mano una lechera, en la que esperaba llevarle agua a su madre. Muy pronto aquel avispado muchacho se dio cuenta del valor que aquella vasija tenía en nuestra situación. Los menos de nosotros poseían un recipiente, de la clase que fuera. José se conquistó pronto un lugar junto a la ventana, pudiendo recibir agua de los prisioneros encargados de buscar agua para el rancho, que pasaban por delante de nuestra ventana. El preciado líquido lo repartía entre sus amigos y los prisioneros que le cedían una rebanada de pan o cualquier otra cosa comestible. Gracias a su lechera, José también me consiguió un sitio junto a la ventana, cosa que para mí representó un gran alivio.

Desde nuestro mirador vimos al padre Kolfenbach, que, tocado con gorro de cuero, seguía al agente sobre el fatídico camino de tableros de madera barnizada. Su figura, alta y majestuosa, se tambaleaba de un lado para otro, y trabajo parecía costarle no caer de bruces en la nieve encharcada. Su misma barba parecía expresar cansancio y depresión. Pero, pese a su paso vacilante y el ambiente desconsolador que le rodeaba, su grueso gorro de piel, su gorguera romana y su largo abrigo negro le conferían la dignidad inherente a un clérigo. Mi mano se deslizó en el bolsillo y empecé a rezar el rosario: el padre Kolfenbach iba a ser interrogado en la comandancia del distrito de la NKVD.

Los tres jovencitos, en su penúltimo calabozo, habían coincidido con él; cuando los llevaron a nuestra bodega, sintieron separarse. Tanto mayor fue la alegría, al verlo regresar sin novedad después de tres horas de interrogatorio.

El padre Kolfenbach entró con paso vacilante y enjugán-

dose el sudor con la manga. Tan extenuado estaba, que sólo supo murmurar:

—¡De aquí no sale nadie con vida!

José, Franz y Gerardo se arrimaron más, para que el padre Kolfenbach tuviera más espacio para sentarse. Yo logré darle una manta que le sirviera de asiento. José le ofreció su vasija, para que tomara un sorbo refrescante. Cada uno dio lo que a su alcance estaba. Después de parsimoniosa búsqueda, el reverendo Langwald sacó su última albóndiga de carne.

—¿Y cómo repartirla? —preguntó—. Tenemos seis bocas, pero una albóndiga solamente.

Los tres mocitos renunciaron magnánimamente a su parte.

—¡Con nuestra lechera hemos conseguido tanto tocino como necesitamos! Esa albóndiga que se la coman los tres curas solos.

Así el párroco Langwald, con gran meticulosidad, hizo tres partes de aquel picadillo de carne, dio una al padre Kolfenbach, otra a mí, y se quedó con la más pequeña.

—Tengo un mensaje para vosotros dos —dijo el padre Kolfenbach, después de haberse repuesto un poco—. Proviene del intérprete de allí dentro. Ha dicho: «Todos los curas pronto serán puestos en libertad». Se complacen en jugar con nosotros como el gato con el ratón.

El agente polaco, siniestro y escurridizo, volvió a hacer acto de presencia. Quiso habérselas conmigo. Me llamó al pasillo y me ordenó que le entregara todos los papeles personales que llevara. Eran mi permiso de conducir, que ya una vez me había salvado la vida, el certificado de mi ordenación sacerdotal y una pequeña tarjeta de identificación que el vicario general de Ermland había remitido a cada sacerdote de la diócesis, para el caso que tuviera que salir del obispado. Estos documentos fueron entregados a un intérprete sentado a la mesa del personal de guardia. Cuando el astuto polaco se hubo escabullido, desapareciendo en otro calabozo, el intér-

prete de detrás de su mesa me miró con expresión de sorprendente afabilidad y me dijo:

—Usted es sacerdote católico, ¿no es así?

Tenía en la mano mi permiso de conducir con mi retrato de sotana.

—En efecto, lo soy. Mi parroquia es Süssenberg.

—Celebro que venga usted con nosotros —dijo—. Nos hará falta un cura.

—Pero ¿adónde vamos? —pregunté.

—Habría podido contárselo de los dedos de la mano —repuso con aire deprimido—. ¿Ni uno de nosotros será puesto en libertad! También yo he tenido que entregar mis papeles esta mañana, igual que usted.

Aquel hombre había sido miembro del partido comunista durante cinco años.

Volvió el felino agente, con un puñado más de papeles, que entregó a su colega. Luego, bruscamente, me ordenó que le siguiera.

Aquel sendero de tableros de muebles estaba completamente enlodado. La cabeza se me nubló, el pulso se puso a martillar en las sienas. Con lo que me quedaba de energías, procuré prepararme para aquella nueva sesión.

En la sala dispuesta para el interrogatorio vi a un oficial desconocido, sentado y mudo ante sus papeles. También el intérprete era otro. Me hicieron tomar asiento directamente debajo de una bombilla de claridad deslumbrante, colgada muy baja sobre mi silla. Mi silencioso acompañante hizo muestras de su servil solicitud echando algunos leños más en la estufa, que ya ardía al rojo vivo.

Siguió la misma serie de preguntas abrumadoras que ya una vez había tenido que soportar. Todo se desarrolló sin contratiempo, hasta que salió a colación el tema de mis sermones. Cuando dije al intérprete que no me acordaba exactamente del tema de cada uno de mis sermones, pero que fácilmente lo hallarían si hojeaban el sermonario de la rectoría de Süssenberg, aquél, saltando de su asiento, airadamente me increpó:



—;Ya verá cómo voy a refrescarle la memoria, sinvergüenza! En esas prédicas ha despotricado contra el ejército rojo y contra la Unión Soviética. Me consta que usted lo ha hecho, pues todos los curas lo hacen. —El silencioso oficial, al otro extremo de la mesa, siguió escribiendo impasible.

Reflexioné si no valdría más cambiar de tema.

—Ya que usted habla tan bien el alemán, supongo que habrá trabajado en esta región como prisionero de guerra.

Su áspera pronunciación delataba su origen ruso.

—Sí —contestó, insistiendo tercamente en su tema—, y por eso sé todo lo de vosotros, los curas.

A mi pregunta sobre el lugar donde había estado, obtuve la sorprendente respuesta:

—Rössel.

Era la ciudad del pastor Ebel, y en ella también los sacerdotes católicos habían estado mal conceptuados y repetidamente amonestados por el partido nazi. No pude aguantarme más:

—En Rössel, en la iglesia, nunca habrá oído una sola palabra contra el pueblo ruso.

—;Basta! —estalló él—. ¿Quién es el que pregunta: usted o yo? —Luego se apaciguó un poco y terminó por decir, casi desconcertado—: Le brindo otra oportunidad. Dígame: ¿qué ha predicado usted contra el ejército rojo y la Unión Soviética?

Al asegurarle yo que bastante ocupado había estado predicando el Evangelio de Jesucristo, su mirada llameante me fulminó:

—Pues ahora voy a refrescarle la memoria.

Y salió corriendo de la sala.

A los pocos instantes volvió con un capitán de la NKVD. Éste, para dar más realce a su plenipotencia, blandió un enorme leño sobre mi cabeza y amenazó:

—;Se da usted cuenta que, si yo quisiera, podría dejarle hecho papilla si sigue mintiéndonos?

Mi respuesta, por cierto no muy prudente, fue:

—Si usted puede demostrarme que he dicho una sola mentira, pégueme tanto cuanto quiera.

El furibundo capitán de las milicias acercaba su cara repelente, carcomida de la sífilis, a una pulgada de la mía siempre que me hablaba. Su aliento olía a aguardiente, las negruzcas esquirlas de sus dientes cariados sobresalían del mar de espuma de saliva de su boca, y al espetarme sus disonantes imprecaciones, mi cara quedaba salpicada. Con voz estentórea me endosó un discurso de más de media hora sobre las gloriosas hazañas del ejército rojo, sin dejar de dibujar figuras en el aire con el leño en la mano, para subrayar sus palabras. En actitud teatral, al final de su declamación, mantuvo el puño cerrado en el aire, exclamando con aire triunfador:

—El ejército rojo ha aniquilado a los fascistas de Hitler. También liquidaré a los popes romanos y a todos los demás cerdos de Hitler.

Se hizo una breve pausa, al enjugarse el sudor de la frente y la espuma de la boca. Como también mi cara había recibido buena parte de su saliva, disimuladamente me limpié mientras yo preguntaba al intérprete qué era lo que aquel hombre quería de mí.

—El señor capitán quiere hacerle saber —contestó el intérprete solemnemente— que el ejército rojo, solo, ha destruido a Hitler y a todos los cochinos de su séquito, y anuncia que todos los que hayan ayudado a Hitler, hasta el último, serán destruidos como él.

Mientras tanto, el capitán había recobrado alientos y reanudó su arenga con bríos renovados. Sólo le entendí que también los americanos habían cometido algún entuerto. Al hacer él una pausa para respirar, dirigí una mirada de interrogación al intérprete, haciendo como si no hubiese comprendido nada. Éste, con voz untuosa, dijo:

—El señor capitán desea saber si usted cree que los americanos serán capaces de frenar el avance victorioso del ejército rojo.

Aquella pregunta me sorprendió, y por eso repliqué:

—;No lo comprendo! Los americanos son sus aliados y sus mejores amigos. Son ellos los que les han dado los camiones con los que ustedes han llegado hasta aquí. ¿Por qué creen ustedes que ellos quieran frenar su victorioso avance?

Furioso, el intérprete pronunció el insulto de: «¡Diplomático!» Cuando por fin reconocieron que sus métodos no bastaban para arrancarme una confesión de culpabilidad, el intérprete me hizo saber:

—Tiene usted suerte de que seamos clementes; si no, ya estaría usted liquidado. Pero nosotros no nos manchamos las manos con sangre de pope.

Dicho esto, desapareció.

Mientras tanto, el capitán se paseó por la sala como un pavo real, contemplando de vez en cuando, con aire complacido, las botas, estrechas y brillantes, que había «heredado» de un oficial alemán. El mismo parecía estar prendado de su propia elocuencia; su rapada cabeza se puso colorada del esfuerzo, su garganta quedó afónica. Desde el otro extremo de la habitación y con brío, echó el leño hacia el montón donde había estado apilado. Luego, rápidamente, salió de la sala.

Supuse que había terminado mi interrogatorio. Pero el intérprete, al volver, intentó una nueva embestida:

—Sabemos de fuente segura que usted ha sido miembro del partido nazi y que mantiene íntimas relaciones con las S.S. Nunca habría podido salir al extranjero si no le hubiese encargado el partido nazi de hacer espionaje.

Mis ojos ardían bajo aquellos focos deslumbrantes. El calor insoportable de la estufa, a mi espalda, me hizo subir la sangre a la cabeza.

—;Dios mío! —oré—. Tú nos has prometido la palabra justa ante el juez injusto. Ayúdame, que mis fuerzas ya flaquean. —Oí cómo de mis labios brotaban las mismas respuestas que durante mi primer interrogatorio había dado; mas me pareció como si yo estuviera muy distante y desde lejos escuchara mi propia voz.

El intérprete seguía sin darse por satisfecho. Insistió en

sus inculpaciones de que los nazis me habían mandado al extranjero para hacer espionaje.

—Puedo demostrarle que su acusación no es justificada —repetí, ya casi desesperado—. Cuando, en 1930, me trasladé a Roma para mis estudios, en Alemania teníamos un sistema de gobierno democrático. Y eso era mucho antes de que Hitler subiera al poder. En aquella época, su partido solamente tenía cinco miembros en el Reichstag. Cuando Hitler fue nombrado Canciller del Reich, yo me hallaba en Suiza, gravemente enfermo de tuberculosis. ¿Cree usted que la Gestapo, que ha metido a más de quinientos sacerdotes alemanes en campos de concentración, iba a tomar a su servicio precisamente a un seminarista católico?

—Bueno, que usted no ha sido nazi —volvió a atosigarme—. Pues de poco le servirá hacerse el sordo y el mudo—. ¡Los granjeros feligreses suyos nos han contado todo lo que deseábamos saber de usted! —Su excitación fue en aumento, hasta llegar a un nuevo paroxismo—: Usted ha escrito un libro, que no contiene más que mentiras sobre el ejército rojo.

Ya no tuve ni fuerzas para reír.

—Mi libro es la interpretación de ciertas doctrinas del patriarca griego Crisóstomo —traté de explicarle—. Ni una sola vez en los dieciocho tomos que contienen sus prédicas y sus escritos, he visto mencionado al ejército rojo. Y es que murió en el año 407 después de Jesucristo.

Dejando ya de lado este tema, el intérprete, con el puño cerrado, me vino con la pregunta que desde el principio me había temido:

—Pero usted es contrario al comunismo y, por lo tanto, enemigo de la Unión Soviética...

—También ahora quiero decirle la verdad —contesté—. Dispongo de pocos elementos de juicio para permitirme una opinión sobre la actual política bélica de la Unión Soviética. Pero sí siento una sincera simpatía por el pueblo de la Unión Soviética, y estoy dispuesto a expiar, en la parte que me co-

rresponda, el mal que le ha sido causado por dirigentes políticos criminales, en nombre del pueblo alemán.

El taciturno oficial del fondo de la sala hizo una seña, la seña anhelada de que las tres terribles horas de interrogatorio tocaban a su fin. El sudor corría sobre mi cara y había mojado todo el cuello de la pelliza del padre Werr. Apenas me obedecieron las rodillas al ser invitado a levantarme. El oficial me hizo firmar tres grandes hojas completamente escritas. Como estaban redactadas en ruso, nuevamente rogué que se me tradujera el protocolo. El resumen que me dio el intérprete, me pareció inofensivo.

—Si esto es todo cuanto pueden alegar contra mí —dije—, ¿por qué no me dejan en libertad? Mi parroquia me necesita.

—¡Cállese! —me fulminó el intérprete—. Puede estar contento de que hayamos tenido tanta paciencia con usted. Llegará el día en que reconocerá lo inútiles que son ustedes con sus ridículas supersticiones. Ya les enseñaremos a trabajar en algo útil.

Con esto se terminó aquel capítulo. Mas la incertidumbre sobre lo que pasaría con nosotros subsistió y nos mortificó más que las penalidades físicas.

Trabajo le costó al guardián llevarme a mi calabozo; completamente aturdido, me tambaleé al cruzar el patio. En mi prisión me saludó el llamear de una vela. Estaba en uno de los estantes que habían albergado botes de conservas. Aquel cabo que yo había pescado en el río, al ir por agua, no daba más que la luz necesaria para que los hombres que eran llamados a interrogatorio, pudieran evitar pisar a sus compañeros, que, ensimismados, se habían acurrucado en el suelo.

El guardián no dio ocasión al padre Kolfenbach a que se preocupara un poco de mí; seguidamente se lo llevó, para un segundo interrogatorio. Mi compañero, yo lo sabía, ahora se sentaría en la misma silla acabada de dejar por mí. Al levantarse, me entregó mi mochila y mi maletín, que había guardado. Mas cuando yo intenté ocupar el espacio que él dejaba, otro me había tomado la delantera. Tuve que buscar otro sitio donde pudiera agacharme para descansar un rato.

El sacerdote Langwald, por naturaleza, no era de los que no se recatan en proclamar en público su fe. Me asombró, por lo tanto, que hallara valor para rezar en voz alta, y perfectamente comprensible, el Credo, el Padrenuestro y el Ave María para todos aquellos que durante la noche eran conducidos al interrogatorio. Había visto volver a más de un prisionero cubierto de sangre. Después de recibir los primeros golpes en la nuca o en el cogote, los hombres se avenían a «confesar» todo cuanto sus inquisidores querían oír de ellos. Así «confesaban» que habían pertenecido al partido nacional-socialista o que habían sido capitalistas, o ambas cosas a la vez. Si yo comparaba el estado de la mayoría de los que volvían de su «declaración» con la mía, tenía que reconocer que, a pesar de todo, había sido tratado con gran «humanitarismo».

Al cernerse la oscuridad, fueron puestos en marcha los motores de los camiones estacionados en el patio. Había llegado la hora decisiva para el párroco Langwald y una docena más de ocupantes de nuestra bodega. También el padre Kolfenbach fue requerido, pero aún no había regresado de su segundo interrogatorio.

El sacerdote Langwald, apresuradamente, tomó su mochila y se puso a hurgar en ella. Habiendo encontrado lo que buscaba, me dio la mano, pasándome disimuladamente una botellita de aceite de ricino.

—Tómalo una hora antes del próximo toque de llamada —dijo.

Se esforzó en sonreírme, a su manera suave y apacible; mas sus ojos no dejaban de delatar que él se daba perfecta cuenta de lo que le esperaba.

—¡Hasta la vista! ¡Que Dios nos proteja! —murmuró a mis oídos antes de que el guardián le azuzara con su «¡De prisa!, ¡de prisa!» La corriente de aire que se formó al abrirse la puerta, atrajo una columna de humo del fuego que ardía bajo la caldera de nuestra sopa de patatas, a través de las rotas ventanillas del tragaluz.

Los trece prisioneros que nos habían abandonado, se unie-

ron a un grupo de unos cien hombres, procedentes de otros compartimientos del sótano; allí, en el patio, formados de cuatro en cuatro, fueron identificados llamándolos otra vez por el nombre. Cuando se pusieron en marcha hacia los camiones, al otro extremo del patio, pasaron por delante de nuestra ventana. No vimos más que pies que cansinamente se movían. De nosotros nadie dijo ni una palabra. Nuestras miradas se concentraron sobre los zapatos que, por delante de nosotros, se iban arrastrando. A veces, entre zapato y zapato, alguna raquítica mochila, algún menguado fardo era arrastrado por el suelo. Después de una breve pausa, arreciaron los ruidos de los motores, y los camiones salieron del patio. Luego, el silencio volvió a reinar.

Cuando recobré la serenidad, me dispuse a poner en orden los residuos de mi equipaje. No se haría esperar mucho mi propio traslado. Una hora antes del toque de llamada a rancho, hice buen uso del obsequio de despedida del párroco Langwald. Por primera vez, después de nueve días, me sentí tan aliviado como si flotara sobre nubes. Altamente confortado, lancé el recipiente, un bote de conservas que había utilizado, por la ventana. Pero, en el mismo instante, tuve que agacharme, pues el guardián, sorprendido, introdujo el cañón de su fusil por la ventana, con grandes maldiciones. Ya nada me importaba. Me acurrugué, encogiendo las piernas, y me dormí. Cuando el padre Kolfenbach volvió del interrogatorio, le cedí mi sitio. Me sentía tan aliviado, que hasta me vi capaz de dormir de pie.

## ORDEROS PARA EL MATADERO

Al apuntar el alba del día siguiente, por la puerta apareció un guardián, con una lista de nombres. No sin dificultad fue llamando los apellidos, transcritos en caracteres rusos, entre ellos, de los primeros, el del padre Kolfenbach. Mi corazón, por un instante, se paralizó. ¿Quedaría yo allí, separado de él? Pronto advertí que la lista, esta vez, había sido confeccionada por orden alfabético. Como la letra «F» en el alfabeto ruso, al igual que en el griego, es de las últimas, tuve que esperarme. En el patio, mientras tanto, los motores de los camiones pesados se iban recalentando; los llamados, uno tras otro, cogían su fardo y desaparecían de la cueva. Ya no quedaba más que un puñado de hombres en la bodega cuando le tocó el turno a la letra efe, y efectivamente, fue pronunciado mi nombre tal como, en adelante, siempre lo oiría pronunciar: «Frittkau, Gerardo`Gugovich». Según costumbre rusa, a mi nombre de pila se había añadido el de mi padre, Hugo. Me apresuré a reunirme con mis camaradas.

Una nueva nevada, había cubierto piadosamente la basura y suciedad del patio. La senda de madera, bajo la capa de nieve, serpenteaba como un monstruoso reptil hasta la entrada de la comandancia. Nuestros ojos, habituados a las tinieblas de nuestro presidio, deslumbrados por el brillo y la blancura de la nieve, apenas fueron capaces de captar la radiante belleza del día naciente.

De todos modos, logré localizar al padre Kolfenbach. Su



gorro de piel sobresalía de las ciento cincuenta cabezas restantes. En el corto trayecto hasta los camiones que nos esperaban, conseguí alcanzarle. Ambos hicimos de manera que fuéramos transportados en el mismo vehículo.

Los autos estaban tan llenos, que no pudimos sentarnos, si bien, por otra parte, tampoco podíamos caernos. A pesar de todas las incomodidades, aquel cambio, como cualquier otro, en nuestra situación insoportable, representaba un alivio.

Nuestros coches salieron disparados, como locos, por las calles desiertas de la ciudad de Heilsberg, otrora tan animadas. Las únicas personas que, mirando atrás desde nuestro camión, pudimos distinguir, fueron soldados rusos y dos pequeños muchachos que tiraban de un carretón. La dorada estatua del arcángel Miguel, desde lo alto del campanario de la iglesia parroquial, seguía mirando sobre el mercado, ahora campo de ruinas. El paisaje nevado de nuestra tierra, que ahora atravesamos en dirección nordeste, estaba tan muerto como la ciudad incendiada. Ni de una sola de las chimeneas de las granjas diseminadas en la campiña se veía salir el humo del hogar. Las aldeas parecían muertas. La carretera estaba flanqueada por trineos, vestidos, ropa, camas, piezas de tocino, caballos muertos y municiones. Pronto advertimos que habíamos cruzado la frontera de Ermland. Ya no se veían cruces ni capillas votivas como nuestros antepasados, católicos, las habían erigido al borde de nuestros caminos, en tiempos de guerra y de inquietud; ya nada nos recordaba que en todas las estaciones de nuestra calvario, El nos ha precedido, y que, al término de este viaje hacia lo inseguro, nos espera.

Después de un veloz viaje de una hora, el conductor frenó. Hicimos alto en la calle de una ciudad, y cuando, contentos de poder volver a mover nuestras piernas, saltamos a tierra, nos encontramos frente a un vasto edificio de obra de mampostería. Los altos muros que rodeaban el edificio, de sobra eran conocidos por algunos de nosotros. Nos encontrábamos en Bartenstein, delante del portal de la prisión correccional.

El recuento en el patio de la prisión se fue alargando.

Para los guardianes no era tarea sencilla, pues se trataba de números de tres cifras. Cuando, por fin, hubieron pasado sus cuentas, por pasillos estrechos e interminables nos condujeron a una sala pintada de azul, con un escenario vacío y algunos requisitos, de dudoso gusto, de lo que había sido capilla de la prisión. Aquella sala vacía sonaba a hueco, pero cuando nos sentamos en los asientos, separados entre sí por altos tabiques divisorios, para aislar a los prisioneros al oír misa, por un momento nos pareció que éramos canónigos en el coro de la catedral. ¡Qué lujo volver a sentarse sobre un banco de verdad!

Un guardián se apostó junto a la puerta y empezó a llamarnos y hacernos salir, uno por uno. A los pocos momentos, los llamados volvían a entrar. De una mano sostenían la mochila, visiblemente aligerada, o fardo o bolso, o lo que llevarán; con la otra se aguantaban los pantalones. Por enésima vez habíamos vuelto a caer en manos de soldados de la «cultura». Para acelerar los trámites, el guardián nos ordenó que nosotros mismos nos quitáramos cinturones y tirantes y que los tuviéramos preparados para entregarlos.

Con los tres calzoncillos y los dos pantalones que llevaba, mi dificultad fue grande, y grandes mis apuros. Pero mis mayores desvelos en aquel momento fueron para poner a salvo aquel tesoro que, gracias al pasador de los tirantes, hasta entonces había podido salvar de todos los saqueos: algunas partículas de la última Hostia consagrada, que, en un saquito de lino, llevaba escondidas entre tira y tira.

El tiempo apremiaba. En pocas palabras puse en antecedentes al padre Kolfenbach y le entregué el saquito con las últimas partículas para su última comunión. Pocos minutos nos quedaron de recogimiento para dar las gracias a Dios por aquel último viático, y para encomendarnos a Nuestro Señor y Maestro en todo lo que nos esperaba.

Aún no habíamos acabado de desabrochar los tirantes cuando el guardián nos hizo señas de que, con nuestros fardos, nos pusiéramos a la cola de la larga hilera que se había formado hasta la entrada a una celda abierta, al final del

pasillo. El padre Kolfenbach me precedía con mi maletín. A él ya nada le quedaba que hubiera podido llamar suyo, y yo, con mochila y maletín, habría parecido un capitalista.

Al hallarme frente al oficial que efectuaba el despojo, apresuradamente me arrancó los tirantes de la mano y cuidadosamente los colocó en una caja de madera, sobre el cinturón que acababa de quitarle al padre Kolfenbach. Como un mercader experto, pieza por pieza examinó los objetos que tuve que verter al suelo. Hilo, aguja, botones y tijeras los echó en un montón aparte; mi cajita con las migas del pastel de Navidad, en otro; mi manta, sobre uno de más allá. Un pequeño estuchito en el que guardaba un poquitín de algodón en rama embebido de crisma, lo examinó con detenimiento.

—¿Qué es esto? —preguntó severamente.

—¡Medicina! —repuse rápidamente. La palabra rusa correspondiente me la había enseñado Tatiana, la chica rusa del asilo, cuando fuimos a ver al abuelo Schenk.

El oficial me ordenó que levantara mi mochila, vacía, aguantándola por los dos tirantes, sacó un cuchillo y de dos elegantes cuchilladas cortó los dos tirantes de la mochila. Aún no satisfecho con aquel indigno juego, me dijo que abriera el saco y que lo aguantara. Tuve que presenciar cómo él no cejó hasta haber cortado el cordel que cerraba mi mochila. Desesperado, indignado por aquellas vejaciones, le pregunté:

—¿Para qué quiere usted destrozar ahora mi mochila vacía?

Su lacónica respuesta fue:

—*Germania kaputt!* ¡Alemania se terminó!

Luego inició el mismo juego humillante con el siguiente.

A mí, a la postre, me cedió el estuchito con el algodón, que recogí del suelo al salir de la sala. Pero no conseguí recuperar la botellita de medicina con el vino de misa ni la caja de cartón con las hostias sin consagrar. Me quedó, sin embargo, mi pañuelo rojo, amén de un pedazo de jamón, media lata de manteca de cerdo, unos gramos de tocino, mis guantes y una lata de contenido desconocido. El oficial tuvo la

generosidad de entregarme, a cambio de mi manta, caliente y limpia, una sucia, de caballo. El padre Kolfenbach había logrado volver a salir con mi maletín, sin tener que abandonar el misal, el breviario, una toalla y un par de calcetines.

Al ponerse el sol y haberse conquistado cada uno de nosotros un pie cuadrado de espacio para pasar la noche, nuevamente fuimos sacados al patio. Yo había solventado mis apuros cortando mi chal encarnado por la mitad y atándolo a mis pantalones, que, si no, se me resbalaban. La solución, por desgracia, no era perfecta, por no llevar mis pantalones hebillas por las que pasar el chal. Si andaba con cuidado, podía andar unos centenares de metros hasta que mis pantalones, liberándose de mi cinturón de emergencia, volvían a resbalar y reclamaban una nueva sujeción.

Tuvimos que darnos prisa. Los camiones ya nos estaban esperando. Esta vez, el hacinamiento aún fue mayor, y, por primera vez desde que nos apresaron, fuimos cargados juntos con mujeres y muchachas. En nuestro camión, las mujeres formaban la mayoría. Zumbaron los motores y se puso en marcha aquel cargamento hacinado, apilado, de personas desesperadas, que gemían, maldecían, lloraban. Acurrucado, apretado contra la pared del vehículo, no podía mover ni un miembro. La escotilla de salida, en la parte posterior del coche, iba guardada por un soldado armado. De vez en cuando, el viento movía la vela de cubierta del camión. A la luz de los focos del vehículo que nos seguía, podíamos ver los copos de nieve cómo lentamente descendían del cielo. Oscura noche reinaba por doquier, fuera y dentro.

Los conductores, con gran habilidad, cumplieron con su cometido de correr a velocidades vertiginosas sobre calles sinuosas y resbaladizas y de mantener entre sí una distancia prudencial. Después de un viaje de tres o cuatro horas, hicimos alto. Descendió el guardián, soltó la cadena y bajó la escotilla. Deslizándome lentamente, con los demás llegué a tierra, de pie. Pero en el instante volví a moverme a gatas. Los pies, insensibles, parecían estar muertos.

Nuestros camiones dieron la vuelta seguidamente y desa-

parecieron. Las siluetas de edificios y chimeneas de fábrica que destacaban del horizonte, nos indicaban la proximidad de alguna ciudad de importancia, probablemente Insterburg. La paz con que los pausados copos de nieve cubrían la tierra, fue alterada por lúgubres, estridentes silbidos. Como el aullido de chacales y hienas hambrientas del desierto, la ronca voz de las locomotoras rusas nos atravesó el corazón. Cuando las sirenas de las locomotoras permanecían en silencio, oíamos cómo los guardianes llamaban a sus perros de presa. El furioso ladrido de éstos acompañaba una larga procesión de personas, casi todas mujeres, que, del patio interior de un gran edificio, apresuradamente se movía en dirección a uno de los trenes parados. De vez en cuando, parientes o vecinos gritaban sus nombres, para no perder el contacto. A la luz relampagueante de lámparas de bolsillo, durante horas y horas vimos una riada de personas desvalidas, que, arrastrando sus fardos sobre la nieve, corrían como ovejas atemorizadas en pos de su triste destino. Allí mismo, sobre la nieve, esperamos a que terminara aquel cortejo de la miseria, mientras otros camiones iban trayendo nuevos contingentes de prisioneros.

Cuando, por fin, los últimos de aquella procesión hubieron desaparecido en la oscuridad de la tétrica noche, por el mismo portal del que los otros habían salido nos condujeron a un vasto patio. Nos hicieron formar, fuimos contados y llevados a un edificio que resultó ser la prisión correccional de Insterburg. Entramos en una espaciosa sala vacía, que en otros tiempos, al parecer, también había servido de capilla. Quedaban los restos de un altar y de un púlpito, en un extremo del estrado. Lo único que, además, pude descubrir, fueron unos cuantos barriles de arenques, vacíos. Se hallaban en la pared posterior, donde antes había estado un pequeño órgano, y ahora hacían las veces de letrinas. Como casi todos los prisioneros tenían diarrea, aquellos barriles siempre estaban colmados.

Aparecieron oficiales, leyeron largas listas de nombres y volvieron a desaparecer mientras seguía el flujo de más y

más masas humanas. El veinticinco por ciento eran mujeres. Por fin nos explicamos por qué nos habían concentrado en aquella sala: nos seleccionaban en grupos para la próxima deportación.

El padre Kolfenbach y yo aprovechamos la ocasión para dar una vuelta por la sala, en busca de caras conocidas. La primera que encontramos fue la de la señorita Gertrudis Graw, el ama de llaves de nuestro vicario general de Frauenburg.

—¿Dios mío!, señor párroco, pero ¿de verdad es usted? —exclamó, mirándome atónita de arriba abajo.

—¿Y por qué no? —pregunté, a mi vez, asombrado.

—Porque, usted perdone, pero casi parece un judío polaco, con su barba y la faja roja sobre el vientre.

La muchacha delgada y esbelta que estaba a su lado era Lena, la hermana de Gertrudis. Dentro de la desgracia, les quedaba el consuelo de permanecer juntas.

Colmé a la señorita Gertrudis de un sinnúmero de preguntas.

—¿Ya han llegado hasta Frauenburg los rusos? ¿Qué le ha sucedido al obispo? ¿Dónde está? ¿Cómo está el vicario general?

—¿No tan de prisa, señor cura! —protestó la señorita Gertrudis. Luego refirió—: Después de los horrores de los primeros días, los rusos, en un día de frío crudísimo, han hecho salir a casi todos los habitantes de la ciudad y los han hecho andar cuarenta kilómetros, hasta Preussisch-Holland. Esta mañana, Lena y yo hemos sido traídas aquí. Muchos no han resistido la primera marcha. El señor vicario general y media docena más de clérigos siguen en los calabozos de la NKVD. Y su ilustrísima, el señor obispo —aquí la voz de la señorita Gertrudis, conmovida, tembló—, probablemente habrá muerto. Un día antes de que los rusos hicieran su entrada en Braunsberg, oficiales de las S.S. sacaron al obispo de los sótanos del palacio episcopal y se lo llevaron. Estaba rezando el rosario, con unas trescientas personas que allí habían buscado refugio. Nadie sabe adónde se lo han llevado.

Pero dicen que al andar sobre la laguna del Frische Haff, cuya capa de hielo ya se estaba fundiendo, ésta se rompió y él, en el agua, se ahogó.

Yo, rápidamente, deslicé en la mano de cada una de ellas un rosario, antes de que un oficial joven, corpulento y jovial, subiera al estrado, con listas en la mano. Nos fue llamando a todos, para formar diferentes grupos, riéndose él mismo de cómo pronunciaba nuestros nombres. Cuando veía cómo algún hombre, encorvado, que ya pasaba de los setenta, se esforzaba en subir la escalera, él lo tranquilizaba, colocándolo en un montón aparte.

Después de la revisión, nuevamente fuimos sacados al patio, y allí nos hicieron formar filas de doce. De más allá de los muros de la prisión nos llegaba el lúgubre silbido de las locomotoras rusas. Había llegado nuestra hora: así pensamos todos. Poco podíamos sospechar que en aquel recinto aún nos retendrían tres días, sin más ocupación que formar filas dos veces al día, poco antes de amanecer y después de ponerse el sol. A cada llamada creíamos que empezaría el viaje. Pero luego nos hacían volver a un desván de la prisión con calefacción excesiva. Allí, desvalidos, teníamos que escuchar los gritos de las mujeres desde los aposentos contiguos, después que los guardianes, con sus lámparas de bolsillo, habían entrado a elegir sus víctimas. Algunas de las desgraciadas golpeaban frenéticamente contra nuestras paredes, gritando: «¡Erich, Erich, José, José, Franz, Franz!» Aquello era desesperante, pues nada podíamos hacer para socorrer a las infelices.

Cuando aquellos gritos amainaban, las discusiones acaloradas, las disputas, las peleas surgían entre los prisioneros. Los detenidos rusos, polacos y lituanos trataban de burlarse del desamparo de los ancianos alemanes detenidos. Los guardianes rusos les dejaban hacer. Durante una de aquellas riñas, un joven ruso, ante los ojos de todos los demás, me arrancó de la mano la tapa de mi gamella, cuando a través de la claraboya rota, trataba de recoger algunas gotas de agua de un canelón que se derretía. Como tantos rusos, aquel

muchacho compartía nuestra suerte por haber sido hallado en una granja alemana, bien alimentado, ayudando en las faenas del campo.

Cuando, durante un paréntesis de descanso, centenares de personas extenuadas procuraron agacharse sobre los espacios secos, entre los charcos de inmundicias, un hombre de cierta edad, de nuestro montón, se quedó de pie. Llevaba el vistoso uniforme de guarda forestal del Estado de Prusia. Lo que cerca de la ventana contemplaba, le causó tanta repugnancia, que no pudo menos de dar rienda suelta a su indignación:

—¡La culpa de toda esta marranada la tienen los judíos y el Papa!

Quedó sorprendido al ver que todos le respondieron con su silencio. Yo, que me vi rodeado de algunos forzudos hijos de Ermland, le grité a la cara:

—Si aún no ha llegado a comprender quién nos ha llevado hasta aquí, tiempo le sobrará para darle las gracias a su *Führer* por habernos deparado las mismas vejaciones que él pensaba inferir e infirió, a judíos y cristianos.

El guardabosque, durante un rato, permaneció con la boca cerrada.

Durante aquellos días de espera, los guardianes mataban el tiempo despojándonos a sus anchas. Nos hacían retirarnos hasta la pared y luego, uno por uno, nos iban registrando. Durante los registros, casi siempre daban con mi crucifijo, del tamaño de una mano, que me colgaba del cuello y llevaba en el bolsillo interior de mi abrigo. Una sola vez el crucifijo fue objeto de escarnio por parte de un guardián. Sin descolgarlo de mi cabeza, lo elevó al aire, mostrándolo a sus camaradas, y con aire burlón exclamó: «¡Aleluya!», si bien por ser época de Cuaresma aquella exclamación litúrgicamente no estaba justificada. Yo rogué a Nuestro Señor Crucificado que aceptara mis humillaciones y mis sufrimientos a cambio de que llegara el día en que aquel «aleluya» no saliera de los cínicos labios de aquel soldado rojo, sino de su corazón creyente. No se quedó con la cruz, la deslizó al mismo sitio donde la había encontrado.



Aquel pequeño incidente me animó a prepararme para mi nueva misión. Mi parroquia pronto se vería encerrada en un vagón para transporte de animales; de ello ya no cabía dudar cuando un grupo de diez hombres regresó a nuestra sala, de vuelta de su trabajo.

—¿Qué habéis hecho fuera? —les preguntamos llenos de ansiedad.

—Primero hemos tapado desde fuera, con tableros, las ventanillas de los vagones de transporte. Luego, en un rincón del vagón tuvimos que hacer un agujero y por él pasar una canal al exterior, formada por dos tablas. Ya podéis imagináros para qué.

Después de una última falsa alarma, a medianoche llegó el momento. De todas partes y con gran griterío, los prisioneros, también los de las otras dependencias, fueron empujados hacia los diferentes patios.

Había vuelto a nevar. Agradecidos, paramos un instante para apagar nuestra sed y lavarnos cara y manos. Al resplandor de una lámpara de bolsillo, con la que un guardián junto al portal nos pasó revista, logré descubrir el inconfundible gorro del padre Kolfenbach, que sobresalía de los demás. A la primera oportunidad que se me presentó, me abrí camino por entre las masas de prisioneros que iban avanzando cansinamente, hasta llegar a su lado. También los tres muchachos, José, Gerardo y Franz, habían tomado el gorro negro por punto de referencia y poco a poco fueron acudiendo.

—¡Déjeme que le lleve la mochila, señor cura! —dijo uno de ellos. Gustosamente les cedí la mochila; de ese modo podía dedicar toda mi atención a mis pantalones y aligerar la marcha sin temor a perderlos.

Mientras marchábamos a tuestas, en la oscuridad de la noche, nadie intentó escapar; a ambos lados del camino se habían apostado guardianes, armados hasta los dientes, que, con la mano, tenían sujetos a perros amaestrados. Se reprodujo aquella misma escena que días antes habíamos presenciado: los mismos soldados, que gritaban afónicos: «¡De prisa, de prisa!» Los mismos gritos de los prisioneros, llamando

a parientes o amigos. Más allá, al final del edificio, los mismos camiones que nos habían traído, descargando nuevos contingentes de prisioneros que dentro de breves días se agregarían a nuestra procesión de la miseria.

En la confusión de los primeros minutos de nuestra marcha, había perdido la conexión con los compañeros de los últimos días. En voz alta los llamé por su nombre, mas no obtuve ninguna respuesta. En un abrir y cerrar de ojos, muchos quedaron solos, aislados de los demás.

Caminamos calle abajo, por delante de casas abandonadas, hasta la estación, desierta. Allí nos esperaba una hilera interminable de vagones de mercancías, cuyo final se perdía en la oscuridad de la noche. Nos ordenaron el alto, y tuvimos que esperar a que contaran un número determinado de personas para cada vagón, y éstas, sin más miramientos, eran cargadas en un santiamén. Habíamos necesitado quince minutos para llegar a la estación; transcurrieron horas hasta que todos estuvimos hacinados en nuestros respectivos vagones.

Los guardianes realizaron su trabajo con gran escrúpulo. Las patrullas iban y venían continuamente a ambos lados del tren, alumbrando con sus linternas enganches y topes, se agachaban por debajo de los vagones, se encaramaban a las cubiertas, para que todo intento de fuga se hiciera imposible. El rebaño de prisioneros, que lentamente iba menguando, como si de conducirlo a la esquila o al matadero se tratara, constantemente era rodeado de guardianes excitados, que acuciaban como perros: «¡De prisa, de prisa!»

## EL CALVARIO

El padre José Kolfenbach y yo éramos de los primeros de un grupo abigarrado de prisioneros, formado al azar para llenar uno de los vagones vacíos. Apresuradamente, agarrándonos a las guarniciones de hierro y a la ranura de la puerta corredera, empujados, apretados por los que nos seguían, con gran trabajo nos introdujimos en la oscura cueva. El resplandor de una lámpara de bolsillo de un guardián nos facilitó la inmediata elección de un sitio en el centro de la pared derecha del vagón, antes de que se nos hiciera imposible aquella ventaja de vital importancia. Cuando hasta los últimos de aquel desvalido enjambre humano se hubieron encaramado en la alta plataforma del vagón de mercancías, ayudados por los culatazos de los soldados de guardia, fue cerrada la pesada puerta. Soldados de custodia, desde fuera, y dos hombres fuertes de nosotros desde dentro, tuvieron que esforzarse en moverla y clausurar nuestra propia prisión. Oímos luego cómo corrieron el pasador, y el silencio angustioso fue interrumpido por el chirriar de cadenas y el rechinar del alambre con que eran precintadas las cerraduras.

Dondequiera que aquel siniestro tren nos condujera, el «tratamiento científico» a que habíamos sido sometidos en nuestro cautiverio subterráneo había tocado a su fin, y el nuevo destino, por de pronto, nos pareció un descanso, un alivio de nuestras penas; pero el frío, el hambre, el cansancio, la lucha despiadada por la subsistencia pronto nos volverían a la amarga realidad. El frío de la noche, gélida y

estrellada, pronto penetró a través de la manta de caballo con que nos habíamos cubierto hasta la cabeza el padre Kolfenbach y yo. Con nuestros nuevos compañeros procuramos acomodarnos en el suelo. Quien había conquistado un sitio al lado de la pared, podía cantar gloria. Pero cuando los demás, los que en el centro del vagón, extenuados, caían uno sobre el otro, se dieron cuenta de que ellos estaban en peor situación, por no tener donde apoyarse, empezó la lucha por los sitios y aquel estado de excitación fue nuestra zozobra continua las tres semanas siguientes. Tardó cierto tiempo hasta que nos hubimos habituado a la oscuridad, y, poco a poco, algunos comprendieron que la falta de espacio no era debida a la mala voluntad del vecino, sino a la estrechez del vagón ruso de dieciocho toneladas.

Por fin, por el agujero de la pared derecha cayó el primer resplandor de aquel 6 de marzo sobre las sombras que se acurrucaban en torno a una minúscula estufa de hierro. Por falta de combustible, aquella estufita no había podido ser encendida. El único movimiento en el vagón era producido por el incesante ir y venir al reguero, cuyo orificio era la única fuente de luz, aire y sol en nuestro calabozo. Las guarniciones de hierro del vagón estaban ya cubiertas de escarcha originada por nuestro aliento antes de que el tren se pusiera en marcha. Durante toda la noche continuó el trasiego de los guardianes a lo largo del convoy, oímos sus pesadas botas andar sobre las cubiertas.

Por la mañana, empero, aumentaron los gritos y exclamaciones de los guardianes, y, sin señal previa, el tren arrancó con tal sacudida, que di con la cabeza contra la pared, poniendo en evidencia de forma muy contundente que los vagones de mercancías rusos no tienen muelles de suspensión. Imité el ejemplo del padre Kolfenbach, hice la señal de la cruz, y encomendé a mí y a mis compañeros al arcángel Rafael, patrono de los viajeros.

El movimiento del tren consiguió animar, además de los miembros entumecidos, el espíritu de los hombres. Hicieron cábalas sobre el destino del viaje y, por un momento, se olvi-

daron de lo hambrientos que estaban. Un anciano, sentado sobre el borde de la estufa sin encender, me recordó la imagen de un profeta del Viejo Testamento. Sus barbas blancas conferían más solemnidad a sus palabras, al decir: «El que ahora nos falte el combustible para la estufa, al fin y al cabo no es una desgracia; pues en la Siberia hace mucho más frío. Y quizá sea preferible que nos habituemos a tiempo a los fríos».

Cuatro de sus sesenta y cinco años ya los había pasado en Siberia, a raíz de la primera Guerra Mundial.

Me pareció curioso que la gente enjuiciara el porvenir a través del prisma de su pasado. Así Hermann Steputat, encargado de una fábrica de ladrillos, se quitó con parsimonia las gafas y auguró:

—Nos mandarán a Stalingrado o a cualquier otra gran ciudad. Allí tendremos que picar piedras y cocer ladrillos, para que las ciudades devastadas puedan ser reconstruidas.

Karl, quitándose el gorro de piel de castor, como campesino viejo de los Masures, expresó su opinión:

—Si saben lo que se hacen, nos mandarán a Ucrania y nos harán trabajar aquellas tierras extensas y fértiles, al igual que los prisioneros rusos y polacos han hecho con las nuestras durante la guerra.

Jan, el portavoz de los cuatro soldados alemanes que habían venido a parar a nuestro vagón, era un comunista convencido, de Emden. De oficio era algo así como trabajador de la tierra y experto en obras hidráulicas. Reclamaba para sí más espacio que los demás; apoyando su cuerpo contra el rincón, extendía sus piernas sin consideración hasta el centro del vagón. En aquella postura de relativo descanso, nos hizo saber su parecer:

—A quien está acostumbrado a los trabajos pesados, poco le importa hacer lo que se presente. Pero los señores chupatintas y demás emboscados sabrán lo que es bueno. ¡Eso lo digo yo! Los explotadores, los que han sacado provecho de nuestro trabajo, aprenderán a trabajar. ¡No faltaba más!

Pronto se darán cuenta de que en la Unión Soviética solamente come el que trabaja.

Jan encontró el vivo aplauso de Gregor, sentado en el rincón de enfrente. Había sido capataz en los astilleros de Schichau, de Elbing.

—Tal como yo veo la cuestión —empezó Gregor—, lo mismo da construir submarinos en Leningrado que en Elbing. También en Leningrado, si uno sabe hacer su trabajo, recibirá su vodka, y del vodka al aguardiente no va tanta diferencia como para alarmarse.

Aquella conversación sobre lo que nos esperaba se interrumpió cuando Jorge, que después de la primera Guerra Mundial había estado largo tiempo en duro cautiverio francés, en tono violento se dirigió a Gregor:

—¡Cualquiera diría que no hacen sino esperar a que lleguen camaradas como tú! Pues yo creo que todos moriremos antes de que tengamos ocasión de demostrar nuestras extraordinarias facultades. Podemos cantar victoria si nos mandan a una granja colectiva, donde quizá podamos hacernos con algunos granos y mezclarlos con hierbas, para no morirnos de hambre.

Trepidante, cargado con nuestras angustias, incertidumbres y esperanzas, el tren, después de atravesar la frontera alemana, avanzó hacia el este. Nos fuimos habituando al traqueteo y a las sacudidas del vagón, que al principio nos habían despertado de nuestra modorra, puesto en movimiento nuestra sangre, y volvió la lucha violenta, pertinaz por hacerse con más espacio. Al cabo de un día de zarandeo, se hizo patente que los más rudos y desconsiderados llevaban ventaja, y que los restantes, los prudentes, cada vez pasaban más apuros.

Jorge, mi querido vecino, era de maneras correctas, hasta afables, pero cuando de mejorar su situación se trataba, como a Jan, todas las artimañas le parecían buenas. Sentado a sus pies, Alois Jendrock, inválido de la primera guerra, tenía que padecer las consecuencias de hallarse delante de los dos soldados, más jóvenes que él. Tenía lesiones en espalda

y caderas, y le causaba dolores tener que estar sentado sin poder apoyarse. Cada vez que Jan y Jorge le daban un golpe, se excitaba sobremanera, señalándoles con acritud que le dejaran en paz con sus delicadezas.

El más brutal de todos, empero, era Hermann Steputat, el encargado de la ladrillería. Cada vez reclamaba más espacio para sí, y se quedó perplejo cuando los demás pusieron coto a sus pretensiones. No contento con haber empujado implacablemente a Franz, el más débil de los tres muchachos, hasta no poderse mover en su rincón, acosaba a Kretschmann, el vecino a su derecha, un carnicero de Elbing. El viejo ya no podía ceder más, pues estaba sentado junto a la reguera de la letrina. Con ambas manos se aferraba a un bote de hojalata, lleno de unas dos libras de manteca de cerdo. Las insinuaciones, afables al principio, de Hermann, que de forma cada vez más inequívoca apuntaba al bote de manteca, él las rechazaba con gran firmeza, asegurando que cuando aquella bota se le terminara, todo habría terminado para él.

El movimiento del tren, al reanimar la circulación de la sangre, con más fuerza nos hizo sentir los vacíos que estaban nuestros estómagos, y la comida que no teníamos se convirtió en tema principal de toda conversación. Muchos de los hombres, durante horas y horas podían describir de manera gráfica, casi con voluptuosidad, sabrosas comidas y recetas culinarias. Jorge, que había vivido en posición holgada como impresor, en Breslau, habló sobre las diversas formas de preparar un plato de patatas fritas. Cuando, a la segunda mañana, los primeros rayos de sol penetraron por la reguera, habían transcurrido treinta y seis horas sin comida ni bebida.

Karl, el granjero de los Masures, a nuestra derecha, por la dirección de la sombra dedujo que nos dirigíamos hacia el este. También él era un batallador infatigable y pertinaz para conseguir más espacio para sí. Sin cesar trataba de vencer a sus vecinos de que, si querían, bien podían cederle unos cuantos centímetros más. Crispando los nervios de todo el mundo, él poco a poco se fue aposentando cómodamente a

costa de los demás. Cuando su descaro se hacía demasiado evidente, con aire de generosidad ofendida se avenía a devolver una minúscula parte de lo que había conquistado. Al mismo padre Kolfenbach, acurrucado a su espalda, se le agotó la paciencia al apoyarse Karl contra él durante todo el trayecto.

El que más desgraciado se sentía, era Karl Stramm. Había perdido su sombrero al subir al vagón, y el cuello de su abrigo no tenía amplitud suficiente para proteger su rala cabeza. Era el encargado, ya entrado en años, de una importante harinera. No le cabía en la cabeza que no le hubiera sido posible huir con su mujer, más joven que él, y sus tres pequeños. Su último consuelo lo constituía un termo vacío. Recelosamente sostenía aquel tesoro, sin atreverse a guardarlo en la funda de almohadón que le servía de mochila, meciéndolo en el brazo como si fuera un bebé.

Alois Jendrock intentó librarle de aquel estado de depresión.

—¿Qué voy a decir yo, con mis siete hijos, el menor de quince días tan sólo? Sé hombre y deja ya de compadecerte de ti mismo. Si quieres volver a ver a tu familia, tienes que procurar adaptarte a tu situación.

Estas amonestaciones le causaron a Stramm poco efecto. Lentamente fue cambiando de sitio, hasta que, al llegar a mis pies y los del padre Kolfenbach, se tranquilizó un poco.

Antonas, un albañil lituano, mientras tanto, iba masticando un pedazo de tocino que había robado a alguien en nuestro último encierro. Antonas era lo bastante forzado para poder rechazar tentativas de acercamiento y ruegos de compartir su trozo de tocino con algunos de sus hambrientos vecinos. Saboreando con fruición su bocado, sentado sobre una voluminosa lata de manteca, nos iba contando cuántas botellas de aguardiente había podido comprar cada semana con su jornal, y cómo las echaba de menos para facilitarle la digestión. Por mucho que aquellas fanfarronadas nos repugnaran, nos veíamos obligados a hacer buenas migas con él, pues An-



tonas era el único de nosotros que estaba en posesión de un cuchillo.

Yo, por mi parte, tenía aquella mañana otras preocupaciones que la comida. Nadie más feliz que yo, por lo tanto, al oír cómo el viejo guarda forestal puso fin a aquel comadreo:

—¡Dejad ya esas estupideces! Vuestro palabreo no nos va a llenar los estómagos vacíos; al contrario, aún nos pone más hambrientos. Pensemos en cosas más importantes. ¿No estáis viendo que estamos a punto de reventar todos?

Ante mis ojos cobró vida lo que aquel día significaba para mí: el 7 de marzo de 1945 era el octavo aniversario de mis órdenes sacerdotales en la catedral de Ermland, en Frauenburg.

Durante la noche, y, luego, por la mañana, habían sonado en mis oídos las palabras que el obispo Kaller nos había dedicado, y sentí que por primera vez captaba todo su sentido:

—Jesús ha sufrido fuera del portal. Salgamos, pues, fuera del portal, para compartir con Él el oprobio. Nuestra morada en este mundo no es duradera; alcemos la vista a la otra que nos espera. (Hebr. 13, 12-14.)

El obispo había pronunciado aquellas palabras aludiendo a la amenaza nacionalsocialista. Entonces habían tenido lugar los primeros procesos de carácter propagandístico contra sacerdotes, y Goebbels preparaba la ruptura de hostilidades con la Iglesia. Nadie podía sospechar que aquellas palabras proféticas de nuestro obispo tan pronto, y de forma tan contundente, se verían confirmadas.

Mientras el frío de la gélida mañana se iba infiltrando por las partes ralas de mi pelliza, mis pensamientos volaron hacia Hubert Teschner, el primero que había seguido por el camino de nuestro Sumo Sacerdote. Desde nuestra niñez habíamos sido amigos. Juntos entramos en la universidad de Innsbruck, a pesar de las protestas de la abuela, que se temía que viaje tan largo nos llevaría muy cerca de las «tierras de los negritos». Juntos cantamos misa y éramos vecinos cuando su joven vida de sacerdote se vio prematuramente consumada. En su parroquia, un tanto desorganizada en parte por culpa

de sus antecesores, los cabecillas locales del partido habían intentado quebrantar el descanso dominical, tan severamente observado en Ermland. En un sermón, y con palabras muy claras, Hubert recordó a sus feligreses el mandamiento de Dios de santificar las fiestas, y se ofreció a renunciar a sus vacaciones para ayudar en la recogida de la cosecha a aquellos granjeros que no se veían capaces de terminar sus faenas antes del domingo. Hijo como era de campesinos, y dotado de extraordinarias fuerzas, algunos granjeros, en efecto, reclamaron su ayuda; mas los que no habían tomado en serio su ofrecimiento, tuvieron que callarse al ver cómo hizo honor a su palabra. La camarilla del partido, empero, se vengó de aquella afrenta y procuró que el joven sacerdote, librado del servicio en Sanidad por su sordera, volviera a ser llamado y mandado al frente ruso. Camino de Wolchow me escribió que Dios sabía lo que convenía a su parroquia, y que estaba dispuesto a ofrendar su vida si así Dios lo quería. Al recibir yo la carta, una muerte dolorosa ya le había alcanzado.

No pude menos de avergonzarme de mi miedo ante el inicuo fin que se iba acercando. ¿No era éste un camino más lleno de gracia divina de llegar a la edad de Cristo que el de una vida facilona de trabajo? Solamente rogué que me fuera posible despejar a algunos de mis desesperados compañeros de cautiverio el camino hacia los redentores sufrimientos del Señor.

No tuve que esperar mucho a que mis plegarias fueran oídas. La voz del viejo guardabosque retumbó por el vagón:

—¡Ese curita que venga!

Los prisioneros quedaron tan perplejos ante la llamada de aquel hombre que tan ostensiblemente había alardeado de la aversión que le inspiraban «curas y judíos» que, sin grandes protestas, dejaron que me abriera camino por entre la maraña de brazos y piernas.

—¿Qué se te ofrece, camarada? —pregunté al llegar junto a él. Con mi mano agarré la suya, al ver su estado de debilidad.

—Padre, ¡que la diño! —dijo lacónicamente.

—¿Y en verdad crees que «la diñas» como cualquiera de tus perros, y que luego ya todo ha terminado? ¿Y que tras esta vida no hay más que la nada? Dime: ¿para qué crees que has vivido?

—A lo mejor sí que hay algo después de la muerte —dijo—. Pero ¿qué sabemos nosotros?

No quedaba tiempo para enzarzarse en largas disquisiciones. Así que, con palabras escuetas, le dije que pronto tendría que responder ante su Creador y Redentor de su vida en la tierra. Seguramente, había llegado el momento de aligerar su conciencia.

El anciano asintió con la cabeza.

—Sí, he sido un granuja, no puedo presentarme así ante el Señor.

En medio del silencio sepulcral que se hizo, interrumpido solamente por el traqueteo del tren, el viejo empezó su confesión pública.

—Mientras quede un aliento en tu pecho, puedes rogar a Dios que te perdone. Y te perdonará. Él te comprende mejor que el mejor cura de este mundo. Ocupémonos solamente de lo más importante.

La respiración se le hizo dificultosa, mas, con fuerza creciente, él asía mi mano, y con devoción contestó algunas preguntas que le ayudaron a examinar su conciencia.

Los movimientos irregulares y convulsivos de su pecho reclamaban premura.

—Aunque hubieses vivido como un perro, sin preocuparte ni poco ni mucho del Señor, Él estaría dispuesto a perdonarte. Sabe lo poco que te han enseñado de Su existencia. Si en toda tu vida has realizado alguna buena acción, Dios no lo olvidará. Y Él, en la Biblia, explícitamente nos ha asegurado que todos serán bien recibidos, con tal que en su último estertor confiesen: «Señor, bien sabes qué malhechor he sido. Pero si Tú quieres, puedes purificarme y recibirme en Tu casa como al hijo pródigo».

—Ha llegado la hora —le amonesté— de que arregles tus asuntos con Dios. ¿Sabes rezar? ¿Sabes el Padrenuestro?

De pronto empezó a orar con voz áspera, y terminó el Padrenuestro con la fórmula según la vieja liturgia, tal como también lo rezan los cristianos protestantes: «Pues Tuyo es el poder y la fuerza y la gloria en la eternidad. Amén».

Por tres veces cantamos la gloria de Dios trino y uno. Con su último aliento aún logró pronunciar el postrer amén. Luego irguió rígidamente la cabeza, y, tras un estertor, la dejó caer sobre el pecho. Rápidamente hice la señal de la cruz y recé la oración por los difuntos. Las plegarias que luego entonamos todos los prisioneros, eran dedicadas al que, de entre nosotros, fuera el primero en seguir a nuestro primer muerto del vagón en su viaje a la eternidad.

Durante la tercera noche que pasamos sin comer en el vagón de mercancías, la puerta al lado de nuestra letrina cedió hasta dejar un resquicio de unos dos centímetros, por el que, además de entrar aire fresco y algún que otro copo de nieve, nos fue posible contemplar el paisaje.

Por la mañana, el convoy paró en una vía secundaria de una gran estación de ferrocarril. Antonas, nuestro camarada lituano, durante la noche había «preparado» al viejo guardabosque a su manera para su último descanso, despojándole de sus zapatos, de su abrigo y su menguada mochila. Al ver la estación, Antonas se acaloró. Estaba convencido de que las ruinas carbonizadas que podía descubrir a través de la ranura, eran los restos de la estación de mercancías de Kowno, su ciudad natal.

Desde fuera, nuestros guardianes empezaron a golpear contra nuestra puerta, precintada desde nuestra partida. Nos dieron a entender que, desde dentro, les ayudáramos a descubrirla. Cuando estaba a medio abrir, dos soldados provistos de bayonetas gritaron algo que no entendimos. Antonas, de un gran salto, se colocó junto a la puerta, y pronto apareció por ella un viejo depósito de leche, abollado, lleno de agua turbia.

—¡Este depósito tiene que quedar vacío dentro de un minuto! —exclamó Antonas con gran excitación—, y quien no haga lo que yo ordene, se quedará sin agua.

Aún no habían brotado las últimas palabras de sus labios cuando los hombres, sin miramientos, sin dominarse, se lanzaron todos a la vez sobre el depósito de agua. Apretujándose, empujándose, golpeándose, todos se acercaron con los más variados recipientes. Antonas se desvivió en dar a cada uno un poco de aquella agua sucia y helada; pero al haber transcurrido el minuto, aún quedaba una docena de hombres sin agua. Estalló una revuelta contra Fritz, un pastorcillo de dieciséis años, de los Masures, que con sus trazas y mañas había conseguido dos raciones en su bote de hojalata.

La mía la guardaba yo en mi gamella. Procurando dominar la avidez de mi sed, la sorbía gota a gota, dejándola calentar en la boca. Pero como aquella agua sucia nos sabía mejor que el más exquisito vino del Rin, también mi vasija estaba ya medio vacía cuando volvió a abrirse la puerta y Antonas y su ayudante recibieron la orden de seguir al centinela con una manta. Pocos minutos después regresaron. Antonas llevaba la manta cogida por los cuatro extremos, en forma de saco. Apenas él y su camarada habían vuelto a subir al vagón, la puerta fue cerrada de nuevo.

Antonas se hizo sitio enérgicamente, extendió la manta sobre el suelo, descubriendo solemnemente su contenido: un montón de *sakari*, pan duro de maíz, que los rusos tuestan y conservan durante meses y luego remojan en su sopa. Calculamos nuestra ración, y como resultado nos fueron asignados a cada uno de nosotros dos pedazos del tamaño de la mano y el espesor de una pulgada, de aquel pan seco, amén de un puñado de migajas.

El silencio inicial de aquella nuestra primera colación muy pronto fue sustituido por nuevas muestras de inquietud e indignación. Solamente los que aún habían conservado un poco de agua se vieron capaces de engullir aquellos trozos amargos y duros como la piedra. Algunos de los más viejos, después de reiteradas tentativas de masticar aquel pan, se quejaron de haberse lastimado las encías y el paladar. Alois, el inspector forestal inválido, nos obsequió con una racha de maldiciones masures, que siempre terminaban con el estribillo:

«Aquí vamos a reventar todos». Y luego, para sí mismo, añadía:

—¡Qué tonto he sido de no haberme quedado escondido en nuestro bosque! ¡Allí, al menos, aún habría podido matar algunas de estas bestias!

La amargura parecía oprimirle el corazón.

No habíamos llegado muy lejos cuando, por la noche, volvió a parar el tren. Aguzamos nuestros oídos, y pronto pudimos distinguir voces de mujeres, que desde el vagón inmediato iban gritando al unísono: «¡Agua, agua!» También nosotros nos asociamos a aquel grito de angustia. El camarada Stramm, antiguo director de una banda de música de la Asociación de «Cascos de Acero», con ayuda de su termo vacío, que movía en forma de batuta, nos marcaba el compás.

Media hora más tarde, oímos pasos y luego un fuerte golpe contra nuestra puerta. Suponiendo que aquello significaba respuesta a nuestros gritos de desesperación, corrimos hacia la puerta. Parecía como si no quisiera abrirse. Por fin un soldado metió la cabeza por el resquicio y preguntó:

—¿Hay cadáveres?

Retrocedimos. Él descubrió el cadáver del guarda forestal, que, gracias a Antonas, había quedado sin zapatos ni abrigo ni mochila. Otros habían completado aquella labor de saqueo, hasta que el cuerpo había quedado en paños menores.

Los guardianes ordenaron a tres hombres que colocaran el cadáver en una manta y los siguieran. A su regreso, los tres se mostraron muy poco comunicativos. Lo único que dijeron fue que esperaban que nunca más serían encargados de realizar trabajos semejantes.

Aquella noche, mis botas de goma empezaron a oprimirme los pies más de lo acostumbrado. Me di cuenta de que la deficiente circulación de la sangre los había hinchado. Aquellas botas, demasiado estrechas, incrementaban mis dolores. Franz, cuyos pies eran más estrechos que los míos, podría aprovechar mejor aquellas botas. El muchacho, sacudido por escalofríos, estaba ya tan débil, que necesitó mi ayuda para incorporarse. Durante horas enteras imploró a su vecino:

—¡Un traguito de agua, por favor! ¡Un traguito de agua!

—Aunque tuviéramos agua —traté yo de apaciguarle—, no podríamos dártela. ¡En tu estado actual, el agua helada sería veneno para ti!

Pero, por muy cierto que aquello fuera, a él poco efecto le causó; durante toda la noche fue repitiendo, incansable, su súplica.

Ya era más de medianoche cuando el convoy volvió a ponerse en movimiento. Tan pasmados habíamos quedado del frío, que ni el traqueteo del tren consiguió que conciliáramos el sueño. Súbitamente, y tras una violenta sacudida, el tren paró. Ráfagas me ametralladora desgarraron el silencio, los perros empezaron a aullar, pesadas botas claveteadas corrieron a ambos lados del tren, y oímos cómo otros guardianes se encaramaban sobre los vagones.

—¡Alto, alto! —iban gritando.

A través de la estrecha ranura, poca cosa pudimos distinguir; mas tarde supimos que tres de nuestros compañeros de cautiverio habían sido acribillados al intentar la fuga. Con ayuda de un primitivo cuchillo habían conseguido perforar la pared del vagón, abrir la cerradura y saltar a tierra.

Al reanudar la marcha después de aquel emocionante incidente, yo, a través del resquicio, contemplé el paisaje durante más de media hora, pero en todo ese tiempo no vi más que una sola choza de madera, medio cubierta por la nieve. De vez en cuando, como un eco inextinguible, resonaba por todo el tren el grito de «¡agua, agua!» Pero hasta el atardecer del día siguiente no volvieron a golpear nuestra puerta. El centinela, de mal talante, ordenó que dos de los nuestros le siguieran. Antonas, que por sí mismo se había erigido en jefe de nuestro vagón, hizo una seña al padre Kolfenbach y a mí para que fuéramos nosotros dos. Aquella elección no nos disgustó en absoluto. El poder bajar del vagón solamente, nos pareció un gran alivio. Podríamos echar un vistazo sobre aquella región desconocida; nuestros miembros, entumecidos, hinchados, por fin tendrían un poco de movimiento.

Tropezamos con un sinfín de railes, hasta que conseguimos divisar una ciudad completamente devastada, que, descendiendo por las laderas de una colina, se extendía hasta las vías del tren. En lo alto destacaban las ruinas de una catedral o de un convento. Entre los campanarios y demás edificios descollaban algunas casas de cemento, medio destruidas, la aportación soviética a la arquitectura de aquella vieja ciudad rusa. Enfrente de la estación de ferrocarril en ruinas, podían verse los restos del incendio de otra gran iglesia.

Por entre escombros y ruinas del edificio de la estación nos condujeron hasta donde gran número de prisioneros formaban ya una cola; esperaban turno para llegar a un grifo de agua, que seguía funcionando, pegado a un fragmento de pared. Se trataba de agua clara. Al tocarnos a nosotros, tuvimos que andar con precaución, para no resbalar sobre la capa de hielo que se había ido formando por el agua vertida. Tan estrecho era el paso, que uno solo podía estar junto al grifo; así que el padre Kolfenbach, provisto de la pesada lechera, se dispuso a hacerlo.

Mientras tanto, pude observar a un anciano ruso, que por el otro lado se iba acercando lentamente. Estaba tan débil, que a duras penas podía arrastrar sus pies, enfundados en miserables botas de fieltro. Se quedó junto al cercado, contemplándonos. Le saludé y le pregunté dónde íbamos.

—Esto era Smolensk —dijo y, levantando lentamente el brazo, señaló hacia la ciudad en ruinas. En aquel lúgubre escenario parecía más bien un tronco muerto de un bosque devastado. Al mirarle a la cara, no pude leer en ella odio; tan sólo una profunda pena por la desgracia que se había cernido tanto sobre su ciudad como sobre los que la habían destruido.

Como el padre Kolfenbach era mucho más alto que yo, no nos fue fácil balancear conjuntamente el depósito lleno de agua. Llegados a nuestros vagones, tuvimos que esperar a que pasara un largo tren de mercancías, que iba en la misma dirección que nosotros. A través de las puertas medio abiertas vimos mujeres sentadas sobre sacos y niños que se arri-



maban a ellas. Había también algún anciano. Evidentemente, se trataba de rusos. Al preguntarles hacia dónde se dirigían, simplemente se encogieron de hombros. No sabían más que nosotros.

El centinela nos condujo a un vagón de nuestro tren que estaba ocupado por mujeres. Ya desde lejos podían oírse sus angustiosos gritos: «¡Agua!» Al abrir la puerta corredera y subirles el jarro, un enjambre de cincuenta mujeres, medio locas, se lanzó sobre el agua, tirándose mutuamente de los cabellos para llegar primero. Fueron pocas las que consiguieron su ración, valiéndose de toda clase de vasijas, biberones, moldes para pasteles, botellitas de medicina, sombreros de fieltro, o de las manos.

Nos vimos impotentes ante tanta miseria. Detrás de nosotros, se acercaron sobre sus muletas algunos heridos rusos, recreándose en la actitud de aquellas mujeres. Los jóvenes soldados, al parecer procedentes de algún hospital de Smolensk, se pusieron a gritar, con voz burlona: «*Germanski kultura!*» Sus burlas, sus chacotas de la situación de desamparo de los tan odiados y tan temidos «Fritzki» fueron compartidas por mozalbetes harapientos que merodeaban por entre los trenes. De aquella jauría de espectadores insultantes se separaron tres mujeres rusas. Con las cabezas austera-mente peinadas, enfundadas en pañuelos negros, no participaron en el jolgorio general, y muy distintos parecían ser los sentimientos que ellas abrigaban. Sus rostros reflejaban simpatía y compasión. Una de ellas, serenamente, pidió al centinela que mandara alejarse a los soldados; pero este ruego fue ahogado por la algazara de la chiquillería.

Mientras estábamos esperando nuestro jarro, uno de los soldados heridos, evidentemente embriagado, se adelantó y dio un bofetón al padre Kolfenbach. Entre las blasfemias que salieron de su boca, sólo comprendimos una: «¡Cochino de Hitler!» Hasta a nuestro malcarado guardián le pareció que aquello pasaba de la raya. Cogiendo al soldado por el cuello, lo apartó, pero seguidamente tuvo que pasar a la defensiva,

pues fue él quien de boca de otro de los camaradas tuvo que oír la imprecación de: «¡Cochino de Hitler!»

Mientras duraba aquel altercado, aproveché la oportunidad para cambiar unas palabras con una de las mujeres del vagón que aún parecía estar en uso de razón.

—¿Cuántas de vosotras han muerto? —le pregunté.

—Tres —contestó—, pero pronto serán más.

El centinela nos hizo llevar tres jarros más a aquel vagón. Luego pudimos abastecer el nuestro, y, rendidos, volvimos a nuestro cubil.

Pronto volvió a ponerse en marcha el tren. Advertimos que Franz iba decayendo por momentos, y el padre Kolfenbach, a pesar de los fuertes dolores renales que le aquejaban, se desvivió por distraer al muchacho de su estado de depresión y ocuparle con cualquier cosa.

El día siguiente era el domingo Laetare, cuarto domingo de Cuaresma. Nosotros, los sacerdotes, oramos con nuestros compañeros y procuramos consolarlos. El Evangelio trataba de los cinco panes y los dos peces. Explicué a mis oyentes el sentido de la milagrosa multiplicación del pan y del pescado, diciéndoles que, por haber perdido la mayoría de los hombres la fe en las cosas divinas y su conocimiento, hasta el pan de cada día se nos había terminado.

Las primeras palabras de agradecimiento que oímos en público, fueron de Jan, que desde su rincón había escuchado con gran atención.

—De estas cosas nunca había oído hablar —explicó—; tenéis que contarnos más.

Aquella misma noche fui llamado para prestar auxilio al abuelo Pietsch, maestro jubilado, cuyas facciones ya me habían llamado la atención. Silencioso, resignado, se iba extinguiendo, agarrando con ambas manos su último tesoro, insustituible: sus gafas de concha. Me rogó que le ayudara, pues ya no se sentía capaz ni de hacer sus necesidades. Al levantarlo y conducirlo al reguerón de la letrina, no quiso soltar de la mano sus gafas.

—Si las rompo o las pierdo —me dijo angustiado—, ya no podré leer. ¡Figúrese: no poder leer más!

—No se preocupe tanto por sus gafas —intenté calmarle—. Nuestro Señor le dará pronto otros ojos con los que podrá verle a Él y distinguir todo cuanto aquí haya dejado.

Confundido me miró, pero no me comprendió hasta pasado largo rato.

No permanecería mucho tiempo entre nosotros. Otro hombre murió durante la noche en nuestro vagón, y sentimos cómo nuestras fuerzas iban flaqueando. Al volver a parar el tren, al amanecer, un guardián desde fuera gritó:

—¡Hay enfermos?

Todos lo estábamos; mas el único que cometió la insensatez de decirlo, fue el abuelo Pietsch. Se puso a gritar y a levantar el brazo, como un pequeño discípulo. Fue abierta la puerta y el guardián ordenó que lo sacáramos. Al ser llevado al exterior, aún oí sus gritos lastimeros:

—¡Mis gafas, mis gafas! ¡Cuidado con mis gafas!

Fue llevado al vagón de la Cruz Roja, al final del convoy. La cruz roja, desteñida, apenas se podía distinguir. El vagón estaba atestado de hombres y mujeres agonizantes. No había ni un triste banco ni una silla. Como único requisito clínico había un jarro de agua.

Mientras que, nuevamente encerrados, teníamos que esperar en una vía muerta, algunos de los hombres empezaron a hacer cábalas sobre quién sería el primero de nosotros en ser desahuciado. Karl, de los Masures, tan simpático como astuto, no tomó parte en aquella discusión. A la chita callando, había conseguido «heredar» el sitio del abuelo Pietsch. El pobre Stramm, al darse cuenta, demasiado tarde, de que alguien le había tomado la delantera, se puso a protestar agriamente. Yo estaba apaciguando al compañero Stramm con algunas gotas de agua, deseoso de que terminaran las disputas, cuando Karl, de repente, empezó a balbucear palabras incoherentes. Murmuró algo de un trineo y de regresar a casa. De pronto, con voz estridente, se puso a gritar: «¡Karl, Karl! ¡Ahora nos vamos a casa!» Luego enmudeció. En la

sombra pude distinguir cómo Urban, su vecino, abrió el abrigo y la camisa de Karl. Al volverlos a abrochar, dijo con voz temblorosa:

—Karl ha muerto.

Al poco rato llegaron dos centinelas; ordenaron a cuatro de nosotros que descendiéramos del vagón. A lo largo del tren, fuimos conducidos a un vagón de mujeres. Allí, de una puerta medio abierta, fue sacada una manta sucia y, sobre ella, echado el cadáver de una niña de catorce años. Con los gritos acostumbrados fuimos acuciados por los guardianes para correr con nuestra carga. Cabeza y brazos de la muchacha colgaban de la manta, arrastrándose sobre el suelo.

Frente a la puerta de un gigantesco vagón de carga, tres veces más grande que el que nos servía de prisión, nos hicieron parar. Colocamos el fardo sobre la nieve, y con manos y hombros tratamos de abrir la puerta. Algo parecía impedirlo por dentro, y sólo de centímetro en centímetro lo conseguimos.

El espectáculo que se nos ofreció fue de lo más espantoso que jamás había visto. Aquel enorme vagón, hasta media altura, estaba lleno de cadáveres; conté hasta siete capas. Por el peso de las de arriba, los cadáveres de las capas inferiores habían sido apretados contra la puerta corredera, y, al hacer nosotros esfuerzos para abrirla de la cadera de una mujer de la segunda capa había sido arrancada la carne hasta los huesos.

—¡De prisa, de prisa!

Dos de nosotros tuvieron que trepar sobre la montaña de cadáveres y subir el cuerpo de la niña. Desde allí fue echada al extremo del vagón, donde los muertos ya llegaban hasta el techo.

Apenas habíamos terminado con nuestro macabro trabajo, y ya iban llegando más grupos de portadores de cadáveres. Dos veces más tuvimos que hacer las mismas operaciones. Pudimos ver que los tres vagones últimos del tren estaban destinados a este horrible fin.

La escena de que habíamos sido testigos era tan espan-

tosa, tan inhumana, que en mi mente surgió la idea: «Puesto que has visto todo esto, tu destino está sellado. Nunca dejarán volver a la civilización un hombre que pueda dar testimonio de todo lo que acabas de ver».

Habíamos enmudecido todos. Un granjero, curtido por la vida, murmuró:

—Dios mío, ¿cómo puedes permitirlo sin destruir el mundo?

Estaba prohibido hablar en voz alta; por lo tanto, la única respuesta que obtuvo, fue un culatazo de uno de los vigilantes.

Más muertos que vivos, nos dirigimos tambaleando hacia nuestro vagón, hasta que, de pronto, quedamos como clavados delante de otro. El mismo guardián se quedó perplejo. A nuestros oídos llegaban cánticos. Al acercarnos para oír mejor, reconocimos voces de mujer, voces roncas, afónicas de tanto gritar: «¡Agua, agua!» Pero, aun siendo difícil distinguir las palabras, la melodía me libró de dudas. Las mujeres cantaban «¡Alabado sea Dios nuestro Señor!»

El centinela, al haberse repuesto de su sorpresa, volvió a acuciarnos. Pero nosotros habíamos oído lo suficiente para sentirnos elevados de nuestros lúgubres pensamientos por aquellas débiles voces; apenas podían oírse a unos cuantos metros, pero tenían potencia para traspasar las nubes del cielo.

Quien con aquellos cantos de las mujeres torturadas no logró que palidieran las imágenes de horror, otro motivo tuvo para animarse: aquella noche nos dieron la primera comida caliente. Aunque sólo tibia, era comida cocida, una especie de papillas de cebada. Aquel rancho, repartido en la oscuridad, con disciplina y recogimiento, nos hizo renacer.

Después de la comida, los guardianes nos sorprendieron con un nuevo regalo. Nos hicieron un haz de leña para nuestra pequeña estufa. Antonas, como encargado de la estufa, preparó el combustible para el día que nos dieran alguna cerrilla.

—Para que el fuego se encienda bien, hay que hacer asti-

llas —nos inculcó—. Y quien aún tenga un trozo de papel, que lo ceda, aunque sólo sea una parte.

Mi modesta contribución consistió en un sobre, en el que había guardado algunas pastillas contra la diarrea. El papel más barato, el que más gustoso entregaron casi todos los compañeros, fueron los billetes de banco alemanes.

Al volver a parar el tren, fueron llamados Gerhard y José para hacer unos trabajos. El padre Kolfenbach aprovechó la ocasión para confesar al tercer mozo, Franz, y darle la extremaunción. Franz, inmóvil, indiferente a todo, débil, ni siquiera había tenido ánimos para ponerse los zapatos, que yo le había prestado. El padre Kolfenbach, hablándole cariñosamente, en vano trató de arrancarle de aquella apatía.

Al regresar José y Gerhard, el primero nos contó cómo había vendido su lechera. Con palabras entrecortadas por la emoción, relataron los dos que habían estado en una ciudad. Primero habían sido mandados al vagón de la Cruz Roja, para cargar con algunas prendas de vestir y calzado que los centinelas habían quitado a los pacientes que acababan de fallecer. Luego, cargados con aquella «cosecha», tuvieron que dirigirse al bazar de la ciudad, donde todo fue «colocado» en un abrir y cerrar de ojos. Se pagaban precios elevadísimos por zapatos y pantalones, y podían venderse a cambio de comestibles, tabaco ruso sin fermentar y vodka.

Mientras los muchachos esperaban a los guardianes, ocupados con sus transacciones comerciales, José también hizo su negocio. Por su lechera le dieron cuatro arenques y algunas cerillas. Él y Gerhard se habían comido ya el pescado, salvo un pequeño pedazo de la cola, que generosamente ofrecieron al padre Kolfenbach. A mí me prometieron que la próxima vez que adquirieran un pescado, también me reservarían mi «bocado». Las cerillas las entregaron a Antonas, pero nuestras esperanzas se vieron defraudadas al comprobarse que su envoltorio carecía de frotador. Pero, tras mucho buscar, uno de los hombres dio una vieja caja de cerillas con raspador.

Todos contuvimos la respiración, hasta que papel y virtas habían prendido fuego. Al ver las llamas, nos sentimos

felices, confortados, y casi todos miramos mudos, embelesados, los leños que ardían. Jan recobró pronto su vivacidad, se acercó a la estufa y con sumo cuidado colocó sobre ésta una vasija de aluminio llena de agua. De quién era el agua, no pudo ponerse en claro, pues todos habíamos visto cómo Jan había apurado la ración que le había tocado. Ahora, de su ración de pan seco y duro fue echando pedacitos al bote, y de la profundidad de uno de sus bolsillos sacó un trozo de tocino, que asimismo desapareció en el recipiente. El tocino quién sabe de dónde lo había sacado Jan, pues al subir al tren no llevaba ninguna clase de comestibles. De vez en cuando, con una cuchara removía aquel potaje.

Otros, muy pronto, siguieron su ejemplo. Se formaron pequeñas comunidades. Uno ponía a disposición su marmita, el otro un poco de agua, otro un pedazo de pan, el de más allá un puñado de sal. El capitalista mayor resultó ser Joaquín, un pequeño granjero de los Masures, pues había logrado conservar, escondido entre su ropa interior, un valioso paquetito de tabletas de sacarina. Haciendo de cada tableta dos y hasta cuatro partes, las ofrecía a las diferentes asociaciones culinarias, a cambio de un buen sorbo de su potaje.

Yo, por mi parte, también supe colocarme pronto a la altura de la situación. Estaba en posesión de un cubito de sopa de guisantes, y muy pronto hallé personas interesadas en entablar relaciones comerciales conmigo; y así el padre Kolfenbach y yo conseguimos disfrutar de algo más que del simple olor de aquellas golosinas que se calentaban sobre la estufa.

Para mantener el fuego durante la noche, tuvimos que arrancar algunos puntales y refuerzos del techo y de las paredes del vagón. Las maderas de éste seguían mostrando las huellas heladas de nuestro aliento, y el calor de la estufa no se sentía más allá de sus tubos, pero el fuego no dejaba de ser una bendición. A todos daba trabajo, distracción; sobre él convergían las miradas, y mirándolo uno podía soñar.

En el curso de los días siguientes, sin embargo, y de manera harto desagradable, nos dimos cuenta de que no eran bendiciones todo lo que nos deparaba el fuego.

—¿Quién habrá sido el cerdo que nos ha llenado el vagón de estos malditos piojos?

Jan, a codazos, se abrió paso hasta la estufa. Allí se desnudó, para inspeccionar sus vestidos, en busca de seres vivos surgidos de improviso.

—¡Aquí está el primero! —exclamó, aplastando el piojo entre las uñas de sus dos pulgares.

Cuando Jan hubo terminado su cacería y vuelto a ocupar su sitio, Alois, el inspector forestal, nos dio instrucciones muy detalladas sobre la manera de combatir aquellos molestos «huéspedes». Él, durante la primera Guerra Mundial, había tenido ocasión, en el frente ruso, de adquirir la debida experiencia. Aún no había terminado su lección cuando noté algo vivo en mis sobacos: media docena más de hombres estaban examinando su ropa interior. Yo estuve de suerte en mi caza, pues cobré dos ejemplares bien desarrollados.

A la mañana siguiente, empero, pude comprobar que aquella pareja que había encontrado por la noche, había dejado sucesión. Parecían de buena estirpe, pues en el curso de los siguientes días cacé dos matronas más y veintisiete de sus vástagos. Los compañeros me confirmaron que ya había ascendido a la categoría de ciudadano soviético.

Aunque plenamente ocupados con aquel sano deporte, no dejamos de advertir, mirando a través del resquicio de la puerta, que pasábamos por los suburbios de una gran ciudad. No se veían huellas de bombardeos; al acercarnos, pudimos distinguir alguna que otra casa sucia, con su patio correspondiente. Las vías se bifurcaron, y, al parar el tren, a unos cuantos raíles de nosotros, observamos un convoy parecido al nuestro, que evidentemente transportaba la misma «mercancía». Así lo confirmaban los delatores canalones al lado de las puertas laterales.

Patrullas de centinelas vigilaban el tren; podía oírse un sordo griterío, cortado por las voces breves y roncadas de mando de los milicianos. No había duda: estábamos en Moscú. Hermann Steputat, a la vista de aquel acontecimiento, se había puesto sus gafas y había pronunciado un discurso. To-



dos estábamos excitados, inquietos ante lo que harían con nosotros.

Mas lo único digno de mención que sucedió en aquel primer día en Moscú, fue el ininterrumpido maniobrar del tren: vagones que eran adelantados, otros que se colocaban a la cola, para terminar todos en una vía muerta. Luego volvieron a pasar los guardianes, buscando cadáveres en los vagones. Más tarde se reanudaron las maniobras. Algunos creyeron saber que los tres vagones donde se hallaban apilados los cadáveres habían sido separados del tren.

Por la noche pudimos convencernos de que en efecto nos hallábamos en la capital. Nos dieron otra comida caliente, la tercera desde que salimos de Insterburg; esta vez no era papilla de cebada sola, también había algunas espinas de pescado. Como nueva muestra de civilización, a la mañana siguiente fueron distribuidos dos depósitos de agua fría para cada vagón. Como hicimos una parada de día y medio, el tren entero pudo proveerse de agua de una boca de incendio situada cerca de los raíles.

Al volver a tener la suerte de ser designado para la busca de agua, tuve la posibilidad de inspeccionar el terreno. Junto a la boca de incendio me encontré con un grupo de personas secuestradas, del tren de enfrente. Se trataba de campesinos de Rumania. Solamente pudimos intercambiar algunas palabras —ellos contestaron chapurrando el alemán—, pues seguidamente los guardianes nos separaron.

Mientras seguíamos esperando, se nos acercó un grupo de mujeres escuálidas, vestidas con sucios tabardos acolchonados y negros chales de *babuchka*. Las piernas las llevaban envueltas en raídos trozos de fieltro, sobre los hombros llevaban pesadas herramientas. Con aire temeroso se deslizaron ante nosotros, y una de ellas se atrevió a preguntarnos caute-losamente, en marcado dialecto del Sur de Alemania:

—¿Sois alemanes?

Al asentir nosotros, murmuró:

—¡Válgame Dios!

Más tarde nos enteramos de que, al empezar la guerra,

aquellas mujeres con sus niños, pertenecientes a la antigua colonia de la Rusia meridional, habían sido trasladadas hacia el norte y a la Siberia. Pronto, más al norte, nos encontraríamos con sus hombres y sus hijos varones.

El charco de agua junto a la boca de incendio fue para mí una tentación a la que no pude resistir. ;Después de cuatro semanas, por fin podía lavarme la cara! Tan pronto me hube agachado, para recoger un poco de agua con el hueco de la mano, recibí un puntapié del centinela. Sin embargo, conseguí pasarme la mano mojada por los ojos; tuve la sensación como si me ungieran la cara con exquisitos bálsamos, y, en su pago, gustosamente soporté aquel mal trato.

El último depósito que llenamos, tuvimos que llevarlo al primer vagón. Todo cuanto por nuestro camino vimos de la ciudad, fueron unos cuantos feos cobertizos que se agrupaban en torno a una casa moderna de cemento, de seis pisos. Un gran letrero en la fachada indicaba que aquello era una industria soviética, un *kombinat*. Antes de que pudiéramos levantar el depósito a la plataforma del vagón señalado con una descolorida cruz roja, el guardián, después de un acceso de tos, destapó el recipiente y se tragó algunos litros de aquella agua helada. Satisfecho de haber apagado un tanto los ardores del vodka, amablemente nos ayudó a colocar el envase sobre el vagón, donde fue recibido por una mujer que llevaba un hábito negro de monja.

—;Dios mío, señor cura! ;Qué aspecto tiene! —exclamó.

—*Nichevo!* —respondí a la monja, que no era otra que la hermana Imelda—. En lo externo, hay que adaptarse a la moda soviética. Y a usted ;cómo le va?

—;Ay, queda tanto bueno que hacer! —dijo—. Cada día se muere una docena de mis pacientes. Y ;qué agradecidos están por la más pequeña muestra de cariño!

Pregunté a la hermana si disponía de medicinas o de medios sanitarios.

—No, nuestra única medicina es este depósito de agua que nos acaban de traer. Pero un comisario de alta gradua-

ción acaba de hacer una inspección, y prometió mandarnos algo. Seguramente habrá corrido la voz de que durante este transporte se ha muerto demasiada gente. No parecía estar muy satisfecho el funcionario de las condiciones que ha podido comprobar.

—¿Y a usted no la ha molestado nadie? —le pregunté extrañado.

—No —contestó—, tengo un guardián muy amable, que cuida de que nadie me importune. Es como si tuviera un ángel de la guarda.

Me alegré de haber vuelto a ver la cara valiente y despejada de la buena hermana Imelda, pero al mismo tiempo me agobió el sentimiento de que mi pobre parroquia también había sido despojada de aquel apoyo tan necesario.

—Espero que volveremos a vernos... —Nuestra conversación fue bruscamente interrumpida por el guardián, que con ásperas interjecciones guturales nos hizo marchar. Pero por meses quedó grabada en mi mente la imagen de aquella cara pálida, aunque iluminada por la alegría, de la valerosa hermana.

Al ser devueltos a nuestro vagón, creímos que el viaje pronto continuaría. Pero al filo de medianoche fueron abiertas las puertas y recibimos la orden de salir con nuestros fardos. Uno de los últimos que tenían que saltar del vagón, a la misma boca de salida se desplomó y allí se quedó. Los restantes pasamos sobre él y nos formamos enfrente, en espera de nuevas instrucciones. Yo me hallaba cerca de la puerta y oí cómo el hombre que desfallecido se había caído me llamaba por mi nombre. En la oscuridad vi sus ojos desorbitados en una cara de palidez cadavérica. Su cabeza yacía sobre la plataforma, llena de inmundicias, del vagón.

Haciendo un esfuerzo supremo, el hombre me hizo el ademán de entregarme algo.

—¿Qué se te ofrece, camarada Stramm? —le pregunté.

Con voz afónica, entrecortada, murmuró, ofreciéndome su preciada botella-termo:

—Tómalo... y gracias por todo... Ahora sé lo que signi-

fica... «Tu gloria es eterna»... Mi mujer y mis hijos... si tú llegas a sobrevivir... díselo de mi parte: ¡Su gloria es eterna! —Luego, señalando a su abrigo de loden deshilachado, me indicó que lo tomara. Al emprender nosotros la marcha, sus vidriosos ojos nos siguieron. Sabía que allí se quedaba para morir.

A lo largo de hileras interminables de vagones, fuimos conducidos, teniendo que saltar sobre raíles, trepar sobre montículos de tierra, recién excavada para la colocación de tuberías y conducciones. No era fácil mantenerse en pie sobre aquellos montones resbaladizos, cubiertos de una fina capa de nieve congelada. Muchos de nosotros tuvimos que emplear las manos para encaramarnos. Las sandalias de madera que, con aquiescencia de todos, había quitado de los pies de Karl, el granjero muerto de los Masures, después de haber dado mis zapatos de goma a Franz, gravemente enfermo, eran tan lisas, que por tres veces consecutivas resbalé, cayendo de bruces.

A la tercera me las quité, y preferí andar con calcetines sobre aquel terreno accidentado.

Al fin nos reunimos en la espaciosa nave de un almacén, de una sola planta, de piedra. Allí nos esperaban hombres y mujeres con uniformes de algodón listado. Media docena de carretones de tubo de hierro nos esperaban. Llegó un obrero con una brazada de aros de alambre. Nos ordenaron que nos desnudáramos y que todas nuestras prendas las colgáramos de aquellos aros. Si alguna no tenía ojales o pasador, tenía que ser agujereada. Yo me despojé de mi pelliza, mi abrigo, dos suéters, tres pares de calzoncillos y dos camisas, y añadí a mi fardo la manta, el pequeño almohadón y la mochila. Los carros, cargados hasta los topes, fueron introducidos en las cámaras de aire caliente.

Mientras tanto, nosotros, desnudos y descalzos sobre las losas mojadas, tiritábamos de frío. Horrorizado vi las costillas, el esqueleto entero, del padre Kolfenbach, que se marcaba bajo la piel. Figuras míseras y escuálidas iban saltando y brincando, se pegaban con los brazos para calentarse. Durante una hora tuvimos que esperar en aquella situación.

Luego, por fin, en un extremo de la nave se abrió una puerta y dos mujeres nos hicieron la señal de acercarnos. Titubeando, nos fuimos acercando. Las caras de aquellas mujeres, inexpresivas, más bien denotaban la repugnancia que aquel trabajo les causaba. De un recipiente de hojalata oxidada, con una espátula de madera, fueron extendiendo un poco de jabón en pasta sobre los dedos índice y medio de nuestra mano ahuecada.

En la sala contigua, adonde fuimos conducidos, había, distribuidas por hileras, unas quinientas duchas. Los primeros de nosotros, al llegar a la ducha, del suelo al techo buscaron el grifo para hacerlas funcionar. Pero también aquellas duchas estaban socializadas y eran servidas conjuntamente desde un mando central. En los pequeños compartimientos de ducha tuvimos que esperar media hora más, hasta que empezó a gotear el agua, tiempo más que suficiente para enfriar nuestra excitación por aquel primer contacto con la cultura soviética; pues la temperatura era tan baja como en la sala que acabábamos de abandonar. Cuando el agua empezó a caer sobre mi cabeza, apenas me atreví a untar mi cuerpo con aquella pasta negruzca de jabón de aceite de pescado, pues temí que luego no podría quitármela de encima. Cuando, por fin, la ducha funcionó plenamente, me dispuse a usar, con cierto recelo, aquel jabón, compartiendo las delicias del baño con el padre Kolfenbach, que otra vez había estado de mala suerte. Había perdido su jabón, y su ducha estaba obturada.

Al agotarse el agua, atravesé corriendo la sala, en la creencia de que en la nave contigua nos esperaban nuestros vestidos desinsectados. Pero la única que nos esperaba era una mujer que nos ordenó que formáramos cola. Así esperamos media hora más, mojados y medio muertos de frío, hasta que se nos permitió avanzar.

Por el camino, pasamos por delante de dos hombres que habían quedado sin sentido sobre el suelo. Al intentar cuidarme de ellos, un guardián me empujó rudamente hacia delante.

Tuve que seguir a los demás y entrar en un local donde

acababa de ser entrado el primer carretón humeante. Con un suspiro de alivio me hice cargo de mi fardo, sin deplorar demasiado la pérdida de mis guantes, pues fue mayor la satisfacción de poder volver a ponerme mis prendas recalentadas. Casi todos los hombres se pusieron a regañar y a buscar con desesperación alguna prenda extraviada; lo que no pudimos poner en claro fue si con lo que faltaba se había enriquecido alguno de nosotros o si habían sido los mismos guardianes.

Pero las quejas pronto enmudecieron cuando pasamos por un vestíbulo donde había un grifo de agua. Como locos, los prisioneros lo tomaron por asalto, procurando llenar sus recipientes. Con la avidez de un demente, un hombre ya mayor se bebió de un solo tirón, sin dejar tiempo ni para respirar, el contenido de su bote de varios litros. Pocos minutos después, al disponernos a volver a nuestro tren, aquel hombre sediento se desplomó. Su bote de aluminio rodó sobre las lose-tas; alguien, rápidamente, lo cogió.

El padre Kolfenbach y yo no volvimos ya al vagón que habíamos dejado. Cuando los guardianes hubieron cerrado la puerta, además de los muchachos inseparables pocos caras conocidas encontramos. El nuevo vagón era tan pequeño como el otro, pero sus ocupantes más numerosos. Como fuimos de los últimos en ser metidos en él, no quedaban más que los sitios peores para nosotros, delante mismo del resquicio de una pulgada que dejaba la puerta corredera al no haber podido ser cerrada del todo.

Poco tiempo tuvimos para darnos cuenta de nuestra situación empeorada, pues, ante nosotros, Franz había entrado en la agonía. Franz se había quedado llorando frente al vagón donde se hallaban sus dos compañeros. Ya no había tenido fuerzas para encaramarse. Un guardián, cogiéndole por el cuello y la parte de atrás del pantalón, lo había empujado hacia arriba. El pobre muchacho cayó con la cara sobre la sucia plataforma. En su estado de debilidad y apatía, no había llegado a lavarse bajo la ducha. Con la expresión de un dolor indescriptible nos miraban aquellos ojos angustiosamente abiertos de la cara, llena de suciedad, del niño agoni-

zante. Antes de que hubiera terminado de padecer, recibimos la orden de cambiar de vagón. Franz ya había perdido el sentido, y allí tuvimos que dejarle. De sus pies, ya fríos, cuidadosamente volví a quitar los zapatos que le había prestado.

También las fuerzas del padre Kolfenbach fueron decayendo de modo alarmante. Su tímida búsqueda de un sitio donde poder acurrucarse, fue rechazada con denuestos y codazos. También en el nuevo vagón nos hacinábamos unos sesenta hombres. Los agudos dolores de riñones que acosaban al padre, le hicieron perder la paciencia al ser golpeado rudamente por un hombre y luego por otro. Contestó a gritos a los que le cubrían de insultos, protestando contra su egoísmo y su grosería. Había algunos tipos brutales que, sentados sobre sus enormes mochilas llenas de prendas de vestir de los que habían muerto, ocupaban el doble del espacio que quedaba para los demás.

A consecuencia de las defunciones, que rápidamente se incrementaban, la longitud de nuestro tren se fue reduciendo. A cambio del grupo de compañeros decentes con los que hasta entonces habíamos viajado, nos encontramos frente a una banda de una docena de mozalbetes que se adueñaron del vagón. Iban capitaneados por un cabecilla de dieciocho años que, para mayor escarnio, se había puesto el apodo de «sacerdote». Con sus secuaces se había apoderado de los mejores sitios del vagón y arteramente y sin escrúpulos iba tramando nuevos planes para procurarse más ventajas aún. Contra el terror de aquellos *gangsters* juveniles, nada pudimos emprender.

Cuando el tren, después de interminables maniobras, por fin, el 20 de marzo de 1945 salió de Moscú, en el vagón estalló una rebelión. Uno de los chavales de la banda echó de menos sus guantes. Copiando el sistema que empleaban los rusos, nuestros *gangsters* practicaron un minucioso registro. Fuimos empujados todos a un lado del vagón, y todo el equipaje fue llevado al otro. Con rugidos de triunfo los guantes fueron hallados en la mochila del miembro más joven y más inofensivo de la banda.

Un hombre jorobado, nuevo en nuestro grupo, parecía sentir un entusiasmo especial por la desfachatez del cabe-cilla. El muchachito, atónito y sorprendido, se echó a llorar, mientras el jorobado reclamaba un castigo ejemplar. Mas el chico pronto se consoló al intervenir, con voz serena, Lothar, un joven de diecisiete años, prudente y sosegado, que no formaba parte de la banda:

—Si uno se merece una paliza, es el jorobado. Yo he visto cómo ha introducido los guantes en la mochila del muchacho antes de empezar el registro. Sin embargo, propongo que no ensuciemos nuestras manos con este montón de basura.

El giboso, impávido, hizo protestas de su inocencia, y trató de señalar a Lothar como culpable. Pero nada consiguió y, después de haber sido duramente reprendido por el mandamás del vagón, cerró su mentirosa boca. Pero, dando muestras de su piel curtida, impertérrito, desde su asiento, repleta su mochila, trataba de ampliar su esfera de dominio repartiendo algún grumo de *majorka* conseguido a trueque de prendas de vestir robadas.

El padre Kolfenbach y yo, horrorizados, nos dimos cuenta de cómo nuestra sociedad se deshumanizaba, y sospechamos que nuestro papel de sacerdotes en activo estaba terminando. Lothar, por su parte, no se dejó inmutar. A fuerza de paciencia consiguió que algunos de los muchachos se arrimaran más, hasta que el padre Kolfenbach pudo acomodarse en el suelo. Pero no le supuso gran alivio, pues ya no disponía de la fuerza suficiente de mantenerse sentado sin apoyar la espalda. En su debilidad iba cayendo sobre los que en torno suyo estaban sentados, y que lo iban zarandeando de un lado para otro.

Su situación empeoró al día siguiente, al recibir nuestra manutención. Fue víctima de los trucos de la banda, que escamoteaba raciones de comida haciendo ver que las pasaba a compañeros que se hallaban al fondo del vagón.

Cuando, al cabo de aquellas noches de pesadilla apuntaba el día, yo, a través de las rendijas de las paredes, miraba las vastas extensiones ligeramente onduladas de campos y pra-



deras, los inmensos bosques de la Rusia septentrional. Las sombras que por los resquicios caían en el vagón, indicaban que, si al principio habíamos emprendido la ruta del nordeste, ahora nos dirigíamos al norte.

Procuré preparar paulatinamente a mis compañeros para la contingencia, mejor dicho, probabilidad, de que la meta de nuestro viaje fueran los tristemente famosos campos de trabajos forzados cerca del Petchora y de Workuta, pero mis predicciones no merecieron crédito por parte de mis oyentes. Los que llevaban la voz cantante seguían aferrados a la idea que se habían forjado de que, después de algunos rodeos, iríamos a parar a algún rincón soleado de Ucrania.

A la cuarta mañana después de nuestra salida de Moscú, nuevamente tuvimos que abandonar nuestros vagones. El tren hizo alto entre dos vallas de empalizadas. A través de los resquicios divisamos una serie de chozas muy bajas. Parecía como si estuvieran metidas dentro de la tierra; sus techos llegaban casi hasta el suelo y estaban cubiertos de nieve. Nos hicieron formar, y por un portal penetramos en el recinto de aquellos refugios. Ante una caseta de troncos de madera hicimos alto.

Mientras esperábamos, contemplamos con relativo interés algunos pequeños grupos de personas, casi todas harapientas. De la extensión de aquel campamento podía deducirse que aquellos desgraciados se contarían por millares. Los que vimos, eran casi todos hombres de edad o niños entre seis y quince años, y, evidentemente, se trataba de rusos.

Por fin, una mujer gorda nos hizo señas de que entrásemos en una pequeña estancia, donde tres hombres de aspecto poco tranquilizador y sucios esperaban sentados en taburetes, frente a un banco cada uno. Aglomerados en aquel reducido aposento, tuvimos que desnudarnos en breves minutos y echar nuestros vestidos, liados en un fardo, a una cámara caldeada. Aquello era un triste remedo del proceso de desinsectación de Moscú. Mientras estuvimos esperando nuestros vestidos, los tres hombres empezaron su labor. Con cuatro o cinco rasgos, el primero nos pasó una máquina de cortar

el pelo, que apenas cortaba, por nuestras cabezas. El siguiente vertió unas gotas de agua en nuestras manos, indicándonos que humedeciéramos las partes velludas del cuerpo y que nos echáramos sobre el banco. El tercero, con la misma diligencia que el primero provisto de una navaja de afeitar, nos raspó el vello. Estos higienistas soviéticos tenían tarea más fácil que nuestros campesinos, que, antes de someter sus ovejas y sus cerdos a procedimiento tan humillante, tenían que atarlos o matarlos. Un tanto aturcidos, recibimos de manos de la obesa ayudanta la consabida ración de jabón, que nos extendió sobre las yemas de los dedos, y luego nos empujó hacia el aposento contiguo; allí pudimos lavarnos en una docena de cubos de madera llenos de agua tibia. Al volver a salir, pudimos comprobar que nuestros fardos habían sido desinfectados tan a fondo, que de cada uno de ellos se había «evaporado» algún objeto. A mí me faltaba un suéter y una camisa.

Al volver a nuestros vagones, nuestros ánimos, excitados a causa del trato recibido, pronto volvieron a calmarse. Aparte de la forma grosera de realizarla, aquella medida, desde el punto de vista higiénico, no carecía de sentido. Nos consolamos con el hecho de que, así, las perspectivas de una victoria final en nuestra lucha contra los pequeños parásitos grises, los peligrosos propagadores del tifus, habían aumentado.

Con gran satisfacción nos dimos cuenta de que la banda de mozalbetes había sido trasladada a otro vagón. Mas, cuanto más duraba aquel terrible viaje, más brutal e inhumana se hacía la lucha de los supervivientes por ventajas insignificantes. Sin el menor miramiento, el padre Kolfenbach, que apenas podía sostenerse sobre sus hinchadas piernas, atosigado por los dolores de riñón, y yo, fuimos impelidos hacia los peores sitios del vagón, a derecha e izquierda de la letrina. A pesar de nuestra resistencia, tuvimos que sentarnos en el suelo, cubierto de excrementos congelados. Durante toda la noche, fue entrando la nieve por el orificio del canal, y nos cubrió por completo. Hacía tanto frío, que aquella nieve ni se derritió. Yo procuré arrimarme a mi vecino, un viejo maes-

tro de escuela luterano, de los Masures. Este ya había claudicado ante su destino y silenciosamente se preparaba para la muerte.

También esa noche tuvo su fin, pero durante cuatro días seguimos avanzando hacia el nordeste. Aquellos últimos días, más y más hombres de edad se desmayaron, desfallecidos de hambre y de frío, y eran transportados al vagón de la Cruz Roja. Así nos fue posible apartarnos un poco del canal de la letrina, y, más tarde, hasta pudimos sentarnos juntos el padre Kolfenbach y yo, procurando calentarnos mutuamente; compartimos la manta de caballo, rígida del hielo, y cubrimos nuestras cabezas con el raído abrigo del camarada Stramm. No cabía en nuestra mente que aquello pudiera resistirse mucho tiempo.

Nos íbamos turnando en lo que nos hacía las veces de asiento: una lata de conserva dentro de mi mochila y ya muy abollada, que hasta entonces yo había salvaguardado como «última reserva». Aunque ignoraba lo que contenía, estaba convencido de que tía Ana no me habría dado lo peor de su despensa. La suerte había querido que el bote no me hubiera sido quitado por nadie. Como nuestras energías se iban agotando, me decidí a sacrificarla antes de que fuera demasiado tarde. Solícitamente, dos hombres del vagón me ofrecieron sendos cuchillos para abrir la lata. El olor a mejorana nos anunció que se trataba de sabrosas salchichas de hígado, y todos los ocupantes del vagón quedaron como electrizados. Una docena de los más cercanos, me alargaron su pedazo de pan sakari, lo cual me costó una tercera parte del contenido antes de que pudiéramos empezar nuestra colación. A pesar de comer con suma prudencia, pronto notamos que nuestro aparato digestivo ya no estaba acostumbrado a plato tan fuerte; la mayoría de los que habían participado en el banquete, a las pocas horas tuvieron que pagar su amargo tributo.

Durante toda la noche había caído mucha nieve, y recibimos nuestra última comida caliente, la quinta en los veinte días que llevábamos de camino. Nos pareció como si esa no-

che, los guardianes tuvieran más prisa al repartir nuestra sopa. Ésta, como siempre, se componía de la misma cebada mondada que ya nos dieron al llegar a Moscú.

Pasadas las peleas por las diminutas raciones de aquella mísera comida, al repasar mi mochila descubrí que los restos del embutido de tía Ana se habían esfumado. Mis protestas fueron apoyadas efusivamente por un granjero de los Masures y por Jan y Jorge, los dos soldados veteranos que volvían a estar en el vagón. Los tres, la noche anterior, habían cantado las excelencias de las salchichas, al creermé yo en el caso de hacérselas probar. Propusieron que se procediera al mismo registro que se hizo en el otro vagón con motivo de los guantes desaparecidos. Su ahínco me pareció tan sospechoso, que opté por renunciar a tal procedimiento. Tenía la seguridad, casi completa, de quién había robado y se había comido las salchichas. Así se lo dije a la cara sin más rodeos. De pronto Jan, «casualmente», encontró la lata vacía en la mochila de Lothar. Eso bastó para acabarme de convencer de que el buen muchacho había sido víctima de la misma estratagema que aquel otro unos días antes. Después del enojoso incidente, me sentí con fuerzas suficientes para desearle al desvergonzado ladrón algo mucho peor que una mala digestión.

Lothar, a pesar de la excitación producida por el asunto de la conserva, veló durante toda la noche, esforzándose desesperadamente en alumbrar un fuego y hacer un poco de té para un moribundo. Mas todas sus tentativas fueron nulas. El enfermo, medio rígido y sin sentido, fue trasladado al vagón de la Cruz Roja.

Al mirar de vez en cuando, a través de un agujero en las paredes del vagón el paisaje nevado, por lo general apenas veíamos más que bosques de árboles raídos. A veces, muy espaciadas, aparecía una casita de troncos de árbol, recién construida, al parecer la vivienda de empleados del ferrocarril. Una sola vez, en una depresión de terreno cubierto de bosque, vimos una población de cierta importancia. Las casitas de madera se agrupaban en torno a una iglesia de torres

bizantinas. Aquel pueblecito habría sido fundado por viejos ortodoxos, confinados por los zares a tierras inhóspitas.

El tren, irremisiblemente, mantenía su ruta hacia el norte, y el paisaje cada vez nos pareció más desolado y más insoportable el frío. Para proteger mis manos contra la congelación, no disponía más que de un viejo calcetín y éste bien poco podía remediar.

Temblando abrí mi breviario y con el padre Kolfenbach intenté celebrar el domingo de Ramos. Con la Iglesia rezamos: «Sabed que por la noche, nuestro Señor os ha sacado del país de Egipto; sabed que por la mañana veréis la Gloria del Señor». (Ex. 16, 6-7.)



### III

*Aunque me mataras, quiero creer en Ti*





## ECCE HOMO

Paró el tren. Oímos voces desde fuera. La pesada puerta corredera se abrió, y nos ordenaron que saliéramos con nuestro equipaje. Después de tres semanas de tinieblas en el vagón de mercancías, la luz radiante hirió nuestros deslumbrados ojos. Muchos de nosotros, al tratar de seguir a nuestros guardianes, se desplomaron sobre la nieve. La locomotora siguió su camino, dejando sobre los raíles seis vagones, tres llenos de hombres y tres con mujeres.

Ante nosotros vimos profundos fosos. Estaban cubiertos de destellante polvillo de nieve, pero aun así desentonaban del paisaje, suave y ligeramente ondulado. El primer edificio que nos saltó a la vista fue un cobertizo ruinoso, lleno hasta el techo de calzado de paja para andar sobre la nieve. Yo me sentí tan extenuado, que a los pocos pasos caí de largo sobre la mullida capa de nieve. Detrás de nosotros, un anciano se cayó sin sentido, y allí se quedó. El padre Kolfenbach tuvo que ayudarme a ponerme de pie. Apretando los dientes, nos arrastramos sobre nuestras hinchadas piernas hacia nuestro nuevo destino. El complejo de barracas que pronto se ofreció a nuestra vista, estaba rodeado de una empalizada de unos tres metros de altura. En sus cuatro esquinas, desde lo alto de torres de madera, era vigilado por centinelas armados. Como el terreno formaba declive, vimos, más allá de la valla, los tejados cubiertos de nieve de las chabolas de troncos de árbol, medio metidas en la tierra. Sobre el arco del portal de entrada, debajo de una estrella roja, harto corroída por la

acción del tiempo, toscas letras rusas, apenas legibles, indicaban: «Columna siete».

Si bien a la vista de nuestro futuro campamento se nos paró el corazón, poco tiempo nos quedó para entregarnos a reflexiones. Al grito de costumbre: «¡De prisa, de prisa!», fuimos impelidos a través del portalón. Pasamos por delante de la caseta del guardián, llegamos a la entrada estrecha y baja de una construcción primitiva, de troncos de madera, que solamente sobresalía algunos pies del suelo. Un angosto pasillo, de un metro escaso, dividía aquel alojamiento en dos partes; a cada lado del pasadizo había sendas tarimas superpuestas, que nos servirían de lecho, construidas toscamente con maderos sin cepillar, y de diferente espesor. La única luz penetraba desde fuera, a través de cuatro tragaluces, tapados con papel engrasado. Un viejo bidón de bencina, montado sobre unos cuantos ladrillos, servía de estufa y de cocina. El combustible se componía de troncos de madera y un poco de leña, amontonada a la entrada de aquella chabola semisubterránea.

Después de la espantosa estrechez de nuestro viaje en vagones de mercancías, aquel primitivo alojamiento nos pareció espacioso y confortable. A toda prisa me puse a buscar acomodo aceptable y trepé a la tarima superior. El padre Kolfenbach me siguió. Pero en el acto volvió a tierra, al comprobar que estaba demasiado débil para encaramarse al piso de arriba y volver a bajar varias veces al día. Tres hombres más se apresuraron a compartir conmigo el lecho superior, de unos dos metros de anchura. Coloqué la cabeza sobre el maletín y extendí las piernas. Después de los quince días de hacinamiento en sótanos y bodegas, de tres semanas de ir aplastados en vagones de carga, el poder desperezarnos pareció un gran alivio.

También mi vecino había extendido con un suspiro de desahogo sus piernas, hinchadas y azuladas, cuando de pronto irrumpieron los guardianes y nos hicieron salir de nuestros lechos con todo lo que teníamos. Los soldados que desde Interburg nos habían custodiado, querían decirnos adiós a su

manera, haciendo un nuevo «repaso» a fondo de nuestros vestidos y nuestro equipaje. Con ésa serían ya cuarenta veces las que nos habían registrado y despojado.

Cuando un guardián mongólico, de uñas raídas, ávidamente quitó un rosario de manos de mi vecino, perdí la paciencia.

—Stalin ha garantizado la libertad de religión —le increpé—, ¡y eso es un objeto religioso! ¡Te está prohibido robarlo!

El tono enérgico de mi voz, mis ademanes y el nombre de Stalin, sin duda la única palabra de mi arenga que él comprendió, no dejaron de impresionar a aquel hombre con barba de chivo. Consternado, dejó caer el rosario.

Cuando ya se había alejado, se dejó oír una áspera voz al otro lado del pasilo:

—¿Por qué nos disgustas al guardián con tus monsergas ridículas y supersticiosas?

Antes de que yo pudiera contestar, otra voz, desde una litera de arriba, tajante, intervino:

—¡Cierra la boca, Fritz! Yo tampoco soy católico, pero ¿por qué no podemos respetar, precisamente aquí, la fe de nuestro camarada? Más vale que le ruegues que rece por ti. Buena falta te hace, ya que ni tienes idea de lo que significa tener fe.

En aquel ambiente, la verdad, no hubiera esperado tales palabras. Volví a encaramarme, para conocer a mi aliado desconocido. Le encontré ocupado en clasificar los pocos bienes que le habían quedado. Era un hombre de alta estatura, que, sentado en su lecho, tenía que encorvarse para no tocar el techo con su cabeza. Al inclinarse hacia mí, descubrí una cicatriz reciente en su ojo derecho. En sus manos tenía un libro con canto encarnado.

—¿Has podido salvar un libro?

—¡Mi mayor tesoro! —fue su respuesta—. Figúrate que es la Biblia completa. —Me mostró el librito, que ya no tenía cubiertas—. Al ser desinfectados en Moscú, las cubiertas se han quemado —me explicó—. Pero el texto está completo.

En los registros, se han quedado con mi última manta, mi zurrón, mi gamella, mis cubiertos, hasta con la fotografía de mi mujer y mis tres hijos. Pero Su palabra, Dios me la ha conservado.

—¿Qué profesión tienes? —le pregunté.

—Sacerdote evangélico, Theodor Goebel, pastor de Burgsolms, cerca de Wetzlar —hizo su presentación.

—Entonces, como quien dice, somos hermanastros en Cristo. Yo soy sacerdote católico de la región de Ermland. Baja un momento, que allí hay otro colega, el padre Kolfenbach de Honnef del Rin. —Una mano buena y vigorosa asió la mía, una cara viril y despejada me sonrió:

—¿Hermanastros? No, seamos hermanos, como el Señor lo ordena.

El padre Kolfenbach se alegró tanto como yo de conocer al hermano evangélico. Mientras los dos se adentraron en animada conversación, yo subí a mi tarima, para poner en orden mis cosas. Volví con mi breviario, para mostrar a mis amigos aquel tesoro.

En seguida hicimos proyectos para la Semana Santa, que acababa de empezar. Nos pusimos de acuerdo en que, a ser posible, el pastor Goebel oficiaría el Viernes Santo, y yo la misma noche de Pascua. A pesar del estado visible de debilidad del padre Kolfenbach, nos quedamos sentados en su camastro, charlando, hasta que entró el guardián, haciéndonos salir de nuevo. Nos hicieron formar de dos en dos, y por un sendero abierto en la nieve, de metro y medio de espesor, atravesamos el campamento.

Delante de la entrada de una barraca alargada, en el centro del campamento, tuvimos que pararnos para dejar paso a un trineo tirado por un caballo. El pobre jamelgo, de piel escoriada y raída, cabizbajo, tiraba de una extraña carga. Lo que a contraluz nos había parecido un montón de maderos, al acercarse resultó ser un cargamento de cadáveres, desnudos y congelados, de media docena de hombres y mujeres, que en posturas estrafalarias habían sido amontonados. Algunos aún seguían con los ojos abiertos.

Cuando el caballo se hubo sustraído a nuestras miradas horrorizadas, desapareciendo por el portal del campamento, nos fue franqueada la entrada a una estancia parcamente iluminada, con tres hileras de largas mesas y bancos. A una señal, tomamos asiento, en espera de nuestra primera colación en el campamento. Aproximadamente en el centro de la barraca, un tabique de madera separaba la cocina del comedor. Por una estrecha puerta entraron tres muchachas alemanas, y, provistas de bandejas, se apostaron frente a una ventanilla en el centro del tabique. A los pocos minutos, en medio de la expectación general, se abrió la escotilla, y por unos instantes vimos un soberbio gorro de cocinero, que atareado se movía. Nuestra tensión fue en aumento.

Con la solemnidad propia de una gran ceremonia, el cocinero llenó las bandejas con nuestra comida. El primer plato que nos sirvieron las muchachas consistía en un trozo de pan negruzco, en forma de ladrillo. Cada ración eran 200 gramos exactamente, pesados con escrupulosa minuciosidad en presencia de las repartidoras. Si en las porciones se comprobaba una diferencia de sólo unos pocos gramos, el que repartía el pan unía con un palillo al pedazo principal el mendrugo que faltaba, o cortaba lo sobrante.

Ávidamente cogimos aquel oloroso pedazo de pan, que las muchachas iban colocando delante de cada uno, para evitar disputas por hacerse con el cantero, más cocido que el resto. A pesar de nuestra hambre, nos costó mucho masticar aquel primer bocado. Hecho de maíz toscamente molido, con aditamento de algún cereal indefinido, agrio y oscuro, y mucha agua, venía a ser una masa amarga y pegajosa, digerible solamente para los curtidos estómagos soviéticos.

Un tanto decepcionados, esperamos el segundo plato, que seguidamente nos fue servido. Cada uno de nosotros recibió una vasija de barro cocido y una cuchara de hojalata. El recipiente estaba lleno de una sopa tibia, de un olor insípido y repelente. El poso lo formaban algunos pedazos de remolachas medio podridas, con partes de sus raíces y sus hojas. Aquellas remolachas, congeladas, no habían sido hervidas,

sino que, sin condimento alguno, ni siquiera sal, habían sido echadas al agua caliente; en el agua se descongelaban, y, de no ser el agua tan caliente, nada hubieran perdido de sus vitaminas.

Quedamos sorprendidos al ver que las muchachas con sus tableros pasaron una tercera vez por la ventanilla de la cocina. Para cada uno de nosotros recibieron otro cazo con una ración de *kascha*, o sea dos cucharadas de papilla de maíz, sobre la que el cocinero había vertido ceremoniosamente una cucharadita de sebo derretido.

Los más de nosotros no logramos engullir aquella masa amarga y maciza de pan, y otro tanto nos sucedió con la papilla. La «sopa» aún nos pareció lo más comible, pues la sed, acuciada por el hambre, nos ayudó a tragarla. Pan, sopa y *kascha* constituyeron nuestra minuta durante las cuatro semanas siguientes. Si lo comparábamos con lo que habíamos recibido durante las cinco semanas de cautiverio precedentes, aún teníamos motivos para dar gracias a Dios.

Acababa de llegar el segundo turno para la comida, así que tuvimos que apresurarnos a desalojar la sala. Al atravesar el patio tropezamos con un grupo de siete hombres desaharrados, que salían de la barraca de castigo, rodeada de espinos, en el extremo nordeste del campamento. Sucios y sin afeitar, como ancianos de ochenta años, arrastraban sus pies de plomo sobre el patio. Sin embargo, no tendrían más de treinta o cuarenta años. Los siete eran los únicos supervivientes de los primitivos ocupantes de aquel campamento. Según nos enteramos por guardianes, mucho más tarde, al írseles la lengua, unos trescientos hombres, secuestrados de Ucrania y de Polonia oriental, a raíz de ser incorporadas esas regiones a la Unión Soviética, en 1939, habían inaugurado aquel campamento. Cuando aquellos precursores, casi sin excepción, habían muerto, el campamento volvió a llenarse con rusos, ucranianos y tártaros, detenidos después de retirarse las fuerzas de ocupación alemanas, por supuesta colaboración con el enemigo.

El aspecto de aquellos miserables no era menos sobre-

cogedor que el del montón de cadáveres sobre el trineo del pan, con el que habíamos topado frente a la barraca de la cocina. No obstante, lo que acaparó nuestra preocupación al regresar a nuestro refugio, fueron los efectos inmediatos de nuestro primer banquete. Se inició una procesión ininterrumpida hacia la valla de madera que nos servía de letrina, detrás de nuestra barraca. Duró toda la noche. Nos dimos cuenta de que nuestro estado físico ya era tan endeble, que no asimilábamos de buenas a primeras la pesada comida del campamento.

En nuestra chabola, nos envolvió una ola abrasadora del bidón encendido. Al principio nos hizo bien, mas, al intentar acostarme en mi lecho, bajo el tejado, el calor y la sed me mortificaron. Era un alivio tener que salir a la consabida valla, para respirar el aire fresco. Si alguien dejaba la puerta abierta, para que entrase el aire en nuestra barraca, protestaban airadamente los que se hallaban cerca de ella. El fuego iba consumiendo el oxígeno del aire, y, a medida que avanzaba la noche, se nos hacía más dificultosa la respiración.

Cuando mareados, con los miembros hinchados, despertamos la primera mañana de campamento, recibimos la visita de un funcionario flaco y alto. Por su pelo, negrísimo, y su aspecto, zancudo y desgarrado, le dimos el apodo de «la cigüeña negra». Como saludo matinal, desde la misma puerta, nos espetó una sarta de insultos, cogió al que más cercano estaba y empezó a arrancarle la ropa. Aquella furia del ruso nos pareció inexplicable, hasta que nos enteramos de que se trataba del médico del campamento, que nos ordenaba que debíamos dormir desnudos, para que nuestra sangre circulara mejor. Tendríamos ocasión de comprobar que aquella orden, pese a la forma brusca de ser transmitida, no era nada descabellada, siempre y cuando nos hubiésemos acostumbrado a la dureza y rusticidad de nuestro lecho y en los lugares donde nuestro cuerpo se apoyaba la piel hubiese logrado las protectoras durezas correspondientes.

Al hombre siguiente, el «doctor» le dio los buenos días a puntapiés, pero él no reaccionó en absoluto. Al quitarle el

abrigo con que se había cubierto, vimos que estaba muerto.

No fue el único muerto de la noche. En nuestra chabola, tres hombres más habían fallecido sin que sus vecinos se dieran cuenta. Una brigada tuvo que llevarse los muertos, con todo lo que habían poseído, hasta la entrada de una barraca detrás de la de la cocina. Allí los hombres vieron cómo de las demás chabolas fueron sacando hasta seis cadáveres más. Los cuerpos fueron amontonados en el mismo trineo que luego nos traía al campamento nuestras raciones de pan.

Cuando el cabeza de barraca, acabado de nombrar, nos hizo formar para el desayuno, media docena de hombres ya no pudo levantarse. Ni los insultos ni las groserías de la «cigüeña negra» consiguieron que ellos se pusieran en movimiento. Finalmente, Joaquín, el mencionado cabeza de barraca, de carácter bonachón, recibió la orden de organizar un grupo para que trasladara a los gravemente enfermos a la misma chabola donde nosotros habíamos llevado los cadáveres. Por lo visto, el depósito de cadáveres era también al mismo tiempo enfermería del campamento.

Mientras estuvimos esperando nuestro desayuno en la cantina, nos alarmamos por el cambiado aspecto de nuestros rostros. Abotagadas casi todas las caras, los ojos, de tan hinchados, apenas se abrían. Serían los efectos del líquido que habíamos tomado después de cinco semanas de sed atroz, y quizá también la reacción de nuestros cuerpos debilitados al calor excesivo de la chabola, después de cinco semanas de permanencia en lugares helados.

Mientras recibíamos nuestras raciones de pan, hizo su aparición un nuevo funcionario ruso. En un puro dialecto alemán de la región de Suabia, tan dolorosamente familiar a nosotros, que le identificaba como perteneciente a las minorías alemanas del Volga, se presentó como el comisario Hellwig, responsable de nuestra disciplina política. Muy afablemente nos animó a que no dejáramos de comer el pan, pues constituía la base de nuestra manutención, y nos advirtió que bebiéramos lo menos posible.

En nuestra mesa, tres hombres ofrecieron su ración a sus



camaradas. Pero sólo encontraron a un interesado capaz de comerse las tres: Roberto, un mozo de labranza que hablaba el alemán con acento polaco. Pese a sus facciones interesantes, heredadas de un padre distinguido, pero desconocido, era hombre de pocas luces. Mientras engullía las tres porciones adicionales, refunfuñaba:

—Siempre estoy hambriento. En casa, a los puercos he echado mejor comida de lo que nos echan aquí.

Al repetir su cantilena una y otra vez, alguien de la mesa le gritó:

—Pedazo de asno, ¿no te das cuenta que todos estamos hambrientos como tú? Déjate ya de tus cochinos y de lo que les dabas de comer.

Haciendo caso omiso de aquella interrupción, nuestro Roberto siguió con sus lamentaciones.

Le dejamos con sus lamentaciones, y prestamos oídos a lo que Alois, el inspector forestal, nos contaba de la llamada enfermería, adonde eran llevados los enfermos.

—Por mal que os encontréis, procurad no ser llevados a aquel cuchitril. De allí ya no salís. El solo hedor basta para dejarle a uno sin sentido. Y si hasta ahora no habéis tenido el tifus, allí seguro que lo tendréis.

Después del desayuno, me mudé de mi tarima superior, para librarme de aquella atmósfera asfixiante. Ocupé el sitio de un hombre que había muerto durante la noche, muy cerca del padre Kolfenbach. Entre los dos, tenía su lecho un viejo granjero de los Masures. A mi ruego de cambiar su sitio conmigo o con el padre Kolfenbach, para que nosotros dos pudiéramos estar juntos, al principio no reaccionó. Luego, cubriéndose la cabeza con su manta y su abrigo de piel, murmuró:

—¡Todo me da lo mismo! ¡De aquí donde estoy, ya no me saca nadie!

Y con los dos brazos estrechaba un jersey verde, que no llevaba puesto. Como nos dijo un vecino de su pueblo, aquel jersey había pertenecido a su mujer, que se había quedado en la granja. Cuando, durante el transporte, recibió la orden de sacar mujeres muertas de los vagones, se había encontrado

con un cadáver desconocido que llevaba aquel jersey, que identificó por el monograma. Se imaginaba de qué horrible manera su mujer habría sido despojada y exterminada, y, mientras abrazaba aquella prenda, se consumía de dolor y de amargura.

—¡Atención! ¡Que todos salgan al pasillo! —ordenó el jefe de la chabola.

Tres oficiales se abrieron paso por el angosto pasillo entre los camastros. Uno de ellos, obeso y corto de piernas, llevaba el uniforme, hartamente conocido, de la NKVD, que entonces, como nos enteramos, se llamaba MVD, sin que aquel cambio de nombre implicara cambio alguno en sus métodos esclavizadores. Metido su gorro de piel hasta casi taparle los ojitos, y con las manos en los bolsillos, murmuró con indiferencia algunas palabras ininteligibles, que el *politruk* Hellwig amplió y nos tradujo.

—El ilustre comandante —empezó con una reverencia— les da la bienvenida como futuros colaboradores de una de las más importantes empresas de la Unión Soviética. Es una obra que ha contribuido en gran parte a que consiguiéramos la victoria en la gran Guerra Patriótica. La tarea a ustedes encomendada consistirá en completar la red ferroviaria de la región del Komi, que une los distritos industriales de Gorki y de Moscú con las minas de carbón y de nafta de Pechora y de Workuta. Algunos centenares de miles de obreros ya han sacrificado sus vidas en aras de este gigantesco proyecto. Por lo tanto, no anden con remilgos si algunos de su grupo también tuviesen que pagar el mismo tributo. Hablemos claro: ustedes aquí no están en un sanatorio. Esto es un campo de trabajo. Aquí, como en toda la Unión Soviética, solamente recibirán comida los que trabajen. Quien no quiera trabajar, que se muera.

El jefe de la chabola volvió a gritar:

—¡Atención!

Y el alto personaje salió. Hellwig, solícito, abrió la puerta y con sumisión despidió a los tres oficiales.

La palabra «Pechora» me conmovió hasta los tuétanos.

Ya no cabía duda: nos hallábamos en la región, tristemente famosa en tiempos de los zares, de Katorga. Algunos campamentos de trabajos forzados de Pechora y Workuta eran aún más temidos que los del interior de la Siberia. La región de Komi, donde estaba emplazado este conjunto de campamentos, es más vasta que Alemania. Aquel enorme territorio tenía que ser colonizado por esclavos, en condiciones que ningún obrero libre del resto del mundo hubiera aceptado. De las fauces de los campos de Pechora, sólo Dios podía salvarnos.

Anonadados por las revelaciones de nuestro *politruk*, que más bien nos sonaron a preámbulo de sentencia de muerte, le oímos dar explicaciones complementarias:

—El oficial que acaba de pasarles revista es el comandante en jefe de todos los campamentos de la región de Knash-Pogoss. La misión de ustedes consistirá en excavar un canal al otro lado de los raíles del tren. Los trabajos en el canal son muy duros. Por eso, antes de empezar, se les concederán diez días de asueto. Aprovechen bien este tiempo. Y ahora, ¡todos a tomar el sol! Se va a hacer la limpieza de las barracas!

Serían las diez de la mañana, y el sol daba de lleno en la parte sur de las barracas. La nieve de los tejados se derretía y el agua corría a lo largo de los carámbanos. Algunos de nosotros se sentían demasiado débiles para conseguir un buen sitio junto a la pared soleada; en el momento menos pensado, se dejaban caer sobre la nieve cenagosa. Uno de ellos fue el padre Kolfenbach, que estaba temblando de frío. Su gran abrigo, hubiera cubierto ya a dos como él. Los más, absortos, se apoyaban contra la pared. Un hombre, bajo y enérgico, de cara encarnada, intentó animarnos: Max Abromeit, cojeando, apoyado en un bastón, arrastrando una pierna tiesa, inició la conversación.

—¿Por qué estáis tan tristes y cabizbajos? ¿Por qué no os paseáis un poco? En seguida os encontraréis mejor. Y respirad a todo pulmón. Si abandonáis la lucha, estáis perdidos. Si la poliomielitis y dos guerras no han podido conmigo,

tampoco aquí voy a reventar. Tengo una novia que me espera, y volveré a verla. Esperad, y lo veréis.

Encontró el ferviente aplauso de Horst, un mozo de unos veinte años, quien, puesto en cuclillas, se contemplaba amorosamente manos y uñas.

—¡Max, tienes razón! —se hizo oír—. Pero voy a hacer una proposición técnica mejor. He pasado tres años en un campo de concentración; hablo, pues, con conocimiento de causa. Sin ambages ni rodeos: cada azadada de más, sin que sea absolutamente necesaria, es un paso hacia el suicidio. Aquí, ¡mirad mis dedos! —Alzó su mano, fina y estrecha. Las falanges de los dedos índice y mayor tenían un color negruzco; estaban congeladas en el tercer grado, la gangrena ya había empezado—. ¿Lo veis? No quedan muy elegantes, ni es una sensación muy agradable, pero, de los dos males, es el menor. Con estos dedos pasaré el verano, y luego vendrá el día en que vuelva a Berlín, a casa de mi madre.

La litera de Horst estaba en un rincón de la chabola, al lado mismo de la del padre Kolfenbach. Cuando yo volví a mi camastro, Horst se deslizó hasta mí y me murmuró al oído:

—Su amigo, como quien dice, ya está liquidado, ¿verdad? ¿Hay alguna probabilidad de que yo pueda heredar sus zapatos y su abrigo?

—Despacio, despacio —apacigüé al que tanto madrugaba—. Veamos antes quién será el primero en morder el polvo, tú o él.

Horst tosía como un perro. Poco después de esta simpática conversación, eché de menos una cajita de queso medio llena que el padre José y yo habíamos salvado del viaje.

Durante todo el día fueron formados pequeños grupos de trabajo; unos tenían que partir leña para la cocina; otros, transportar agua para los barriles de la barraca de desinfección. A la hora de cenar me sentí tan mareado, que no pude sino engullir un pedazo de corteza de pan, seca y dura. Sólo el ver los pedazos de remolacha que nadaban en aquel turbio líquido o aquel engrudo de maíz, me revolvían el estómago.

Al salir, en formación, de la cantina, reconocí a una mu-

chacha de Duisburg, llamada Lili Glaser, que había vivido como evacuada en nuestra vecindad. Me saludó, haciéndome saber que en la cocina aún había alguien más que deseaba verme: la señorita Gertrudis, de Frauenburg. El rostro de Gertrudis estaba enrojecido del calor y ligeramente abultado. A causa de la alegría que experimenté por ver que seguía con vida, después de aquellas horribles semanas en que nos vimos en la prisión de Insterburg, no me di cuenta de las huellas de su salud atropellada.

—¡Qué suerte tenemos de contar aún con un sacerdote entre nosotros! —fueron sus primeras palabras de saludo—. Es la primera buena noticia desde que estoy aquí. Cuando le hacía la comida al señor vicario general, poco podía pensar que algún día tendría que trabajar en una cocina de un campamento ruso. Pero ahora sé que, si morimos, no estamos desamparados del todo.

La felicité por su empleo en la cocina, donde tendría la posibilidad de sobrevivir. Pero Gertrudis, seria y escuetamente, me atajó:

—Pues yo no estoy tan segura. El cocinero y los demás rusos, exigen de nosotras más que nuestro trabajo. No cuento con permanecer en la cocina mucho tiempo si no me someto a sus deseos. Por favor, señor cura, rece por mí.

—Y su hermana Lena, ¿cómo está? —pregunté.

—Al menos, seguimos juntas —dijo Gertrudis—, pero Lena me preocupa; tiene mal aspecto.

Un centinela puso fin a nuestra conversación, y me ordenó que saliera.

Aquella noche dormí mucho mejor. El papel engrasado que tapaba la ventana, con un poco de ayuda se había soltado tanto, que una brisa de aire fresco me llegaba a la cara. La corriente de aire no me molestaba en absoluto. Aún tenía una capucha de campesino. La única molestia la causaban los riñones, que, apenas uno descansaba, redoblaban su funcionamiento y trataban de eliminar durante la noche el agua que, a causa de la deficiente alimentación, se había acumulado en el cuerpo. Mis vecinos me tranquilizaron asegurando que

no era nada del otro jueves si, durante la noche, tenía que correr cinco veces a la fosa de las letrinas.

Al volver de una de estas salidas, encontré a Horst, que, sentado en un tronco, con las piernas cruzadas, delante del fuego, avivaba los rescoldos. Precisamente dedicaba toda su atención a vaciar la cajita de queso que yo había echado de menos.

—Veo que te cuidas bien —le dije. Él, sin inmutarse, me mostró los dientes—. Al menos podrías descubrirme cómo has logrado agenciarte la cajita sin que yo lo haya notado.

—Lo siento —contestó él al cabo de un rato—, es secreto profesional. Pero como veo que en este asunto demuestras cordura y sensatez, ya no te molestaré más. Al contrario, a lo mejor lograré pescar algo para ti.

—No te tomes la molestia de robar para mí —le dije—. A mí me interesa que también las otras personas salgan de aquí con vida.

El día siguiente era Jueves Santo. Al regresar del desayuno, el padre Kolfenbach tropezó, y tuvo que valerse de todas sus energías para arrastrarse hasta su lecho. Apoyado contra la pared, de forma que la luz de la ventanilla cayera sobre mi misal, leí al padre Kolfenbach la liturgia del Jueves Santo. La epístola decía: «Si somos castigados por el Señor, sucede para que no seamos condenados con este mundo». Y luego el pasaje del gradual: «Cristo, para nuestro bien, ha sido obediente hasta la muerte, sí, hasta la crucifixión. Por eso Dios le ha elevado». Y, después del estremecedor evangelio del lavatorio de los discípulos, en la noche antes de que Él fuera traicionado, en el ofertorio encontramos las palabras triunfantes del atribulado David: «No moriré, mas viviré, y proclamaré los milagros del Señor».

Al leer el ofertorio, advertí que, además del padre Kolfenbach, también nuestro vecino, el granjero de los Masures, escuchaba con gran atención. Pero, de pronto, una mirada del padre Kolfenbach me puso sobre aviso del peligro que se acercaba. Al volverme, me vi delante del *politruk* Hellwig.

—Discúlpenme si estorbo —dijo con hipócrita cortesía.

—No nos estorba en absoluto —contesté con la misma falta de sinceridad.

—Están rezando, ¿verdad?

—Sí, somos sacerdotes católicos, como usted sabe; y hoy es una gran fiesta litúrgica. ¿Tiene algo que objetar?

—En absoluto. Tienen sus días libres, y en ellos pueden hacer lo que quieran. Seguramente sabrá que la Constitución Soviética garantiza la libertad de religión; todo el mundo puede rezar cuando y como le dé la gana.

—Me alegra oírlo —respondí cortésmente—. Pero seguramente, otro asunto le ha traído hasta nosotros.

—En efecto. Creo que podría rendirme un servicio. Usted conoce las letras del alfabeto ruso, ¿verdad?

—Tan sólo las mayúsculas, y aun con dificultad.

—Basta con eso. Ha llegado una orden de Moscú para que sean anotados en una lista los nombres de todos los que fallecen en el campamento, con la fecha de su defunción. Le ruego, por lo tanto, que me anote los nombres de los nueve hombres que han muerto hasta la fecha.

—Haré lo que pueda. Pero será difícil averiguar los nombres de todos los difuntos, pues hay algunos a los que ni siquiera hemos conocido. Aquí mismo, por ejemplo, yo no tengo idea de cómo se llama mi vecino. Solamente podré confeccionar una lista de los muertos, si usted me autoriza a apuntar los nombres de los vivos, mientras aún esté a tiempo de preguntárselos. Además, necesitaré lápiz y papel.

Mi propuesta le pareció bien al comisario, y me llevó consigo a buscar utensilios para escribir. Me hizo esperar frente a un cobertizo de madera, que, según el letrero, era el «ambulatorio» o despacho del médico. Después de una viva discusión, salió el comisario acompañado de «la cigüeña negra», quien me entregó un lápiz con la amenaza: «¡Ay de ti si por la noche no me lo devuelves! Sin él no puedo seguir trabajando».

Con ayuda del jefe de chabola, pude indagar los nombres de los muertos, hasta dos. Luego anotamos los nombres de los vivos. Esta tarea me brindó la feliz oportunidad de darme

cuenta de mi nueva «parroquia», y de dar la seguridad a mis nuevos «feligreses» de que, a pesar de mi aspecto soviético, era un sacerdote católico, con quien podían hacer su confesión pascual. Como confesonario, según gusto y oportunidad, concertamos mi lecho en la chabola, el cobertizo de la letrina, el lugar donde partíamos la leña. Así, gracias a una orden de Moscú, me fue posible ayudar a mis compañeros de cautiverio a estar en la paz del Señor.

Durante la noche siguiente, se agravó el estado de salud del padre Kolfenbach. No sabiendo qué otra cosa hacer, rogué al centinela del patio del campamento que me procurara alguna medicina, con lo cual únicamente logré que me cubriera de obscenas maldiciones. Se me ocurrió el conocido remedio contra la diarrea: carbón vegetal molido. El padre Kolfenbach, con gran esfuerzo, engulló un poco de carbón que pulvericé. Su garganta ardía de sed, aumentada por el cólico. Daba pena ver aquel hombre fornido, que no pasaba de los cuarenta, y que nunca en la vida había estado enfermo, en aquel estado lastimoso. Un poco de medicina, algún alimento adecuado habrían podido salvarle, pero no teníamos nada de nada.

El carbón vegetal ya no surtió efecto. Todo cuanto el pastor Goebel y yo pudimos hacer por nuestro amigo, fue velarlo alternativamente. Al volver a ser mi turno, me adormilé; y, al abrir los ojos, vi al padre Kolfenbach tambalearse por el pasillo como un borracho, agarrándose a las literas de ambos lados. Antes de que pudiera levantarme para alcanzarle, el pastor Goebel ya había descendido para ayudarlo, y no solamente le sostuvo durante todo el camino, sino que también le apoyó en la fosa de la letrina. El padre Kolfenbach ya no tenía fuerzas para mantenerse en equilibrio (por motivos de higiene colectiva no se nos permitía ni un madero sobre el que sentarnos).

Pasada la medianoche, transcurridas las primeras horas de Viernes Santo, los dos volvieron de aquella humillante diligencia. El padre Kolfenbach volvió a tender sobre el duro lecho sus esqueléticos miembros. Gimió:



—Ahora sí que he sido crucificado. Pero ¿por qué no os acostáis? Sabré arreglarme solo.

A pesar de ser ostensible su estado de decaimiento, el padre Kolfenbach también tuvo que salir el Viernes Santo a formar para el recuento. Ni él ni algunos enfermos más se vieron capaces de ir a tomar el desayuno, pero «la cigüeña negra» los echó de su lecho. Al caer en el suelo como troncos de madera, dándoles puntapiés, no paró hasta que se hubieron puesto de pie. Su éxito fue evidente; todos, dando traspiés, salieron al exterior, menos uno, que había quedado sin sentido. Al volver nosotros del recuento, ya había sido echado sobre el montón de cadáveres, apilado aquel día frente a la barraca de la enfermería.

Después del desayuno se nos condujo al pequeño «ambulatorio» de madera. En grupos de veinte tuvimos que desnudarnos en la antesala. A través de la puerta entreabierta, oíamos las preguntas de siempre:

—¿Diarrea? ¿Cuántas veces al día? ¿Y por la noche? ¿Con o sin sangre? ¿Saque la lengua! ¿Dé la vuelta!

Luego, otra voz proclamaba:

—Uno, dos, tres, o. k.

Cuando nos tocó a nosotros, el pastor Goebel y yo apoyamos al padre Kolfenbach por ambos lados. Así nos presentamos ante la comisión de revisión médica, presidida por un hombre ya entrado en años. Llevaba gafas de concha, tenía el cabello gris y una boca amplia y cínica, que, como un corte de cuchillo, parecía partir su rostro. Sus facciones, muy acusadas, al mismo tiempo que indicaban erudición, ostentaban huellas de apagada resignación. Su fisonomía, sin saber por qué, me recordó la expresión de Erasmo de Rotterdam, del famoso cuadro de Holbein. Le llamamos el «tío de las gafas». La última palabra, empero, la tenía en aquella comisión, al parecer, una mujer que llevaba una inmaculada bata blanca y estaba jugando con su estetoscopio. Bien alimentada, pulcra y muy maquillada, parecía acabar de salir de un salón de belleza de Moscú.

El tercero de la comisión era nuestra «cigüeña negra»;

el cuarto, nuestro imprescindible comisario político e intérprete Hellwig, quien en los últimos días tantas pruebas de amabilidad y comprensión por nuestras convicciones religiosas había demostrado. Antes de que nos fueran hechas las preguntas de rigor, el *politruk*, con una sonrisa diabólica, dijo:

—Son popes de los que han bendecido los cañones de los nazis, ¿eh?

En espera de aplauso se dirigió al tío de las gafas y demás colegas, que no reaccionaron en absoluto. No muy sorprendido ante aquel cambio de postura de nuestro artero enemigo, contestó el pastor Goebel, en nombre de todos:

—No recuerdo haber bendecido nunca ninguna arma; pero sí recuerdo haber sido sancionado por haberme negado a saludar la bandera de los nazis con el saludo hitleriano; por eso también fui incorporado al servicio militar en los últimos años de guerra, a pesar de mis pulmones lesionados y de ser sacerdote de una parroquia importante. Mis amigos católicos tienen antecedentes parecidos.

—¿Y eso qué importa? —exclamó el *politruk* con un ademán despectivo.

Hicieron al pastor Goebel las preguntas de siempre. Le hicieron dar la vuelta, el tipo de las gafas palpó la consistencia de su musculatura glútea. Lo mismo hizo con el padre Kolfenbach y conmigo. La última pregunta que la doctora me dirigió fue:

—¿Por qué su caja torácica está deformada?

—He padecido tuberculosis, y se me aplicó un neumotórax —contesté.

Fuimos asignados a la «brigada de los O. K.». Ésta, por lo general, solamente era destinada a trabajos dentro del recinto del campamento, y sólo en casos de excepción tenía que ser empleada para trabajos pesados.

Fue la primera revisión médica desde que, seis semanas antes, habíamos sido secuestrados.

Al volver a nuestros camastros, buen rato antes de la hora de comer, el padre Kolfenbach estaba completamente

extenuado. Ni siquiera fue capaz de seguir el relato de la Pasión que yo le leí de mi misal de bolsillo. Más de una vez interrumpí mi lectura, al observar cómo se hundía en un estado de inconsciencia. Sin embargo, en momentos de lucidez me rogaba que continuara.

—Ahora empiezo a comprender lo que ha sufrido el Señor —dijo una vez.

Después de la comida, volvió a comparecer la «cigüeña negra». Uno por uno echó a los hombres de sus lechos y los empujó hacia fuera. Aun los que estaban enfermos, con fiebre, tuvieron que sumarse a la procesión, que fue conducida a la barraca de desinfección. Ésta era infinitamente más primitiva que las dos desinfecciones que habíamos pasado. En una cabina, expuestos a la corriente de aire, nos entregaron los consabidos aros de alambre, de los que tuvimos que colgar cuanto poseíamos. Dos de nuestros hombres recibieron la orden de llevar los fardos por una zanja hasta una fosa donde se hallaba un horno de mampostería encendido. Mientras tanto, nosotros, desnudos, tiritando, esperamos hasta que nos entregaron madera para encender nuestra estufa. En grupos de doce, nos hicieron entrar en la sala de baño propiamente dicha, donde durante diez minutos tuvimos que lavarnos en pequeñas tinajas de madera.

Al volver a la antecámara, mojados y medio muertos de frío, tuvimos que esperar nuestros vestidos. Muchos de éstos, por haber sido colgados demasiado cerca del horno, estaban chamuscados y agujereados. Recobré mi pelliza, si bien un poco quemada; pero mi camisa había desaparecido.

Al volver atropelladamente a nuestras barracas, después de aquella ceremonia de desinfección, el padre Kolfenbach ya no podía dar un paso sin que le sostuviéramos. De la cena le reservé un pedazo de arenque, que a nosotros nos había parecido bocado de reyes. Pero su estómago no admitía alimento alguno.

Tal como habíamos convenido, el pastor Goebel, sentado sobre su tarima superior, empezó su sermón de Viernes Santo. De su pequeña Biblia leyó el pasaje del buen ladrón cruci-

ficado junto con Jesucristo. Los prisioneros cesaron de pelearse, de hurgar en sus cachivaches. Fuera de la voz del lector, no se oía más que el chisporroteo del fuego en la estufa. La prédica que siguió a la lectura fue breve e impresionante. Terminó con una oración a Nuestro Señor Crucificado, implorándole que en nuestra situación desesperada no nos abandonara y que también a nosotros, en nuestra hora postrera, nos dijese: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Acto seguido, el padre Kolfenbach dio las gracias al hermano evangélico por sus palabras y le rogó que rezara por él. Se daba perfecta cuenta de que su muerte se acercaba. Decidimos confesarnos mutuamente. Para darme la absolución, él ya no pudo levantar la mano de la rodilla, tuvo que limitarse a hacer con un dedo la señal de la cruz.

Finalmente me rogó que le administrara el sacramento de la Extremaunción. De lo más profundo de mi bolsillo saqué el estuchito de crema facial con el óleo sagrado. Había sido consagrado por nuestro obispo en Frauenburg, precisamente un año antes, el Jueves Santo. ¿Quién hubiera dicho entonces que llegaría a administrarse en aquel remoto desierto de la tundra del Ártico?

Otra vez le embargó la amargura de su triste situación, y suspiró:

—¡Mi pobre madre! Ahora habrá cumplido los ochenta y dos, y toda su vida ha trabajado para que nosotros recibiéramos una educación esmerada. Tiene la esperanza de que yo volveré. Y mi hermano también ha desaparecido. Si tú llegas a regresar, dale a mi madre este rosario y esta cruz. Dile que al morir, los he sostenido en la mano. Y, si puedes, consuélala y ayuda a mi cuñada con sus seis criaturas.

Silenciosos, permanecimos sentados, contemplando las brasas de la estufa que se iban extinguiendo, hasta que el padre Kolfenbach no aguantó más. Rogué al pastor Goebel me ayudara a separarle del poste contra el que se había apoyado y acostarle. No me veía con fuerzas para hacerlo solo.

Al levantarlo, su cara se contrajo de dolor, y, durante

media hora, se quedó sin sentido. Atosigado por la fiebre, murmuró:

—Tengo sed. Un solo sorbo de jugo de limón, con una paja, sí, con una paja...

Volví a llamar al pastor Goebel, para que velara junto al enfermo mientras yo me disponía a buscar algo para que bebiese. Durante la noche nos estaba prohibido atravesar el patio; pero al ver un resplandor de luz en la cocina, me atreví. Después de vacilar, llamé quedamente, con los nudillos, a la puerta de madera. Se abrió un resquicio, apareciendo la hermana Gertrudis.

—¡Gracias a Dios que es usted! —exclamé con un suspiro de alivio.

—¿Qué pasa, señor cura? Tenemos que hablar con cuidado.

Le dije si me podía dar un poco de sucedáneo de café para el padre Kolfenbach. Sacudió la cabeza y me dio un poco de agua caliente.

—Tueste algunas migas de pan sobre la estufa, y cuando estén negras, las vierte en el agua caliente —me indicó—. Es el café que nos hacemos en nuestra chabola de mujeres.

Siguiendo su consejo, preparé un brebaje de color y gusto indefinidos. El padre Kolfenbach, con sus últimas energías, intentó beber, pero ya no pudo. Solamente consiguió humedecer el paladar y sus labios, negruzcos y agrietados.

A la mañana del Sábado Santo probé de rezar con él la liturgia del día. Pero a los pocos minutos me rogó que interrumpiera la lectura.

—Ya no puedo seguir. Nunca hubiera creído que fuera tan difícil la muerte de un sacerdote.

Cerró los ojos y respiró trabajosamente por la boca. Aparté de su sitio al impávido viejo campesino de su lado, y, sobre su lecho, me acurruqué junto a la cabecera de mi hermano. A la derecha, el pastor Goebel, desde el pasillo, sostenía la mano del agonizante, yo cogí la otra, y así rezamos nuestras oraciones. En ese momento fuimos sorprendidos por la «cigüeña negra», dispuesta a echar de la cama a los que no se

habían presentado al desayuno. El jefe de chabola, al verlo entrar, le rogó:

—Aquel de allí se está muriendo. Déjelo tranquilo con sus amigos. Es un sacerdote como los otros dos.

—Cura o no, que se vaya a morir en la enfermería —chilló el médico, agarró las piernas del que estaba en su último trance y del lecho lo arrastró al pasillo, hasta que cayó de cabeza en el suelo. Indignados, desesperados, hubiéramos querido abalanzarnos sobre aquel verdugo. Pero nuestras manos estaban atadas. El cabeza de chabola trajo una manta de su lecho, la colocó bajo nuestro amigo moribundo, y entre los tres nos dispusimos a llevarlo al «lazareto». Sus ciento cincuenta libras escasas eran excesivas para nuestra atrofiada musculatura. Tuvimos que conformarnos con arrastrarlo cuidadosamente sobre el suelo de la barraca y el patio nevado. Con todos nuestros esfuerzos, lo conseguimos al fin, llegando frente a la enfermería, pero ya nos fue imposible subir el cuerpo por los cuatro peldaños de la escalera.

Se abrió la puerta y apareció un enfermero. Nos miró con su ojo izquierdo, pues en lugar del otro sólo tenía una simple fisura en la piel. Con una sonrisa campechana sobre su cara, mofletuda y sonrosada, de un tirón subió el cuerpo hasta el descansillo y nos cogió de la mano:

—¡Adelante, adelante! Aún quedan plazas libres en el salón.

Penetramos en una pequeña antesala con tres puertas. De un puntapié abrió la del centro y nos hizo entrar en su feudo.

A pesar de los rumores que habían llegado a nuestros oídos sobre aquel lugar, a pesar de los horrores que nosotros mismos habíamos presenciado, lo que allí vimos nos heló la sangre. La pequeña estancia, de unos cinco metros por cinco, albergaba unos veinte muertos y agonizantes, esparcidos en desorden sobre una tarima de madera. Había lugares en que un muerto había sido colocado sobre otro, y, sin embargo, no quedaba sitio para todos. Por consiguiente, algunos habían tenido que ser tendidos en el suelo. La única instalación que podía justificar el nombre de enfermería de aquel lugar, con-

sistía en una tina de madera, emplazada en el centro y que estaba destinada a retrete. No supimos encontrar sitio para el padre Kolfenbach, pero el regente tuerto de aquel imperio del horror no mostró la menor preocupación. Con un impulso lanzó el esqueleto del agonizante sobre un estrecho estante, entre un cadáver y un pobre hombre que daba sus últimos alientos. Los miembros del padre Kolfenbach eran demasiado largos para aquel lecho, y su cabeza, sobre el estante, quedaba colgada en el aire. Me encaramé sobre el cadáver para acomodar su cabeza, y justamente llegué a tiempo para cerrarle los ojos, vidriosos, tras de su último estertor.

No me dejaron mucho tiempo a su lado. Después de una breve oración, descolgué de su cuello la cruz que llevaba, y le quité el gorro de piel y el abrigo.

Luego pregunté a «Polifemo» —así el pastor Goebel y yo bautizamos al enfermero tuerto— si aún había más católicos en la enfermería.

—Claro que sí —asintió con diligencia—. Yo mismo lo soy. Hasta he sido monaguillo y he tocado la trompeta en la banda de música. Y, si es menester, hasta toco el órgano.

Le rogué que me mostrara todos los moribundos católicos y que me llamara siempre que un católico entrara en la agonia. Lo mismo tuvo que prometerle al pastor Goebel para los desahuciados evangélicos.

—Pues ven —gritó—, que ya tengo trabajo para ti: dos hombres del mismo pueblo, de Kurau, cerca de Braunsberg. Éste, el viejo Griehl, tiene a su hijo en el cuarto contiguo. El muchacho, de dieciséis años, además de su colitis, tiene una pulmonía, y tanto el uno como el otro están acabando.

Ambos, honestos campesinos, estaban en pleno uso de razón y se mostraron dichosos por los auxilios sacerdotales ante la muerte. «Polifemo», mientras tanto, se ocupó en «preparar» el cadáver del padre Kolfenbach para el sepelio: no le dejó más que los sucios calzoncillos. La cabeza caía por el borde de la litera, con la boca abierta, podía contarse cada hueso de su esqueleto bajo la piel, manchada de llagas. Era una imagen que, pintada por los pinceles de un Goya o un

Jerónimo Bosch, habría causado el pavor de cualquier persona civilizada. Mas luego me dije que, con aquel despojo de su cuerpo torturado, más elocuente se hacía la semejanza del martirio del fiel sacerdote con la Pasión de Jesucristo.

Como un sonámbulo, regresé a mi chabola. Por la posición del sol calculé que serían las nueve de la mañana, la hora en que el jubiloso aleluya, terminada la Epístola del Sábado Santo, se eleva al cielo de todas las iglesias del orbe.

Entregué el abrigo del padre Kolfenbach al cabeza de chabola, y a Theo —desde aquel instante llamé así al pastor Goebel— le ofrecí la manta. Bajo la impresión de que no debía beneficiarse materialmente de los sufrimientos y de la muerte de un amigo, al principio no se decidió a aceptarla. Por fin, cuando le dije que el mismo padre Kolfenbach se la habría dado, asintió.

«Polifemo» me había prometido avisarme cuándo serían recogidos los cadáveres.



## COLUMNA SIETE

Nuestros «diez días de descanso» terminaron a los cuatro días. El mismo Sábado de Gloria se hicieron los preparativos para empezar el trabajo. Fuimos llamados a formar en el patio del campamento. Formamos un rectángulo, con la cara hacia el centro, donde se reunieron los oficiales y funcionarios del campamento, con aspecto autoritario y llenos de empaque. El comandante, el cuerpo fornido sobre piernas breves, daba la impresión de un agente ejecutivo, estúpido pero enérgico. Sobre la testa llevaba una imponente gorra de oficial y sobre los hombros de su largo abrigo resplandecían las caponas doradas, con la estrella de teniente de primera de la NKVD. Su estado mayor le rodeaba a respetuosa distancia: un gordo brigada, comandante de nuestra guardia, y Hellwig, el comisario político. A su lado, en simple traje de trabajo, el comprobador de normas, nuestro capataz y, como último, el contador, cuya cara arrugada y picada de viruela le daba el aspecto de anciano, a pesar de no sobrepasar los cuarenta. Como cojeaba, le dimos el apodo de «patituerto». La «cigüeña negra» no estaba presente; bastante trabajo tendría con los que no habían salido a formar.

Fueron llamados nuestros nombres, y cada uno de nosotros fue asignado a uno de los cinco grupos de trabajo que se formaron, llamados «brigadas». Cada brigada se componía de veinte o treinta hombres y llevaba el nombre de su capataz, llamado también «brigadero». Se nos volvió a encarecer que solamente recibirían de comer los que hubiesen cumplido

la norma establecida. El comandante terminó su arenga con la frase lapidaria:

—Los rusos son humanos; pero este humanitarismo también tiene sus límites si alguien se niega a trabajar.

Nos comunicó que se nos permitiría comenzar con una norma baja, para que pudiéramos demostrar nuestra buena voluntad y rendir más de lo exigido.

—Los que trabajen mejor y rindan más, recibirán una ración extraordinaria —nos prometió el *politruk*.

Más que aquel señuelo explotador, nos gustó la notificación de que nadie esperaba de nosotros que saludáramos a nuestros superiores si los encontrábamos durante el trabajo (concesión que, desde luego, se debía más a razones de productividad que a consideraciones democráticas).

Como primera providencia, tuvimos que equiparnos de prendas de trabajo en la barraca de desinfección. Líamos nuestros vestidos de paisano en los aros de alambre y formamos una cola delante de una pequeña ventanilla. Desde la cámara situada al otro lado de la taquilla oíamos una voz áspera y monótona, que ante cada nuevo prisionero repetía los números uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. El número uno era una camisa. Muchas de ellas no tenían espalda, y casi todas no llegaban ni a la cintura: prueba evidente de que nuestros antecesores habían necesitado pañuelos. La segunda prenda eran unos calzoncillos, cuyas piernas habían sido cortadas a la altura de las rodillas o más arriba. Los números tres, cuatro y cinco eran los más valiosos: pantalones y chaquetas nuevas, de dos telas acolchadas, vestimenta práctica y caliente, además, una *chapka*, gorra también de tejido enguatado, a veces hasta con aplicaciones de piel, con orejeras. La pieza número seis eran *bachinkis*, una combinación de bota y calcetín, que cubría pies y piernas, de algodón acolchado. Por último recibimos un par de zapatos de paja sujetos por detrás con un cordón de paja trenzada. Todas estas prendas, de acuerdo con el espíritu nivelador socialista, eran echadas por la ventanilla, sin siquiera mirar al hombre que debía llevarlas.

Aquella acción debía quedar terminada en muy pocos momentos. Así que, apresuradamente, recogimos nuestro atuendo y emprendimos la difícil tarea de ponérselo. Como yo, por mi parte, soy de estatura mediana, por fortuna me acerqué bastante a las medidas de un obrero normal, establecidas por los distribuidores colectivistas. La dificultad mayor la tuve con mis zapatos de paja, demasiado cortos y cuyos cordones, además, no podían atarse. Habiendo transcurrido el tiempo concedido, algunos seguían aturdidos, con las prendas en la mano. La figura más triste era Max, que casi medía dos metros, el más alto del grupo. Su camisa ni le cubría el pecho, y no sabía cómo acomodarse los pantalones. Cuando, desvalido y desnudo, miró en torno suyo, en busca de una alma comprensiva, aun fue objeto de burlas. En el último instante, antes de que fuéramos desalojados del local, cambió sus pantalones con los de Adalbert, un hortelano de Viena, cuya estatura no pasaba de 1,50. Pero ya no pudo ponerse los vestidos, más holgados, de Max Adalbert, pues había transcurrido el tiempo; así que, desnudo como estaba, fue empujado de la barraca de desinfección. Vestido tan sólo con camisola y los zapatos de paja, zanqueó por la nieve con nosotros hasta nuestra chabola, donde, con ayuda de un vecino, logró ponerse los pantalones. Mutuamente, nos presentamos con nuestros «uniformes» y nuestro aspecto de esquimales despertó el holgorio general.

Al día siguiente, muy de mañana, felicité las Pascuas a Theo, en el momento preciso en que éramos impelidos al trabajo. Yo pertenecía a una brigada cuyo capataz era un polaco bravucón y bien alimentado, con ojos fríos y azules como el agua. De un almacén de herramientas nos dio a cada uno una tosca pala de madera para la nieve.

Tres brigadas fueron conducidas al canal, las otras tres recibieron la orden de limpiar de nieve el recinto del campamento. A cada grupo le fue fijada una norma, que nosotros, en nuestro estado de salud, no podíamos cumplir. Casi la tercera parte de nuestro grupo siempre estaba formando cola delante de la letrina, y los restantes apenas podíamos man-

tenernos sobre los hinchados pies. El aire polar estaba tan cargado de oxígeno, que el aliento parecía quemarnos los pulmones.

Nuestro trabajo consistía en quitar la nieve, amontonada hasta una altura de dos y tres metros al lado de la cocina. Los desperdicios y el agua sucia que en invierno se vertían sobre aquellas montañas de nieve, se habían congelado y tenían que ser desprendidos a golpes de azadón. Valiéndome de todas mis energías, llegaba a levantar el azadón y lo dejaba caer sobre el hielo. No obstante, comprendimos que aquello, relativamente, era un trabajo fácil.

Cuando me esforzaba en concentrar mis pensamientos sobre el misterio de Pascua, era Max quien, por lo general, me lo impedía, charlando a raudales durante todo el santo día. A pesar de sus sesenta años y de haber perdido más de cuarenta libras de peso, seguía siendo el más fuerte de nosotros. Masticando la boquilla de su pipa vacía, contaba historias interminables sobre las tabernas de tres distritos de Prusia Oriental, donde como arriero había ido a apagar su sed. Con toda franqueza confesaba que había poseído al mismo tiempo las tarjetas de miembro del partido comunista y del partido nacionalista alemán. Para aquella sorprendente amplitud de miras políticas, tenía una explicación plausible: «¿Y qué más podía hacer? Tenía que estar bien con todo el mundo. El negocio es el negocio».

Mientras que Max seguía animado y comunicativo, mi compañero de trabajo de la izquierda permanecía taciturno. Sus manos y sus pies estaban hinchados, hasta las mejillas, y los párpados estaban abultados por el agua. Era cortés y tenía buenos modales, a la legua denotaba al hombre educado. Había sido soldado. Finalmente, terminó por sincerarse, con amargura:

—Todo sería mucho más fácil si nuestro trabajo tuviera un sentido. Nosotros mismos quitamos este montón de nieve para volverlo a formar a dos metros de distancia, y luego, con éste, empezamos el mismo baile. ¡Y aquella zanja que

llaman canal! ;Si al verla cualquier ingeniero de caminos se moriría de risa! Yo, como prisionero, nada tendría que objetar a un trabajo duro, aunque fuera para los rusos; pero ¿qué sentido tiene que yo aquí, sin saber por qué, me muera de hambre, mientras mi mujer y mis hijos ven cómo son destruidas sus casas?

Seguimos moviendo las palas hasta que llegó la noche, afanosos de cumplir la norma. Como yo, por mí solo, nunca lo hubiera conseguido, Max me ayudó durante la última hora, como compensación por haberle escuchado con tanta paciencia todo el día.

Después de la comida, una de las brigadas recibió la orden de desalojar nuestra barraca, y otro grupo se instaló en su lugar. Theo pertenecía al grupo que salía. Cuando los recién llegados se hubieron aposentado y volvió a reinar un silencio relativo, nuestro jefe de chabola colocó un tablón sobre el bidón que nos servía de estufa, donde solamente quedaban rescoldos de fuego, y me invitó a que dijera unas palabras, ya que era el día de Pascua. Con el misal en la mano, me encaramé sobre el improvisado púlpito, desde donde se me podía ver desde toda la barraca.

El jefe rogó cinco minutos de silencio y todos prestaron atención. Leí el evangelio de Pascua: «¿Quién arrollará la piedra de entrada de la sepultura?» (Mc. 16, 3.)

—Camaradas: los pocos días que llevamos en este campamento, nos han convencido, más aún que el aspecto de nuestras barracas, de que aquí estamos enterrados vivos, como en una gran sepultura. —Así me dirigí a los compañeros, casi todos los cuales se habían acurrucado a los pies de sus lechos, para oír mejor—. Y todos nosotros, en el corazón, llevamos la misma interrogación de las piadosas mujeres de la Biblia: ¿Quién apartará la piedra que cierra esta tétrica prisión en la que estamos enterrados? No nos engañemos: Nadie, sino Dios, podrá hacerlo. Él ha permitido que fuéramos traídos hasta aquí. Él sabe de los grandes acontecimientos de este mundo, que se ha apartado de Él; mas Él también sabe de lo ínfimo, de lo más insignificante que en nuestra vida sucede.

Os extrañáis ahora de que Él consintiera que nosotros fuéramos enterrados vivos aquí en Pechora. Yo mismo no os sabría dar la respuesta satisfactoria. Todos nosotros estamos incluidos en el inmenso plan de redención del Señor, que Él nos revelará en todos sus detalles, cuando, en el Juicio Final, nuestro Salvador nos ponga a los pies de Dios Todopoderoso.

»Todos somos criaturas de Dios, y casi todos hemos sido bautizados como cristianos, pero ;cuántas veces hemos enterrado a Cristo en la tumba de nuestro corazón, y la hemos sellado con nuestros pecados y nuestros vicios! Y éste es nuestro mensaje de Pascua: estamos sepultados en este campamento de la muerte, para que aprendamos a abrir aquella sepultura, más tenebrosa aún, que llevamos dentro de nosotros. Imploremos, pues, la gracia y las fuerzas para que podamos romper los sellos rojos, y apartar la piedra de nuestro corazón, para que Cristo pueda resucitar en nosotros.

Después de este breve sermón, oré con mis camaradas por todos los compañeros de cautiverio, sus familiares, sus mujeres, sus hijos. Luego descendí de mi inusitada tribuna. En la chabola se había hecho un profundo silencio. Yo tomé el tablón sobre el que me había colocado, y con él avivé el fuego. Al volverme, me vi frente a Jan, que con el nuevo grupo se había mudado a nuestra cabaña. Le acompañaba un amigo. Los dos, con un fuerte apretón de mano, me dieron las gracias:

—Ya sabes, pastor, que somos viejos librepensadores rojos; pero nos gusta oír esas cosas tan bonitas que dices de Cristo. Cuando quieras, puedes contarnos más.

El ambiente que reinó en la barraca durante aquella noche, fue considerablemente más pacífico que el de las precedentes. Se oyeron menos blasfemias, menos peleas con el vecino de camastro, y yo me sentí reconfortado al pensar que algunos rayos de la luz de Pascua habían penetrado hasta nuestra tenebrosa cueva.

Antes de volver al trabajo, a la mañana siguiente, fuimos llamados a formar. El comandante del campamento, paseándose por el centro del patio, sostenía una acalorada conver-

sación con el comisario político. Luego Hellwig se dirigió a nosotros, con aire de solemnidad:

—El comandante se ha enterado de que en este campamento han tenido lugar servicios religiosos. Desea dejar bien sentado que la Constitución de la Unión Soviética garantiza a todos libertad completa de creencias y religiones. Para salvaguardar esta libertad de conciencia, y por respeto a la convicción religiosa de cada uno, en el campamento no se permitirán conversaciones religiosas más que con una sola persona, y eso siempre que ésta lo desee. Para mantener la paz del campamento y evitar conflictos, el comandante tiene que insistir en que no se celebren más actos religiosos en público.

El compañero de Jan, aquel viejo librepensador rojo, que estaba a mi lado, refunfuñó:

—Quisiera tener entre mis manos al cochino que os ha denunciado.

Al comandante mismo, aquel asunto parecía dejarle indiferente. A lo mejor, en secreto, se burlaba del excesivo celo del *politruk* para seguir la línea del partido. Pero, por motivos comprensibles, oficialmente tenía que apoyarle. Si bien el comisario político era de rango inferior al comandante, el *politruk*, como representante del partido comunista, representaba una fuerza con la que tenía que contar el mismo *nachalnik* (jefe).

También este día lo dedicamos enteramente a remover la nieve. Cuando hubimos desplazado unos cuantos metros los montones de basura del lado de la cocina, una sección tuvo que subir al desván de la choza de madera, que, por estar agujereado el tejado, se había llenado de nieve. Los tejados, cubiertos con ligeras ripias, habían sido calculados para un año de vida. Sin musculatura en los brazos, el levantar las palas fue una tortura, y mover las masas de nieve un verdadero suplicio. Pero conseguimos al fin dejar el desván limpio. Cuando hubimos terminado, se puso a nevar. Hasta la mañana siguiente, el viento habría impelido bastante nieve a



través de las grietas del tejado, para asegurarnos para el día siguiente el mismo trabajo.

El alojamiento de las brigadas cambiaba de un día a otro. Cuando nuestro grupo pasó a la barraca al lado de la enfermería, un anciano barbudo, con gorro de piel negro, se desplomó sobre la nieve. Le levanté de la forma que pude y le acompañé a nuestro nuevo alojamiento. Era el viejo maestro de escuela, que había estado sentado a mi lado el día antes de ser descargados del vagón de mercancías.

—Ya no puedo más —dijo—, voy a darte la dirección de mi mujer. Quizá tú sobrevivas. Hazle saber entonces que no me espere. Pero antes de morir, por favor, léeme algo de tu Biblia.

En nuestra nueva chabola encontré al pastor Goebel. Le llamé para que acudiera al lecho del maestro moribundo, que era evangélico. Juntos enderezamos al pobre hombre, acomodándole tan bien como pudimos sobre su lecho; de pronto, la expresión del rostro de Theo se indicó que no estábamos solos. Me volví y vi al *politruk*, a los pies de la tarima.

—Sigán, sigán —dijo cortésmente.

Theo mostró ser buen diplomático.

—Celebramos verle —dijo—, pues queremos darle las gracias por lo que esta mañana ha proclamado. Nos hemos alegrado muchísimo al oír que la Constitución Soviética garantiza la libertad de religión, y estamos completamente de acuerdo con usted en que la convicción de cada uno es inviolable. Ése es también el punto de vista cristiano. ¿No cree también que el comandante podría permitirnos, siempre respetando la libertad de conciencia de los demás, orar conjuntamente con los camaradas que así nos lo rueguen explícitamente?

Hellwig, solícitamente, hizo suyo el tema de conversación, diciendo que estaba satisfecho de que nosotros, de manera tan sensata, nos hiciéramos eco de sus disposiciones. Pero, a la pregunta concreta de Theo, contestó:

—Si nosotros los autorizáramos a rezar con varios internados a la vez, ¿qué garantía tendríamos de que no sabotea-



rían nuestro trabajo y aprovecharan la oportunidad para hablar de política?

—Asista usted mismo a nuestros actos religiosos, y tan pronto como hablemos de política, podrá cortarnos la palabra —respondió Theo.

Y yo añadí la pregunta:

—¿Lo interpretaría usted como una intromisión en el terreno de la política, si dijéramos a los prisioneros que Cristo ha resucitado y que sigue viviendo?

—Desmoralizaría a la gente y socavaría su voluntad de trabajo —dijo Hellwig.

—Esto sería difícil de probar —repuse yo—. Usted opina que la idea del más allá debilita la voluntad de realizar el trabajo presente. Nosotros estamos convencidos de lo contrario. La convicción de que la realización de nuestro trabajo en la tierra tiene su sentido después de la muerte, la seguridad de que todo trabajo que en este sentido se realiza ya en la tierra tiene su premio, por ser una manera de glorificar a Dios, eso solo ya es un acicate.

Hellwig no dio muestras de estar muy convencido, y Theo prosiguió:

—¿Qué tendría que objetar si nosotros conjuntamente imploráramos la fuerza del Señor para trabajar mejor y más y cumplir así nuestra norma?

—Sus preguntas son tan complicadas, que deberán ser estudiadas y contrastadas en Moscú —eludió el *politruk*—. Pero por lo pronto, los conmino a no celebrar más actos religiosos. ¿Fuman?

Metió la mano en su provisión de *majorka* y ofreció unos grumos a cada uno de los dos. Theo, además, recibió unos pedacitos de una vieja *Pravda*, como papel de fumar. Hellwig, sigiloso como un gato, desapareció. Yo procuré consolar a Theo de la decepción por el resultado de nuestra conversación con el desconcertante *politruk* ofreciéndole mi parte de aquel mísero y tan codiciado tabaco. Pero, a pesar de lo mucho que apreciaba toda clase de materia fumable, no parecía encontrarle sabor a su pipa.

Mientras Hellwig iba rondando por la barraca, aguzando los oídos para escuchar las conversaciones, nosotros trazamos nuestro plan de combate. No nos estaba prohibido leerle a un prisionero pasajes de la Biblia si él nos lo pedía. ¿Por qué no leer en tales ocasiones con la voz tan alta, que los demás también pudieran oírlo? De esa forma podríamos celebrar actos religiosos sin infringir lo que la Constitución soviética mandaba. Aquellos hombres necesitaban de la palabra de Dios, y no habría *politruk* que pudiera impedirlo.

Mientras mutuamente nos íbamos animando, alguien, desde la tarima superior, me llamó:

—Señor cura, prepáreme para el viaje. Esto se está terminando.

Aquel hombre, cuyas piernas estaban tan hinchadas que los empeines de los pies parecían fuelles de goma llenos de aire, algunos días antes había intercambiado conmigo recuerdos de los tiempos en que los dos íbamos a la misma escuela de Tollnigk, y me había hablado de sus dos hijos. Sin amargura, sin temor, hizo la confesión general.

El nuevo día me trajo nuevos ánimos. Había ayunado severamente durante toda la semana. Era mi régimen particular para terminar con aquella diarrea que casi a todos nos aquejaba. Al dejar de comer aquel engrudo de pan y aquellas pegajosas papillas de maíz con sebo derretido, me sentí con más fuerzas, y mis barrios bajos dieron señales inequívocas de que estaban dispuestos a volver a habérselas con el nuevo sistema de alimentación. Con cierto optimismo salí con mi grupo de cuatro hombres, encargado de suministrar el agua para la cocina.

Nuestro camino, una vez salidos del portal principal del campamento, nos condujo por una fuerte pendiente al fondo de una sima, donde fluía un arroyo cubierto de hielo. Cada mañana había que picar un agujero en la capa de hielo para poder llegar al agua. Como «norma» teníamos que cargar seis grandes barriles antes de la comida y seis después de comer. Poseíamos un valioso cubo, confeccionado por nuestros antecesores, con viejas latas de conserva, con gran habilidad y

sin soldadura. Habían logrado juntar los diversos pedazos de hojalata doblándolos con tanta destreza, que casi no perdían ni una gota de agua. Recogimos más latas de conserva para la elaboración de nuevos recipientes. Casi todas llevaban la marca de una fábrica de conservas de Chicago.

A la vuelta, pasábamos nuestros apuros para subir por la empinada vertiente el pesado barril sobre el trineo desvencijado, y vertíamos buena parte de nuestra valiosa carga.

En nuestro camino al arroyo y a la vuelta, vimos cómo tres de las brigadas de nuestros compañeros de prisión trabajaban en el canal. Éste, una vez terminado, tendría unos dieciocho metros de ancho por seis de profundidad. Nuestros antecesores habían llegado a la mitad, el resto estaba reservado a nosotros. Parte de la brigada con el pico desprendía la tierra congelada; los demás, con palas primitivas, la cargaban sobre carretillas. Dos o tres hombres, con penas y trabajos, se esforzaban en subir las carretas sobre tablones hasta lo alto de la empinada pendiente. El bastidor, descomunal, era demasiado grande para la pequeña rueda, y ésta se movía sobre un eje desvencijado. Lo peor del declive solamente podía ser salvado con ayuda de un alambre o cuerda de arrastre. Nuestras muchachas y mujeres, de acuerdo con el principio de la completa «igualdad socialista», realizaban en el canal el mismo duro trabajo que los hombres. Llevaban las cabezas rapadas, y también llevaban pantalones y chaquetones acolchados. Solamente se las podía distinguir por el modo de andar. Algunas, incapaces de mantenerse de pie, arrodilladas sobre el suelo, trataban de picar la tierra endurecida. Con grandes esfuerzos subían el azadón sobre sus hombros, y desde allí, inclinándose, con un impulso lo dejaban caer sobre la tierra. Después de cada golpe tenían que recobrar aliento. Tres mujeres iban descuajándose con una carretilla cargada de arena. La una, dislocándose casi los brazos, trataba de empujarla; las otras dos, como bueyes de tiro, la arrastraban con alambres. La rueda constantemente resbalaba del tablón de la pasarela. Un fornido capataz, que no movía sus dedos más que para liarse una *papiroska*, o para correr su metra-

lleta sobre el hombro, sin pausa iba gritando: «Más de prisa, más de prisa».

Al día siguiente nos tocó un nuevo interrogatorio. En nuestra chabola entró un hombre, ya viejo, con una carpeta bajo el brazo. Cuando llegó mi turno, observé con detenimiento los impresionantes surcos de su rostro. Pocas facciones he visto que con tanta intensidad dieran fe de una vida de sufrimientos. Al interrogarnos, parecía estar sometido a tortura. Con las respuestas que le dábamos, casi siempre parecía darse por satisfecho. Mientras aquel simpático funcionario investigador cerraba su protocolo, yo le pregunté de dónde procedía, pues hablaba un alemán correcto, con un ligero acento de Suabia. Él, un poco confundido, sonrió.

—Somos luteranos, de las antiguas colonias alemanas del Volga —dijo—, y después de una breve pausa añadió—: No haga uso de ello: nuestras mujeres y nuestros hijos están en la Siberia; solamente los hombres hemos sido traídos al norte.

Aquella muestra de confianza me dejó sorprendido; pero, antes de que le pudiera contestar, él me murmuró al oído:

—Ya sabe que nos está prohibido tener conversaciones privadas con los prisioneros. Pero como que usted es sacerdote, estoy seguro de que no me delatará.

La mirada angustiada con que se despidió, me obsesionó durante toda la noche.

Después de este intermedio, la semana siguió el curso normal, establecido para nuestra vida en el campamento. Cada mañana, después del desayuno, los cadáveres, rígidos y congelados, de los que habían muerto en su lugar de trabajo, o en sus tarimas, eran llevados junto a la escalera de la enfermería; allí eran cargados sobre el trineo y conducidos a una cuadra al lado del almacén de herramientas. Cuando se habían juntado unos diez o doce cadáveres, una brigada de entierro tenía que echarlos en una fosa común, en un canchal cubierto de raído bosque de pinos, a dos kilómetros del campamento. Mi amigo Alois, el inválido inspector forestal, per-

tenecía a aquel grupo de sepultureros. Viejo soldado, veterano curtido en la guerra, no era precisamente un dechado de delicadeza. Pero al contarnos cómo eran inhumados aquellos muertos, la repugnancia le hacía temblar. La «cigüeña negra» había perdido la paciencia al ver cómo el grupo de enterradores procuraba arrojar cuidadosamente los cadáveres al fondo de la fosa, con ayuda de cadenas. Cogió por los tobillos los cuerpos congelados, los tiró del trineo, blasfemando los arrastró sobre la nieve y de un puntapié los lanzó a la fosa. Luego, el grupo tenía que echar algunas paletadas de arena sobre los cadáveres, y el trabajo quedaba terminado. No estaba permitido colocar una señal o un número sobre la sepultura común, y menos aún una cruz. Rogué a Alois que, cuando necesitara algún ayudante, me reclamara a mí, para así tener ocasión de bendecir la sepultura.

Pasada la semana de Pascua, el *politruk* nos comunicó que el 8 de abril la ciudad de Königsberg había capitulado. Esta noticia dio pie a multitud de rumores, y éstos no solamente merecieron el crédito de las barracas de las mujeres. Algunos opinaron que seríamos mandados a trabajar en los grandes *kolchos*, otros ya sabían la fecha de nuestro regreso a la patria. Hellig, al parecer, se recreaba con aquellos rumores; ni los confirmaba ni los desmentía, manteniéndonos en una incertidumbre permanente.

A raíz de una nueva revisión médica, tuve la satisfacción de volver a ser catalogado entre los «OK», encontrándome en el mismo grupo con Alois y Theo. Los tres, con todo el montón de los «OK», fuimos trasladados a nuevos alojamientos; se hallaban en el cobertizo que había quedado libre por la muerte de los internados polacos.

Aquella misma noche, cincuenta enfermos, que aún quedaban vivos de los primeros «OK», fueron conducidos a un vagón preparado. Se les dijo que aquel vagón los llevaría a un campamento de convalecencia; que, tan pronto como se hubiesen restablecido, volverían para seguir trabajando en el canal. Con los cuarenta muertos y los cincuenta remitidos al «campo de convalecencia», a las dos semanas de estancia en

el campamento ya no quedábamos más que unos ciento setenta.

El cambio más esencial en nuestro nuevo alojamiento lo constituyó el nuevo jefe de barraca. Poco después de haber llegado al campamento, conocí a Walter, hombre bajo y corpulento, de mi edad aproximadamente, cuya mano derecha sólo tenía el pulgar y un muñón del meñique. Sus ojos, inquietos y desasosegados, eran incapaces de mirarle a uno a la cara. Cojeaba y se lamentaba de que, debido a una bomba de mano que había estallado a destiempo, había resultado herido en el campo de maniobras. Se envanecía de su mucho talento y grandes habilidades, y trató de ganarse mi confianza haciéndome saber que, al casarse, se había convertido al catolicismo. No muy impresionado por sus pegajosas fanfarronerías, y apretándole las clavijas, me confesó que había estado internado en Karlshof, cerca de Rastenburg. Este renombrado sanatorio para epilépticos y enfermos incurables, que había pertenecido a la misión de la Iglesia evangélica, había sido brutalmente desalojado e incautado por las S.S. Terminó por reconocer que había sido oficial de las S.S. y que había sufrido un accidente en Oranienbrug. Por supuesto, me suplicó que no descubriera su secreto.

Pero en un plazo asombrosamente breve, se hubo olvidado de su turbio pasado, adaptándose a la nueva situación. Con displicente jovialidad, un día vino al encuentro de Theo y mío, presentándose como el nuevo «brigada».

La primera mañana mostró su verdadera faz. Nos hizo formar con disciplina militar, antes de dirigirnos a la cantina, sin duda alguna para captarse la benevolencia del *poli-truk*. Theo estaba convencido que había sido Walter quien había dado al comisario el soplo de nuestros actos religiosos, y que, como recompensa, Hellwig le había conferido el nuevo cargo. Cuando estábamos en fila, Walter empezó a burlarse, en la forma consabida, de la falta de marcialidad de los «curas». Para nosotros no fue ni una sorpresa ni un desengaño, pero sus imprecaciones encontraron el aplauso de algunos de

sus compinches, a quienes, según parecía, quería impresionar.

De acuerdo con sus métodos probados, y a pesar de su cadera lesionada, se reservó el reparto de nuestras raciones en la cantina. De esta manera, los mejores bocados se los podía reservar para sí y sus cómplices. Además, con apoyo de su camarilla pronto tuvo atribuciones para señalar a cada uno de la barraca el lugar de trabajo que a él le parecía.

A mí me tocó el servicio de la barraca de desinfección. Nuestra brigada de trabajo se componía de seis hombres; tres que aserraban y partían la leña para las estufas, y los demás que se ocupaban en traer el agua. Para llegar hasta el agua, uno, atado con una cadena a la cintura, tenía que ser bajado al pozo, a seis metros de profundidad, para romper la capa de hielo que cada noche se formaba. Al verter el agua en la tina, de dos metros de altura, nos empapábamos de agua, pues, con nuestros cubos, apenas llegábamos al borde del depósito.

Aquel trabajo hubiera sido soportable si no nos hubiera vejado constantemente con triquiñuelas de todas clases. Gorbá, el capataz auxiliar polaco, acostumbraba tenderse en la galería donde estaba situada la estufa que recalentaba el ropero. Con su sucia pipa, fumaba del *majorka* más barato, que se compraba de lo que sacaba de las prendas que durante su desinfección nos robaba. De vez en cuando, nos cubría de las maldiciones más obscenas que era capaz de concebir, siempre atento a congraciarse con su jefe. Prisionero también, como nosotros, procuraba tratarnos peor que los mismos vigilantes de la NKVD. Cuando se daba cuenta de que alguno de nosotros descansaba un instante, nos venía con la amenaza de que nos denunciaría como sabotadores.

El jefe de la instalación de desinfección tenía su camastro en un cobertizo adosado al extremo posterior de la barraca. Diez años de trabajos forzados y una sífilis progresiva le habían hecho casi totalmente inútil para el trabajo. A veces salía, y, refunfuñando, hacía alguna observación. Tras la máscara de su cara, carcomida, seguía brillando un algo de

humanidad. Dos veces Gorba me había buscado después de la cena, para partir leña durante toda la noche; pero el huracán «ministro de desinfección» cada vez había salido de su guarida y me había hecho regresar a mi tarima.

Mis compañeros de trabajo en la barraca de desinfección eran Alois Jendrock, el inspector forestal, y Theo Goebel; a veces, también formaba parte Ernst y Willy, dos jóvenes muchachos, de dieciséis años, que habían sido capturados en la calle y deportados. Ernst era para Gorba el cabeza de turco.

El que mejor manejaba el hacha, sin duda, era Alois. Me gustaba trabajar con él, pues, además de tener gran paciencia, era complaciente con todos. Sus siete hijos menores y su pobre mujer atormentaban su mente. Yo podía hablar con él de todo lo que quería, menos de cosas de religión; un desesperado rencor contra Dios, al que él no comprendía, le vendaba los ojos.

A los pocos días tuve una gran oportunidad de estrechar nuestras relaciones amistosas. Walter, de la brigada de desinfección, me trasladó al grupo de leñadores de la cocina. Trabajar para la cocina era la ambición de todos, y más aún aquellos días en que Stiepan, el cocinero, estaba de excelente humor; recientemente le habían comunicado que, después de diez años de trabajos forzados, castigo que había recibido por un grave delito, ahora, en vísperas del fin de la guerra, podía esperarse un indulto y repatriación a sus tierras natales del sur de Rusia. Cuando eché la primera brazada de leña al fuego bajo la caldera de la sopa, se me acercó y me ofreció un cigarrillo a medio fumar. Lo hizo con tal cordialidad que yo, dominando mi repulsión, apreté la colilla entre los labios y eché una bocanada de humo. Por fortuna, Stiepan seguidamente volvió a desaparecer en su cocina. Así pude apagar el cigarrillo en la nieve, abrí el papel y guardé en el bolsillo el tabaco que quedaba. Antes de echar el papel, advertí que procedía de un devocionario. Miré con más atención, y creí que la vista me engañaba; medio quemado, sucio de nicotina, pero con claridad perfecta, destacaban las palabras: «En verdad es digno y es justo, y conveniente y provechoso, que



siempre y dondequiera que sea, Te demos las gracias...» Tan conmovido como yo por aquel oportuno mensaje que Dios me mandaba en aquel repelente pitillo del filantrópico Iván, se mostró Alois al meterle en su pipa vacía algunos grumos de *majorka*.

Estábamos aún junto al caballete de aserrar cuando ante nosotros desfiló una columna de mujeres y muchachas, procedentes de la barraca de desinfección y camino de su alojamiento. Se trataba, al parecer, de semiinválidas que habían llegado de algún campamento vecino.

—¿Hay alguna de vosotras que sea de Ermland? —grité a las mujeres, que, impasibles y con paso cansino, siguieron andando. Por poco entre aquellas sombras grises no hubiera reconocido a Lena, la hermana de Gertrudis. Pero Gertrudis misma ya la había descubierto.

Gertrudis había enflaquecido casi tanto como su hermana; no me había encontrado con ella desde aquel día en que por primera vez la vi en la cocina. Dos días más tarde, de la cocina la habían mandado a trabajar en el canal. El grupo de mujeres con el que había llegado Lena, había pasado las últimas dos semanas en un campamento, a algunas jornadas de viaje más al norte que el nuestro. Durante todo el día habían estado talando árboles, con la nieve hasta la cintura. Por la noche tenían que transportar sobre los hombros los troncos derribados, hasta el campamento. Al ser visitado aquel campamento por una comisión de inspección, ésta llegó a reconocer que la proporción de un tercio de muertos e incapacitados para el trabajo era muy elevado, y el estado de los que aún trabajaban, tan deficiente, que enviaron a la mayoría de las mujeres a campamentos situados más al sur.

En aquella época, el pastor Goebel y yo apenas encontramos posibilidad de ejercer nuestro apostolado, ni siquiera los domingos. Durante las dos semanas transcurridas desde que el día de Pascua iniciamos nuestro trabajo, no habíamos tenido ni un solo día de fiesta. Cuando pedimos explicaciones a Hellwig, éste nos informó que en Rusia había sido abolida la fiesta dominical. Solamente había días libres de trabajo, y

éstos se concedían a los que cumplían su norma. De acuerdo con este sistema, únicamente nuestra primera brigada, compuesta de artesanos especializados, obtuvo su día libre. Pero tampoco llegó a disfrutar del todo de su día de asueto, pues todos los demás seguían trabajando, y continuaba la atmósfera de día de trabajo.

Empezaron a correr voces de que la «cigüeña negra» pronto nos iba a dejar. Un nuevo médico castrense se había hecho cargo de su labor. Al ver mis manos y mis pies hinchados, me trasladó al grupo cuatro, lo que equivalía a ingresar en la enfermería de Polifemo. No eran perspectivas muy halagadoras; pero, por lo menos, me evadía del feudo de Walter y de Gorba.

Durante la última semana, el dominio de Polifemo había sido ampliado. Además de la cámara de los moribundos y muertos, a la que en su día tuve que trasladar al padre Kolfenbach, regentaba otras dos salas de enfermos. El cuarto a la izquierda del vestíbulo estaba destinado a mujeres enfermas; el de la derecha, a los pacientes varones. Lo curioso era que el número de los que ingresaban en la enfermería era exactamente igual al de los muertos sacados la semana anterior. Polifemo, con aire protector, nos dio la bienvenida a los recién llegados. En su antesala, sobre el suelo, había dos cadáveres; de debajo de las mantas que los cubrían, salían los pies descalzos. Al separar la manta, descubrí a mi viejo amigo Jan, de Emden. Dos días antes había muerto de una pulmonía. De nada le había servido su «talento organizador».

Max Abromeit también se hallaba en la enfermería; seguía tan animado, a pesar de su pierna imposibilitada. A mi primera pregunta respondió con sarcástico humor:

—Jan fue encontrado muerto anteayer en mi camastro; el tuerto y su ayudante, el jorobado, se quedaron con las raciones de él y del otro tío muerto. Parece talmente como si esta maldita pocilga hubiese sido creada exclusivamente para que estos dos cochinos puedan sobrevivir. Ten cuidado de que no te timen también tu comida.

Apareció Polifemo y terminamos nuestra conversación.

Me preguntó qué litera quería. Elegí la vacía al lado de una de las dos ventanas tapadas con papel engrasado. Nuestro aposento tenía aún otro detalle de lujo: estaba enjalbegado. La calefacción no consistía en un bidón de bencina, sino que era de obra de mampostería, con una chimenea de verdad. Tales ventajas, empero, tenían su contrapartida en el primitivo retrete común, un cubo, a la derecha de la puerta. Esta fuente de hedor insoportable, por sí sola convertía la estancia en aquel local en un suplicio continuo.

Los servicios menos remuneradores, como la limpieza, la calefacción y el suministro de agua, Polifemo los hacía realizar por los enfermos, él se reservaba todo cuanto se relacionaba con la cocina. Además de las tres comidas usuales de todos los recluidos en el campamento, para los enfermos había un suplemento. Antes de recibirlo, Polifemo solía hacernos un discurso, haciéndonos saber que aquella comida adicional se la debíamos en primer lugar a su buen corazón y a sus excelentes relaciones diplomáticas. Luego, con aire solemne, iba de litera en litera, y en las manos que se le tendían colocaba un pastelito cuadrangular, del tamaño de una galleta mediana. Contenía huevo en polvo auténtico, procedente de América, según aseguraba el cocinero. Con devoción, comimos aquel manjar tan delicioso como menguado, y a los pocos minutos, nos sentíamos más hambrientos que nunca.

Después del desayuno, entró la «cigüeña negra» para una revisión general. Como de costumbre, se puso a gritar al vernos dormir completamente vestidos. Antes de salir, ordenó que dos de los pacientes fueran trasladados a la cámara mortuoria. Sus protestas angustiadas sólo consiguieron acelerar el traslado. Yo ayudé a los desahuciados en su mudanza, esperando que, además de a ellos, podría administrar a alguno más los auxilios espirituales.

Desde mi última visita, en aquella tétrica estancia el aspecto había mejorado un poco. Había sido para todos los enfermos, pero todos tenían un frío atroz. Les prometí procurar un poco de leña, para alumbrar la fría estufa de la habitación. Al mismo tiempo ofrecí mis servicios como sacerdote,

haciéndoles saber que a cualquier hora estaba a su disposición, para cuando necesitaran de mí.

Casi no reconocí a Kretschmann, el carnicero de Elbing, compañero de nuestro vagón. No tenía más que piel y huesos, y su respiración era dificultosa. Su vecino, asimismo carnicero de Elbing, estaba tan hinchado, que solamente por unos pequeños hoyos en las articulaciones, se adivinaba dónde terminaban los miembros.

—Ayúdeme a llegar al cubo, por favor, señor cura —me imploró—. Este zopenco que nos regenta, ya no tiene espera de que nos vayamos al otro barrio, para poder vender nuestros trapos y nuestros trastos. Nos trata como reses que van a ser despellejadas. Pero esta lechera no la va a ensuciar con sus cochinos dedos. ¡Ayúdeme a llegar hasta el cubo, y aquí le doy la lechera!

Se trataba de un bello jarro de mayólica con dibujo de flores, procedente de la antigua fábrica imperial de alfarería de Kadinen.

—Deja el jarro —le aseguré—. Gustosamente te ayudaré sin que tengas que darme nada. —Como un plomo se apoyó contra mí, y yo le ayudé, tan bien como pude.

Al volverle a su lecho, y ayudarle a subir la tarima, gimió:

—¡Ay, Dios mío!

Seguidamente, el cuerpo, inánime, resbaló de mis brazos. Aquel hombre ya había acabado de sufrir. Como, por mí solo, no podía mover el cadáver, llamé a Polifemo. Antes de mover un solo dedo, éste subió sobre el camastro, de la cabecera sacó el jarro de leche y lo ató a su cinturón.

A dos pasos del muerto yacían dos mujeres. La señora Gottschalk se plañía de estar separada de su marido, un acreditado carnicero de Tolkemit, y de su hija, que por Navidad había celebrado sus esponsales; suponía que los dos se hallaban en algún campamento de la vecindad. María, su compañera de lecho, una muchacha de unos veinticinco años, de Allenstein, a causa de su reumatismo agudo, se había encogido convulsivamente, sin poder estirarse. Sin quejarse de

su situación desconsoladora, me rogó que pasara a la sala de mujeres contigua. Allí había enfermas que aún estaban peor.

Para poder entrar en el lazareto de mujeres, recordé a Polifemo su obligación de proveer de combustible la cámara de los moribundos, ofreciéndole mi ayuda. Aceptó mi ofrecimiento, encargándome que, en primer lugar, me cuidara de llevar leña a la enfermería de mujeres. Para los agonizantes ya no valía la pena.

Max Abromeit, el granjero cojo, siempre animoso, de la región de Gerdau, que se había mudado al lecho frente al mío, fue un espontáneo colaborador.

—¡Estupenda idea! —exclamó—. Aire fresco y el movimiento nos harán bien. —Cogió su bastón y, cojeando, me siguió.

Yo sabía dónde Walter, el «brigadier» de nuestro antiguo alojamiento, tenía escondidas sierra y hacha. Busqué las herramientas, las di a Abromeit, encargiéndole que no las perdiera de vista, mientras yo iba en busca de madera. De mi servicio en la cocina sabía que, a tales horas, el pequeño cochero búlgaro llegaba con una carretada de maderos para la cocina. Como aquel sujeto siempre estaba hambriento, cogí la mitad de mi ración de pan, para cambiarla por un tronco de buena medida. El búlgaro compareció con puntualidad. Le ayudé a descargar y le ofrecí mi mercancía de canje. Media ración, empero, le pareció poco. Tuve que prometerle que al día siguiente le daría otro pedazo de pan, para conseguir la iniciación de negociaciones.

Mientras estábamos regateando, el famélico jamelgo que tiraba del trineo, oteaba en la nieve, en busca de desperdicios de la cocina. De vez en cuando daba con alguna cola de arenque, alguna hoja podrida de col o pelas de remolacha. Cuidadosamente las iba masticando, como si tuviera las muelas cariadas. Aquel pobre ser depauperado ofrecía la misma imagen de abandono y de abuso que sus compañeros de prisión humanos, y, como ellos, apenas se veía con fuerzas para arrastrar su carga.

Cuando hubimos cerrado el trato, hice rodar el tronco hasta la enfermería, donde Max Abromeit me esperaba, con hacha y sierra. Inmediatamente pusimos manos a la obra; pero apenas habíamos cortado el primer pedazo cuando Walter acudió corriendo, reclamando con grandes aspavientos sus herramientas.

—¡No te sulfures, hombre —le tranquilicé—; más valdría que nos ayudaras tú, con tus grandes fuerzas!

Sorprendido y halagado, en un arranque de generosidad y de bravuconería cogió el hacha con la izquierda y la dejó caer sobre el tronco. A los tres hachazos, había partido el corpulento madero. Aplaudimos efusivamente, para que nos dejara las herramientas hasta que hubiéramos terminado de partir la madera.

Cuando Walter, después de su hazaña, volvió a su guarida, yo llevé una brazada de leña a la enfermería de mujeres. Las enfermas, completamente apáticas, yacían sobre sus toscos lechos, en aquella estancia helada. Un pequeño grupo se había concentrado frente a la estufa y en vano trataba de encender el fuego, capitaneado por Dora, el Polifemo de la barraca de mujeres. Era una mujer alta y de buen ver, con ojos rasgados y porte altivo, frío y sereno, el tipo de jefe de algún cuerpo auxiliar militar femenino. Se ponía de excelente humor siempre que Polifemo le daba un poco de tabaco por los vestidos de mujer que ella le ayudaba a «coleccionar».

En latas de conserva vacías, recogidas, las mujeres, por fin, pudieron hervir sobre la estufa sus pañuelos sucios y demás prendas, y hacerse café de mendrugos de pan tostados.

Llegué a tiempo a nuestro aposento para enterarme de la nueva orden de la «cigüeña negra»: teníamos que ir a recoger en su despacho ramas de abeto y deshojarlas en la enfermería, para hacer una infusión de vitaminas que pondría coto a todas nuestras enfermedades. Con el afán consiguiente, probamos el nuevo remedio. Después de la sesión semanal de desinfección, nos dieron nuestra primera dosis de té de vitaminas de hojas de abeto. Aquel brebaje verdoso no sabía del todo mal; pero sus efectos inmediatos fueron tan masivos,

que tuvimos que duplicar nuestras peregrinaciones nocturnas camino del cubo o de la parte posterior de la barraca. Después de aquella cura de moros, quedamos agotados durante los días siguientes.

Por la noche, Gertrudis y Lena me trajeron algunos granos secos de arándano, que María, la muchacha con reumatismo agudo, me mandaba desde la cámara de los moribundos. Ella, a su vez, los había recibido de una chica de la región de Elbing que hacía la limpieza en los ambulatorios de la «cigüeña negra» y de su ayudante. Lena había intentado convencer a María de que ella misma se comiera la fruta. Pero María había respondido que, como que ya sabía que para ella todo había terminado, a lo mejor aquellos arándanos a mí me serían de provecho. Al despedirse, di a Gertrudis un par de calcetines gordos de lana, procedentes de un muerto, prendas que el mismo Polifemo no había considerado dignas de ser ofrecidas en sus negocios de trueque. Ella, en el canal, siempre tenía los pies fríos y mojados.

El número de muertos iba aumentando. En la cámara mortuoria siempre quedaban libres sitios para acoger nuevos candidatos. Como yo no me sentía atraído por aquel aposento, contiguo al nuestro, ayuné durante los diez días de mi estancia en la enfermería, sin comer más que la corteza seca del pan y los arándanos. Gracias a esta severa dieta y al tronco de madera debajo de mis pies, la hinchazón de mi cuerpo fue remitiendo y también me vi aliviado del cólico. Así, el médico, cuando hizo su próxima revisión, me dio de alta, trasladándome por segunda vez al reino de Walter.

Walter, con sonrisa burlona, me dio la bienvenida en su brigada. Mi viejo sitio, al lado del tragaluz deteriorado, seguía libre, y allí volví a instalarme. Me dieron un equipo nuevo de trabajo, que esta vez no tenía ni un solo botón. Aún no había aprendido entonces que, para prevenirse de aquellas eventualidades, al devolver sus prendas, había de quedarse uno antes con todos sus botones.

Los sentimientos de Walter quedaron patentes al regresar yo a la chabola después de cumplido mi encargo. Guiller-

mo, un hombre de mediana edad al que no había visto antes, tenía el turno de la limpieza de la barraca y estaba fregando el piso, medio podrido, del pasillo central. Mientras yo aún estaba sacudiendo, antes de entrar, la nieve de mis *bachinki*, me increpó:

—¿No sabes hacer otra cosa que entrar la porquería de fuera y ensuciar el suelo que acabo de limpiar? ¡Bastante os conocemos, cochinos curas! Mientras estabais en casa, sólo os preocupabais de llenaros la barriga y de pasarlo bien con las rameras. ¡Y ahora creéis que aquí podéis continuar con vuestras artes de oscurantismo! ¡Pues aquí se os acabó la buena vida!

Alois, que había entrado conmigo, le cortó la palabra:

—¡Cierra el pico, idiota! Yo no les tengo simpatía a los curas, pero cuando son tan buenos compañeros como éste, puedes ahorrarte tus monsergas. —Luego, cogiéndome del brazo, me empujó por la puerta—: Ven, sal conmigo, no vale la pena de envenenar las cosas.

Mientras tanto, Walter, saliendo de su rincón, dijo a Guillermo frases de reconocimiento por su viril conducta frente a «las sotanas y demás clases de murciélagos», que tan bien conocía de sus cursillos de instrucción de las S.S.

Fuera, mientras caía la nieve, Alois y yo aserrábamos madera. Sentimos compasión por Marta, la muchacha de la limpieza de la «cigüeña negra». Desesperada, entre la nieve iba buscando algún pedazo de leña para la estufa de su jefe. Pese a su estado lastimoso, conservaba su carácter afable, y con sus súplicas cada vez lograba hacerse con alguno de nuestros troncos, a despecho del enojo que nuestra generosidad producía a Gorba y a Stiepan. Bajo el delantal casi siempre llevaba un pequeño recipiente con *kasha*; ella se sentía demasiado enferma para comer aquel engrudo. Esta vez, al llegar, con los hombros encogidos, la piel azulada de frío, en un momento de distracción de los guardianes, en su mano izquierda me llevó a los ojos un obsequio muchísimo más valioso: dos minúsculos terrones blancos, cristalinos, el primer azúcar que desde meses veíamos.



—No, no —rehusé—, esto no lo podemos aceptar. Tú necesitas este azúcar más que nosotros.

—¡No! ¡Tómelo! ¡Cómalo! El doctor ya me dará más. Muy seriamente la pregunté:

—Marta, ¿no será demasiado elevado el precio que tengas que pagar por este azúcar?

Ella me comprendió en seguida y protestó:

—No, señor cura. Es una persona decente, y nada me pide por cuanto me da. Es muy bondadoso, y de su propia comida me da más de lo que yo puedo comer. Él mismo, también, está muy enfermo. Su servicio en este lugar le repugna tanto, que a veces, en su habitación, está llorando. El día de Pascua me ofreció un ramo de abedul, cuyas hojas había hecho brotar al calor de la estufa. Al entregármelo, dijo: «Sé que vosotros, los cristianos, os hacéis estos regalos en este día señalado, como símbolo de una vida nueva». Creo que es mucho mejor que su asistente. Éste, desde el principio, se ha confabulado con el tuerto de la enfermería y diariamente hace acopio de abrigo y trajes en buen estado, que el otro le trae de los muertos. La «cigüeña» no toma parte en este tráfico. Se mata trabajando y ni siquiera tiene algo decente con que vestirse.

Lo que Martha nos refirió de la «cigüeña negra» nos impresionó más que los dos terrones de azúcar en su mano. Car-gamos sus brazos con un buen haz de leña seca y le prometimos que en lo sucesivo también proveeríamos a su jefe por mediación de ella.

Entonces fue el pastor Goebel, quien, en mi lugar, fue trasladado a la enfermería. La prohibición de recibir visitas en la barraca de los enfermos no era mantenida a rajatabla. Así que, después del trabajo, me fue posible ir a ver a Theo. Sobre la barandilla de su «guarida» pudimos conversar sin ser estorbados, ya que los enfermos que no tenían que guardar cama, por lo regular, se reunían en torno a la estufa. También Theo sostenía una lucha desesperada contra la colitis.

A cambio de un poco de leña que en un momento favora-

ble pude «organizar» para Polifemo, éste, en un arranque de esplendidez, me cedió una pequeña pipa que había pertenecido a Jan, de Emden. Una noche, al sentirse Theo peor que de costumbre, le di aquel tesoro para vivificar su ánimo; con agilidad insospechada y a pesar de sus hinchadas piernas, descendió de su tarima para observar mejor aquella valiosa adquisición. Conseguimos un poco de cloruro de cal, que disolvimos en una vasija, para desinfección de la pipa. Con ceremonioso esmero, Theo limpió la boquilla y dio dos chupadas en frío. Cuando, con mucha ayuda, volvió a encaramarse en su lecho, enjugándose el sudor de la frente, su abultada cara brilló en una amplia sonrisa:

—Aunque este chisme ahora esté vacío, él, por sí mismo, encierra la promesa de que algún día arderá, y esto solo ya es un consuelo.

Aquel presagio se cumpliría antes de lo pensado. La misma noche, Hellwig, el *politruk*, hizo acto de presencia en la enfermería, y, de excelente humor, no hizo salir a nadie de los que allí nada habían perdido.

—Hace tiempo que no le he visto —correspondió Theo a su saludo—. ¿No podría usted informarnos sobre los últimos acontecimientos políticos? Un nombre de su posición sin duda estará informado de primera mano.

Aquella lisonja surtió su efecto. Hellwig se enfrascó en una conversación y, al iniciarla, ofreció algunas dedadas de *majorka*. Solícitamente Theo llenó la cabeza de su pipa con aquella hierba, mientras el comisario sacaba de su bolsillo una hoja de *Pravda*, para romperse un pedacito de papel para su pitillo. Sobre lo que quedaba de aquella hoja, ya muy deteriorada, que el *politruk* iba convirtiendo en humo, podía verse una fotografía que representaba a Stalin, Roosevelt, Churchill, Eden y hasta una docena más de políticos y militares, sentados en torno a una mesa. Al rogárselo yo, Hellwig me cedió en el acto la hoja, para que viera la fotografía de cerca, y nos refirió el contenido del artículo que la acompañaba. Algunas semanas antes, en Yalta, había tenido lugar una importante conferencia. Los aliados se habían puesto de acuerdo

sobre su manera de proceder en la fase final de la guerra y la política a seguir después del inminente derrumbamiento de Alemania. Los breves extractos que Hellwig nos tradujo, dejaban entrever que los rusos estaban muy satisfechos con los resultados de aquella conferencia.

A la mañana siguiente, el campamento entero fue llamado a formar, para recibir instrucciones sobre la forma de celebrar dignamente los días 1 y 2 de mayo, la gran fiesta de la clase trabajadora. La dirección del campamento, como «regalo espontáneo al gran jefe de la victoriosa revolución mundial, José Stalin», dispuso que trabajáramos «voluntariamente» tres horas más del horario normal, hasta el primero de mayo, para asegurarnos una buena clasificación en la gran competición entre todos los campamentos del distrito. Los mejores campamentos y sus rendimientos serían premiados por Stalin. Por consiguiente, la norma por trabajador del canal, de tres metros cúbicos, sería elevada a cuatro metros cúbicos de tierra. Los dos días de fiesta de mayo nos compensarían de aquel esfuerzo suplementario.

Aquella proclamación, acogida con un silencio sepulcral, terminó con la invitación a que estudiáramos la pizarra negra, colocada a la entrada del campamento. Allí, diariamente, se anotarían los rendimientos de las respectivas brigadas, los nombres de los mejores trabajadores y los de los peores, con el tanto por ciento de la norma que habían cumplido. Los capataces de las mejores brigadas y los ocho mejores trabajadores cada noche recibirían su gratificación especial.

Aquella misma noche comprobamos cómo funcionaba aquel nuevo sistema. Los *roboter*, émulos de Stachanov, sentados en un estrado en forma de escenario, al extremo del comedor, ante nuestros ojos, desmesuradamente abiertos y nuestras narices goteantes, comían algo tostado, del tamaño de una mano, que despedía un agradable olorcillo. El *normista*, un buen hombre de ascendencia alemana, de la región del Volga, responsable del control del cumplimiento de las normas, hizo saber a la masa hambrienta de «trabajadores» que los premiados por su buen trabajo comían tartas de mijo,

fritas con manteca. Por mezquina que fuera la gratificación, por transparente la desvergonzada confabulación para despojarnos de nuestras últimas energías, los efectos no se hicieron esperar. Creció el rendimiento, si bien en realidad no tanto como sobre el papel del *normista* se hacía constar, y el olor de aquellos tres gramos de grasa que doraban las croquetas de mijo consiguió que no solamente boca y nariz se nos hicieran agua, sino que turbara nuestra existencia de día y de noche, hasta nuestro breve sueño sobre los duros tablonés de nuestros lechos.

De aquel febril aumento de nuestro rendimiento no podían desentenderse los hombres de las brigadas de los OK. El primer día de implantarse el nuevo programa, nuestro mísero grupo de diez distróficos, con las piernas hinchadas, se arrastró tres kilómetros a lo largo de la línea del ferrocarril, al otro lado del canal. Allí, a la entrada de un depósito de arena, había algunos vagones con troncos de árbol recién cortados, destinados a combustible de una excavadora a vapor. Aquellos troncos, corpulentos y mojados, pesarían de dos a tres quintales cada uno. Desesperados, con las manos solas, intentamos elevar los maderos sobre las paredes, de metro y medio de altura, del vagón. Pero después de transcurrido nuestro tiempo, los troncos más pesados seguían descansando en el fondo del vagón. Por fin, Alois, gracias a sus conocimientos de trabajos forestales, logró construir algo parecido a un plano inclinado, y así, por la noche, en horas extraordinarias, conseguimos sacar los últimos troncos. Nada recibimos como recompensa por nuestro trabajo, y, además, nos perdimos la cena.

Con el mal humor consiguiente, por la mañana, al salir del campamento, tuvimos que recorrer un camino todavía más largo. Sin decir palabra, nos tambaleamos sobre la nieve soleada. Si no hubiéramos estado tan débiles, aquel camino habría constituido un placer. Atravesamos bosques de pinos enanos y alerces en un paisaje ligeramente ondulado. Los árboles, aunque bastante malparados, habían sobrevivido victoriosamente el duro invierno. Empezaban a desprenderse

sus hojas amarillentas, y, después de las últimas tempestades de primavera, nuevos brotes se abrían al sol. Pues el sol, tibio y confortador, desde lo alto del mediodía empezaba a fundir la nieve.

Las vías del ramal del ferrocarril que nosotros seguíamos, nos condujeron a un campamento abandonado, medio derruido. Teníamos que derribar vigas y travesaños de una chabola, ya destechada, y prepararlos para el transporte. El recinto tendría en total unos doscientos por doscientos metros y seguramente había albergado a millares de personas. Nuestro guardián nos dejó realizar el trabajo como mejor nos pareció. Un carpintero de los Masures se hizo cargo del mando y bajo su dirección experta nos ahorramos mucho trabajo inútil. Cortando la viga maestra, hizo desplomarse gran parte de la armazón de cubierta. El guardián, complacido, contempló nuestro sistema de trabajo, pero cuando el esqueleto de madera zozobraba, corría a ponerse a salvo. El pequeño búlgaro, mientras tanto, con su trineo y su famélico rocín, esperaba apaciblemente a que nosotros le subiéramos los troncos cortados.

Cuando regresamos, desde un pequeño montículo, volví a mirar hacia aquel campamento, y en la mente vi las largas hileras de seres secuestrados, que habían descendido a aquel valle, para no salir jamás. Cualquiera que hubiese sido el objeto de aquel recinto, al construirlo, habrían perecido más personas de las que allí hubiesen hallado un refugio. Pero este precio poco significaba en la Unión Soviética. Allá en el canal, y en mil lugares más, seguían trabajando muchachas y ancianos, con sus últimas energías, desesperados, enmudecidos. Y entre aquella muchedumbre de desgraciados, los guardianes, también víctimas impotentes del insaciable Moloch anónimo, vigilaban, contaban las carretillas, anotaban los metros cúbicos de la tierra movida, calculaban el porcentaje de la norma cumplida.

Al terminar nuestra tarea en el campamento en ruinas, nuestro grupo de inválidos también fue empleado en el canal, para serrar estacas de soporte de las pasarelas de madera que

se iban hundiendo en el fango. Cuando Alois ya no fue capaz de caminar, en su lugar una mujer fue mi compañero de sierra. Los rusos habían asesinado a su marido y luego la habían detenido en la calle, en el momento que llevaba sus tres criaturas a casa de la abuela. Cuando me iba relatando su terrible historia, en frases entrecortadas, pero, al parecer, sin la menor emoción, se nos acercó el «normador» para medir nuestro trabajo.

—¿Por qué no rinde más? —me preguntó con aire serio, pero no de reproche.

Con la misma seriedad le respondí:

—Si ustedes nos dieran bastante de comer, para que pudiéramos renovar nuestras fuerzas, también rendiríamos más.

—Le darán más de comer cuando trabaje más —me atajó.

—¿Hablan así también a la excavadora a vapor —le pregunté— esperando a que rinda más para echarle más combustible?

Se puso un poco nervioso, sin llegar a inmutarse.

—Según las investigaciones científicas del Instituto de Ciencias Naturales de Moscú —me explicó con enigmática sonrisa, que ponía al descubierto su impecable dentadura—, las raciones asignadas a ustedes son suficientes para que un ser humano pueda vivir y trabajar.

—¿Y de qué nos sirven esas raciones científicas, suficientes para un ser abstracto, si en pocas semanas la mitad de las personas se mueren o caen enfermas? Algún fallo habrá, en su Instituto o en sus raciones, o en los dos a la vez.

—La ciencia no miente. El fallo está en la voluntad de ustedes. ¡Es que no «quieren» trabajar! —Dicho esto, siguió su camino, con el propósito de azuzar la voluntad de trabajo de algún otro muerto de hambre.

Mis miembros se fueron hinchando de manera tan alarmante, que ni siquiera Walter me alistó en las brigadas de trabajo fuera del campamento. Durante los últimos días antes

de la Fiesta de Mayo, volví a trabajar en el grupo de suministro de leña.

Con motivo de los días de fiesta, no apareció el búlgaro con sus carretadas de leña. A fin de que a la cocina no le faltara fuego para el banquete prometido, no nos quedó más remedio que derribar la letrina más próxima y hacerla astillas. La media noche antes de la fiesta, Alois y yo recibimos el encargo especial de ponernos a disposición del cocinero para servicios especiales. Cuando nos dirigíamos a la cocina, el silencio y la majestad de la noche estrellada fueron turbados por una voz estridente, que nos asustó al pasar frente a la enfermería.

—¿Por qué no me dejáis volver a casa? —iba repitiendo una y otra vez la voz—. Quiero irme a casa. ¿No habéis visto el trineo delante de la puerta?

Yo grité:

—No, no hemos visto ningún trineo. ¿Quién eres?

—No queréis reconocerme. ¿No queréis llevarme a casa!

Y siguió una escalofriante carcajada de desesperación. Nos acercamos al enfermo, y reconocimos a Lothar, aquel muchacho campesino que tan lealmente había atendido a su compañero en el vagón de mercancías. Había perdido la razón y estaba delirando. Tenía los ojos vidriosos, desorbitados; la cara le ardía de fiebre. Con algunas palabras apaciguadoras conseguimos que volviera a su camastro.

El día de la solemnidad, Walter nos hizo salir diez minutos antes de la hora, para poder marchar en formación perfecta a tomar el desayuno. A la entrada de la cantina, había un cartel que contenía la minuta del Primero de Mayo: además de la ración de pan usual, por desayuno nos darían una sopa de copos de avena con azúcar, papillas de mijo y tres gramos de grasa. Para almorzar: sopa de maíz, papilla de cebada, pan y treinta gramos de salchichón. Como cena: sopa de maíz, papilla de cebada y cien gramos de chuleta.

Al leerlo, se nos nubló la vista, y nos sentamos a la mesa llenos de expectación. El primer plato fue, en efecto, lo anunciado. Eran realmente copos de avena, y, si bien muy clara,

la sopa tenía un agradable sabor dulce. ¡Qué deleite después de cinco semanas de sopa de remolachas! Aquel sabor de copos de avena dulces lo paladeamos durante toda la mañana, y aumentó nuestra tensión en espera del almuerzo, en el cual nos las prometíamos aún más felices.

Una vez servidas la sopa de maíz y las papillas de mijo y pan, Walter, cojeando tan rápidamente como pudo, se acercó a la ventanilla para recoger la tan ansiada bandeja con el salchichón. Nuestra mesa, de ocho personas, fue la última en ser atendida. Con displicencia forzada, Walter echó a las narices de cada uno su correspondiente trozo de embutido. Nosotros, como perros, lo atrapamos. Walter se sirvió el último, tocándole una ración verdaderamente provechosa. Yo, quieto en mi lugar, mantenía en la mano aquel minúsculo pedacito de salchicha; no era más largo que dos falanges de mi dedo índice, y también tendría su espesor. Roberto, el «zoquete», masticando aquella mezcla de tendón, hueso y cartilago, lo pasaba de un hueco de la mejilla al otro.

—¿De qué maldita clase de animal la habrán hecho?  
—preguntó de buena fe.

Alguien opinó que el contenido de aquel embutido había sido raspado de los huesos de un oso. Walter, con aire de superioridad, nos explicó que aquella exquisitez estaba hecha de patas de reno. Un tanto decepcionados, abandonamos el salón de banquetes, consolándonos con la perspectiva de la mayor delicia culinaria que aún nos esperaba por la noche: ¡las chuletas!

El tiempo, aquel primero de mayo, no quiso reservar sus platos fuertes de la noche como principal plato de manutención, y antes del mediodía tanto lució el sol, que muchos enfermos salieron de sus guaridas para tomarlo, sentados en los peldaños de la enfermería. Algunos aprovecharon la oportunidad para confesarse, dando conmigo vueltas por la barraca, o por el patio del recinto. Entre ellos se hallaba una niña de unos catorce años, recién ingresada. Sus brazos y piernas de delgados parecían cerillas, pero muy animosamente iba andando, y hablando incansablemente, y yo procuré ayudar-



la a asimilar a su mundo infantil todo lo horrible que los últimos meses había tenido que soportar, y afianzarla en su fe inquebrantable.

Polifemo llevaba una corbata «heredada» de quién sabe dónde, y febrilmente abogaba por organizar una fiesta nocturna. Se celebraría una reunión política, con foro abierto, y luego se bailarían; él ya se había cuidado de la orquesta.

En el transcurso de la tarde pregunté a algunas mujeres y chicas qué pensaban de aquella reunión. Gertrudis respondió:

—Nosotras no tomaremos parte. Aquello más bien parecerá una danza macabra. A lo mejor, algunas de las mujeres se decidirán a asistir; cuando ellas se hayan marchado, nosotras, sin ser estorbadas, podremos decir nuestras oraciones.

Con motivo de la reunión de la fiesta de mayo, la cena tuvo lugar una hora antes. Cuando nuestro brigada cojo nos llevó a la cantina, todos nosotros no teníamos más que un pensamiento: ¡la chuleta! Alguna duda me rondaba, pero impertérrito me dije: «¡Una chuleta es una chuleta!» Ahora bien, lo que Walter por fin nos sirvió, era una chuleta muy particular. Era grumosa y, en lugar de dorada, blanca. El descubrimiento de que aquello no era más que un insípido pastel de mijo, encolerizó a Alois.

—Con esta engañifa nos pagan la sangre y los sudores que nos han hecho verter por este maldito Primero de Mayo. ¡Ya es hora de que hasta el más idiota se dé cuenta de lo que podemos esperar de estos libertadores de la clase trabajadora! —Temblando de ira, cerró los puños.

—No pierdas la cabeza, Alois —le calmé—. Quédate con tu sabiduría hasta que volvamos a estar en la chabola y podamos hablar entre nosotros.

Pero aquella noche no se iniciaron conversaciones. Los amantes del holgorio y los sinvergüenzas asistieron a la fiesta del Primero de Mayo; los demás, desilusionados, se acostaron en sus tarimas. Yo cogí mi rosario y salí.

Desde la enfermería oí cantos de mujeres. Cantaban la

Salve en alemán. Me senté en los escalones, y, en voz baja, me sumé a su canto, mientras el *politruk* en la cantina decía su discurso y Polifemo, con su acordeón, hacía esfuerzos convulsivos para levantar los ánimos.

La reina de la fiesta fue Bobby, la amiga de Hellwig, una jovencita de pelo oscuro de veinte años, que aún se sintió con fuerzas para bailar durante toda la velada. Pero, pese a todo el alboroto, el ambiente de la fiesta fue denso y nadie se encontró a gusto. Los asistentes se sintieron defraudados por no haber ni una gota de vodka ni una miga de *majorka*. Cuando, más tarde, los guardianes y los funcionarios del campamento se marcharon para asistir a su fiesta particular, también Bobby y su séquito perdieron las ganas de seguir bailando.

El 2 de mayo tampoco trabajamos, en primer término para dar tiempo a los rusos a dormir su borrachera. La comida volvió a ser la de costumbre. Al caer la tarde, Hellwig, excitado, llegó a nuestra barraca. Aún tenía hinchados los párpados y los ojos irritados, pero al proclamar la gran noticia, se animó:

—*Hitler kaputt!* ;Hitler ha reventado! ;El ejército rojo ha tomado Berlín!

Esta comunicación, que abría las perspectivas de un pronto final de la guerra, fue acogida por los apáticos oyentes sin ninguna clase de reacción. Solamente Adalbert, de Viena, tomó la palabra:

—Si Hitler ha muerto, ahora nos mandarán a casa. Volveremos a tener una Austria. Yo no he sido nazi, siempre he sido socialdemócrata.

Un poco más tarde, llegó tambaleando a la enfermería el ceñudo ministro de desinsectación, para hacer una transacción comercial, de vodka, con Polifemo. La cantidad de 250 gramos que le había sido asignada el día anterior, había soltado su lengua, escapándosele un pensamiento tan peligroso como caro a todos nosotros: «Hitler ha muerto. Pero mientras no reviente el otro cochino, no tendremos paz». Si el *politruk* llegaba a oír aquel comentario, muy acertado pero

poco halagador para el «omnipotente y bienamado *vohzd* (padrecito) Stalin», o si Polifemo le hubiese delatado, diez años más de Pechora hubieran sido seguros, aunque los jueces pensarían como él.

La labor cotidiana nos volvió a juntar, a Alois y a mí, frente a nuestro caballete de aserrar. Mientras, con nuestros sudores, íbamos manejando la vieja sierra estropeada, contemplábamos al cochero búlgaro, ya de vuelta, y su jamelgo que iba husmeando por la nieve en busca de desperdicios de la cocina. Vi como sacó a la luz algo que, a primera vista, tomé por un hueso de reno. Ni corto ni perezoso, lo agarré y de un hachazo lo partí. Al parecer, ya había sido hervido durante toda la semana en las calderas de nuestra sopa. Pero con ayuda de un alambre, aún pesqué residuos del meollo. Guardé aquellos huesos en mi chaqueta y debajo de mi gorro de piel. Pero aquel hallazgo me trastornó tanto que, durante el día, varias veces tuve que sacarlos de su escondite para olerlos.

Alois no estaba menos excitado que yo. Sabía que también un hueso pelado, siempre que se cuece bastante, puede dar una buena sopa. Además de cal, los huesos contenían otros minerales que nuestro cuerpo necesitaba perentoriamente. Propuso que utilizáramos su gamella redonda, rusa, para la cual ya había encontrado una tapa de hierro, y en ella, durante la noche entera, hirviéramos sobre la estufa el hueso para una sopa.

Turnándonos cada media hora, completábamos, con agua que yo me había procurado de la cocina, el líquido evaporado. Media hora antes del toque de diana, nos partimos el resultado de aquella empresa común. Cada uno se retiró a su rincón con medio litro de caldo salado y oscuro, auténtico caldo de huesos, saboreando aquel banquete que nos tonificó más que la comida del Primero de Mayo. Los huesos, aún aprovechables, los escondimos para la próxima noche en mi casquete de motorista, debajo de mi tarima. No llamó la atención que nosotros cocináramos durante toda la noche, pues sobre el viejo bidón de gasolina que nos servía de estufa, continuamente se apiñaba una batería de recipientes y vasija, llenos

de remolachas, mendrugos de pan o demás menudencias, retenidas de la ración diaria o conseguidas de Dios sabe dónde.

Al día siguiente, una mujer ayudanta de la cocina, después de habérselos pedido, en secreto me entregó un par de huesos más. En la oscuridad, Alois y yo nos escondimos detrás de nuestra barraca, en una fosa excavada para ser utilizada como letrina, donde esperamos pasar inadvertidos. Acurrucados como dos perros, roímos y lamimos ávidamente la fina capa de ternilla de las articulaciones. Luego, por separado, y procurando no llamar la atención, regresamos a la chabola, donde saqué mi casquete de lona del escondrijo, para añadir a los otros dos nuevos huesos. El casquete estaba vacío.

Alois se acercó a la estufa, husmeando en botes y vasijas que allí estaban. Luego fue olfateando por las tarimas, y nuestra sorpresa fue grande al encontrar huesos en distintos lugares. Aquella parte de la articulación que yo había escondido en mi gorro, la halló, entre algunos harapos, en el estante donde guardábamos los trapos para la limpieza. Con semblante triunfante me lo devolvió.

Yo me escurrí hasta un rincón de mi lecho, para preparar los huesos para la noche. Antes de haber terminado, Alo, un jovencito mimado, que siempre gemía porque tenía que comerse el pan sin mantequilla y sin azúcar, sacando su nariz sobre mis hombros, me mendigó un «huesecito».

—Te daré tres —le prometí— si honestamente confiesas que me has birlado los que tenía en mi gorro.

Sin abrir la boca, se marchó con las manos vacías.

No perdí más tiempo en cavilar sobre su extraño proceder. La misma noche tuvimos que formar delante de la cocina, para recibir una ración que hasta entonces nos había sido escamoteada. Nuestra brigada de los OK estaba al final de la cola, pero Lena y Gertrudis, radiantes de alegría, se me acercaron y me mostraron sus saquitos con terrones de azúcar americano, y hasta me dieron uno para probar. Nuestra ración oficial era de catorce gramos diarios; como hasta entonces no habíamos recibido nada, nos dieron una libra de una

vez. Muchos tuvieron que valerse de sus gorros o sus manos para hacerse cargo del azúcar, pero Lena y Gertrudis me equiparon con un saquito de fino lino blanco, que incluso podía ser cerrado con una cinta. Se lo habían cosido a toda prisa de un pañuelo.

Durante la noche entera oí cómo Alo y algunos más iban chupando sus terrones de azúcar, y entre ellos los había de edad madura. Hubo quienes se llegaron a comer la provisión entera, con el resultado de que, a la mañana siguiente, su diarrea se había agudizado más que nunca.

Para sacar el máximo provecho de tan valioso alimento, me asigné tres, a lo sumo cuatro terrones diarios, que comía junto con los demás, mezclándolo con preferencia en el insípido *Kasha* o en la sopa, que me hacía del pan recibido, para digerirlo mejor. Con ayuda de la sopa de huesos, que repetí en las noches siguientes, y el azúcar, creí haber encontrado una base de vida más sólida. Pero pronto me di cuenta de que su solidez no era suficiente para contrarrestar la nueva hinchazón de brazos, piernas y cara. Con motivo de la revisión médica siguiente, el ayudante de la «cigüeña negra» volvió a mandarme a la enfermería. No hizo más que echar una ojeada a mis pies, y me dio a entender que no hacía falta que me desnudara más.

Volví a ocupar mi lugar de siempre, en el rincón, que precisamente acababa de ser desalojado. El paciente que lo había ocupado, se había mudado a la cámara de los moribundos. Mi vecino de la última vez, el muchacho campesino de los Masures, aquel que se negaba a bañarse y a desinsectarse, también había ido a parar allí. Lenguas maliciosas decían que había hecho su entrada en la fatídica cámara arrastrado por los piojos. El lugar a mi lado lo ocupaba ahora Roberto el «ton-taina».

El pastor Goebel continuaba en su tarima, en el piso superior. Su presencia me reconfortó y, en aquel tétrico lugar, me infundió nuevos ánimos. En la cámara mortuoria contigua, siempre había trabajo para mí. Al hacer mi primera visita, tuve que ayudar a morir a una vieja sirvienta de Erm-

land. Aquella fiel ancianita seguía con la memoria aferrada a sus viejos «señores» de los Masures, que ella había tenido que dejar abandonados. Trabajo me costó hacerle comprender que había llegado la hora de pensar en su propia salvación.

María, desde su esquina, me mostró que ya podía doblar un poquitín la rodilla inmovilizada. Dentro de unas semanas, me aseguró, podría volver a andar sin bastón.

Luego pasé a ver a Martha. Mientras hacía la limpieza de la habitación de la «cigüeña negra», se había desmayado, y ahora era el ser más digno de compasión de toda la cámara. El dolor contraía sus facciones; la fiebre la hacía delirar de la patria y de su madre. Procuré anunciarle, con toda la delicadeza a mi alcance, que muy pronto sería conducida a una patria mejor. Mirándome con ojos aterrorizados, gritó:

—¿Morir? ¿Morir? ¡No! ¡No, no quiero morir! ¡No!

Y sollozando convulsivamente se echó contra la pared. Cuando, al fin, se calmó, le impartí la bendición. Luego tuve que marcharme, pues la «cigüeña negra» acababa de entrar. Me vio, mas no me dijo nada.

Aquella misma noche, la «cigüeña negra», con sus propias manos, llevó el cadáver de Martha a su despacho, para proceder a su autopsia. Aquella muerte fue un golpe terrible para él. Mientras Martha estuvo enferma, él la había asistido día y noche, haciendo cuanto estaba a su alcance para curarla y dándole su propia comida. María nos contó que había llegado a recorrer un camino de ochenta kilómetros, hasta un «bazar libre», para comprar patatas, que luego frió él mismo. El día antes de la defunción, había andado quince kilómetros para conseguir de un empleado de ferrocarril una botella de leche de cabra para su enferma.

Al día siguiente, la «cigüeña negra» compareció, como de costumbre, a girar su visita de inspección; pero, por su comportamiento, parecía otro. Entró con algunas botellas de medicina, de elaboración propia, sobre un tablero, y yendo de camastro en camastro, vertió algo de aquel brebaje en la ración de infusión de hoja de pino. Aquel gesto cordial de

ofrecernos él mismo su medicina, tuvo más eficacia que el medicamento en sí. Luego, llegó a sentarse, arrimado a la lumbre, para conversar con nosotros. Jorge y Franz, desde lo alto de sus tarimas, mantenían el calor de la conversación. El «doctor» requirió de Jorge detalles de su apellido Gritzner, pues, continuó, sabía que éste también era el nombre de la marca de una bicicleta excelente. Le pregunté yo si él, cuando estuvo en Alemania, había tenido una de aquellas bicicletas. Él, un poco desconcertado, asintió: en efecto, había visitado a parientes allí, pero, de ello ya hacía mucho tiempo. A la pregunta de si hacía mucho que estaba en los campamentos de Pechora, relató con palabras escuetas que había trabajado durante seis años, en diferentes campamentos, construyendo diques y canales, y que hacía cinco años que ejercía su profesión como médico de campamento. Esperaba ser licenciado al terminar la guerra. Al separarse del ejército, seguiría percibiendo un sueldo de seiscientos rublos al mes.

Martha había tenido razón. Los horrores de una juventud malograda en once años de cautiverio, los indecibles sufrimientos de tantas y tantas personas que él había tenido que presenciar, no habían acabado de endurecerle el corazón. Y ahora se ponía de manifiesto, con asombro de todos, que había conservado, tras la apariencia de adusto funcionario, la capacidad de sentir afecto, y aun amor, por una persona, hasta el extremo de sentirse ahora, muerta aquélla, abandonado y desvalido.

Se llevó a Franz Gramsch, del camastro encima del mío, para que se hiciera cargo de los quehaceres de Martha. Tenía que machacar las hojas de pino, para el té de vitaminas, cuidar de la calefacción del ambulatorio, y, en compensación, podía comerse lo que la «cigüeña negra» dejaba de sus colaciones.

La amistad que yo había entablado con Jorge en el vagón de mercancías, fue reanudada en la enfermería. Largos ratos estábamos sentados sobre mi lecho, o, si el espacio lo permitía, al amor de la lumbre, para comer nuestro rancho. El viejo filósofo procuraba captar el aspecto agradable de las

cosas. Ceremoniosamente condimentaba su sopa y su *kasha* con su poquito de sal y sacarina, que conseguía de Román, prisionero de guerra silesiano, que sostenía un floreciente mercado clandestino. Además de aquellos aliños, Román le suministraba papel de fumar y *majorka*, para poder fumar cada día medio cigarrillo después de la comida. Observando un rito cada vez más complicado, Jorge vertía las migas de tabaco sobre el papel, enrollándolo y humedeciéndolo luego con fruición, hasta que la cotidiana obra de arte, el breve pitillo, quedaba terminada. Luego, deshecho ya en humo el objeto de sus sueños, satisfecho, se tumbaba en su lecho.

Román y Hans, el enfermero jorobado, rivalizaban en sus negocios a expensas de los débiles y desprevenidos, aunque, al lado de Polifemo, no pasaban de pobres aficionados. Los negocios de importación y exportación de Polifemo alcanzaban gran incremento, y contra el poder de su monopolio sólo muy de vez en cuando los más astutos podían conseguir algún éxito estimable.

Una buena oportunidad pareció brindársele a Hans, el jorobado, cuando Ostrowski, viejo campesino de los Masures, enjuto y resistente, de piel amarillenta y nariz afilada, durante la ausencia del tuerto cayó en estado comatoso. Hans, con la mirada, iba acariciando el abrigo de piel de oveja sobre el que yacía el moribundo. Para tomarle la delantera a Polifemo, poco a poco fue tirando de debajo del viejo, cuyo aliento, con lastimero silbido, dificultosamente escapaba por entre sus enormes dientes de conejo. También merecieron el mismo favor la chaqueta y los pantalones, en buen uso. Queriendo evitar discusiones y luchas con Polifemo por las prendas robadas, Hans seguidamente las llevó al «patituerto», cediéndole el abrigo a cambio de algunas onzas de huevo en polvo, y por seis patatas el traje completo. Al mediar la noche, cuando creyó que nadie le observaba, se preparó la gran comilona, y luego, satisfecho, se entregó al sueño de los justos.

Todo parecía haber salido a la perfección. Pero quedaba algo que Hans no había tenido en cuenta: la naturaleza de acero del granjero Ostrowski. El fresco progresivo de la no-



che, al calarle la piel a través de los calzoncillos, en lugar de precipitar el desenlace, reavivó su espíritu:

—¡Maldito sea! ¿Dónde demonios estará mi abrigo y mi chaqueta y mis pantalones? —gritó el resucitado por toda la enfermería.

Polifemo se levantó y, sin pensarlo mucho, se abalanzó sobre su colega, quien en vano se hizo el inocente. Entre divertidos e indignados, los espectadores presenciaron el desarrollo de aquella tragicomedia. La situación no dejaba de ser crítica, pues también Polifemo se había vendido todas las existencias, y las maldiciones de August no le quitaban el frío al pobre Ostrowski. La catástrofe estaba a punto de estallar al entrar la «cigüeña negra» momentos antes del desayuno. Pero, antes de que Ostrowski pudiera presentar su queja, el médico ordenó que todo el mundo se desnudara, con el fin de iniciar la caza de los piojos. Para cumplir la orden, también Guillermo, que algunas semanas antes me había dado muestras de su odio a los curas, descendió de su tarima superior y se sentó a los pies del lecho de Ostrowski, empezando por quitarse sus zapatos de paja. Al soltar la atadura del segundo, de repente cayó de bruces y allí se quedó inmóvil. Como una ardilla acudió el jorobado, y en un abrir y cerrar de ojos vistió a Ostrowski, que tiritaba, con las prendas aún calientes de Wilhelm. Esta vez estuvo de suerte: Guillermo ya no se levantó.

También Max Abromeit sentía cómo sus fuerzas disminuían. Llamó a Theo y le rogó que le leyera algo de la Biblia. El pastor preguntó a los enfermos si podía leer en voz alta, para que todos pudieran oírle. El que más vivamente asintió, fue Polifemo, pues le gustaba pasar por hombre honesto y piadoso. Si no por otros motivos, en bien de sus relaciones comerciales con Polifemo, aun los más acérrimos ateos estimaron oportuno aguantar sin protesta aquella lectura de la Biblia.

Al día siguiente, sin tropezar con más dificultad, Theo pudo repetir aquellos momentos de devoción. Hasta logró llegar a la sala de mujeres. Yo mismo, con ayuda de mi misal

de bolsillo, pude orar con los fieles, hablándoles de la liturgia del domingo. Nunca fui interrumpido ni estorbado, a pesar de que los católicos estábamos en minoría.

El día de Pascua de Pentecostés, por la mañana, celebré mi último servicio divino en público en el campamento. Durante mi plática en la enfermería para mujeres, fui interrumpido tres veces. Las dos primeras, porque una mujer, vigilando por un agujero en el papel engrasado de la ventana, vio acercarse demasiado un centinela. La tercera, por entrar inesperadamente, por el otro lado, la «cigüeña negra». Me hizo señas de que continuara, y también escuchó. Nosotros no le temíamos, desde que, a raíz de la muerte de Martha, le conocimos de verdad.

Algunos días antes había intentado dar un aspecto más alegre al campamento. Propuso a Polifemo que, ayudado por los más fuertes de sus pacientes, plantaran algunos jóvenes pinos, recién talados, en el suelo, en torno a la barraca de la enfermería. Como justificación de tan singular ornamentación, indicó que estaba a punto de llegar una alta comisión en visita de inspección. Pero la vigilia de Pascuas, mientras yo, sentado en la escalera de la enfermería, deshojaba ramas de pino para nuestro té de vitaminas, él, radiante, me descubrió que, al disponer aquella decoración, había pensado en otra cosa:

—¿No adornáis vosotros, los cristianos, vuestras casas con ramas verdes en las grandes solemnidades?

Le di las gracias, mas él no siguió la conversación.

El día de Pentecostés, al anochecer, recibimos una visita inesperada de la cámara mortuoria. Susana, una gitanilla morena y pizpireta, de unos dieciséis años, se nos acercó cojeando, apoyada en un bastón, cuando yo estaba charlando con Theo. En la mano libre sostenía una pequeña fuente, cubierta con una tapadera de hojalata. Sobre la tapadera había dos pedazos de carne. La bandeja contenía un delicioso flan de harina de maíz azucarada, con pasas de arándano. Con una grácil reverencia nos ofreció aquellas magnificencias, «adquiridas» y elaboradas con tanto arte como amor. Perplejos y

confundidos, tratamos de protestar, haciéndole ver lo débil que estaba ella misma.

—Yo me he alimentado ya —dijo—. Si tuviera que comerme todo, ni me sabría ni me sentaría bien.

—¿Y de dónde consigues la carne? —preguntamos.

—¡Bah, no es tan difícil! Los rusos se vuelven locos por los cierres de cremallera, y yo tenía un jersey con un cierre de éstos. Ahora lo he cambiado por una lata de carne en conserva americana. —Susana estaba alegre y optimista, pese al frío que la hacía temblar en su raída ropa interior rusa y sus pantalones de hombre agujereados, que le llegaban hasta los sobacos.

—Pero si sigues vendiendo tus vestidos —la advertí—, te vas a morir de frío.

—Eso, de momento, poco me preocupa. Lo primero es la comida, y poco importa lo que lleve. También a los gorriones que llegan hasta aquí a Pechora, Dios les da su plumaje.

Dos semanas más tarde, en efecto, se había repuesto. Fue devuelta a la enfermería de mujeres, y, más tarde, encuadrada en una brigada de trabajo. También María recobró sus fuerzas muy pronto y volvió al trabajo. Fueron las dos únicas muchachas que salieron con vida de la cámara de los desahuciados.

Los días antes de Pentecostés Theo los dedicó al enfermo más joven de la enfermería: Ernst Bernstein, muchachito de catorce años, modesto y todavía muy infantil. No participaba ni en los latrocinios ni en las alharacas de los demás mozalbetes. Sentía que se acercaba su fin, y rogó al pastor Goebel que orara con él. Rudi y José, que yacían a su lado, se mostraron poco impresionados por la situación desesperada del jovencito. Los dos continuamente se peleaban, a pesar de que el uno no podía pasarse sin el otro. Mutuamente se hurtaban las raciones para cambiarlas por tabaco, que luego fumaban conjuntamente. El mayor de los dos, Rudi, era el más tonto, pero tenía más fuerza que José, y éste compensaba su inferioridad física con una mayor astucia y agilidad.

Como un profeta del Viejo Testamento, Theo los sermoneaba ante todo el mundo cuando eran atrapados en el momento de cometer alguna de sus fechorías. Pero ellos, impasibles e indiferentes, aguantaban el chaparrón. Los dos eran católicos, el uno de Elbing y el otro de Tolkemit, regiones donde las madres tienen fama de ser enérgicas y decididas; pero, en la guerra, al faltar los padres, no habían sabido imponerse a aquellos grandullones desvergonzados de las H. J. (Juventudes Hitlerianas). Rudi, al salir una noche de la chabola, para liarse un cigarrillo de *majorka* que el enfermero jorobado le había dado a cambio de su ración de azúcar, se desplomó sobre la nieve. Quedó con sentido el tiempo preciso para confesarse y recibir la Extremaunción. Su heredero fue José, pero no le sobrevivió más que dos semanas. Murió de horribles úlceras en el recto, abandonado por completo por sus amigos de negocios en cuanto éstos advirtieron que ya no tenía nada que vender.

El hálito de la muerte, a diestro y siniestro no impresionaba mucho a Jorge Gritzner. Racionaba sus emociones con la misma austeridad que su manutención. Los temas religiosos solamente los aceptaba si no le causaban trastornos. Si, a veces, por puro aburrimiento, se dignaba consultar mi breviario, solamente leía los prefacios históricos, mas no los textos de la Escritura y menos aún las oraciones. Como solía recalcar con satisfacción, en su sindicato de impresores había recibido educación «científica». Pero, pese a los mimos y cuidados de que él mismo se rodeaba, sus pies seguían hinchándose, sus fuerzas iban decayendo. Inquieto por su estado, se negaba, sin embargo, febrilmente, a reconocer que estaba grave. Con suspicacia enfermiza, advertía en el acto cuando uno, con muchos rodeos, trataba de llevarle por el camino de un examen de su vida engreída, ante la eventualidad de la muerte. Muy cortés, pero con decisión, cambiaba entonces de tema.

Después de mi última visita infructuosa, salí a contemplar la noche y sus estrellas. Al regresar a mi lecho, oí un ruido sospechoso que provenía del camastro de Jorge. Estaba

en sus últimos momentos. Si aún llegó a comprender, si hizo suyas mis oraciones, sólo Dios misericordioso lo sabe.

A diario nos visitaba la muerte y sus visitas ya no nos conmovían. Para causarnos efecto, tenía que tratarse de persona muy allegada o de circunstancias más aparatosas que las de la defunción de Jorge Gritzner. Cuando, pocos días después del apacible fin de Jorge, quería yo entrar en la enfermería con una brazada de leña, vi obstruido el paso por una aparición espantosa. Se trataba de un ser esquelético, que como única prenda llevaba una corta camisa rusa, que no le pasaba de la cintura, dibujándose con precisión la osamenta bajo la piel amarillenta y apergaminada. Apoyado contra la puerta, que se abría hacia fuera, aquel espectro, con una feroz mueca de sonrisa en su cara de calavera, llameantes los hundidos ojos, hacía furiosos ademanes con los brazos; en sus últimos estertores, en una mano tenía su pipa, con la otra sostenía la petaca.

—¡Gregor! —le llamé—. ¿Qué haces aquí? Ven, que te acompañaré a tu camastro; estás demasiado enfermo para estar aquí fuera.

—¡No, no! ¡Déjame! ¡Quiero ver por última vez a mis compañeros!

Incapaz ya de mover la mandíbula, las palabras apenas articuladas, salían por entre los apretados dientes. Eché mi leña al suelo y grité pidiendo auxilio. Con un supremo esfuerzo, Gregor abrió la puerta de la sala de los hombres y, con gran estrépito, cayó de bruces. Hizo un ruido como si hubiese caído un haz de trancas de madera. Horrorizados, los enfermos, apáticos e indolentes por lo general, contemplaron aquel esqueleto inmóvil, desnudo, que seguía agarrando la pipa y el tabaco. Creció el espanto al ser quebrado el silencio sepulcral por los gritos estridentes de Gregor:

—¡Una pipa más, y después que me lleve el diablo! Una so-la pi-pa...

Por un instante, todos quedaron perplejos. Luego intervinieron Kurt Weiss, amigo de Gregor desde los días en que militaban en el sindicato metalúrgico de Elbing, y Polifemo.

Levantaron del suelo el esqueleto y lo llevaron al camastro, muy mullido por cierto, de Polifemo. Erna, la nueva amiga de Polifemo, se desperezó y cedió su sitio a Gregor. Polifemo cogió pipa y tabaco de manos del moribundo, y corrió hacia la estufa, a encenderla y satisfacer el último deseo de Gregor. Al volver, le costó bastante trabajo introducir la pipa entre los dientes, convulsivamente cerrados. Cuando lo hubo conseguido, con la mano procuró cerrar los abiertos labios del agonizante, a fin de que pudiera dar su última bocanada. Mas aquellas macabras manipulaciones fueron inútiles. Gregor ya no tenía fuerzas ni para chupar su pipa. En un último arranque de desesperación, se incorporó, y, arrancándose la pipa de la boca, la estrelló con el tabaco contra el suelo, chillando con entonación indescriptiblemente diabólica:

—¡Porquería! ¡Todo porquería! Aquí tenéis la maldita m... ¡Que venga ya el diablo y me lleve!

En mitad de la palabra enmudeció, se abalanzó al camastro, y, preso de una horrible convulsión, fue enroscándose como un pedazo de papel que se consume al fuego.

Sus amigos de la tarima superior pronto se repusieron del estupor que había paralizado a la sala entera. Kurt levantó la pipa, y, después de limpiar la boquilla de saliva, chupó ávidamente el humo del tabaco que seguía ardiendo. Polifemo, Román y algún otro de la camarilla de Gregor, corrieron a recoger el tabaco esparcido.

El día 9 de mayo, muy de mañana, Hellwig, el *politruk*, con aire solemne y una hoja en la mano penetró en nuestra habitación. En aquellos momentos, yo estaba cazando los piojos. Con empaque proclamó:

—Ayer, Alemania capituló sin condiciones, rindiéndose a las fuerzas aliadas. Alemania será totalmente ocupada.

—¿Y a mí me dejarán volver a Austria? ¿Y nos darán un poquitín más de azúcar? ¿Y, por favor, no podrían darnos un poco de *Mehlspeis* (comida típica austríaca, especie de buñuelos)?

Dejóse oír la vocecilla de nuestro camarada de Viena, desde su mísero rincón.

No le incumbía a Hellwig dar respuesta a las preguntas de Adalbert. Abandonó seguidamente la sala, para comunicar a las mujeres aquel acontecimiento histórico.

Pasé a reunirme con Theo. Me vino a la mente aquella despacible mañana de enero, en que, recostado en una camilla, en Arosa, tuve noticia de la subida al poder de los nacionalsocialistas, y, consternado, corrí a ver al sacerdote del sanatorio, al padre Pedro Lippert, quien, algunos meses antes, había salido de Munich. Con indecible tristeza me miró largo rato, y luego dijo, muy serio:

—;Enfermos mentales y criminales! *Finis Germaniae!*  
;Usted aún lo verá; yo, no!

Theo y yo éramos del mismo parecer: por muy terrible que fuera la sentencia dictada contra Alemania, arrastrada al abismo por Hitler en su loca carrera, aquel derrumbamiento total significaba también el fin del dominio del crimen y de la destrucción.

Los prisioneros reaccionaron a la noticia del fin de la guerra con nuevos rumores sobre nuestra inmediata repatriación. Las mujeres hasta creían saber la fecha exacta de nuestro regreso. Comentarios vagos de algún funcionario eran convertidos, con más fantasía que lógica, en datos precisos sobre nuestra pronta liberación. Quien, ante tanta confianza, osaba expresar sus dudas, tenía que enfrentarse con la airada indignación de los que, con febril esperanza, se aferraban a aquellos rumores.

Las esperanzas se desbordaron al comparecer nuevamente el «tipo de las gafas» con su séquito, de la administración regional, para proceder a una revisión médica. Al hallarme ante el viejo miope, creí entender que me calificaba de «aún apto para el traslado».

Los síntomas delatores de grandes cambios iban en aumento. Lena y Gertrudis relataron que a las mujeres, además de las cabezas y las colas de los arenques, les daban también pedazos de pescado de verdad.

Polifemo aún avivó las llamas, esforzándose en representar el papel de nuestro amigo y bienhechor. De pronto

mostró un gran interés por los gravemente enfermos, y se ofreció a elaborarnos cerveza rusa, de pan, con los restos que nosotros no podíamos comer. El motivo de tanta amabilidad lo descubrió en un pequeño discurso. Nos comunicó que existía la probabilidad de que el comisario nos preguntara si queríamos que continuara en su cargo nuestro «tío Augusto», como Polifemo se apodaba jovialmente a sí mismo, cuando, dentro de poco, fuéramos trasladados a un campo de convalecientes. Terminó con el ruego, un tanto confuso, de que a él no le tratáramos según el proverbio de que «el mundo es de los desagradecidos».

Algo parecía cierto: nuestro traslado a otro campamento era un hecho. Pareció confirmarlo también la aparición de un barbero, hombre raquítrico y tuberculoso, con una tos seca y pertinaz, quien, como única credencial de su oficio, llevaba una vieja navaja, con la que iba de campamento en campamento. Antes de habérselas con nuestras barbas, raídas de por sí, deslizándose por entre las tarimas, fue ofreciendo manteca a cambio de vestidos. No tuvimos mucha prisa en hacernos afeitar por aquel artífice. Tan poco cortaba su navaja, que sus víctimas todas quedaban ensangrentadas. Oportuno y lleno de recursos, como siempre, apareció en escena Polifemo con una navaja aprovechable, cuyo funcionamiento él mismo demostró. Por tener cosas más importantes que hacer, me confirió a mí la tarea de ayudar al nervioso barbero.

Al anochecer, llegó el «tío de las gafas» para una última visita de inspección, y, acompañado de Polifemo, fue de camastro en camastro. Adalbert, el soldadito de Viena, trepó de su guarida y se hincó de rodillas.

—¡Doctor, doctor! —imploró con voz lastimera, cruzando las manos—. ¡Por favor, póngame en la lista de los convalecientes! ¡Por el amor de Dios, póngame en la lista! ¡Ay, sí, por favor! ¡En la listita! ¡Por favor! ¡Dios se lo pagará!

La comisión no le hizo el menor caso. Cuando hubieron salido, Adalbert seguía de rodillas, repitiendo sus plañidos. A Theo se le acabó la paciencia e increpó al pobre desgraciado:



—¿Es que has olvidado que eres un hombre? ¿A qué vienen tantas lamentaciones si nosotros estamos igual que tú? ¡Domínate ya!

Adalbert, al parecer impresionado, enmudeció y volvió a encaramarse a su nido. Después de haber lloriqueado un poco, se avino a rezar algunas oraciones conmigo. Luego, atendiendo a sus deseos, escribí una carta a su mujer, Milly, en Viena, diciéndole que esperaba volver a verla muy pronto. Apenas hubo puesto su rúbrica, con multitud de garabatos, Policemo, entró con una bandeja en la mano, llena de lo que constituía la obsesión de Adalbert: pequeños pastelillos de huevo en polvo. Mucho antes de que le llegara el turno, Adalbert alargó su brazo, trémulo y esmirriado. Al sentir en la mano aquel modesto dulce, suspiró como si se quitara un peso de encima. Pero fue demasiada alegría para él; antes de que pudiera llevarse a la boca la golosina, su cabeza se inclinó; para siempre terminaron sus inquietudes y sus angustias.

Adalbert fue anotado en la lista de muertos por Polifemo con el número setenta y uno. Setenta y uno de doscientos sesenta durante las primeras cinco semanas en Pechora.

Hellwig nos sorprendió con la noticia de que podíamos escribir cartas a casa, y recibir correo, y hasta paquetes. Sentía, empero, no podernos ofrecer ni lápiz ni papel ni tinta. Repasamos nuestros devocionarios, y mi misal, en busca de hojas en blanco al principio y final, a pesar de que los más de nosotros no sabíamos a quién dirigir la carta. Muy pocas eran nuestras esperanzas de que aquel correo sin franquear llegara a su destino. No escribimos, por consiguiente, más que las frases al uso: que nos encontrábamos bien y que esperábamos que muy pronto volveríamos a ver a nuestros seres queridos.

De aquellas cartas ya no tuvimos más noticias, y empezamos a reflexionar por qué habíamos sido invitados a escribirlas. Hasta que algunas colillas recogidas del suelo nos dieron la explicación: nuestras últimas reservas de papel habían despertado la codicia de los empleados del campamento.

mento, para poder liar sus cigarrillos de *majorka*. Por lo visto, el solo ejemplar de *Pravda* no era suficiente.

El 25 de mayo, al anochecer, la «cigüeña negra» dio los nombres de los que serían trasladados al llamado campamento de convalecientes. Se nos incluía a Theo y a mí, y ninguno de los dos teníamos idea de lo que aquel cambio nos traería.

Nos formamos frente al portal de entrada del campamento, en espera de la llegada del tren. Viajaríamos en «coches-ambulancia», según nos dijeron. Preparamos nuestros fardos. Durante la primera hora cayó una fina lluvia; pero luego salieron las estrellas, y la luna proyectó sus azuladas sombras sobre cobertizos y caminos, sobre el canal y las vías del tren. Por fin llegó una locomotora con un solo vagón. Subimos, y por las sucias ventanillas echamos una última mirada a la «columna siete». Bajo la luz de la luna y el fulgor de las estrellas, aquel lugar irreal, no nos pareció tan tétrico como el día de nuestra llegada, cuando, como topos, de las tinieblas de nuestros vagones de mercancías habíamos salido a la claridad deslumbrante de un día de sol.

## REINO DE LA MUERTE

Mientras viajábamos, caía la fina lluvia de primavera, de un cielo gris y tristón. A través de las ventanas podíamos contemplar la parca silueta del paisaje, ver cómo se iba fundiendo la nieve. A ambos lados del terraplén sobre el que corrían las vías del tren, se extendía, hasta donde abarcaba la vista, el desierto ligeramente ondulado de la tundra. Pequeños escollos, cubiertos de raquíuticos arbolitos, sobresalían de vez en cuando de la monotonía de pantanos y cenagales. Ni una sola vivienda humana daba vida a la deprimente imagen de aquel paisaje desconsolador.

El primer día de nuestro viaje hacia el norte, recibimos nuestra ración completa y un suplemento de siete gramos de manteca por cabeza. El segundo, los guardianes nos comunicaron que el vagón que llevaba nuestras provisiones se había incendiado. Sin embargo, el único fuego que nosotros vimos durante el camino, fue el que salía de la cocina provisional que los guardianes se habían instalado, donde, sin pausa, y con grasa a discreción, iban guisando tortillas y manjares de toda clase. Los prisioneros ya no recibimos más manutención.

A la derecha, y paralela al terraplén del ferrocarril, corría una pasarela construida de troncos de árbol, ya medio podridos, en tres capas superpuestas y entrecruzadas, sujetadas con alambres, clavos y garfias. Sobre ese camino de trancas, los rusos y polacos que nos habían precedido se habían adentrado en la ciénaga y construido aquella vía so-

bre la que circulábamos. Aquel camino de madera tenía la anchura precisa para que un carro pudiera transitar; a distancias prudenciales se ensanchaba para poder dar paso a los que iban en sentido contrario. Nos sobrecogió el horror al imaginarnos el sinnúmero de vidas humanas que la construcción de aquel sendero de troncos habría costado. En las sombras del atardecer, nuestra imaginación convirtió los troncos en cuerpos humanos que, medio hundidos en el pantano, sostenían aquella pasarela interminable.

Dos días duró nuestro viaje. A primera hora del 27 de mayo, los noventa y seis prisioneros llegamos a un apeadero, y nos hicieron salir del vagón. Al lado de la vía se veía una torre de madera con un depósito de agua, seguramente para abastecer la locomotora. Hombres y mujeres, pálidos y cansados, descendimos tambaleando del vagón, y con suspicacia contemplamos aquel nuevo lugar de confinamiento. Llovía, y lo único que podíamos ver eran los muñones de árboles talados, que en una franja de un centenar de metros a ambos lados de la vía, surgían de las turbias aguas.

Los vigilantes nos hicieron caminar a lo largo de la vía. Al kilómetro y medio de marcha, la hilera de prisioneros cada vez se alargaba más. Hasta Theo y yo, débiles como estábamos, fuimos adelantando lentamente a muchos compañeros. Walter, gimiendo y resoplando bajo la carga de su mochila repleta, con su brazo sano llevaba, además, un pesado fardo de ropas y vestimentas. Rodeado de tantos chismes, me recordó aquellos vendedores ambulantes de mi niñez, que iban por el mundo con su tienda a cuestas.

—¿Cómo podré resistirlo? —nos preguntó, sin aliento y con voz plañidera.

—Tira la mitad de tu carga, y andarás tan ligero como nosotros —le propuso Theo.

—Eso se dice muy pronto —gruñó Walter—, tengo tres criaturas en casa, y debo preocuparme de volver a verlas sano y salvo.

—¡Mira qué casualidad! —exclamó Theo—. También yo tengo tres hijos y una mujer enferma que me esperan. Y tan-

to pesa mi preocupación por ellos, que ya no me veo capaz de llevar más carga. —Las réplicas de Theo solían ser mordaces. A pesar de su paciencia y su dominio de sí mismo, algo había que le exasperaba: la hipocresía. Con su lengua afilada, sin reparos ni consideraciones, arremetía contra la falsedad y la bajeza, dondequiera que la descubriese.

Gertrudis Graw y las demás mujeres formaban la retaguardia de nuestra triste fila. Con sus piernas de elefante, sus cabezas rapadas, que trataban de cubrir con harapos, hubieran podido inspirar a Jeremías, cuando plañó: «Despojada de toda belleza quedó la mujer».

Nuestro mísero cortejo era capitaneado por Polifemo, con aire de triunfador. Le seguía un grupo de auxiliares voluntarios, que en espera de algunas migas de *majorka*, llevaban sus bártulos. Andaba animado, a fin de ser el primero en hacer su entrada en el campamento, y, muy junto a él, corría Walter, quien, en la excitación, se había olvidado de su cojera.

Después de cuatro kilómetros de marcha, aún no se vislumbraba el fin de aquel lúgubre camino. Por fin, después de una última curva, apareció ante nosotros nuestro nuevo campamento. A su vista, Walter volvió a recordar su pierna imposibilitada.

Nuestro nuevo albergue, en conjunto, se parecía mucho a la «columna siete», pero estaba escondido en una hondonada y rodeado casi por completo de pantanos. La lluvia aún hacía más sucio y tétrico aquel lugar.

El número del campamento, sobre el portal de entrada, casi estaba borrado: «Número 225, columna 5». A un lado del campamento corrían presurosas las aguas de un río caudaloso. Tan fuerte era su rugido, que se oía sobre el fragor de la lluvia. El patio era un solo charco gigantesco, cruzado por algunas pasarelas de tablones de madera colocados sobre ladrillos.

Junto a las puertas de las barracas había algunos curiosos que contemplaban a los recién llegados. Entre ellos encontramos a viejos compañeros del vagón de mercancías, y

también algunos de la «columna siete», que habían sido mandados allí un mes antes. Nos contaron que de los cien prisioneros que desde la «columna siete» habían sido trasladados a aquel lugar, la mitad ya había muerto. Este número, más los setenta y uno de «columna siete», más los que habían fallecido en el vagón de mercancías, daba un total de un cincuenta por ciento de los secuestrados, que habían muerto en los tres meses transcurridos.

A nuestra llegada, no nos dieron comida, ya que el personal de custodia que nos había acompañado se había vendido nuestras provisiones. Por contrapartida, y a guisa de saludo, fuimos desinfectados. Mientras estábamos esperando en la cancela de la chabola de desinfección, pasó por nuestro lado una mujer que llevaba algunas prendas de vestir sobre el brazo.

—Estos vestidos pertenecieron a Cristina Fittkau —la oí decir, al pasar—. Acaba de morir.

Me costó un esfuerzo sobrehumano mantener la compostura. Cristina era el nombre de mi hermana menor.

—¿Cuántos años tenía la muchacha? —pregunté.

—Unos diecinueve o veinte —dijo la mujer, continuando su camino.

Nuestra Cristina tenía diecinueve años.

Tuvimos que pasar la tarde entera, sentados desnudos en la sala de desinfección, y yo me sentí obsesionado por la idea de si aquella muchacha sería mi hermana. Cristina, al estallar la guerra, hacía su último curso de bachillerato, pero antes de los exámenes había sido movilizada y destinada a trabajar en una fábrica de aviones. Durante las últimas semanas que estuve en casa, no habíamos tenido noticias de ella.

Estábamos medio muertos de hambre y de frío cuando, por fin, entró un empleado con bata blanca de médico y una colección de carpetas bajo el brazo. Polifemo, creyendo que aquella era su oportunidad, se presentó ofreciéndose como intérprete.

—¡No se moleste! —dijo el «doctor» secamente, en un

alemán inteligible—. Me las arreglaré sin su ayuda. Vuelva a su sitio.

Cuanto más larga se puso la cara de Polifemo, más se ensanchó la sonrisa de los burlones, entre los que no faltaba Theo.

El médico era un tártaro menudo, de pelo oscuro, ojos inteligentes y penetrantes, un hombre disciplinado y poco amigo de palabras. Su profesión parecía tomarla muy en serio. La novedad más sorprendente consistió en un estetoscopio de madera que sacó de su bolsillo, y con el cual se puso a auscultarnos el pecho. Lo hizo con cuidado especial cuando nos tocó el turno a Theo y a mí. Nos mandó hacer los ejercicios respiratorios del caso y diagnosticó:

—Cicatrización profunda, proceso latente, sin peligro inmediato.

Más que la objetividad con que procedía a nuestro examen, nos impresionó la insobornable seriedad del nuevo médico; en el acto descubrió las patrañas del «tío Augusto», se dio cuenta del simulacro de afección cardíaca de Arnold, un fornido suboficial. De poco le sirvió a este astuto dar a sus piernas un aspecto azulado y congestionado gracias a un baño excesivamente caliente.

Los resultados del examen médico fueron anotados en un pliego con la inscripción «Historial clínico». Los aditamentos semanales, a raíz de revisiones periódicas, en el curso de los meses convirtieron aquel folleto en voluminoso documento. Diagnósticos, síntomas y curso de las enfermedades eran registrados en el campamento con sorprendente minuciosidad. Pronto pudimos comprobar que no habíamos sido mandados al campamento ni para morir ni para ser curados, sino simplemente como conejillos de Indias, para suministrar datos sobre enfermedades producidas por falta de vitaminas, objeto de investigación del Instituto Patológico de Moscú.

Después de las primeras revisiones del doctor tártaro, nos formamos un concepto demasiado favorable del campamento, hasta el extremo de llegar a olvidarnos de nuestros miembros hinchidos y ulcerosos. Pero pronto nos desengañamos, al di-

rigirnos, sobre frágiles pasarelas, al alojamiento, estrecho y oscuro, que nos había sido señalado. El techo era tan bajo, que los que tenían sus lechos en la tarima superior, no podían estar sentados. El piso de madera, en parte podrido, tenía numerosos agujeros llenos de agua. De entre los troncos de árbol que formaban las paredes, iba cayendo la arcilla que tapaba los resquicios, dejando vía libre al viento que penetraba. En la madera putrefacta y maloliente, se habían anidado manadas de ratas, enormes y negras como el carbón, que allí parecían estar más a gusto que nosotros.

Para eludir toda disputa sobre los mejores sitios, Theo y yo, sin titubear, elegimos dos lechos del piso superior, en el extremo derecho de la barraca. Allí esperábamos estar solos. A cambio de esta ventaja, poco nos importó un gran agujero en la pared, junto a mi camastro. Pero, durante los días fríos y lluviosos que siguieron, por allí entraba más aire fresco del que necesitábamos. Ni mi vieja pelliza bastaba para calentarme; mi cuerpo estaba demasiado débil. El campamento abarcaba cinco barracas en total: tres para hombres y dos para mujeres. Los lechos del piso inferior eran reservados a los gravemente enfermos, que sin ayuda no podían encaramarse al piso superior.

Por fin, a la segunda noche el nuevo campamento se hizo cargo de la manutención. Nuestra opinión fue unánime: aquella comida nos sabía mejor, y no solamente porque estábamos hambrientos. El pan contenía un poco de trigo y estaba bien cocido. El *kasha* tenía un agradable sabor de harina. Al notar, al cabo de una semana, que la hinchazón de nuestras piernas remitía, nuestras esperanzas aumentaron.

Aquellas esperanzas, empero, recibieron un rudo golpe al observar a Polifemo en su nuevo empleo: hasta cinco veces al día arrastraba el féretro, cargado de cadáveres, hasta un cobertizo al lado de la barraca de desinfección.

Uno de los primeros que murieron en el nuevo campamento fue el buen viejecito Salomón, piadoso carpintero de los Masures, padre de familia numerosa. Su hijo menor había sido llevado con él a nuestro campamento. Su fe cristiana le



dio fuerzas para conllevar su suerte sin lamentaciones. Repetidas veces le había prestado la Biblia de Theo, o mi breviario, y nos había rogado que oráramos con él.

Al acercarse su fin, rogamos al capataz Keil, ruso alemán del Volga, que dejara acudir al hijo junto al lecho de muerte del padre. Después de mucho hablar, se le permitió interrumpir por una hora su trabajo de cubrir el tejado de nuestra chabola, para despedirse de su padre. El anciano moribundo aún tuvo fuerzas para poner su mano en la del hijo y encomendarle cuidara de la madre y de los hermanos. Hizo prometer al hijo que basaría su vida en la palabra de Dios, tal como él se lo había enseñado.

La mano del viejo estaba hinchada hasta el triple de su tamaño normal. Su cuerpo entero parecía como si una bomba de aire lo hubiese hinchado. Antes de haber transcurrido la hora libre del hijo, el padre suspiró: «¡Ay, Dios mío!», se volvió de cara a la pared, y expiró. Polifemo consiguió sacar algunas prendas de vestir, de debajo del muerto, antes de que apareciera el comisario y se incautara del resto. El hijo no heredó nada.

Nos fuimos habituando al nuevo ambiente. Al calor del radiante sol de junio, desapareció el agua del patio. Cuanto más buen tiempo hacía, más ocasión teníamos de conocer al camarada Keil, ruso procedente de la colonia alemana del Volga, que hablaba el alemán con dificultad. Siempre de mal talante, siempre con prisas y malhumorado, andaba continuamente a la caza de nuevos trabajadores entre los recluidos, procurando sacarles el máximo rendimiento, con el fin de aumentar su «norma».

Como un perro le seguía Harry, antiguo jefe de las Juventudes Hitlerianas y suboficial de Turingia, que hablaba un alemán tan defectuoso y casi incomprensible como su amo. Harry aún daba pruebas de más fanatismo, más inventiva en descubrir nuevas formas de molestar a los prisioneros que su jefe, pero tanto el uno como el otro no podían sufrir que alguno de nosotros, por cualquier motivo, se tumbara sin hacer nada.

Cuando Keil, por vez primera, entró en la chabola a buscar cuatro hombres para trabajar, Walter, sin perder más tiempo, nos señaló a Theo y a mí como los dos primeros del grupo de trabajo. Con los dos hombres restantes tuvo que discutir más hasta que se avinieron a seguir a Harry.

Nos entregaron un martillo rudimentario, una lata llena de clavos hechos a mano y una brazada de listones de madera. Nuestro cometido era reparar las paredes exteriores de una barraca en estado ruinoso. En las paredes de troncos de madera había que clavar aquellos listones en forma de emparrillado, que serviría de sostén al revoque de arcilla. El martillo era demasiado pesado, y las puntas, cortadas de rollos de alambre, demasiado endebles para sujetar aquella armazón. Nuestros esfuerzos no merecieron ser aprobados. Harry volvió a arrancar la mitad de los listones. Desgraciadamente no nos despidió, sino que, a la mañana siguiente, nos hizo empezar de nuevo. Al cabo de una semana había conseguido que nuestras piernas volvieran a estar más hinchadas que nunca.

El doctor, semanalmente, hacía su visita. El ambiente frío y húmedo de los cenagales, los inhóspitos alojamientos, el fraude y la falta de equidad en el reparto de una manutención de por sí insuficiente, no quedaron sin consecuencias, y, pese a una asistencia sanitaria más cuidadosa y más experta, el índice de defunciones durante las primeras semanas fue aumentando.

Una tarde soleada, María, cuyas reumáticas piernas habían curado sorprendentemente bien, condujo a Gertrudis a tomar el sol. Gertrudis estaba desconocida. Compungida, nos mostró a Theo y a mí manos y brazos. Sus finos huesos no los cubría más que la piel, completamente apergaminada. La inquietud sobre lo que sería de su hermana Lena, que se había quedado en el campamento de trabajo, iba consumiendo el resto de sus energías. De día en día se agrandaban sus ojos, enflaquecía su cara, y, a las dos semanas, ya no se sentía con fuerzas para abandonar el lecho. Cuando su estado era ya desesperado, María fue en busca mía para llevarme a su lecho

de muerte. Tuve que pasar por delante de Polifemo y algunos de los compinches de Walter, que merodeaban alrededor de la barraca de las mujeres. Las infames alusiones que me dedicaron me hubieran dejado indiferente si no hubiese temido que me denunciaran. Para una mayor disciplina, estaba prohibida toda relación con las mujeres fuera del trabajo, y, en especial, la visita a sus alojamientos.

Cuando estuve al lado del camastro de Gertrudis, ella sólo pudo saludarme ya con sus ojos, desmesuradamente abiertos, y contestar durante su última confesión con leves movimientos de cabeza. Con viva emoción las demás mujeres presenciaron la ceremonia de la Extremaunción. Luego, una de ellas, y seguramente en nombre de todas, me dijo:

—No soy católica, pero creo en Nuestro Señor Jesucristo. Y estaría contenta si, al llegar mi última hora, usted pudiera asistirme como ahora lo ha hecho.

Al impartir la absolución a Gertrudis, noté que una persona uniformada estaba a mi lado. Nunca he sabido si alguien avisó al *politruk*, o si casualmente entró.

—Está prohibido entrar en la barraca de mujeres —me dijo sin la menor excitación.

—Soy sacerdote, y asisto a esta mujer que ha reclamado mis auxilios.

—¡Debe salir de la barraca!

Tuve la impresión de que a aquel hombre le costó un esfuerzo recriminar mi contravención.

El pastor Goebel y yo hacíamos lo que podíamos para asistir a los moribundos. Pero, según parecía, cada día se nos hacía más difícil nuestra misión. Un odio inexplicable empezó a envenenar las relaciones entre los hombres de nuestra barraca. Cuanto más necesitaba uno la ayuda del prójimo, más parecía obstinarse en amargar la vida de sus camaradas y la propia.

El médico nos había prohibido a Theo y a mí toda clase de trabajo. No obstante, se nos hacía transportar, junto con Alois, arena, arcilla y estiércol de vaca, las materias básicas del revoque que cubriría el emparrillado clavado a las paredes

de troncos. Nuestras piernas nos pesaban tanto, que el camino, de un centenar de metros, sobrepasaba casi nuestras fuerzas. Sin embargo, aquel fatigoso trabajo nos deparó una ventaja inesperada. Al dirigirnos al establo de las vacas, pasamos junto a un pequeño arroyo, a cuyas orillas Alois descubrió algunas ortigas tiernas. Las desmenuzamos, haciéndonos una deliciosa ensalada y comiéndonos hojas y tallos. El resto de la hortaliza recién descubierta lo llevamos a la barraca, para mezclarla en nuestra sopa, en nuestras papillas, o extenderla sobre nuestro pan. El solo hecho de tener el color verde, convirtió aquellas ortigas en una golosina.

Alguna otra «verdura» brotó del suelo primaveral dentro de nuestro campamento, durante los próximos días. Alois encontró un poco de ajeno y de salvia, precisamente cuando mi colitis se hacía insoportable. Aquellas plantas amargas, que Dios hizo crecer dentro de nuestro recinto, como medicamento natural salvaron la vida a más de uno de los nuestros.

Desaparecida la nieve, surgió en nuestro patio la tierra, negra y fértil. Nuestro nuevo *politruk*, el camarada Lachmann, nos dio permiso para cavar aquella tierra y plantar alguna hortaliza. El suelo era bueno, pero estaba lleno de raíces, de ceniza, de escombros. Uno de los ayudantes del médico, un fornido lituano, nos proporcionó, a cambio de unos pantalones oscuros, un poco de semilla de rábanos procedente del mercado negro.

La llegada del tiempo bonancible nos acarreó un inconveniente: de los pantanos y aguas cenagosas que nos rodeaban, nacieron enjambres de mosquitos y demás insectos. El verano ártico se presentó casi sin transición. Día y noche lucía el sol sobre nuestro mísero campamento, y solamente a medianoche se escondía media hora bajo el horizonte. Tanta claridad ininterrumpida, implacable, irritó nuestros ojos. Y pronto pudimos comprobar que las molestias del verano no eran menores que las del invierno. Los mosquitos grandes podían oírse, y uno podía prevenirse, pero sus seguidores cuanto más pequeños más peligrosos eran. La suciedad, el calor, la falta

de vitaminas contribuían a que nuestros cuerpos se cubrieran de úlceras y costras. Sobre mi piel, además, se extendieron unas pústulas de aspecto sospechoso. Empezó por agrietarse la piel en las cavidades de codos y rodillas, y entre los dedos, adquiriendo un color amarillento, y luego estas excoriaciones, cubiertas de gruesas costras, se apoderaron de todo el cuerpo. Empezaron a supurar, ofreciendo campo abonado al ácaro de la sarna y otros minúsculos parásitos.

Cuando trataba de protegerme contra los enjambres de mosquitos que por los muchos agujeros de la chabola penetraban en el interior, cubriéndome con la manta, el calor se hacía insoportable, y el sudor me enardecía la piel. Durante las comidas era cuando más molestaban los mosquitos; parecíamos locos sacudiendo ininterrumpidamente nuestras cabezas, para ahuyentar a los millones de insaciables insectos que nos cubrían las manos, los brazos y el cuello.

Tanto como los mosquitos, nos atosigaban también las preocupaciones por nuestras familias. En la sala de desinfección descubrí un día, entre la ropa tendida para secar, una toalla que mi madre había bordado con las iniciales de mi hermana Irmgard y el número de orden cuando ésta ingresó en la Escuela del Hogar de Wormditt. La lavandera no me supo decir de dónde procedía aquella toalla, y gustosamente me la cedió. Yo empleé aquel recuerdo de familia como un chal para protegerme contra los mosquitos. Me sirvió al mismo tiempo de advertencia constante de no cesar en mis oraciones por los míos, mis amigos, mis feligreses y mis compañeros de cautiverio, por mucho que ello me costara con mis menguadas energías.

A las calamidades que el verano polar tan repentinamente nos había traído, hubo que sumar la reducción drástica de nuestro racionamiento de víveres. Un hambre feroz nos mortificaba durante el día entero, y nos dimos cuenta de que el procurarse comida complementaria, era cuestión de vida o muerte. Desesperados, antes y después de cada comida nos acercábamos a la ventanilla de la cocina, en espera de alguna cabeza o cola de pescado, algún hueso o unos granos de ce-

bada. Theo y yo nos decidimos por aquel humillante mendigar desperdicios de la cocina, antes que «procurarnos» alimentos por caminos tortuosos. Un día, Theo me trajo en mi bote de esmalte algo muy especial: costras de papilla, duras, negras y compactas. Al no compartir yo del todo su entusiasmo, me animó a probarlas: «Saben mejor de lo que aparentan». Era el poso, grumoso y en parte quemado de nuestras papillas, que hasta entonces había sido echado a la basura, hasta que a Theo se le ocurrió pedirlo en la cocina. Al principio se rieron de aquella ocurrencia, pero muy pronto aquellas costras encontraron más consumidores.

Mientras tanto, el ambiente de nuestra chabola se iba haciendo cada vez más insoportable. Los malos espíritus de la codicia y de la violencia, la mentira y el engaño, desencadenados, no nos dejaban tranquilos ni de día ni de noche. La voz cantante la llevaban algunos bribones, brutales e insolentes, respaldados por Walter y otro hombre ya maduro, que les servía de intermediario en sus sucios negocios de tabaco.

En aquella atmósfera, era del todo imposible la celebración de cualquier acto piadoso. Cuando acudíamos a confortar a algún moribundo, se nos acusaba de querernos quedar con lo que el difunto dejaba. Cuando en nuestra calidad de sacerdotes éramos llamados a las barracas de mujeres, nuestras visitas eran interpretadas del modo más ruin. No podíamos dar un paso sin ser vigilados con suspicacia; cada palabra que decíamos, antes de que se pronunciase era tergiversada.

En el curso de las semanas siguientes, empezaron a difundirse rumores sensacionales de que nuestro campamento sería transformado en un campamento modelo, que había llegado un especialista y que éste sería el ayudante del doctor. Se murmuraba que se trataba de un catedrático desterrado de Leningrado.

Efectivamente, en los próximos días vimos con regularidad un hombre alto, que, muy tieso y envarado, con un raído uniforme veraniego de funcionario del Estado ruso, pausadamente se paseaba por el patio. En su mano derecha soste-

nía continuamente una boquilla de ámbar, siempre vacía, prueba evidente, además, de su menguada ración de *majorka*, de que había visto días mejores.

Las mujeres llegaron a conocer y a apreciar al nuevo médico antes que nosotros. Por ellas nos enteramos de que el doctor recién llegado era un hombre de vasta cultura y que tenía un apellido polaco. Su primera orden fue mandar construir nuevas literas para las mujeres. Hasta había puesto alguna inyección, y parecía preocuparse sinceramente del bienestar de sus enfermos.

Cuando el «profesor» se dedicó a nosotros, yo, poco a poco, me había convertido en un caso clínico interesante. Mi cuerpo entero, y especialmente las partes que se apoyaban en el duro tablero de madera, estaba sembrado de costras supurantes. El color de mi piel oscilaba entre el encarnado y el de chocolate. Cada glándula de mis raíces capilares era un pequeño foco purulento.

Mi compañero de fatigas era Roberto, el «tontaina», pero él siempre me precedía en las fases de desarrollo de nuestra enfermedad. Cuando su estado parecía haber llegado al último extremo, uno de los enfermeros, sin ninguna clase de experiencia, resolvió someter a Roberto a un «tratamiento». Friccionó cabeza y torso del paciente con un unguento negro, para disolver las costras de las llagas; luego, con una cuchara de madera, fue raspando costras y unguento, dejando al desgraciado Roberto como una masa de carne ensangrentada, en su lecho, infestado de parásitos.

Durante los cálidos meses de junio y julio, mi estado de salud fue decayendo rápidamente. Se estaba reparando nuestra barraca de desinfección, por lo cual no podíamos lavarnos tan a fondo como hubiera sido conveniente. La camisa y la ropa interior se iban pegando a mi piel, y cuando cambiaba de postura o tenía que levantarme, la piel se abría de nuevo.

Nuestro «profesor» hacía la autopsia de los cadáveres, estudiando la alteración de los órganos internos de los fallecidos. Le interesaban especialmente las enfermedades de la piel en sus fases adelantadas. Fue Polifemo quien, a su ma-

nera, contribuyó a despertar el interés del «profesor» por mi «caso». Polifemo era el encargado del suministro de agua, y este cargo sabía aprovecharlo con tanta habilidad, que todos los prisioneros del campamento dependíamos de su capricho. Había que pagar el tributo correspondiente para obtener una vasija llena de agua con que lavarse por las mañanas. El agua que nos escatimaba a nosotros, el «tío Augusto» la reservaba para sus amigas de la enfermería de mujeres, especialmente para una señora Wiechert que allí hacía las veces de enfermera. Esta «hermana superiora» hacía un gran consumo de agua, para la limpieza de su habitación particular y para lavar sus muchos vestidos, con los que presumía ante el camarada Keil, jefe de la brigada de trabajo, y ante el corpulento brigada del personal de custodia. Polifemo tenía buen olfato para las «mujeres importantes» de aquella índole, y, cumpliendo con diligencia sus deseos particulares, sabía granjearse su favor, nada despreciable.

Cuando mi dolencia había prosperado tanto que apenas podía moverme, él cedió su cuba de agua a su colega jorobado, y se dedicó a ayudar en las autopsias. Con sus grandes tijeras, un cuchillo de degollar, un cubo y la bata blanca que le proporcionó la señora Wiechert, casi parecía un doctor.

A los pocos días de iniciar sus nuevas actividades, el antiguo enfermero nos buscó a Theo y a mí, para una visita médica especial. El pequeño laboratorio del «profesor», muy limpio, estaba casi vacío. Sobre un estante había algunas botellas; sobre una tosca mesa, algunos instrumentos rudimentarios. De las paredes colgaban cuadros, en forma de carteles, representando frutas y hortalizas, con indicación de su riqueza en vitaminas.

Al entrar nosotros, el famoso profesor estaba sentado junto a su escritorio y jugaba con su boquilla de ámbar. Nos saludó en alemán, muy amablemente. Sin grandes rodeos me comunicó que mi dolencia era un caso de pelagra aguda, una enfermedad producida por falta de vitaminas y alimentación uniforme a base de maíz. Al preguntarle por el remedio, me respondió lacónicamente, encogiéndose de hombros:



—Hay uno solo: comer toda la verdura fresca que se pueda, y cuanto más fruta mejor.

El buen hombre comprendió nuestra amarga sonrisa. Un tanto aturdido, vertió unas gotitas de leche en una tacita.

—Siento no poder darles más —dijo al ofrecernos aquel néctar celestial—, pero esto es casi mi ración entera para toda la semana. Si cada uno de ustedes solamente puede beber un sorbo, a lo mejor, como dosis homeopática, causará su efecto. Espero que el régimen de manutención en el campamento pronto sea mejorado.

Hablar le costaba trabajo. Su faz era pálida y estaba contraída por el dolor, respiraba con dificultad, como los asmáticos. Con delicadeza, intenté interesarme por su estado.

—Usted tiene aspecto de necesitar también cuidados especiales.

—Sí —asintió—, mi salud deja mucho que desear. Pero debo terminar un gran trabajo de investigación, y espero lograrlo.

Tomó dos libros voluminosos, del tamaño de un álbum, que estaban sobre el escritorio, a su izquierda, los abrió y nos mostró algunas hojas. Contenían dibujos a mano, iluminados, que describían las diferentes fases de la pelagra. La degeneración, las mutaciones y la atrofia de los órganos atacados por esta enfermedad, en todos sus detalles, estaban descritos minuciosamente. Las leyendas que glosaban las imágenes, dibujadas con lápices de colores, tenían la claridad y precisión de los grabados antiguos. Recuerdo que había tres grandes folios, con nueve dibujos cada uno, dedicados exclusivamente a las modificaciones de la lengua. Multitud de representaciones se referían a las alteraciones en el aparato digestivo. Pero la mayoría de los dibujos ilustraban las diferentes fases de la destrucción de la piel.

Las enfermedades producidas por falta de vitaminas, en especial la pelagra, constituían el campo de investigación especial que había sido señalado al profesor por el Instituto de Patología de Moscú. Gracias a su formación artística en la Academia de Bellas Artes de Leningrado, pudo hacer aque-

llas admirables ilustraciones. Con gran llaneza conversó con nosotros sobre sus estudios, hablando a veces en alemán, a veces en inglés. Estos dos idiomas, nos explicó, los había estudiado para poder ampliar sus conocimientos médicos. Nos mostró un diccionario ruso-alemán y otro inglés-alemán, de tamaño *liliput*, con tapas rojas, que nos eran harto conocidos de nuestros tiempos de bachillerato. Luego manejó tres tomos más en alemán: ediciones escolares de los cuentos de Andersen, con algún retoque marxista, publicados por la Editorial del Estado de la Unión Soviética.

Nuestro nuevo amigo no podía ofrecernos ayuda material, pero el calor humano de su interés bastó para confortarnos. Mucho nos hubiera gustado conversar a menudo con él, pero el profesor nos recomendó prudencia.

—Nos está prohibido alternar con los prisioneros —explicó—. Por eso es preferible para ustedes que yo en público no les haga el menor caso.

A pesar de las relaciones amistosas con el profesor, no mejoró nuestra situación en el campamento. El cargo de Polifemo, jefe de barraca, pasó a Walter, el cojo. Éste se había especializado en relojes, que, procedentes de Alemania como botín de guerra, inundaban el mercado soviético. Desde el reloj de serie más económico alemán, hasta el más caro, de fabricación suiza, aquellos frágiles mecanismos no habían resistido mucho tiempo el impetuoso alarde de fuerza de sus nuevos propietarios, y, a veces, sin gran parte de las piezas del mecanismo, cambiaban repetidamente de dueño. Walter logró, con herramientas rudimentarias y en un local semioscuro, imbuir nueva vida a algunos de aquellos cadáveres de reloj, aunque sólo fuera por algunos días. Esta proeza de habilidad tenía su mérito si se consideraba que Walter, con su derecha mutilada, tenía dificultades para manejar los instrumentos. Después de su primer éxito, los rusos le admiraron como a un mago. De su fama se enteró pronto el comisario superior, que había llegado de Moscú en viaje de inspección. Horas enteras las pasaba colocado detrás de Walter, contem-

plando fascinado cómo éste trataba de soldar la espiral de su «Junghans», rota por sexta vez.

Por supuesto, Walter se encontró muy a gusto en su nuevo prestigio, y procuró sacarle provecho. No podía pasarse sin el aplauso de sus compinches y se valía de cualquier oportunidad para ridiculizarnos, escamotearnos nuestra ración de pan, verternos el agua. Tan soliviantada tenía a su banda, que, con el menor pretexto, nos asaltaban como un enjambre de mosquitos. Hasta los más jovencitos y más cándidos se dieron cuenta pronto de que, cuando de jugarles una mala pasada a los curas se trataba (siempre podían contar con el fácil aplauso de los demás. No era de extrañar que Theo, en tales ocasiones, estallara de ira.

Sus accesos de cólera, sin embargo, eran muy distintos de los de Bernhard Rebag, una amistad que ya habíamos trabado en el campamento antiguo, si bien hasta entonces no habíamos tenido ocasión de tratarnos más a fondo. Las protestas de Bernhard eran tan impetuosas como las del otro; pero en ellas, además de sincera indignación, había su poquito de petulancia. Nosotros preferíamos que Bernhard renunciara a ponerse en la cola para recibir su manutención, pues invariablemente estallaba la tormenta, cuando él, desde cerca, podía observar con cuánta arbitrariedad eran repartidas las exiguas raciones. También las fuerzas de Bernhard Rebag decaían de día en día, en parte por su propia culpa. Con la obstinación de un maniático observaba unas leyes de dieta que él mismo se había dictado, no comiendo ni los pocos alimentos que nos suministraban. Por pertenecer al grupo de los más débiles, recibía una pequeña ración especial de margarina. En vez de comérsela, la guardaba en un pequeño recipiente construido ex profeso, hasta que se ponía rancia.

—Bernhard —le amonesté—, mientras estés en Rusia, tienes que hacerlo como los rusos: come todo lo que te den, y cómelo en seguida.

—Usted no lo comprende —me contestó con aire entristecido—. En casa siempre teníamos una reserva de dos o tres sacos de harina, y de toda clase de comestibles, en la des-

pensa, así que nunca podíamos encontrarnos en apuros. Es mi manera de ser; siempre he de tener algo de repuesto, también aquí.

No logré disuadirle de tan curiosa teoría del ahorro. No hizo más que sacudir la cabeza, y salió al patio.

Allí, balanceando sobre sus flacas piernas, se puso a buscar gusanos. Para uno de los empleados había construido un anzuelo para pescar y, como recompensa, había obtenido el permiso de probar fortuna como pescador en el río que pasaba junto a nuestra empalizada. Bernhard estaba ya tan débil, que apenas podía tenerse en pie, pero sin inmutarse siguió buscando gusanos, como el hombre del Evangelio que buscaba un tesoro. Extenuado, regresó a su tarima.

—Estoy rendido —murmuró, y, al cabo de un rato, añadió con resignación—: Señor cura, me parece que usted va a heredar mis gusanos.

Antes de que yo pudiera protestar, él, con voz clara y fuerte, proclamó:

—Que todos vosotros los de la barraca lo sepáis: si alguno de estos días me encontráis muerto en mi lecho, todo cuanto me pertenece deberá ser entregado al sacerdote Fittkau. Él lo reparará con justicia y equidad. Y él será quien irá a pescar dos horas, en mi lugar.

Luego se dirigió a mí:

—Quisiera hacer confesión general. No creo que me quede mucho de vida.

—Pues yo espero que pronto volverás a encontrarte mejor —le tranquilicé—. Ya sabes que en cualquier momento estoy dispuesto a oír la confesión. Prepárate para mañana por la mañana. Iremos detrás de la chabola, y allí nadie nos estorbará.

No tomé muy en serio su estado de depresión, confiando en su naturaleza de hierro de viejo campesino.

Por la mañana, antes del toque de diana, al disponerme a buscar agua caliente de la cocina, desde el lecho de Bernhard me llamó una voz desconocida. Me acerqué y vi que era el mismo Bernhard, que intentaba incorporarse, sin conse-

guirlo. Con las facciones contraídas, pronunciaba palabras ininteligibles. Con su mano izquierda iba señalando determinado sitio debajo de su camastro. Vi que allí estaba el bote con los gusanos; asentí con la cabeza. Luego, en voz alta, recé: «Jesús, contigo vivo; Jesús, contigo muero; Jesús, tuyo soy, en la vida y en la muerte». Él musitó el nombre de Jesús mas ya no tuvo fuerzas para repetir la oración entera. Mandé buscar a Piotr, el ayudante del médico, que tenía servicio de noche. Él, después de echar una ojeada sobre el moribundo, se encogió de hombros y dijo:

—*Kaputt!* (estropeado). —Dio la vuelta y salió.

Al intentar Román apropiarse del abrigo de pieles de Bernhard, debajo del agonizante, Theo protestó con tal vehemencia que Walter mandó a alguno de sus secuaces a avisar al *politruk*. Nuestro jefe de chabola encumbrado prefería ver confiscados los bienes relictos de Bernhard antes de verme actuar como su albacea testamentario. Yo, que no había querido quedarme con nada para mí mismo, permanecí mudo al llegar el comisario, que no se explicaba a qué venía tanto jaleo. Dejó caer alguna frase despectiva sobre la «cultura alemana», y se hizo cargo de las prendas, la mochila y los cachivaches que Bernhard había atesorado. El mismo día, el doctor tártaro ordenó un registro minucioso del campamento entero y de todos los lechos, disponiendo que se inutilizaran todos los envases inútiles, viejos trapos, etc. Los víveres guardados, y en parte ya echados a perder, los pedazos de pan enmohecido fueron incautados. En un zurrón de Bernhard descubrió diversas raciones de pan ya incomible, margarina rancia y doce terrones de azúcar. Aquel espectáculo deprimente nos avergonzó a todos.

Paulatinamente, Theo y yo nos fuimos aislando casi por completo de los demás. Según vieja práctica de malhechores, éramos nosotros los calificados en todo el campamento de saqueadores de cadáveres por los que, precisamente, con sus métodos de *gangster*, se habían erigido en nuevos señores de la situación. No nos sorprendió. Recordamos las frases del sexto capítulo de la segunda epístola a los Corintios: «Se nos

dice engañosos, mas somos sinceros; desconocidos, cuando somos conocidos; condenados a muerte, y mira que vivimos, aunque hostigados, no muertos; nos llaman entristecidos, cuando siempre estamos alegres; mendigos, cuando a muchos hemos enriquecido; pobres, cuando lo poseemos todo».

El médico jefe tártaro dio pábulo a que nosotros más vivamente sintiéramos aquellas verdades, al disponer un racionamiento especial para nosotros dos. Si bien no era muy reconfortante la idea de que, con ello, éramos equiparados a los ocho más débiles de la barraca, aquel insignificante mejoramiento de nuestra alimentación nos llenó de gratitud. Pero aquella ayuda bienintencionada, tuvimos que pagarla muy cara, al dirigirse el doctor, desde la puerta de la chabola, a Theo llamándole cortés y afablemente «señor Goebel». Apenas hubo desaparecido el doctor por la puerta, Walter y sus secuaces dieron rienda suelta a sus groseras burlas, a su envidia y su odio hacia los «señores», jurándonos que nos demostrarían quiénes eran los «señores» en una comunidad sin categorías sociales.

Cada cucharada de comida que el médico me daba de más, me era rebajada de mi rancho normal por la pandilla, y a veces me robaban la ración entera. Nos hacían salir al patio, a preparar mortero para el revoque de las chozas, y a transportar agua. De día en día nos sentíamos más débiles, más decaídos, más nerviosos. Las palmas de mi mano eran una sola costra, purulenta. Los pies de Theo se hincharon de forma tan espantosa, que ya no pudo trabajar; una hinchazón de las glándulas axilares me dolía tanto, que cada movimiento equivalía a una tortura. Para curarme las glándulas inflamadas de los sobacos y las landres de la región inguinal, en el patio busqué algunas hojas de lechuga, y amasándolas con pan, me hice un emplasto. Cuando los tumores estaban maduros, Theo, sin miramientos, con su pañuelo rojo los hacía reventar.

Siempre que podíamos, nos evadíamos del ambiente viciado y ruin de la barraca, refugiándonos en un rincón apacible cerca de la empalizada. Theo poseía una lona que nos ofrecía

alguna protección contra el sol y los mosquitos. Turnándonos, nos leíamos pasajes de mi misal, y también de la edición de Moscú de los cuentos de Andersen.

A veces también acudía María, o bien la señora Skierat, que trabajaba en la panadería del campamento, fuera del cercado. Las dos se mostraban agradecidas por cada palabra de Dios y de Su espíritu en la liturgia. La señora Skierat nos lo recompensaba con un puñado de cortezas de pan, que llevaba en el bolsillo de su delantal. Su cometido era limpiar los moldes en que se cocía la diluida pasta. La grasa prevista para untar previamente los moldes, la escamoteaba su jefe, un ruso meridional malcarado, con un historial más que tenebroso.

La señora Skierat sabía cómo tratarle. Ella, al empezar la primera Guerra Mundial, cuando tenía doce años escasos, del territorio del Memel había sido deportada a Samara, hoy llamado Kuibishew, a orillas del Volga. Allí, como tantas otras criaturas alemanas, tuvo que pedir limosna para poder comer. Pero no lo había pasado mal: familias rusas de buenos sentimientos la habían recogido y protegido, hasta que pudo volver a la Prusia Oriental. Ahora su marido había desaparecido en Rusia, ella y sus cuatro hijos habían sido secuestrados de nuevo, y ella separada de los suyos. Nada sabía de ellos, si estaban vivos o muertos, y aquella incertidumbre la iba consumiendo. Era piadosa a su manera; había pertenecido a una secta espiritista, continuamente se veía acuciada por visiones fantasmagóricas y supersticiosas interpretaciones. Estaba contenta con su pesado trabajo en la panadería, pues allí, casi siempre sola, podía dedicarse a sus meditaciones y sus oraciones, sin ser estorbada.

Empeñada en ayudarme, la señora Skierat me ofreció vender mis zapatos a su jefe, por media libra de aquella grasa «ahorrada». Mis pies estaban tan hinchados y tan doloridos, que yo pocas esperanzas abrigaba de volver a ponerme los zapatos. El cuero estaba agrietado, las suelas ya desgastadas. Les dimos lustre con saliva y cantamos victoria al lograr cerrar el trato. Guardamos nuestro tesoro en un oscuro agujero de la pared de la chabola, detrás de nuestras lite-

ras, teniendo especial cuidado de que nadie nos viera cuando comíamos. Nos fijamos una ración de media cucharadita de grasa por la mañana y media por la noche, a fin de que aquel valioso suplemento nos durara todo un mes. Con pan, y también sin pan, aquella manteca de origen indefinible, sabía a gloria y restableció nuestro aparato digestivo.

Las comidas regulares cada día se hacían más exiguas. Dos libras de trigo triturado, o de salvado, bastaban para la elaboración de doscientas raciones de sopa. Para darle más sustancia a aquel magro *kishel* (caldo), el profesor diariamente mandaba añadirle veinticinco libras de hierba de San Antonio, que crecía en grandes masas en los claros del bosque cortados o quemados a lo largo del terraplén de la vía. Para aprovechar todo el contenido de vitaminas de estas plantas, además de emplearlas como sucedáneo de hortalizas en las sopas, eran utilizadas para servirnos un té, de color rojizo, y, por último, sus hojas, gracias a la inventiva de algunos, Theo entre ellos, eran secadas y convertidas en tabaco, a falta de materia mejor. Aquel «tabaco de vitaminas» olía a pañales mojados, pero ahuyentaba a los mosquitos y alargaba la vida del *majorka* auténtico.

Para hacer acopio necesario de aquella famosa planta universal, que humorísticamente llamábamos «Iwan-Tshai» (té de Iván), nuestro profesor obtuvo permiso para sacar a los que de nosotros aún eran capaces de andar, a recoger la hierba. Aunque nuestras hinchadas piernas apenas nos permitían andar, tanto Theo como yo agradecíamos de corazón cualquier oportunidad que se nos brindaba para salir de la chabola, y aún más cuando era en compañía de aquel profesor inteligente y afable. Durante el camino, el profesor se esforzaba en perfeccionar sus nociones de alemán y de inglés. Conversaba con nosotros indistintamente en los dos idiomas, y solamente cuando alguna palabra le fallaba, la suplía por una expresión rusa. Nos iba mostrando también la gran variedad de hierbas y plantas, cuya singular belleza y diversidad hasta en aquel desierto proclamaban la gloria del Sumo Creador. Con especial fruición nos señaló las hojas de una



planta de poca apariencia, que, suaves como el terciopelo en la parte superior, por debajo eran velludas y espinosas. En ruso se la llamaba gráficamente «la suegrecita», nos explicó sonriendo.

El profesor no podía hablar sin interrupción con nosotros, para no despertar la suspicacia del guardián armado que nos acompañaba. Pero más elocuente que las palabras era su gesto amistoso cuando, al salir del campamento, llenaba de *majorka* la vacía pipa de Theo. Él mismo se echaba luego el saco lleno de hierbas sobre la espalda, y con él seguía cargado durante todo el camino, hasta llegar al campamento, con la camisa completamente sudada.

Durante una de aquellas excursiones, el profesor nos condujo a lo largo del río, hasta llegar a un claro donde había descubierto gran cantidad de acederas. Con entusiasmo recogimos aquella sabrosa planta con la que mi madre solía hacer una deliciosa sopa de primavera. Pero por cada hoja tuvimos que pagar el tributo de una picada de mosquito. Durante el camino de regreso, el profesor nos contó algo de su historia. Hacía nueve años que estaba confinado en aquellas tierras del Norte, y seguía con la esperanza de volver a ver algún día a su familia, que suponía en algún lugar de Siberia. Hombre de ciencia hasta la medula, había tomado parte en un Congreso de dermatólogos en Inglaterra. Nada nos dijo sobre los motivos de su destierro.

Le preguntamos qué opinaba de los rumores que circulaban sobre la próxima repatriación de algunos de nosotros. Nos aseguró que carecían de fundamento.

—Churchill, hace poco, ha pronunciado un discurso violento en el Parlamento británico —nos informó—, y eso ha conducido a una tensión creciente entre los aliados occidentales y la Unión Soviética. Aún no reina la paz en el mundo.

Con gran insistencia nos encareció al acercarnos al campamento:

—¡No hablen! ¡No hablen! ¡No hablen! Están rodeados de malas personas. —Creíamos haber llegado al fondo de bajeza al que la vida de campamento precipitaba a las perso-

nas normales, pero las semanas siguientes parecieron demostrar que aún había abismos más profundos, donde andaban desencadenados todos los malos espíritus de nuestro mísero reino.

Empezó con una disposición bienintencionada del doctor tártaro, ordenando que cuatro pacientes con tuberculosis antigua, entre ellos Theo y yo, después de cada comida se trasladaran a la enfermería de mujeres para recibir allí la comida que las enfermas graves hubieran dejado. El doctor personalmente nos hizo el primer reparto. Sus negros ojos brillaban al verternos el primer cucharón en nuestro puchero.

—Esto es para sus pulmones —dijo—. Espero que les hará bien.

Aquel rasgo extraordinariamente amistoso del doctor nos reconfortó por sí solo.

Pero nuestra alegría pronto se vio turbada.

—¡Ahí vienen los señorones! —exclamó Walter con aire burlón a nuestro regreso.

Theo, molesto, se defendió contra aquellos envidiosos.

—¿Qué? ¿También os duele esta cucharada de papilla? Pero ¡si todo el mundo sabe que vosotros hace meses que coméis dos y tres veces más que nosotros!

Walter contestó con pérfida sonrisa:

—Ya os apañaré.

Así que no nos extrañó que, al volvernos a presentar a la señora Wiechert, no hubiesen quedado más que dos cucharadas de *kasha*. Después de la cena, nos encontramos con que no había sobrado nada. Pero Walter, con aire triunfante, nos mostró un bote lleno de papillas. No obstante, decidimos perseverar y nos turnamos en el cumplimiento de lo dispuesto por el doctor, haciendo, después de cada comida, el humillante camino de ida y vuelta a la enfermería de mujeres, con el recipiente vacío, en medio de las burlas y las imprecaciones de los demás.

Aquel diario ir y venir, empero, nos permitió asistir a algunos moribundos. Al lado mismo de la puerta, donde madame Wiechert nos recibía con hipócrita y dulzona sonrisa,

yacían dos jóvenes muchachas de Ermland, de catorce y dieciséis años, las dos muy débiles y con los cuerpos hinchados. A su lado estaba Lili Glaser, aquella valerosa jovencita evangélica de la región del Rin, que nos había servido nuestras primeras comidas. Tuve que mirar atentamente para reconocerla, pues su hermoso cabello rubio había sido cortado al rape, y sus mejillas, tan pletóricas algunos meses antes, se habían hundido. Sobre el lecho contiguo descubrí a otra vieja conocida, la «socia» de los turbios negocios de Walter en la «columna siete». Apoyándose en toscos bloques de madera, yacía sobre un saco de serrín, respirando con dificultad. En el campo de trabajo había adelgazado hasta los huesos; después, a causa de la hidropesía, estaba desconocida de tan hinchada. Pese a su estado lastimoso, se sintió envanecida como un pavo real cuando el profesor polaco hizo un dibujo de ella para añadirlo a su colección científica.

A la mañana siguiente, Walter tuvo que hacer penitencia por las relaciones que había sostenido con aquella mujer: tuvo que ayudar a «tío Augusto» a cargar con las doscientas cincuenta libras de aquella masa, fofa e inerte, hasta el cobertizo de las autopsias. Contó luego que habían tenido que echar varios cubos de agua sobre el cadáver antes de que el profesor pudiera seccionar sus órganos internos.

De nuestros conocidos, uno tras otro eran arrebatados por la muerte. La camarilla de los que dominaban, cada vez iba afianzándose más. Theo y yo nos encontramos más solos cada día. Tanto más agradecemos aquella comunidad fraternal en que Dios nos había unido a los dos. Si uno no se sentía con fuerzas para levantarse e ir en busca de la comida, el otro lo hacía por él; si uno, de cansado, no se veía capaz de leer o de orar, rezaba por él el otro.

A cada nueva defunción, me roía el pesar de no poder prestar los debidos auxilios espirituales. Alois Jendrock, el inválido inspector forestal, nuestro último compañero honesto y fiel, también se hallaba a dos pasos de la muerte. Se ahogaba al obturársele la vía respiratoria, y después de una terrible lucha, angustiosa e interminable, expiró. Muy agra-

decido por nuestras pruebas de amistad, rehusó, sin embargo, todo auxilio sacerdotal, y murió sumido en la desesperación, agotada su resistencia. Era el número veinte de los que habían muerto, de los veintiocho hombres que habíamos encontrado alojamiento en la chabola, al ser trasladados a aquel campamento de reconvalecientes.

Sentíamos flaquear nuestras fuerzas, veíamos que pronto llegaría nuestro turno. Me parecía notar cómo mi cuerpo, famélico, iba recurriendo a sus últimas reservas, y que después de la grasa y la musculatura, iba consumiendo el sistema nervioso y la masa encefálica.

La situación de Theo no era mejor, aunque la pelagra en su cuerpo no había pasado de la primera fase. Sus manos aún estaban sanas, podía sostener un libro, leer de su biblia o de mi misal. ¡Cuántas bellezas recónditas descubrimos en la Escritura Sagrada aquellos días! El hedor del ambiente que nos rodeaba amenazaba con asfixiarnos física y espiritualmente; sin embargo, no pasaba fecha sin que recibiéramos el aliento refrescante, un rayo de luz de otro mundo.

Cuando, los domingos trataba de rezar la misa de mi librito, para mantener este último nexa con la Iglesia viva, legado sacramental del Señor, mis manos, costrosas y purulentas, escocían de tal manera y tanto me rodaba la cabeza de debilidad, que tenía que valerme de todas mis energías para seguir adelante en el texto de la liturgia. Mas aun ante aquel doloroso fracaso de mis fuerzas espirituales, encontré consuelo refugiándome en el pensamiento de que mis sufrimientos no eran sino una parte de los grandes sufrimientos, eternamente renovados de Jesucristo, para la salvación de nuestras almas. Por dolorosamente que echara de menos el Sacramento del sacrificio de Cristo, sabía yo que se mantenía vivo dentro de la Sagrada Eucaristía, dondequiera que fuera celebrada, quizá no muy lejos de nosotros, en los campamentos de Workuta, donde, a lo mejor, un sacerdote, o un obispo, lograría procurarse pan y vino para celebrar misa en cualquier rincón.

Confortado como estaba con la fe inquebrantable en los

sacramentos de la Iglesia visible, sentí la necesidad de hacer partícipe de mi íntima alegría a Theo, quien, como yo, se entregaba al amor y al estudio de la Palabra de Dios en las Sagradas Escrituras.

—Nosotros, todos los bautizados en nombre de Cristo, lo somos por su muerte. Por el bautizo somos unidos a Él en la hora de la muerte. Pero igual que Cristo, por la gracia de Dios Padre, ha resucitado de los muertos, también nosotros, unidos a Él, despertaremos a nueva vida. (Rom. 6.) Estas frases, clave de la doctrina cristiana, las encontramos en la Epístola, el domingo por la mañana, a raíz de nuestra fraternal conversación.

Cuando yo, siguiendo con la lectura, recité la conmovedora imploración del salmista agobiado por la desesperación, hice un triste descubrimiento: el texto estaba interrumpido, faltaba el evangelio de la milagrosa multiplicación de los panes. Observé que el texto de la página siguiente se refería a la misa del domingo quince después de Pentecostés. Las páginas de los nueve domingos que faltaban, habían sido tan cuidadosamente arrancadas, que yo, hasta el momento, no me había dado cuenta.

En el primer momento de mi dolor por aquella pérdida, fui tentado de preguntar al Señor por qué también me privaba de aquel último consuelo. Pero luego mis ojos cayeron sobre la primera frase de la página siguiente: «Buscad primero el reino de Dios y Su justicia, y os será dado todo lo demás». Aquel misal mío, en parte conservado, en parte perdido, me enseñó el camino que había de seguir: buscar y adorar únicamente la santa voluntad de Dios.

Mi pelagra iba empeorando y me convertía en objeto de estudio predilecto del profesor, para la investigación de aquella enfermedad en sus últimas fases. Siempre que me llamaba a su despacho, antes de empezar me daba algo de su propia comida.

Cierta noche, volvió a llamarnos a mí y a Theo. Nos tenía preparada una sorpresa. Nos presentó a una dama de unos treinta y cinco o cuarenta años. Llevaba uniforme de enfer-

mera, limpio y bien cortado, y, en un elegante francés, nos invitó a tomar asiento. Podíamos hablar en alemán, pues ella lo entendía, aunque no lo hablaba con tanta fluidez como el francés. Ante ella, sobre la mesa, se amontonaban informes, cuadros sinópticos, el instrumental para el análisis de sangre.

—;Demasiada ciencia para un pobre campamento de Pechora! —le dije.

Ella, con suma habilidad, me extrajo sangre de la vena y de la yema del dedo. Cuando le hice un cumplido por su mano segura, nos contó que ya tenía muchos años de experiencia. La visita fue interrumpida por el médico tártaro, quien, después de un cambio de frases amables y joviales, le entregó un gran pez que acababa de pescar. Cuando ella hubo terminado con sus pruebas, cortó aquella sabrosa trucha en varios pedazos y nos invitó a comer. También su *kasha* y las bayas frescas que el profesor había ido a recoger para ella, las compartió con nosotros. Fue como si renaciéramos a otra vida al poder entablar conversación, de manera tan inesperada, con personas buenas y educadas.

Ella era la esposa de un diplomático ruso, quien, después de varios años de servicio en el extranjero, a raíz de la gran purga, a finales de los años treinta, había sido confinado a Siberia. Hacía nueve años que no había visto ni a su marido ni a su hijo; pero en el destierro, ella, por su propio esfuerzo, había logrado escalar la posición que ahora ocupaba en la inspección de campamentos. Tenía las facciones claras, femeninas e inteligentes. Llevaba los cabellos austeramente peinados hacia atrás, sus manos eran limpias y cuidadas. Ella era el primer ciudadano soviético que conocimos que se cortaba las uñas, no las llevaba mordidas ni rotas. (El mismo profesor se roía las suyas.)

—Sé que ustedes dos son cristianos —nos dijo la mujer de ciencia—. También yo soy cristiana. Pertenezco a la Iglesia ortodoxa rusa.

Resultaba, pues, que en aquel rincón perdido de la tundra, la cristiana ortodoxa, el pastor protestante y el sacerdote católico, dentro de la fe común de Cristo, éramos como

un símbolo de la «comunidad ecuménica». Aquel encuentro nos hizo tan felices, que olvidamos empalizadas y alambres de espinos, Pechora y pelagra, y gozamos de la libertad de toda criatura de Dios.

Cuando nos disponíamos a comunicarnos mutuamente nuestra alegría, se abrió la puerta y el gordo brigada y jefe de nuestra guardia entró con aire extremadamente jovial. Dijo alguna gracia, que la enfermera premió con sonoras carcajadas y haciéndole mofa a su espalda. Nuestra conversación quedó interrumpida:

—Debo marcharme. Deploro sinceramente que las esperanzas de que ustedes salgan con vida de este campamento sean pocas, pero eso Dios lo sabe mejor.

Ya en nuestros lechos recapitulamos aquel extraordinario suceso. Coincidimos en que aquel infortunio que nos unía a los tres representantes del cristianismo escindido y al profesor que repudiaba la fe, teníamos que sollevarlo como penitencia por tanta culpa sin expiar, ofrecerlo a Dios en nombre de Cristo, para que aquella lamentable situación de muchos siglos cesara y volviera a instaurarse la unidad de la Cristiandad.

Aquella investigadora permaneció trece días en nuestro campamento, pero ya no tuvimos ocasión de hablar con ella. Cuando se hubo marchado, el profesor volvió a llevarnos, en una última excursión, al marjal florido de la tundra. Nos hizo descansar sobre el camino de trancas al lado de la vía del ferrocarril, mientras él se fue a buscar bayas por el cenagal. Cuando en algún lugar las encontraba, nos llamaba para que las recogiéramos.

Aquellos cortos trechos solamente los podíamos recorrer con grandes esfuerzos. Pero con creces nos veíamos resarcidos: por breves horas no veíamos ni empalizadas ni torres de vigilancia, nos movíamos libres en la Naturaleza de Dios. Nos sentábamos sobre alguna mullida almohadilla de musgo, admirábamos la multitud de pequeñas flores silvestres que también en aquel desierto despleaban su viva policromía.

Mas el hambre y los mosquitos no nos permitían largas contemplaciones.

Algunos grandes tumores me impedían inclinarme; para coger las bayas, tenía que ponerme de rodillas. Pronto me sentí tan extenuado, que tuve que recobrar el aliento sentándome tras un matorral, acompañado de Theo. Se nos acercaron algunas mujeres, capitaneadas por un hombre, cuya disonante voz nos era conocida de sobra. El grupo, sin vernos, se sentó al otro lado del arbusto, y todos empezaron a despotricar contra los «curas». De los groseros labios de aquel patán desvergonzado, cuyo truco de los pies azulados con ayuda de agua caliente había sido descubierto el primer día por el doctor tártaro, brotó una catarata de sucias difamaciones. Sus giros ya nos eran familiares de las obscenas baladronadas que cada noche nos llegaban del rincón de Walter, donde los viejos «héros de la retaguardia» se recreaban relatando sus historias de burdeles, discutían cuál de ellos había padecido más infecciones venéreas. Nos enteramos por nuestros propios oídos, que éramos unos viles «chivatos», y que, por eso, el jefe nos daba un trato de preferencia; que nos dedicábamos a desvalijar los cadáveres, que propagábamos la sífilis. Theo no pudo aguantar más. Se puso de pie, y, alto como era, sobre las matas miró de hito en hito al calumniador Arnold.

—¡Basta ya! —le increpó—. Ese falso testimonio recae sobre tu propia persona. Con esas infames acusaciones has puesto al descubierto tu propia ruindad.

El sinvergüenza, sorprendido, enmudeció, contento de que entre él y Theo se interpusiera el matorral. Cabizbajo se alejó, dejando a las mujeres perplejas y azoradas.

Sobre una elevación de arena, el profesor volvió a llamarnos a los que recogíamos bayas. Desde allí pudimos divisar, en un claro entre matas y arbustos, unos veinte o treinta montículos de arena, formando una hilera. Algunos de ellos estaban adornados con una cruz de musgo, ya seco, obra de Alois, como saludo póstumo a sus camaradas, antes de que él mismo se muriera. Hice la señal de la cruz sobre aquellas



tumbas, que, por término medio, contenían unos diez cadáveres cada una.

El profesor contempló como yo bendecía las sepulturas, luego dio la orden de regreso.

—Tampoco este lugar recóndito y solitario, será olvidado el día de la Resurrección de los muertos —contesté a su muda interrogación—. Dios también sabrá restablecer estos cuerpos martirizados y destruidos por las enfermedades.

El profesor movió la cabeza:

—No puedo creer que exista un Dios, un Dios que, viendo cuanto sucede, consienta que así suceda.

Tan flojas eran mis fuerzas, que apenas podía andar. Darle respuesta en mi estado, sobrepasaba mis energías; sentí todo el peso de mi impotencia de librar al profesor del agobio de su incredulidad. Durante el camino, más y más me fui rezagando. El guardián tuvo que esperar un buen rato, hasta que yo hube entrado en el campamento, con quince o veinte bayas en mi bote.

—Aquí tiene, tome algunas de mis bayas —me dijo la señora Skierat, al ver mi estado de debilidad—. ;Tómelas sin reparo! Dios ya me dará más. Si Él no nos ayuda, estamos perdidos.

Al llegar el mes de agosto, el estado de nuestra barraca era tan ruinoso, que fueron desahuciados los últimos supervivientes. Fuimos alojados en la chabola de la brigada de trabajo, capitaneada por el camarada Keil. A Theo, a mí, a un antiguo sargento de aviación y a Walter nos hacinaron en un lecho previsto para dos personas, que no era rectangular, sino que tenía la forma de un triángulo. Theo, el más largo, tuvo que acomodarse en la parte más corta, en un rincón. Entre él y yo estaba el sargento; a mi izquierda se aposentó Walter. El sol, que casi sin interrupción, de día y de noche, daba sobre nuestro camastro, nos robaba las breves horas de descanso. Cuando no surgía alguna discusión o pelea, nuestra hedionda covachuela se llenaba de las bravuconadas, estúpidas e interminables, de nuestros *gangsters*, que llevaban la voz cantante, hasta el extremo de hacer imposible todo

momento de recogimiento, destruirnos el último refugio de nuestra dignidad humana.

Walter alardeaba de haber leído cincuenta libros en el curso de su vida. Arnold, el sargento, tenía una habilidad casi diabólica en tergiversar de forma obscena pasajes de la Biblia. Uno de los temas preferidos lo constituía el espiritismo, con su secuela de sandeces y supersticiones. Theo y yo nos absteníamos de tomar parte en dichas discusiones, con la esperanza de que aquellos charlatanes llegarían a cansarse de sus estupideces. Mas al notar que con sus tonterías no lograban sacarnos de nuestra reserva, sus frases se hicieron más agresivas, más insolentes. Cuando, de fuera, volvíamos a nuestra tarima, el saludo solía ser: «Ya vuelven los muy pringosos. Sería hora de librarnos de ellos. Este cerdo costroso va a contagiarnos a todos». Precisamente Walter, que se pasaba el día entero curándose sus males venéreos, ya en estado avanzado, propagó el rumor de que mi enfermedad de la piel era de naturaleza sifilítica, y por lo tanto constituía un peligro para la comunidad. Pero una noche en que, impedido por el dolor, se revolcaba en el lecho, recapacitó y se dispuso a hablarme. Reconoció sus difamaciones, su malquerencia, me preguntó qué debía hacer para compensarlo. Le contesté que me daría por satisfecho si, en lo sucesivo, nos dejaba en paz, y si aquella pipa que sostenían sus labios infectos, no la ofrecía luego a los muchachos jóvenes.

De todos modos, aquella amistad duró todo un día. Al siguiente, se implantó un método nuevo para contar los prisioneros, sumamente molesto. Hasta entonces, diariamente, por las mañanas y al anochecer, habían entrado los guardianes en los alojamientos, y con tanta parsimonia como minuciosidad, habían procedido al recuento de nosotros. Después se nos hizo salir al patio, a formar, y esperar en filas durante más de media hora. Seguidamente nos asaltaron nubes de mosquitos, y aquella espera se convirtió en un suplicio.

La primera vez que se nos hizo formar, Lachmann, el *politruk*, nos anunció:

—En este campamento han sido vendidos clandestinamente bienes robados. Los culpables serán castigados.

Se oyó una risa sofocada. Los principales traficantes de género hurtado eran los mismos guardianes y empleados. Theo y yo no tomamos muy en serio aquella amenaza, si bien, por mediación de la señora Skierat, habíamos adquirido una libra de mijo, que entregamos a la cocina para su preparación, a cambio de mi camisa de dormir. Al registrar la cocina, la muchacha que administraba nuestro tesoro, fue estrechada a preguntas y confesó que nosotros éramos los propietarios. Mucho nos dolió presenciar la incautación de aquellas papillas de mijo. Pero aún más nos preocupó la situación comprometida de nuestra persona de confianza en la cocina, y lo que más nos afligió fue la dura prueba a que fue sometida la sincera amistad con nuestra fiel señora Skierat. Fuera de sí, miedosa, nos imploró que lo negáramos todo.

—¿No les he contado que he visto flotar un cerdo por el aire, estallar una gran tormenta? Ahora se explica todo. ¡Por todos los espíritus del cielo, no digan nada!

Desconsolada como estaba, no hubo manera de tranquilizarla.

La algarabía general de nuestra chabola cesó cuando nosotros dos, con aire compungido, entramos. Con hipócrita solemnidad Walter nos llamó por el apellido y nos comunicó que seguidamente debíamos presentarnos en la sala de guardia.

Poco faltaba para la medianoche, cuando, por fin, nos dejaron entrar en el puesto de guardia. Ante un quinqué humeante, el orondo jefe de la guardia estaba sentado tras una desvencijada mesa de escritorio. Ante él se extendía un gran impreso que había que rellenar. Con voz jovial, el gordo nos ofreció asiento. El camarada Keil, jefe de la brigada, estaba sentado a su lado. Con nerviosa precipitación nos inundó de preguntas comprometedoras. Yo, sin rodeos, afirmé que efectivamente había adquirido aquel mijo.

—¿No sabía usted que está prohibido? —nos espetó el

inquisidor—. Eso les va a costar tres años más en este campamento. ¿Por qué lo han hecho?

—Porque estábamos hambrientos y porque el doctor nos había dicho que teníamos que comer más. El Gobierno soviético nos ha mandado a este campamento para que nos restableciéramos. Y yo he creído obrar en su sentido, sacrificando mi camisa de dormir, para acelerar el proceso de convalecencia.

—A los internados les está prohibido comerciar.

—Según creo saber, está prohibido hacer negocios de trueque con objetos robados —repuse—. A cambio de este mijo, yo he entregado mi propia y última camisa. Sobre el lado izquierdo aún podrán leer el monograma que mi madre misma ha bordado.

Me indicaron que dibujara aquel monograma sobre el impreso. Para acobardarnos, el camarada Keil cerró el interrogatorio con la aseveración, carente de toda imaginación:

—¡Ya sabemos que ustedes dos son hombres de las S.S.! Por ese motivo, y en vista del crimen que acaban de cometer, los trasladaré a un campamento de castigo.

—Nunca hemos ocultado nuestra condición de sacerdotes —le contesté—. Usted mismo, cuando estuvo en nuestra barraca, estudió detenidamente mi breviario, y se divirtió mostrándome cómo hay que oscilar el incensario.

La comisión nos despidió con la observación de que a su tiempo sabríamos lo que harían con nosotros. El jefe de la guardia, con amabilidad ostensible, nos dio las buenas noches. La perspectiva de un traslado a la celda de castigo apenas nos pareció temible al ser recibidos en nuestra chabola en el tono acostumbrado:

—¡Ya es hora de que reventéis los dos!

No distaba mucho de la realidad dicha afirmación. Durante aquella misma noche, Theo sintió dolores tan terribles en el dorso, que no se sintió capaz de encoger las piernas en el lecho, demasiado corto. Jan Petrowich, el ayudante lituano del médico, a la mañana siguiente ordenó que el paciente fuera llevado seguidamente a la barraca de los enfermos de

gravedad. Ayudé a Theo a mudarse, llevando sus pocos efectos personales, la Biblia, el pañuelo, la lacia mochila y la buena manta que Max Quandt le había legado al morir.

En la estancia, enjalbegada, había ocho literas. Ni un saludo ni un aliento se oyó cuando Theo hizo el intento desesperado de acomodarse en el lecho, demasiado corto, pero una docena de ojos vidriosos y fríos seguían sus movimientos. El encargado de aquella enfermería era un viejo conocido: el jorobado. Con la displicencia de un personaje importante, introdujo el termómetro en el sobaco de Theo, y, transcurrido un minuto escaso, dictaminó:

—No hay peligro. Solamente 39,3. No hay motivo para alarmarse.

Al regresar solo a mi chabola, mis amigos me habían robado mi ración de pan.

Siempre que podía, iba a ver a Theo. Su fiebre se mantuvo elevada, pero él iba decayendo de día en día. Al quinto día, por fin, llegó el doctor y le recetó una ración diaria de unas cuantas cucharadas de sopa de sémola con leche, y un ladrillo caliente, para aplicarlo sobre su trasero, de por sí hinchado y ardiente. Su sopa de agua corriente, la repartí entre los demás enfermos. Ostrowski, aquel tenaz campesino de los Masures, cuyos vestidos el jorobado le había robado al creerlo ya en sus últimas, era un consumidor agradecido. Se había vuelto muy pacífico, y como contrapartida, me ofreció zurcirme los enormes agujeros de mis calcetines. Veía que yo, con mis manos hinchadas y purulentas, no era capaz de hacerlo. Antes solía prestarme su aguja de zurcir a cambio de una rebanada de pan.

Cuando Ostrowski me hizo aquella asombrosa oferta, entre sus manos, esqueléticas, tenía una cubierta de libro negra y un haz de hojas sueltas.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté.

—¡Bah, son hojas de algún devocionario! —respondió en su alemán de los Masures—. No lo entiendo todo, pero es como si fueran trozos de la Biblia; bueno, muy bueno.

—Pero ¿de dónde lo has recogido? —inquirí, sin querer dar crédito a mi vista.

—Es de Román. Y mucho ya se lo ha fumado. ¡Buen papel para cigarrillos, bueno! Me lo ha prestado hasta que vuelva a faltarle papel.

Las cubiertas eran las de un misal. Se trataba de la edición pequeña mientras que yo poseía el texto completo germano-latino. Ostrowski, gustoso, me entregó lo que Román no se había fumado.

Estudí las hojas, mostré mi hallazgo a Theo. Parecía increíble: de las mil doscientas páginas de otro misal, habían sido salvadas precisamente aquellas docenas de hojas que yo necesitaba para llenar la falta descubierta días antes, en el mío, referente a los domingos seis al quince después de Pentecostés, y todavía le quedaba algo para fumar a Román.

—¿Podría darnos el Señor una muestra más fehaciente del amor que nos profesa? —pregunté a Theo.

Conjuntamente rezamos el Tedéum. Luego, como otras tantas veces, tuve que leerle el salmo veintitrés: «El Señor es mi pastor, y nada me faltará». El Señor sabía cuán necesaria nos había sido aquella prueba de su bondad. Los dos estábamos al final de nuestras fuerzas.

Durante las últimas tres semanas, apenas había podido conciliar el sueño por la noche. Ya sólo me quedaba un pequeño resto de piel sana: la frente. Mi cuerpo entero era una sola costra purulenta. Cuando yo quería descansar, sin lastimarme más las partes excoriadas, apoyaba la frente sobre mi misal, para el que Lena había confeccionado una cubierta con el forro de un bolsillo. Pero, a los pocos minutos de un sueño de plomo, tras una súbita convulsión nerviosa, volvía a despertar, bañado en sudor, torturado por un escozor insoportable de la piel cubierta de llagas. Así también desperté cuando el *politruk* entró una noche para darnos noticias importantes. Lo primero que comprendí, fue: «...;serán expatriados de forma humanitaria!» Habló de la conferencia de Stalin con los vencedores aliados en Potsdam, explicándonos algunos detalles importantes de aquel convenio. Lo único que com-

prendí fue que nuestra patria prusiana había sido anexionada por la Unión Soviética y Polonia, y la población alemana, expulsada; que lo que quedaba del Reich alemán, había sido dividido en zonas que serían ocupadas por las naciones vencedoras, y que éstas querían imponer al pueblo alemán formas de vida primitivas, de país rural, después de haberle despojado de las provincias agrícolas del este y de haber expulsado a los campesinos de la parte oriental hacia el oeste, superpoblado, y con sus industrias desmontadas.

No me cabía en la cabeza que la población autóctona del Ermland católico tenía que ser destruida en su substancia campesina. En el curso de la Historia había resistido una docena de invasiones de polacos, lituanos, rusos, suecos, husitas y franceses, y siempre había reconstruido el país devastado.

Walter no lo tomó con tanta pesimismo.

—¡Deja que vengan los polacos! —explicó—. No nos expulsarán a todos. ¡Solamente a los curas y los terratenientes! Nosotros volveremos a poseer tierras, pues ya habrá bastante para todos.

Pese a aquellas sombrías perspectivas, nuevas esperanzas brotaron de que algunos de nosotros serían puestos en libertad en fecha no lejana, cuando una nueva comisión de inspección llegó a nuestro campamento. Corrió la voz de que los prisioneros de guerra serían separados de los internados civiles y los no combatientes, que serían sometidos a un interrogatorio y recibirían su merecido castigo. Los que no eran sospechosos, serían trasladados a las grandes plantas industriales o las granjas colectivas. Los inútiles para el trabajo —apenas osábamos pensarlo— serían repatriados seguramente.

En aquel ambiente de misterioso cuchicheo y rumores para todos los gustos, una noche fui llamado al despacho del *politruk*. El camarada Lachmann me rogó que le informara sobre la situación religiosa en Alemania. Al día siguiente quería interrogar a cada uno de los prisioneros sobre la religión que profesaba. Yo, con gran cautela, me ceñí a contestar

a sus preguntas. Durante aquella conversación, el comisario, jugando con aire aburrido con un viejo lápiz, fue desempolvando todas las frases hechas, gratas a la propaganda atea, terminando por contarme, con lujo de detalles, la historia de un pope de la Siberia que había delatado a toda su parroquia a la *ochrana* del zar.

Con aire inocente pregunté yo al *politruk* qué me decía él de los funcionarios comunistas que habían deportado a centenares de miles de sus propios compatriotas, entre ellos a los de habla alemana, moradores de las orillas del Volga, que habían sido confinados a Siberia y otros lugares. Ante esta pregunta, él, por toda respuesta, dio por terminada la conversación.

Al día siguiente, en efecto, los prisioneros, en pequeños grupos, eran interrogados por el *politruk* sobre sus creencias religiosas. Desde la antesala pude oír cómo casi todos se proclamaron cristianos. Esperaba turno delante de mí Román, el silesiano fumador de devocionarios, antiguo soldado profesional de la *Wehrmacht*. Manifestó que no tenía religión alguna y que había sido obligado a alistarse en el ejército. Aquel relato, tan patético como trasluciente, aquel empeño en justificar actitudes, en hacerse pasar por víctima inocente, no provocó más que un bostezo del *politruk*. Mi interrogatorio fue sumamente breve.

A mediados de agosto llegó al campamento un joven oficial en uniforme de la NKVD, quien, según se rumoreaba, cuando algunos de nosotros, yo entre ellos, fuimos llamados a nuevo interrogatorio. El misterioso oficial, sentado a la mesa del *politruk*, se estaba liando un cigarrillo, de un artículo de fondo de *Pravda*. Hojeó en mi acta, ya muy voluminosa; reconocí algunos protocolos de mis primeras declaraciones. Mientras sucintamente pasaba revista a aquellos documentos, preguntó con aire de indiferencia:

—¿Podría explicarme cómo un hombre tan joven como usted ha sido nombrado párroco?

—Hacía ya siete años que era sacerdote cuando me fue



concedida aquella pequeña parroquia. La elección recayó sobre mí, porque gran número de sacerdotes habían sido alistados en el ejército, encerrados en prisiones o expulsados de sus parroquias —contesté ante aquella inesperada pregunta. Mis palabras parecieron satisfacerle, y el interrogatorio se dio por terminado.

Aquella misma tarde me llamó el profesor. Tuve que esperar algo más de lo acostumbrado, por tener él que terminar la autopsia de dos jóvenes muchachas, la más joven de las cuales no había cumplido los quince años. Su muerte por inanición había sido precipitada por estar las dos encintas. Durante dos noches enteras, el profesor había velado junto a ellas cuando le fueron confiadas. Pero por no disponer de víveres ni de medicamentos, a pesar de su buena voluntad no pudo remediar nada.

Parecía estar cansado, deprimido al entrar en el despacho.

—Perdóneme que le haya mandado llamar —me saludó—. Hoy no haré más dibujos; siento que no me quede pan para mí mismo. —(Hasta ahora, nunca me había mandado llamar sin ofrecerme algo de su raquítico racionamiento.)—. Quería preguntarle si el oficial de Moscú le ha interrogado hoy. No se forje demasiadas ilusiones. Pero, a lo mejor, usted se habrá dado cuenta de la gran cantidad de trenes que han pasado por delante de nuestro campamento, con cargamento humano, en dirección norte. Es muy posible que esos trenes, a su re-

Naturalmente, confíe a Theo lo que el profesor acababa de anunciarme. Por vagas que fueran las conclusiones que podían deducirse de las palabras de nuestro amigo, nuestras esperanzas revivieron como nunca. Theo dijo que oraría por mi liberación. Y si él, como soldado prisionero de guerra, tuviera que quedarse, su alegría de verme volver a la patria, sería mayor que su pesar por tener que seguir allí. Yo procuré consolarle con la promesa de que daría noticias a su mujer de que él estaba vivo.

Al volver a mi mugriento camastro y extender la manta,

pegajosa de las supuraciones de mis llagas, ya que con mis manos, costrosas, no podía limpiarla, una voz burlona interrumpió el silencio:

—¡Y este cerdo costroso no acaba de reventar!

—Bueno, el día menos pensado la diñará —consoló Walter a su compinche.

Mientras yo me iba mortificando en busca de una posición soportable sobre la dura madera, otro se dejó oír:

—Decidme, muchachos, ¿no es extraño que Dios deje que su ministro se convierta en un puerco costroso?

El aplauso fue muy flojo, y enmudeció por completo cuando yo, después de una pausa, repliqué:

—Desde que Dios ha dejado morir crucificado a su propio Hijo, como penitencia por la maldad de los hombres, es natural y justo que los que le siguen, participen también de sus vejámenes.

Después de una noche más de insomnio, leí, aunque con gran esfuerzo, la hermosa liturgia del domingo XIII después de Pentecostés. El introito decía: «Levántate, oh Señor, y cuida de Tu causa; ten presente la iniquidad de Tus siervos». Subyugado por aquellas palabras divinas, fui a ver a Theo, para leerle el texto de la liturgia de aquel domingo. Tuve que repetirle los pasajes más importantes, y luego, resumiendo, exclamó:

—¡Cuántas pruebas de Su bondad nos ha dado el Señor! Si recordamos a Abraham nombrado en la epístola; si pensamos en David, que rezó este salmo tres mil años antes que nosotros, tendremos que avergonzarnos de nuestra pobreza de espíritu.

IV

*Yo no moriré, viviré*



## ¡LEVÁNTATE Y ANDA!

Transcurrieron varios días sin que sucediera nada de particular. Aumentó el número de mosquitos, subió la temperatura del pastor Goebel. Yo, de vez en cuando, atravesaba el patio a rastras, para conseguir un ladrillo caliente que hiciera madurar el absceso de Theo. Con la venta de mi jersey, pude adquirir una libra de mijo para preparar al amigo un banquete de cumpleaños. La señorita Schulz, una profesora de Marienburg, llegada al campamento unas semanas antes, se cuidó de cocerlo en la caldera de la barraca de desinfección. Con gran sorpresa mía, adornó la comida con bayas, que ella misma, con gran trabajo, había recolectado.

Al tropezar en el patio con nuestra buena señora Skierat, ésta, presa de gran excitación, me comunicó que había recibido orden de prepararse para el traslado al campo de trabajo «Columna siete», a orillas del Izhma. Ingenuamente me repitió el comentario de los capitostes del campamento: «¡Bien empleado te está por relacionarte con curas!» El desconcierto y el pánico de aquella última persona adicta, que ahora también teníamos que perder, siguieron mortificándome al leer a Theo el evangelio de los leprosos, que, en su desesperación, imploraron a Jesús: «¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!» A uno de ellos, el Señor le dijo: «¡Levántate y anda! Tu fe te ha salvado».

Acompañado de estas palabras, regresé a mi lecho, y a ellas me aferré, cuando el doctor tártaro apareció en la puerta y, sin más preámbulos, me preguntó:

—Señor Fittkau, ¿quiere usted ir a su casa?

—No hay cosa que más quisiera —repuse yo en el acto, sin creer ni remotamente en la probabilidad de aquel vaticinio.

El médico aún llamó a dos más, dos jóvenes muchachos de la misma chabola, clasificados entre los «aptos para ser transportados» y nos ordenó que a los diez minutos nos personáramos frente a la caseta de la guardia. Completamente turbado, recogí mis cuatro cosas, me eché sobre la espalda la vieja pelliza y rogué a los dos mozos que me ayudaran a llevar mi fardo a través del patio.

La excitación cundió por el campamento entero. Antes de llamarnos a nosotros, el doctor ya había alborotado a las mujeres. Al dirigirme a la enfermería de Theo, me tropecé con Jan Petrovich, el ayudante. Como regalo de despedida, me rogó que le cediera el bote de esmalte que tenía en la mano. A cambio, me prometió un poco de pomada para Theo. Al entrar en la habitación, Theo, ya de lejos me saludó:

—¡Así que es verdad! ¡Gracias a Dios, por ser tú uno de los primeros en ser puestos en libertad!

Casi celebré que no nos quedara mucho tiempo para despedidas. Nos abrazamos, mutuamente nos prometimos recordarnos en nuestras oraciones, al separarse nuestros caminos, que a una misma meta debían llevarnos.

Al llegar a la caseta de la guardia, volvimos a ser llamados uno por uno. En fila india y siguiendo al guardián, salimos por el oscuro portal al terraplén de arena que sostenía las vías del ferrocarril. Al pie de la torreta de vigilancia vi una cuba bajo la que ardía un fuego de leña; junto a ella, hurgoneando en las brasas, una persona vestida con pantalones chinos y chaquetón enguatado. Por el pañuelo de cabeza reconocí a María, que quemaba piedras calizas para enjalbegar la panadería. Al pasar, pude decirle:

—Gracias por todo, María. ¡Que Dios te proteja! Y, si puedes, cuida del pastor Goebel.

—¡Vaya con Dios! ¡Y rece por nosotros! —me gritó, y volvió a cuidarse del fuego.

A los diez minutos de marcha, nos dejaron descansar sobre nuestros bártulos, en espera del «vagón especial». Los hombres que habían cargado con los enfermos que ya no podían andar, los dejaron allí, en el suelo, y se volvieron al campamento.

Los guardianes encendieron una pequeña lumbre, y todos pudimos calentarnos. Ellos estaban casi tan excitados como nosotros. El camarada Keil, nuestro capataz, no cabía en la piel de alegría. Corriendo de uno a otro, a todos apretaba la mano, exclamando:

—¡A casa! ¡Os vais a casa! ¡Os lo digo yo!

Nada quedaba de su dureza, su terquedad. Sinceramente parecía compartir nuestra alegría, aunque su parte en ella tendría también el vodka.

—Todos os pondréis buenos —nos aseguró—; hemos matado una ternera para vosotros. Y mañana a cada uno os van a dar un pedazo como la mano. ¡Y pan, muchachos, qué pan! ¡Os darán pan con pasas, sí, como un pastel!

También el profesor polaco giró su visita de despedida, asegurándonos que, efectivamente, nos mandaban a casa. Esta vez no había engaño. Repartió sus últimas migas de *majorka*, dedicando especial atención a los enfermos de las camillas. Cuando el sol, después del breve paréntesis de la noche polar, volvió a lucir, se acercó una locomotora, con un solo vagón, y paró frente a nosotros. El vagón no era de mercancías, sino un coche de tiempos de los zares, parecido al que, meses antes, nos había traído a este «campamento de convalecencia». Un estrecho pasadizo comunicaba con los compartimientos de literas, superpuestas en tres pisos. La parte delantera fue destinada a los prisioneros; en la posterior se instaló el personal de custodia. Fui uno de los primeros que, con ayuda de los vigilantes, de pronto muy amables, penetraron en el coche. No pude elegir mis compañeros de compartimiento. Frente a mi banco, el profesor mandó colocar una muchacha de unos quince años, completamente hinchada, que no pasó de la primera noche de su viaje de regreso. El sitio vacío, después de la primera parada, lo ocupó Roberto,

el tontaina, quien, hasta entonces, tendido en el pasillo, había tenido que aguantar los golpes y porrazos de cuantos querían pasar.

A través de la estrecha ventanilla penetró la claridad difusa de un día de lluvia, y también del techo del vagón empezó a caer agua: manadas enteras de chinches hambrientas se dejaron caer sobre las literas ocupadas. Mi persona no les mereció la menor atención; pastos más sabrosos estarían a su alcance que no mis costras repelentes.

La marejada producida por aquella inesperada lluvia de parásitos remitió, al comparecer por la mañana Piotr, nuestro astroso enfermero de noche, con una gran bandeja.

Con empaque y solemnidad, nos entregó a cada uno una rebanada de pan y un pedazo de carne de ternera, del tamaño de un puño. Se oyó algún que otro suspiro de satisfacción; mayores explosiones de júbilo ya no las permitía nuestro estado. Con devoción palpamos la carne; era tierna y, al parecer, acababa de ser cocida. Y el pan contenía pasas, como un pastel de verdad. Y aun nos dieron una cucharada de margarina, de latas de procedencia americana: en resumen, la mejor comida que se nos había dado en nuestro cautiverio. Quedamos maravillados, y nuestras esperanzas crecieron. Pero tanta opulencia fue de poca duración. Al día siguiente, las raciones no llegaron ni a la mitad.

A la mañana del tercer día, a través de los sucios cristales, reconocimos nuestra vieja «columna siete». Algunas mujeres se pusieron a sollozar, temerosas de que nos hicieran salir y volvieran a mandarnos al canal. Pero solamente dos soldados y dos mujeres, que ya habían pertenecido a la brigada de trabajo de la «columna siete», recibieron orden de bajar.

Al atravesar lentamente el río Izhma sobre el puente de madera, desfilaron ante nuestros ojos imágenes harto conocidas: el gran cercado de empalizadas, el tétrico patio con sus bajas barracas de troncos de árbol, aquella hondonada con el arroyo, del que con tantos sudores habíamos sacado el agua potable. La inscripción sobre el portal de entrada, «co-



lumna siete», estaba totalmente borrada, y los arbolitos que la «cigüeña negra» había mandado clavar en el suelo delante de la enfermería, el día de Pascua, estaban muertos del todo. Por el patio vimos moverse algunos prisioneros, que no reconocimos.

En el arenoso lecho del canal, seis mujeres soltaron sus carretillas, y, mirando al tren, trataron de reconocer a quien, desde las ventanillas, les hacía señas. Todas llevaban los mismos pantalones harapientos, los mismos mugrientos chaquetones grises, pero a varias les había crecido el pelo. Una chica a mi espalda, en el vagón, se puso a gritar y a agitar los brazos: «¡Lena, Lena! ¡La tercera de aquel grupo es Lena!» Reconocí la cara de Lena, tostada por el sol, bajo los mechones de pelo rubio. Llevaba los pantalones doblados e iba descalza. También se había arremangado. Mientras ella trataba de identificar a quien con tanta vehemencia gritaba su nombre, el centinela le dio un culatazo en el costado; cuando el tren hubo pasado, ella volvió a empujar su carretilla, llena de arena, hacia lo alto de la vertiente. «¡Qué bien —pensé— que Gertrudis ya no tenga que verlo!»

En la parada siguiente, a orillas del Izhma, Piotr y los guardianes se apearon, llevándose consigo, como recuerdo de despedida, algunas mantas y lo que quedaba de nuestro racionamiento. Antes de continuar el viaje, volvió a sorprendernos el profesor, quien, sobre una vagoneta, nos había dado alcance. Al pasar por delante de mi litera, sin decir palabra, extendió la mano y cuidadosamente pero con firmeza, me apretó la muñeca. Yo, por mi parte, sentí una gran alegría por poder volver a agradecerle cuanto había hecho por nosotros. Le rogué que cuidara de Theo y le ofrecí rogar por su pronta liberación.

Parecía tener prisa.

—¡Bien está! —Rehusó mis frases de gratitud—. ¡Olvídelo! ¡Cuídese bien, y buena suerte!

Y dicho esto desapareció.

Al día siguiente, muy de mañana, el tren volvió a reducir su velocidad, y, después de entrar en una vía muerta, se paró.

Después de varias horas de espera, nos dieron orden de apearnos. En el estrecho pasadizo se produjo un pequeño tumulto, al quedar interceptada la salida. Cerraba el paso mi viejo compañero de lecho de la «columna siete», Roberto, el tontaina. Al querer bajar del vagón, se había desplomado sin sentido. Conseguimos por fin que algunos hombres sacaran del coche al moribundo compañero y lo depositaran a unos pasos de la vía. Allí mismo tuvimos que dejarlo cuando se nos ordenó seguir por un estrecho camino de herradura. Después de algunos recodos, divisamos la silueta de otro campamento, más grande que el que habíamos dejado.

En el patio nos llamó la atención un huerto bien cuidado, con grandes extensiones de remolachas, patatas y coles. Las barracas, revocadas de blanco, se hallaban en buen estado, a pesar del barro que también aquí cubría el patio. Pasarelas de madera nos condujeron sobre el fango a la meta de nuestra marcha, un pequeño cobertizo, la acostumbrada barraca de desinfección.

Medio muertos de cansancio, echamos mochilas y fardos sobre el lodo, y allí mismo nos sentamos, y allí seguimos dormitando, hasta que nos llegó el turno de penetrar en la «institución de cultura». A mí, sin más miramientos, me impidieron el acceso:

—¡Ese cerdo costroso que se quede fuera! Que se raspe su porquería cuando los demás hayan terminado.

Ya estaba acostumbrado a semejante trato, y me preparé para pasar el resto de la fría noche acomodado sobre mi fardo de harapos. Hambriento y tiritando, poco descanso conseguí, e imploré al arcángel San Rafael que llevara su obra a buen fin.

Procuraba apoyar la frente sobre las rodillas, en cuclillas, hasta que, cansado, me caía de lado. Al volver a incorporarme por enésima vez y preguntarme hasta cuándo resistiría aquella tortura, oí unos pasos, y a la lívida luz del amanecer, vi ante mí un par de piernas de mujer, enfundadas en medias negras. Estaba demasiado extenuado para levantar la vista; aquella sombra se inclinó sobre mí, y una voz, que me pare-

ció familiar, en un marcado dialecto de Ermland, exclamó:  
—¡Dios mío! Pero ¿es posible? Pero ¡si este montón de miseria es el reverendo Fittkau!

Al oír mi nombre, recobré ánimos. La desconocida me ayudó a ponerme de pie, y vi la cara serena y bondadosa de una mujer, que llevaba una pequeña toca de religiosa sobre el cabello, austeramente peinado. Sonriente, con los ojos muy abiertos, me preguntó:

—Pero ¿es que no me reconoce?

—Ciertamente, su cara la recuerdo...

—Pero ¿es que ya no se acuerda de Süssenberg? ¿Ni del vagón de la Cruz Roja en aquella vía muerta de Moscú? Gracias a Dios! ¡Volvemos a tener sacerdote!

—Pero, hermana Imelda, ¿de dónde sale usted? ¿Cómo me ha encontrado?

—Horst, el pequeño berlinés que le conoce a usted, llamó a mi puerta y me dijo que entre los recién llegados había algunos viejos conocidos.

Horst, la noche anterior, nos había saludado con efusión al llegar al patio del campamento. Nos abrazó fraternalmente y con los muñones de sus dedos, congelados, palpó nuestros trajes, en especial nuestras chaquetas.

—Por una chaqueta dan una lata de *corned beef* —nos aseguró—. Más vale volver a casa sin chaqueta que morir con la chaqueta puesta.

Aquella lógica no tenía vuelta de hoja; sin embargo, me abstuve de entrar en relaciones comerciales con aquel granujilla.

Cuando le hablé de mi encuentro con Horst, la hermana me hizo una proposición más ventajosa: quince patatas y medio litro de aceite. Me quité la chaqueta y se la entregué. Ella, aterrorizada, me miró:

—¡Cielo santo! ¡Qué aspecto tiene usted! ¿Que le ha sucedido?

—En verdad, no estoy muy atractivo. Lo más desagradable es esta repulsiva sensación de frío y de pegajosa humedad que no le deja a uno vivir, como si, desnudo y despe-

llejado, anduviera bajo la lluvia, y, al mismo tiempo, los harapos se le pegaran al cuerpo. Bañarse empeora la situación, pues, al ablandar las costras, la piel se hace más viscosa.

La hermana Imelda me consoló diciéndome que aún disponía de un poco de pomada y algunas vendas, que aliviarían mis molestias. Pero más valía que antes tomara un baño. Me entregó una bolsita con un desinfectante azul para manos y pies.

La encargada rusa, empero, apenas me hube lavado someramente, volvió a echarme de la sala de baño. La hermana Imelda me estaba esperando fuera y me condujo a la barraca donde debía alojarme. Durante el camino tuve ocasión de conocer a algunos viejos campesinos de Ermland, asombrosamente bien conservados. El decano de ellos era un hermano del párroco Podlech, de Reichenberg.

Durante todo el día fueron llegando más grupos de prisioneros. En el campamento reinaba un ambiente de tensión y de euforia. Todo parecía indicar que los rumores de que se formaría un transporte de unos mil seiscientos enfermos para ser repatriados a Alemania dentro de dos días, eran bien fundados. A la mañana siguiente —así corría la voz— tendría lugar la última revisión médica, que en definitiva determinaría quién podría ser reexpedido y quién se quedaría allí.

Por la noche pasó a recogerme la hermana Imelda, para vendarme. Tenía que economizar sus últimas provisiones, pero, gracias a sus manos expertas, logró vendarme las partes más expuestas de mi cuerpo, de forma que, además de protegidas contra nuevos daños, no se veían privadas de su movilidad ni de sus funciones.

Podía volver a sentarme sin grandes molestias, podía moverme sin más dificultad. En el cobertizo de la hermana Imelda esperaban ya las otras cuatro enfermeras, que tenían cada una una barraca a su cuidado: la hermana Elfrieda, menuda y enérgica, de la orden de Santa Catalina; la hermana Siena, joven hermana gris de Santa Isabel; la hermana Eva, hermana de la Caridad protestante, ya mayor, y una bien

parecida enfermera procedente de algún lazareto de la Cruz Roja, de la Prusia Oriental. Todas me invitaron a que girara una visita por sus respectivas enfermerías. Gustoso accedí, bendiciendo a los enfermos, orando con los moribundos.

Camino de las barracas de los enfermos, acabó de perfilarse la imagen de cuanto le había sucedido a la hermana Imelda, desde que por última vez la vi en la estación de Moscú. En este gran campamento modelo, ella pronto había llegado a ser la enfermera mayor. «Al recordar a todas las personas a las que en momentos de abandono y miseria he podido socorrer —resumió ella—, tengo la impresión de que, por la gracia de Dios, en este último medio año he podido hacer más obras de caridad que durante los veintidós restantes de mi vida monástica.»

El médico jefe del campamento era una doctora rusa, enérgica y activa, cincuentona y comunista convencida, que con ejemplar espíritu de sacrificio procuraba por todos los medios mejorar las condiciones de vida de enfermos y personal sanitario. La esposa del comandante del campamento contribuía con todas sus fuerzas a esta labor; no obstante, también allí habían muerto la mitad de todos los pacientes.

Cada enfermera disponía de una pequeña alcoba, para ella sola, a un extremo de la barraca, y para la hermana Imelda la doctora había mandado construir ex profeso una caseta de madera, donde todas podían reunirse para descansar y orar. En el centro del interior, pulcro y enjalbegado, había una pequeña estufa construida de mampostería, y sobre ella colgaba una cruz de musgo disecado.

Durante los primeros meses, las hermanas, entre un grupo de trabajo de prisioneros de guerra alemanes, habían descubierto un sacerdote, que, procedente de un convento de benedictinos de Baviera, había sido alistado en el ejército como sanitario. La doctora, atendiendo a los ruegos de la hermana Imelda, a cambio de algunas blusas en buen uso consiguió de algún «mercado libre» una botella de vino puro y la cantidad suficiente de harina de trigo para cocer un buen número de obleas, para celebrar la santa misa y para la co-

muni3n de los enfermos. Adem3s, dio la orden de que en determinados d3as, al atardecer, dos centinelas cuidaran de que nada estorbara el recogimiento de la caseta de las monjas. Las hermanas, con raciones extraordinarias, cuidaron tanto de su capell3n, que, a la revisi3n m3dica siguiente, la comisi3n, al encontrarlo tan fuerte y bien alimentado, le destin3 a un campo de trabajos pesados. Desde entonces, nada se hab3a sabido de 3l. A pesar de aquella triste experiencia, la hermana Imelda, fiel a la vieja tradici3n monjil, puso todo su empe3o en atiborrarme. Era muy remoto, de momento, el peligro de que yo corriera la misma suerte de mi antecesor.

Mientras estaba conversando con la hermana Imelda, pas3 por nuestro lado uno de los empleados rusos del campamento, y se par3. Ten3a un apellido alem3n, pertenec3a al grupo etnol3gico alem3n del Volga, y me fue presentado como contador. A la inquieta luz del quinqu3 de petr3leo, reconoc3 en 3l a aquel hombre cuya expresi3n de sufrimiento tanto me hab3a impresionado tiempos atr3s, en la «columna siete», al proceder a nuestro 3ltimo interrogatorio pol3tico. Llegaba a nosotros, protegido por la oscuridad, con las patatas y el aceite, a cambio de mi chaqueta, y para cambiar algunas palabras amables conmigo. Aquella sensaci3n de volver a hallarme entre seres humanos, me pareci3 m3s maravillosa a3n que la seductora perspectiva de un desayuno con patatas fritas.

A la ma3ana siguiente, casi de madrugada, nos despert3 el ruido de nuevos grupos que iban llegando. Entre ellos se hallaban tambi3n antiguos conocidos del «campamento de convalecientes». Me informaron de que el pastor Goebel segu3a con vida; el doctor, con un gran cuchillo, hab3a practicado dos cortes en forma de cruz en su parte trasera, y le hab3a exprimido dos cubetas llenas de pus. La fiebre iba remitiendo.

La hermana Imelda volvi3 a invitarme a su peque3o hotelito, donde ya estaba preparando sus b3rtulos. Como primer saludo, puso en mis manos un plato de *kasha* y me rog3 que me esperara hasta que hubiese vuelto con el resto de mi ban-

quete. Al olorcillo de las patatas fritas, además de hacérseme la boca agua, de tanta avidez, empezó a gotearme la nariz. Con gran precaución, mi invitante había empleado muy poquito aceite para freír las patatas, pues sabía muy bien lo difícil que me sería asimilar aquella comida tan fuerte. Trémulo de voracidad, me esforcé en masticar los trocitos de patata uno por uno, acompañados de migas de pan tostadas; no recuerdo haber comido nunca con tanta fruición, con tan emocionada gratitud.

La hermana, mientras tanto, siguió preparando su equipaje. Al disponerse a guardar su prenda de vestir más valiosa, un largo manto negro, después de titubear me preguntó:

—¿Qué debo hacer? Es lo último que he logrado salvar de mi hábito. Siempre me he resistido a venderlo. Hay un viejo y simpático intérprete a quien le gustaría poseerlo. Podría hacerse con él un traje negro, y me ha ofrecido, a cambio, una libra de tocino. ¿Y si con ese tocino le salvara a usted la vida?

Rechacé aquel generoso ofrecimiento, objetando que la protección de aquella prenda sagrada valía más que la libra de tocino, y que Dios, si verdaderamente lo necesitábamos, ya nos lo procuraría por otros caminos.

Con un suspiro de alivio, la hermana Imelda me dio las gracias y me rogó que la ayudara al despachar al intérprete, que estaba a punto de llegar para cerrar el trato. Alto como un árbol, aquel individuo ruso no inspiraba ciertamente mucha confianza con su rostro picado de la viruela y desfigurado por un grotesco lunar. Sin ambages fue directamente al grano. La hermana Imelda, por su parte, lamentó haber guardado ya el manto, y se despidió cortésmente, para ir a cumplimentar a la señora del comandante del campamento. El intérprete se quedó solo con su desengaño.

Cuando la hermana Imelda regresó de su visita, confirmó el rumor de que era inminente la notificación de los nombres de los que iban a ser repatriados. En el patio habían sido llamados a formar unos mil prisioneros; algunos oraban, y to-

dos esperaban oír su apellido. Los funcionarios se habían colocado sobre una elevación de tierra, de forma que podían dominar todo el patio. A medida que se iban pronunciando los nombres, se reducía el montón del patio, y los felices que habían sido nombrados salían por el portal. Aquella apasionante operación se fue prolongando horas y horas, hasta que le tocó el turno a la letra «F», la última del abecedario ruso. Al oír mi nombre, exhalé un «Gracias a Dios» y, con mi fardo, salí también tambaleando tras los demás.

Al haber traspasado el portal, esperé al que me seguía, para suplicarle que me apoyara hasta llegar al grupo de los demás, a unos cincuenta metros. Era un muchachote alto y rubio, de facciones agradables y buenos modales. Me ayudó en el acto y, mientras penosamente íbamos avanzando hasta el tren, me contó que pertenecía a una familia acomodada de Tolkemit, y que durante su huida sobre la capa helada de la laguna del Frische Haff había sido atrapado por los rusos, al volver a su casa en busca de unas cuantas mantas.

Al final de aquellas horas de tensión, un pequeño grupo de prisioneros, profundamente desilusionado, reemprendió el camino de sus barracas, mientras que el gran montón, ya fuera del recinto, se puso en movimiento por un sendero que se deslizaba al borde de un raquíptico bosquecillo de pinos. Obstinadamente concentré mis sentidos sobre las zancudas piernas del muchacho que me precedía, y sacando fuerzas de flaqueza, procuré seguirle paso a paso, temeroso de quedarme rezagado, ahora que la meta estaba a la vista. Después de interminable, desesperado caminar, llegamos por fin a la última curva antes del apeadero del ferrocarril.

Al ver los vagones de mercancías que nos esperaban, nuestros cansados miembros recobraron fuerzas. Al tibio sol de una tarde de verano tardío, aquellos mugrientos vagones de transporte de reses, nos parecieron más acogedores que cuando, bajo la lluvia pertinaz, partimos de la «columna siete» hacia el «campamento de convalecencia», o cuando, en aquella cruda noche de invierno, subimos por vez primera a aquellos vehículos, tirados por una locomotora que no ce-



saba de emitir sus lúgubres aullidos. Aquellos vagones, gracias a un altillo, construido de tablones, a media altura, ofrecían sitio para cuarenta personas.

Muy pronto el tren se puso en movimiento, descendiendo a velocidad vertiginosa por el declive, cubierto de bosque. Los guardianes dejaron abiertas las grandes puertas laterales, también durante la marcha, así que no nos faltó el aire fresco y pudimos gozar del paisaje.

Nuestro cabeza de vagón era un campesino alemán, de la región de Wolhinia, de unos sesenta años de edad. Hacía algunos años que había sido evacuado a Prusia Occidental como consecuencia de aquel pacto en el que Hitler vendió a Stalin, a cambio de aceite y trigo, que necesitaba para su guerra, la obra de generaciones de colonización del grupo etnográfico alemán, establecido en Rusia hacía varios siglos. Aquel viejo era el portavoz más sosegado y decente que hasta entonces habíamos tenido.

Al llegar a la parada siguiente, subieron más prisioneros, entre ellos Augusto, el ujier siempre afónico de Frauenburg. Nos saludamos como viejos amigos.

—¿Y su garganta? —me interesé.

—Aquella miel que usted me dio hace seis años, la curó para siempre —me aseguró radiante, mientras seguía tosiendo.

En reconocimiento a tanta gentileza, le dejé lamer los residuos de rancho de mi jofaina, que, con mis costrosas manos tampoco podía lavar. En seguida me ofreció hacerlo después de cada comida.

—Claro está, siempre que quede algo que valga la pena limpiar —condicionó su rasgo de generosidad, sonriendo ampliamente y mostrando su lengua por entre los pocos dientes negruzcos que le quedaban.

Por la noche, al refrescar el aire procedente de los bosques que atravesábamos, alguien cerró las puertas. El monótono traqueteo de las ruedas nos adormeció, y los más de nosotros conciliamos el sueño. Pero, al apuntar el alba, pronto despertamos y continuaron las especulaciones sobre el des-

tino de nuestro viaje. Los pesimistas temían que nos dirigiéramos a un campamento de trabajo cerca de Moscú o del sur de Rusia. Yo, por mi parte, pensaba en la posibilidad de que se nos mandara a la región nordeste de Prusia Oriental, anexionada a la Unión Soviética, y donde, a lo mejor, encontraría aún a alguno de mis compañeros de estudios de Königsberg. Los optimistas estaban convencidos de que directamente seríamos llevados a nuestros hogares. Nadie sabía nada cierto.

En la penumbra del camastro de enfrente, descubrí a otro antiguo conocido. Sin inmutarse, iba alardeando de su sabiduría política. Hermann Steputat, el antiguo director de un ladrillar, el mismo que con nosotros había hecho el primer viaje al norte, estaba tan bien informado sobre el porvenir de Alemania como lo había estado sobre lo que en Rusia nos esperaba. Acurrucado sobre el borde de su litera, su cabeza, que apoyaba en la pared, parecía la de una calavera. Sus piernas aún parecían más largas, pero sus labios seguían tan infatigables como siempre. Ya no tenía sus gafas. Seguía en perpetua trifulca con sus vecinos y rara vez salía de su guarida sin habérselas con algún compañero. Pero nadie le hacía mucho caso, pues todos pensaban en sus familias, sus hogares, sus barcas, sus redes de pescar, que pronto esperaban volver a ver. Un pescador de Tolkemit ya había echado sus cálculos sobre cuánto aguardiente se podría comprar si, en lugar de tres barcas, solamente dispusiera de una para pescar piedras frente a la costa de Samland y transportarlas a Königsberg.

Al mediodía, el tren paró el tiempo preciso para que los guardianes nos pudieran traer la comida; ésta era cocida, bajo la vigilancia de la hermana Imelda, en un vagón especial, a la cola del tren. Comimos un sabroso plato de mijo con margarina, sopa de maíz y pan, con algunos terrones de azúcar. Las raciones fueron exactamente las mismas durante todo el viaje, y se repartían dos veces al día, a las horas en que el tren podía hacer alto.

Después de las colaciones, en el vagón reinaba la paz, y, sin ser molestados por voceríos y disputas, mirábamos a

través de las puertas abiertas sobre los extensos campos, los bosques interminables, las inmensidades sin rastro humano, muy de vez en cuando salpicadas por alguna mísera choza, algunas cabras que pacían a su vera. Acongojados y doloridos recordamos a los que habían quedado en los campamentos: a Theo, María, Lena, a todos los demás que estuvieran esperando, hasta Dios sabe cuándo, un tren como el nuestro.

En una de las paradas, un muchacho de la pandilla de Walter entró a figonear en nuestro vagón. Sintióse libre ya del temor que le inspiraran sus compinches, nos contó sin reparos lo que había sucedido cuando nosotros nos habíamos marchado del campamento. A consecuencia de una pelea encarnizada, Walter había sido depuesto y encerrado en el calabozo. Se había enemistado con sus propios secuaces, y, por el momento, estaba castigado.

A los pocos días, nuestro tren se acercó a una ciudad de cierta importancia. Era Kotlas, a orillas del Dwina. A la sola vista de casas, aunque sucias y descuidadas, tuvimos la impresión de volver a estar en el mundo civilizado. En cada estación, a nuestro convoy se le añadían algunas unidades más, procedentes de otros campamentos del nordeste de Rusia. Antes aún de llegar a Moscú, un transporte completo, de trescientos *plenni*, soldados prisioneros de guerra, fue acoplado al nuestro. El paisaje se hizo más civilizado; ante nosotros desfilaron los primeros trigales, los primeros inmensos campos de patatas de las granjas colectivizadas. Los pajares que de pronto surgían en medio de la estepa, tenían una longitud de centenares de metros, y eran sombríos como naves de fábrica.

Después de unos ocho días, sobre un largo puente atravesamos un valle, amplio y no muy profundo. Hacia el oeste vimos recortarse en el horizonte chimeneas humeantes y naves de un centro industrial. Durante más de una hora, atravesamos a paso moderado sucios suburbios y ~~partes~~ de una enorme factoría. Cerca de aquella gigantesca planta industrial vimos algunas barracas de madera, todas del mismo



tamaño, en un cercado con las cuatro torretas, harto familiares: vigilancia en un campo de trabajos forzados.

El río que atravesamos, era el Volga. Estábamos en Gorki, la antigua Nichni-Nowgorod, uno de los centros más importantes de la industria pesada soviética.

Los prisioneros de guerra, que desde los campamentos de Gorki, llegaron a nuestro convoy, habían trabajado dos o tres años en las minas de carbón y de acero de los Urales, o la Siberia, en las regiones de Molotov, Swerdlowsk, Tchelyabinsk, y Kamerowo. En todas partes, así nos contaron, habían trabajado con deportados civiles, procedentes casi siempre de Prusia Oriental. La mayoría de los secuestrados eran mujeres, que, al igual que los hombres, habían bajado a las minas de carbón, habían talado árboles, trabajado en las turberas y los hornos de ladrillos.

Los soldados vestían harapos; su estado de salud no era mejor que el nuestro. Preguntados por el porcentaje de muertos que habían tenido en sus campamentos, contestaron que habíamos estado de suerte si de nosotros solamente había perecido el ochenta por ciento. Estas respuestas los soldados las dieron completamente apáticos. Casi todos ellos tenían una sola obsesión: hacerse con algunas migas de *majorka*.

Desde Gorki, nuestro tren tomó rumbo al oeste. A medida que nos íbamos acercando a Moscú, fueron más numerosos los pueblos y caseríos. Cuando, lentamente, pasamos por los arrabales, enjambres de chiquillos nos siguieron corriendo, haciéndonos mofa y gritando: «*Fritzki! Fritzki!*»

En una vía muerta de una estación de suburbio vimos descargar un largo tren de mercancías, lleno de muebles y enseres de despacho. Sobre un campo contiguo, se amontonaban los sofás, en pilas de diez y más. Pequeños carros de caballo esperaban turno pacientemente, para recibir su parte en el botín. Sobre los techos de los vagones, estaban apiladas muchas bicicletas.

—Hace tres cuartos de año que se llevan de Alemania cuanto es transportable. ¿Terminarán por llevársenos tam-

bién la tierra de debajo de los pies? —preguntó con tristeza nuestro Augusto, el ujier de Frauenburg.

Nos hubiera gustado ver Moscú, pero no nos fue posible contemplar más que alguna sucia fachada. Hicimos una larga parada en una vía de maniobra, entre grandes depósitos de rollos de cable con nombres de firmas americanas. En vano esperamos nuestro rancho de turno. Los establecimientos todos estaban cerrados. Moscú celebraba la capitulación del Japón.

Desde cierta distancia, pudimos observar el tráfago de extrarradio. Los trenes de cercanías iban abarrotados hasta lo inverosímil. Centenares de personas viajaban colgadas de las ventanillas, de las puertas, se hacinaban sobre los estribos. En las calles que corrían a lo largo de la vía, circulaban poquísimos camiones y alguna que otra motocicleta.

En el curso de las mañanas siguientes, siguiendo en dirección sudoeste, pasamos por distritos totalmente devastados por la guerra. En Orscha, las vías aún estaban llenas de centenares de locomotoras y vagones destruidos por el fuego. Pese a las largas paradas para dejar paso a los trenes cargados de botín, fuimos avanzando con bastante celeridad. Cuando el convoy se detenía, se acercaban mujeres rusas, niños y ancianos, para pedirnos prendas de vestir, y sobre todo mantas, a cambio de *majorka*, que llevaban en grandes manojos, pan, frutas, hortalizas, o también dinero. Por mis viejos guantes de trabajo y una funda de almohada, que en su tiempo había sido blanca, conseguí una bolsita de arándano y un pepino. Éste, con piel y pepitas, me supo mejor que el más exquisito melocotón.

A medio camino entre Moscú y Polonia, el tren volvió a hacer una de sus paradas, y esta vez de casi dos días, en una estación que no era más que una chabola de madera. Durante aquellos altos prolongados, los que de nosotros aún podían moverse, iban de vagón en vagón, en busca de algún conocido, amigo o pariente. Casi siempre retornaban decepcionados. Los secuestrados procedían de lugares distintos de

Prusia Oriental; entre los soldados prisioneros de guerra los había de todas las partes de Alemania.

Pero, de vez en cuando, había alguna sorpresa. Una mañana, en el recuadro de nuestra abierta puerta del vagón, apareció una cara afable y risueña, enmarcada de espesa barba, que hablaba un dialecto inconfundible de Mehlsack, y que quería saber si había algún paisano de Ermland. Reconocí en él a un antiguo compañero de estudios, a quien desde nuestros tiempos del Seminario no había vuelto a ver. Al sacerdote Schulz le costó más trabajo reconocermelo. Venía de un campamento situado unos mil kilómetros más al sur que el nuestro. El clima y las condiciones de vida habían sido soportables; «solamente» de un cincuenta a un sesenta por ciento de los prisioneros había muerto. El duro trabajo en los bosques le había minado la salud; pero, al menos, había salvado la piel.

La hermana Imelda, enterada de la presencia del nuevo sacerdote, pronto nos interrumpió con el ruego de que nos preparáramos para un bautizo. Una de las mujeres estaba a punto de dar a luz. La doctora hacía cuanto buenamente podía para salvar la vida de la madre y del hijo. Había reservado la mitad inferior de un vagón para las mujeres encintas, pero ni siquiera había conseguido algunas brazadas de paja para dar más blandura y calor a aquel lecho sobre los desnudos tablones de madera. En cambio, gracias a los esfuerzos de todos, consiguió algunas tiras de tejido blanco para vendar al recién nacido. Antes de que el sacerdote Schulz, acompañado de la hermana Imelda, llegara al vagón, el niño había nacido. Mi hermano lo bautizó seguidamente, pues, dadas las circunstancias, su vida corría grave peligro.

Llegamos, por fin, a Minsk, la capital de Bielorrusia. Después de largas horas de espera, fuimos conducidos, por enésima vez, a la barraca de desinfección. Mi amigo de Frauenburg me ayudó a quitarme la camisa, cubierta de pus, que llevaba pegada al cuerpo. Después de las consabidas vicisitudes de la desinsectación, mis fuerzas se habían agotado. Mi

corazón se puso a palpar con tal furia, que tuve que sentarme hasta que volvió a normalizarse el pulso.

Desde Minsk, continuamos hasta Brest-Litowsk. A lo largo de las vías, millares de personas, con fardos y criaturas, acampaban al aire libre, acurrucados en torno a hogueras en las que cocían su comida. No sabíamos adónde serían llevados, pero a la vista de tanta miseria humana, escalofriados, tuvimos el presentimiento de que, al llegar a la meta de nuestro viaje, nuestro infortunio no habría terminado.

En Brest-Litowsk fuimos transbordados al ancho de vía centroeuropeo. Se nos quitó un peso de encima al ver que aquel tren, que solamente podía moverse en dirección al oeste, no podía volver al interior de Rusia. Pero algo nos inquietó: ¿Por qué se nos mandaba a Brest-Litowsk, si realmente íbamos a ser devueltos a nuestros hogares, como se nos había asegurado? ¿Por qué no nos hacían volver por el mismo camino que nos hicieron tomar para salir, por Wilna, Kowno, Insterburg?

Las estufas, las letrinas, las tarimas, todo tuvo que ser trasladado a los vagones que nos esperaban. Luego, una procesión de los más débiles y enclenques de los «viajeros» se puso lentamente en camino hacia los primeros sitios preparados. La inmensa mayoría de estos desfallecidos eran mujeres. La imagen de las mujeres de Israel secuestradas, que Jeremías lloró, no pudo haber sido más desconsoladora: «La suciedad, su propio estiércol cubre sus pies... su faz aparece más negra que el carbón... la piel se pega a sus huesos, seca y enjuta como la madera es su carne».

A mi derecha tenía a una mujer en estado avanzado. La hermana Imelda, al pasar, le dijo algunas palabras de aliento, recordándole que tampoco la Virgen María había sabido dónde dirigirse para dar a luz el Hijo de Dios. Aquella mujer me contó que, dos semanas antes de ser secuestrada, había estado en poder de los soldados rusos. Ya no sabía dónde estaban su marido ni sus cuatro hijos. Las horas de dolor, de vergüenza que se aproximaban, todo quería llevarlo con resignación, con tal que, pasado el alumbramiento, volviera a encontrar

a sus hijos. Quieta y conformada, esperaba su hora, y aquella su serenidad parecía brotar de fuentes más allá de las fuerzas humanas. Otras personas había que, con menos penas que ella, se habían entregado a una apatía total.

Los días de otoño eran cálidos y soleados. Nuestro nuevo convoy iba avanzando en dirección sudoeste, a través de la Polonia Oriental. Las cosechas habían sido recolectadas, los campos arados, los verdes prados daban la sensación de paz y de trabajo. En las granjas, en los huertos, vimos cómo trabajaban los campesinos. La vida renacía.

Aquella imagen de paz, empero, se ensombreció al quedar parado el tren, tres días, entre Lublin y Cracovia. Las vías de maniobra de la pequeña estación estaban repletas de trenes de mercancías con vagones precintados y el delator canalón de desagüe: nuevo cargamento humano que era transportado hacia el este. Allí cerca, algunas mujeres con sus criaturas trataban de calentarse algo de comer sobre un triste fuego que ardía entre algunas piedras. En un momento sin vigilancia, una de ellas, con la cabeza enfundada en un pañuelo negro, se acercó a nuestro vagón y preguntó de dónde veníamos.

—;Petschora! —fue la respuesta monótona de todos.

—Allí nos llevarán ahora a nosotros —contestó ella con resignación—. Hace ya cinco años que vamos de un lado para otro. Hitler vendió nuestras tierras a Stalin a cambio de aceite y trigo, y nos mandó a Prusia Occidental. Cuando la invasión del ejército rojo, nos refugiamos en Baviera. Allí, los americanos nos encerraron en un gran campamento cerca de Nuremberg; luego nos metieron en trenes y nos entregaron a los bolcheviques. Ahora vamos allí de donde vosotros llegáis. ¿Cuándo, por fin, nos dejarán en paz?

Nuestro viaje parecía no tener fin. Cuanto más se alargaba el tren, más se reducía la velocidad de la sola locomotora, vieja y asmática, que nos tiraba montaña arriba.

Después de innumerables paradas, pasamos, al apuntar el día, por una ciudad de importancia. Sería Posen. Aquella misma noche se nos anunció que habíamos llegado a Gorzow;



por la iglesia y la silueta de la ciudad, reconocí a Landsberg del Warthe. La ciudad parecía estar desierta. Habíamos llegado al punto de enlace con la línea de Berlín a Königsberg. Cuando, al día siguiente, comprobamos que el tren mantenía su dirección al oeste, tuvimos que enterrar nuestras esperanzas de ser devueltos a nuestros hogares de Prusia Oriental.

Algunos, cuando hubimos atravesado el río Oder, sintiéndose ya en casa, continuaron el camino por su cuenta. Saltaron del tren, y los guardianes lo consintieron. En cambio, en un apeadero, un matrimonio de edad, flacos los dos, se infiltró en nuestro vagón. El hombre llevaba una lacia mochila sobre la espalda, la mujer una cartera bajo el brazo. Venían de recoger algunas prendas que habían escondido en el campo, y ahora, tristes y decepcionados, volvían a los sótanos de su casa de Berlín, destruida por el fuego. Creían saber que seríamos llevados a Francfort del Oder, dando la vuelta por Rummelsburg. La vía férrea de Küstrin a Francfort del Oder había sido desmontada, vías y material llevados a Rusia. No existían todavía trenes para la población civil.

De aquella pareja apática y desconfiada, poca cosa pudimos oír: que en Berlín reinaba el hambre, y que la ciudad era un solo montón de escombros; que seguía circulando el viejo Reichsmark como moneda, pero que ya apenas tenía valor adquisitivo; que la ración diaria de pan consistía en tres rebanadas delgadas; que en el mercado negro un pan valía cien marcos.

Nada dijeron, en cambio, aquellos viejecitos atemorizados, de cuanto a ellos les había ocurrido. A la vista de las chimeneas de la central eléctrica de Rummelsburg, desaparecieron, sin despedirse, cuando el tren, por unos segundos, hizo alto antes de entrar en agujas.

La estación de Francfort había sido escombrada y reparada someramente. Durante seis horas nuestro tren tuvo que esperarse en el andén tres, hasta que vimos las primeras señales de que nuestra llegada había sido advertida. Cambié impresiones con la hermana Imelda sobre lo que sería de nosotros. Convenimos en que, con las demás hermanas y el pá-

rroco Schulz, nos encontramos en la rectoría católica, y que allí deliberáramos sobre la manera de llegar a Berlín. Seguramente encontraríamos ayuda.

Hacia el mediodía, mi vecino Augusto de Frauenburg me dio un codazo, señalando a dos personas que, en animada conversación, se paseaban por el andén cinco. Uno de ellos llevaba el hábito pardo de la orden de los franciscanos, el otro iba correctamente vestido de paisano. La alegría de ver a un religioso que libremente se movía con su hábito, me hizo levantarme de mi lecho. Atravesando a gatas la fosa de las vías que nos separaba, trabajosamente me acerqué al borde del andén, esperando jadeante, a que volvieran a pasar. Desde allí, a ras de tierra, elevé la vista y saludé en latín a mi hermano en Cristo:

—¡Alabado sea Jesucristo! ¡Soy sacerdote del obispado de Ermland, y después de nueve meses de cautiverio en Rusia, me alegro de ver a un hermano en libertad! ¡Vuestra bendición, os lo ruego!

El fraile ni siquiera interrumpió su marcha. En un perfecto alemán, al pasar, me contestó:

—Soy polaco. ¡No puedo hacer nada por usted!

Se apartó y continuó su conversación con su compañero elegantemente vestido.

Perplejos los unos, burlones los otros, los ocupantes de nuestro tren presenciaron aquel desaire. Ya no me atreví a levantar la vista cuando volví a encaramarme a nuestro andén. Compungido y extenuado, me escondí bajo la tarima de nuestro vagón y, por primera vez me puse a llorar amargamente. Estaba demasiado consternado para comprender que también aquel insólito hecho era una llamada de Dios para recordar los crímenes de Hitler y de sus cómplices y para hacer penitencia por los grandes daños inferidos a nuestro país vecino, en nombre del pueblo alemán.

## ANTE MÍ, UNA MESA BIEN PROVISTA

«¡A bajar todo el mundo!» Oímos por fin la orden, con tanta impaciencia esperada. Después de veintiocho días de tren, casi habíamos olvidado el andar. Nuestro triste desfile hacia el cuartel de Eichhorn, al otro extremo de la ciudad, fue avanzando a paso de tortuga, alargándose más y más. Los enfermos serían llevados al lazareto. Ya habíamos hecho bastantes experiencias en las enfermerías rusas, y nadie se presentó. A pesar de nuestro estado, todos decidimos ir a pie.

Por el camino no vimos más que ruinas. Sobre la fachada del vestíbulo de la estación, destruido por las llamas, y sobre todas las ruinas de edificios importantes, lucían gigantescas imágenes de Stalin y de Lenin, enmarcadas de bombillas eléctricas, que seguían ardiendo en pleno día. En las plantas bajas de las ruinas, había alguna tienda, donde se vendía pan, pasta dentífrica, sellos, pero por las calles no se veía ni una sola persona. Al llegar al centro de la ciudad, no tropezamos ni con un solo transeúnte, únicamente con una compañía de soldados rusos, que, en pésima formación, se dirigía a la estación.

A los dos kilómetros escasos, no pude dar un paso más. Rogué a Augusto, mi amigo de Frauenburg, y a Horst, el muchacho de Tolkemit, que me esperaran hasta que mi corazón, que palpitaba atropelladamente, se hubiese calmado un poco. Poco después de habernos sentado en el bordillo de la acera, una de las pocas ventanas enteras que quedaban del edificio medio destruido a nuestras espaldas, se abrió y al-

guien nos dirigió la palabra. Al volvernos, vimos la cara demacrada, señalada por el sufrimiento, de una mujer de cabello blanco y de edad indeterminada.

—¡Dios mío, qué aspecto tenéis los tres! ¿Adónde vais?

—No lo sabemos. Acabamos de llegar de Rusia.

—Un momento —dijo la vieja, y desapareció de la ventana. A los pocos instantes, salió de la casa con una cafetera de hojalata y una taza—. Es la única taza que me queda —se disculpó—. Ayer precisamente, mi hija y yo volvimos a nuestra casa. Bien quisiera ofrecerles algo mejor que este café frío. —La taza, rápidamente, pasó de boca en boca—. Mi hija ha ido en busca de combustible, hurgando entre los escombros —siguió contándonos la mujer—. A lo mejor, también encuentra alguna patata.

—¡Que Dios se lo pague! —repuse yo, agradecido—. Poco se figura usted cuánto nos ha dado con este sorbo de café.

Confortados con el calor humano de aquella mujer, desgraciada y compasiva a la vez, seguimos lentamente nuestro camino por la sinuosa carretera, hasta que llegamos a nuestra meta, un complejo de barracas, rodeadas de un cercado y custodiadas por torretas de vigilancia, de reciente construcción, contiguo a los viejos cuarteles de la *Wehrmacht*. Sobre una pancarta, colocada encima de la entrada del campamento, flanqueada por los retratos de Lenin y Stalin, podía verse, pintado con dulzona policromía, la *fata morgana* del futuro paraíso soviético: un paisaje bucólico, en un día de sol radiante, y dos atractivas casitas de campo.

Pasaron lista, nos contaron media docena de veces, hasta que por fin el portal se abrió para darnos paso. En el centro del patio del cuartel, nos esperaba un sargento mayor del antiguo ejército alemán, bastante bien alimentado. El cambio de superiores, al parecer, no le había afectado en gran manera.

Con voz alegre y estentórea, nos arengó con ayuda de un megáfono, y, como primera providencia, separó los hombres de las mujeres.

Como un domador de fieras increpó a nuestro montón de

despojos humanos, proclamando lo que sólo algunos de nosotros, en sus horas más sombrías, habían temido:

—¡Que nadie abrigue falsas esperanzas! Nadie de los que proceden de más allá de la línea del Oder-Neisse, podrá volver a su tierra, llámese Prusia Oriental, Prusia Occidental, Pomerania, Brandemburgo, Silesia o País de los Sudetes. Quien conozca unas señas de Alemania Occidental o del centro de Alemania, adonde poder dirigirse, que lo indique. Los restantes serán alojados en un campamento, hasta que les haya sido asignado nuevo domicilio. Cada uno que se coloque delante de la barraca de administración, bajo la letra inicial de su apellido, y recibirá sus documentos. Desde este momento estaréis libres, seréis ciudadanos libres de la nueva Alemania democrática.

El sargento bajó su megáfono, en espera de la reacción de sus infaustas noticias. Los hombres, atónitos, se miraron. Después de unos minutos de silencio agobiador, algunas mujeres, percatándose de la terrible trascendencia de aquellas palabras de saludo, se echaron a llorar. En Rusia, apenas vi llorar a nadie. La brutal destrucción de las esperanzas, que habían dado fuerzas a la mayoría de los supervivientes para resistir, los dejó más maltrechos que todo cuanto hasta el momento habían sufrido.

—Ya pueden enterrar mis huesos aquí mismo, en esta arena. ¿Para qué arrastrarme más por las carreteras, hasta perecer en la cuneta? —exclamó a mi lado el viejo Podlech, el hermano del párroco de Reichenberg.

Horst, mi joven y fiel ayudante de Tolkemit, se acordó de una familia de cerca de Bremen, que a veces le habían invitado a comer un plato de patatas fritas cuando allí había cumplido su servicio de ayudante de las fuerzas antiaéreas. Como nueva dirección hizo apuntar Rotenburg, Hannover. Yo indiqué Fulda, donde tenía amigos. Desde allí esperaba encontrar a nuestro obispo, en caso de que aún viviera, y efectuar las indagaciones necesarias para localizar a mis parientes y mis feligreses. Pero tanto pensar ya sobrepasaba mis fuerzas. Los esfuerzos y las decepciones del día habían acaba-

do con mis energías. Quedé sentado sobre mi fardo, apoyando la frente en las rodillas, y así permanecí, sumido en una profunda modorra, hasta que oí que alguien me hablaba.

Con los ojos enturbiados por la fiebre vi una afable sonrisa en una cara, joven y fresca, de un prisionero de guerra alemán, alto y esbelto, que llevaba el brazal de la Cruz Roja. En su gorra de soldado había reemplazado las insignias nacionalsocialistas por la señal de Cristo de las Juventudes Católicas.

—Hombre, Gerhard, ¿eres tú? —se inclinó, cogiéndome por los hombros—. Corre, levántate, ven a mi garita. Allí podrás pasar la noche. Ayer pasaron tres religiosos de Bonn, dos hermanos legos y un sacerdote, después de tres años de prisión en el Cáucaso. Mientras yo untaba su sarna con pomada de ictiol, reconocieron el signo de Cristo de mi gorra.

Esteban había sido un compañero de curso de mi hermano Juan en el Seminario de Braunsberg. Poco antes de terminar la guerra, durante un permiso por enfermedad, había recibido sus órdenes sacerdotales. Levantó mi mochila, me ofreció su recio brazo como apoyo y me llevó a su pequeña cámara, en la barraca de Sanidad.

Me acostó en su catre y salió en busca de comida para mí.

—La verdad, no es gran cosa —se disculpó al volver, poco después, con un pedazo de pan y un recipiente de sémola y patatas.

Tuvo que volver a su servicio, a cuidar de los enfermos. Mas a cada momento volvía, para ver cómo seguía, y aún me trajo más comida, la ración de un joven médico auxiliar que compartía con él el trabajo y la habitación. Tanto comer, para mí, fue un festín, y por él di las gracias a Dios. Desde luego, a pesar de lo cansado que estaba, no pude conciliar el sueño. Esteban regresó después de medianoche.

Durante los primeros cinco minutos de recogimiento que tuvimos, él me confesó. Luego, con aire radiante, me dijo:

—Y ahora tengo para ti algo, que te hará muy feliz.

Desabrochó su guerrera y sacó un pequeño estuche de madera que él mismo se había confeccionado y que sobre la tapa

llevaba esculpido el signo de Jesucristo; lo guardaba, colgado de una cinta, en el bolsillo interior. Con devoción colocó la píxide sobre la mesa y me ayudó a arrodillarme. Luego me ofreció la Sagrada Comunión. En pocos instantes, las angustias del cautiverio pasado se disiparon ante la luz de la nueva vida que el Resucitado concede a todos aquellos que le han acompañado en Su agonía.

Reconfortada el alma con el «remedio de la inmortalidad», Esteban se preocupó de las lacras del cuerpo. Me iba contando, mientras tanto, que su intención era desaparecer cuanto antes de aquel lugar. Cada día se hacía más palpable el peligro de que también a él le secuestraran hacia el interior de Rusia, para cubrir las vacantes que se producían en los campamentos. Sólo esperaba tener reunidas todas las prendas de paisano. Yo, en el acto, le ofrecí la vieja pelliza del viejo Werr, que tan buenos servicios me había rendido. A Esteban le sentaba mejor que a mí.

Había llegado el momento de presentarnos en el patio del cuartel. Esteban tuvo que prestar sus cuidados a varios enfermos y me prometió que estaría de vuelta a tiempo para ayudarme a llegar a la ciudad. Lo esencial era que desapareciera lo antes posible de la zona peligrosa de aquel campamento, me recalcó. Pues podía darse el caso de que fuese metido de nuevo en un tren con dirección al este, para completar el cupo fijado para un transporte. Si había alguna baja, el Iván no se andaba con remilgos y se apoderaba del primero que tenía a mano.

Los prisioneros se aglomeraron en torno a una cocina de campaña, donde cada uno recibió un buen plato de potaje, medio pan, diez gramos de azúcar, la misma cantidad de grasa y una libra de sémola. Después de aquella comilona, en un prolijo recuento nos entregaron un insignificante papelito, que, además de un texto ruso, multicopiado, llevaba un gran sello del ejército rojo. Nombre, fecha de nacimiento y lugar de destino habían sido escritos toscamente a mano en los espacios libres dejados al efecto.

Antes de que yo hubiese recibido mi documento, apareció

Esteban con un carretón, de construcción propia, y en él colocó mis bártulos:

—Toma. Aquí tienes mi *Volkswagen*. No será tan vistoso como el que «Adolfo» nos prometió, pero seguramente te servirá para llevar tus trastos. Yo me haré otro, y, entonces, el día menos pensado, pongo los pies en polvorosa.

Acompañado de aquella carretilla, cargada con mis fardos, fui colocado al final de una larga columna, que, a los gritos afónicos de un sargento, lentamente se puso en movimiento hacia la salida. Apenas hube dado cinco pasos, la rueda izquierda de mi «coche popular», empujado penosamente con ayuda de un bastón, se separó, esparciéndose por el suelo bártulos y hermosos planes del futuro.

En mi primer impulso, pensé dejarlo abandonado todo y marcharme sin equipaje. Pero luego comprendí que sin alguna prenda de vestir caliente, sin mi jofaina, difícilmente podría emprender el largo camino de Berlín. Con una docena más de desvalidos que no se veían con fuerzas para abandonar el recinto, me quedé. Un centinela alemán, en su ronda, llegó hasta los rezagados, desesperados por no poder dar los pocos pasos que conducían a la libertad.

Angustiado, imploré al soldado que avisara seguidamente a Esteban. Mi salvador, en efecto, llegó a los pocos minutos; con una sola mirada se dio cuenta de mi fracaso, cargó mi fardo sobre su espalda y me conminó a que le siguiera:

—Date prisa. Si no, vas a perder la última oportunidad de salir de aquí.

Me llevó a un cobertizo cercano, donde había un carro. Con un fuerte empujón me hizo subir y dijo algunas palabras al sorprendido arriero ruso.

—No te preocupes —me tranquilizó Esteban al despedirse—, te dejará delante de la casa del párroco. Ya sabe dónde está, pues es él quien me trae al campamento el vino de misa y el pan sagrado. Procura no acercarte a las enfermerías rusas, y no te muevas hasta que el carro haya llegado. ¡Que Dios te proteja!

Salimos por el portal, sin contratiempo pasamos por el



control. Permanecí tan inmóvil como los otros trece cuerpos inermes que iban conmigo. De alguno de ellos no se sabía a ciencia cierta si estaban sin sentido o si ya habían muerto.

Un cuarto de hora más tarde, el lúgubre vehículo hizo alto. El viejecito bonachón, sentado en el pescante, me hizo una señal, mostrándome la rectoría, al lado de la iglesia devastada. No podía estar parado mucho tiempo. Un chiquillo que acertaba pasar por la desierta calle, me ayudó a apearme y me llevó el fardo. Una ama de llaves, que parecía estar curada de espantos, sin muchas preguntas me hizo entrar y me condujo al comedor, donde la mesa estaba puesta para tomar el café. El poder sentarme a una mesa limpia, con mantel y vajilla, me significó una fiesta, aunque tuviera que ir con cuidado para no quedar pegado al asiento.

Cuando el párroco, un cuarto de hora más tarde, regresó del confesonario, en la capilla provisional, sus dos rebanadas de pan moreno con sucedáneo de mermelada habían desaparecido. Pero una sola mirada a su bondadosa cara, que, bajo un cabello blanco como la nieve, afablemente me contemplaba, me convenció de que holgaban las excusas. Al preguntarle por el obispo Kaller, pudo darme buenas noticias: el obispo vivía, y seguramente se hallaba en el hospital de Santa Gertrudis, de Berlín. La Gestapo, después de haberle detenido, se lo había llevado, sobre la capa de hielo del mar Báltico, a Dantzig, y de allí lo había confinado a Halle. Después del desastre final, el obispo, solo, con una mochila a la espalda y un zurrón colgado de la cintura, tras mil penalidades, salvando gran parte del camino *per pedes apostolorum*, después de haber cedido el carretón que arrastraba a una mujer con media docena de criaturas, había vuelto a su diócesis. Desde Allstein, el cardenal Hlond le había llamado a Pelplin, le había recomendado la renuncia de sus poderes episcopales, y, enfermo y maltrecho, había decidido regresar. Con un transporte de expulsados de Prusia Oriental, despojado de cuanto llevaba consigo, había pasado recientemente por allí.

El arcipreste, mientras hablaba, no me quitaba la vista de encima.

—Me parece que usted necesita más ayuda de la que yo puedo darle. Rogaré al sacristán que con su carretón le lleve al asilo para ancianos, de las Hermanas Grises. Desde allí debe procurar ser trasladado, cuanto antes mejor, a un hospital de Berlín.

Agradecido, acepté su proposición, y, con ayuda del sacristán, sin gran esfuerzo llegué al portal del convento. Al entrar nosotros, una hermana pasaba con una fuente llena de humeantes patatas, y la boca se me hizo agua. Al rogárselo yo, la hermana me dio una, como saludo de bienvenida, antes de que fuera conducido a mi habitación.

Las buenas hermanas, ante todo, me cambiaron las vendas. Las pobres se desvivían para atender a tanto huérfano, tanto anciano enfermo y desvalido. Del primer racionamiento que recibieron desde la entrada de los rusos, me trajeron tres deliciosas zanahorias.

Después de la comida, me acosté en blanca cama con edredón de plumas. La indescriptible sensación de bienestar que me produjo el primer contacto con la ropa limpia y fresca de la cama, por desgracia muy pronto cedió a un creciente desasosiego, que pronto degeneró en tortura insoportable. El desacostumbrado calor de la cama reavivó las amebas de debajo de la piel purulenta, y acuciadas por el calor, éstas empezaron a hurgar nuevas vías. Prescindí del edredón, me acomodé bajo la sábana y me cubrí con el pesado abrigo del padre Kolfenbach.

Durante toda la noche llegó hasta mi habitación el griterío de las francachelas que se celebraban en el cercano cuartel ruso. Tuve que recordar las últimas noches de Süssenberg. Aunque no consiguiera dormir, el solo hecho de disponer de una habitación para mí solo, me colmó de bienestar.

Al amanecer, apareció la hermana Imelda. Había sido denunciada como ladrona por una rencorosa compañera de cautiverio, y había pasado la noche detenida. Pero había sido tratada con gran corrección y, al comprobarse su inocencia,

en el acto fue puesta en libertad. Pensaba marcharse de allí lo antes posible y dirigirse a Berlín. Convinimos en que, antes de apuntar el día siguiente, con las demás hermanas llegadas de Rusia con nosotros nos pondríamos en camino. A la hora señalada, nuestro grupito, con un carretón de mano del asilo, se deslizó por callejones apartados, desprovistos de alumbrado, hasta la estación de mercancías. Estuvimos de suerte: descubrimos un tren que esperaba la orden de salida, con vagones descubiertos, para la carga de arena, ocupados por personas que, enfundadas en harapos rusos, tiritaban.

—Pasen, pasen al coche salón —nos invitó un viejo berlinés bonachón, sacando su cabeza, hinchada por la hidropesía, sobre la barandilla lateral del vagón—. Señores, ya es hora de que volvamos a ser caballeros. ¡Haced un poco de sitio para estas damas y esta sombra de caballere!

Algunos de los nuevos compañeros de viaje se hicieron cargo de nuestro equipaje y con las manos nos ayudaron a subir a la plataforma. Apenas hubimos subido, y sin haber tenido tiempo de aposentarnos, el convoy se puso en marcha, y lentamente salió de la ciudad.

Los que viajaban con nosotros, procedían de un gran campo de prisioneros de Polonia. Se trataba de hombres de cierta edad, de Berlín, que habían militado en el *Volkssturm*. La esperanza de volver a ver pronto a sus familiares, los mostró locuaces. Al cabo de una hora, se hizo de día, y el tibio sol de otoño nos acarició. A velocidad moderada fuimos atravesando los frondosos bosques de pinos de Brandeburgo, como si nos halláramos en una excursión dominguera.

Al poco tiempo de haber salido de la estación, un individuo, largo y flaco como una calavera, se levantó de su sitio para sentarse a mi lado y ofrecerme unas cuantas patatas.

—Tómelas. Sírvase —me invitó con afabilidad—. Estoy contento de volver a ver a un sacerdote católico. ¿Verdad que usted es sacerdote?

Era un ingeniero de minas de la región del Ruhr, y había celebrado sus bodas en la abadía de María Laach. Encaramado en la valla del vagón, estiró sus largas piernas, que no

eran más que piel y hueso. Ofrecían un grotesco contraste con las pantorrillas hinchadas, al triple de su volumen normal, de su vecino, que se acurrucaba sobre su fardo. Con parsimonia y minuciosidad, en un dialecto prusiano inconfundible, también nos contó su historia.

Procedía de Königsberg, la ciudad anexada por los rusos, a la que llamaban Kaliningrad. Con doce hombres más había emprendido la huida y él era el único superviviente. Dos semanas había necesitado para llegar hasta allí. Nos contó detalles espeluznantes de lo que en nuestra tierra sucedía. Hasta el día en que él había abandonado Königsberg, no había sido distribuido ni un solo gramo de comida entre la población alemana. Más de la mitad de los alemanes que habían sobrevivido a la entrega de la ciudad, habían muerto de hambre durante los primeros meses. Con un valeroso sacerdote evangélico, que había estado encerrado por los nazis, él había tratado de remediar los casos de miseria más perentorios. Había conseguido repartir, al menos, las mondaduras de patatas de los cuarteles rusos entre la población, y organizar la inhumación de los cadáveres. Pero después de la muerte del sacerdote, sus últimos recursos también se habían agotado. En el huerto no llegaba a crecer ninguna zanahoria ni a apiñarse ninguna col. Había, pues, renunciado y tomado la resolución de huir. Ante aquel relato, adivinamos que las angustias que nosotros habíamos pasado, no eran más que una gota en el mar de infortunio sin límite que había inundado nuestro país.

Mientras estábamos conversando, desde nuestro vagón observamos a algunos oficiales rusos y muchachas rusas uniformadas que se hallaban en el que nos precedía. Estaban sentados sobre flamantes maletas de cuero, que, al parecer, acababan de «sovietizar». De excelente humor, saltaron de sus asientos, al parar el tren, para dar una vueltecita por los alrededores. Apenas hubieron desaparecido en el espesor del bosque, por una vía secundaria llegó una locomotora de maniobras. Saltaron a tierra su conductor y el fogonero, se encaramaron al vagón, cogieron las maletas capitalistas, que, al

parecer, ofendían su vista, y las escondieron en su máquina. Cuando los Ivanos despojados volvieron, ya no se veía más que el humo de la locomotora, que se había largado a toda velocidad.

Apenas tuvimos tiempo de comentar aquel gracioso incidente, pues los rusos, furiosos, encañonándonos con sus pistolas, nos preguntaron dónde estaba su equipaje. Les explicamos lo que había sucedido. Ellos se cercioraron de que, efectivamente, no habíamos robado sus cosas, y se consolaron con la esperanza de que se presentaría otra ocasión para resarcirse de su pérdida. Ordenaron al conductor de nuestro tren que se pusiera a perseguir la locomotora fugitiva. Pero, a pesar de todos los acicates, empleamos dieciocho horas en salvar la distancia de setenta y cinco kilómetros hasta Köpenick, uno de los primeros suburbios del Berlín devastado. Cuando, al fin, el tren entró en la estación y nosotros pudimos apearnos, poco faltaba para la medianoche. De las once de la noche a las cinco de la madrugada había toque de queda, así que las religiosas, nuestro ingeniero y yo no tuvimos más remedio que permanecer en la estación.

Patrullas rusas se paseaban continuamente por el oscuro vestíbulo de la estación. La única fuente de luz eran los dos gigantescos retratos iluminados de Lenin y Stalin, emplazados sobre la fachada de la comandancia, frente a la estación. Las hermanas se sintieron atemorizadas por las patrullas que iban merodeando por allí cerca. Por consiguiente, escondimos sus fardos en un rincón, al lado de las taquillas, para que allí pudieran sentarse, y delante de ellas nos colocamos nosotros. Cansados y maltrechos, a la mañana siguiente abandonamos aquel desapacible alojamiento, en busca de un tranvía, pues alguno ya circulaba en dirección al centro. Necesitamos más de una hora para llegar a la parada, pues a cada esquina teníamos que reposar. El tranvía, precariamente reparado, estaba a punto de salir e iba ya repleto de gente de aspecto famélico y miserablemente vestida. La mayoría eran mujeres con pantalones de esquiar o atuendos parecidos. Con palas y azadas se diri-

gían al interior de la ciudad, para escombrar ruinas, y obtener de ese modo la tarjeta de racionamiento números 2 ó 3. Como amas de casa que no realizaban trabajos pesados fuera de su hogar, solamente les hubiera correspondido la tarjeta número 5, con la cual no se recibía ni un gramo de carne durante todo el mes.

Sin preguntarnos nada, nos tomaron nuestros bultos y, apretujándose cuanto podían, nos hicieron sitio. Nadie nos hizo pagar billete. Tres veces tuvimos que transbordar. Siempre nos ayudaron a bajar y subir, con gran atención. Por fin llegamos al Spittelmarkt. El núcleo de la ciudad estaba tan destruido, que solamente por algunas de las principales calles, desescombradas, podían circular autobuses.

En la parada del autobús, esperaba pacientemente una muchedumbre de unas doscientas personas. Nosotros, resignadamente, nos pusimos al final de la cola. Pero, con gran sorpresa nuestra, los de allí nos hicieron avanzar hacia la cabeza. Nadie protestó. Cuando, por fin, llegó el autobús, nuevamente todo el mundo nos ayudó. Finalmente el metro, que ya funcionaba en determinados trayectos, nos llevó hasta la Heidelberger Platz, a pocos minutos de distancia del Hospital de Santa Gertrudis, de las hermanas de Santa Catalina, de Ermland.

Llegados a nuestra meta, la hermana Imelda salió a explorar si el hospital aún existía. Mi flaco y alto amigo, quien a pesar de sus dos metros de estatura no pesaba más de ciento veinte libras, se quedó conmigo.

Contemplamos las monótonas fachadas de las casas, que, a pesar de estar casi indemnes, parecían deshabitadas. Una sola mujer, ya vieja, atravesó la plaza con sus galochas de madera, para ver de cerca aquella desigual pareja. Luego abrió el bolso de la compra y nos mostró una bolsita de harina.

—¡Ánimo, pequeño! —se dirigió al largo—. ¡Fíjese qué hermosura! ¡Esta harina nos la vende el Tommy! ¡Y también hay panecillos! —Risueña, corroboró sus aserciones con un movimiento de cabeza, y desapareció por la esquina.

Por el otro lado se nos acercó una mujer joven, que parecía tener prisa para llegar al trabajo, dio una palmadita al hombro del esquelético repatriado y le ofreció una rebanada de pan con mermelada.

—Tome, tome —insistió—, y siento que no tenga más que una rebanada para los dos.

Una jovencita, a medio bajar la escalera del metro, abrió su monedero y me entregó un cigarrillo, uno de los doce que mensualmente le correspondían, según más tarde nos enteramos. Quedamos abrumados ante tantas pruebas inesperadas de que volvíamos a estar entre personas, que, pese a tantas desgracias, habían conservado la libertad de no permanecer insensibles al infortunio mayor del prójimo.

Volvió la hermana Imelda de su expedición, y desde lejos nos hizo señas:

—¡Santa Gertrudis está indemne!

La seguimos, y frente al portal había tantas personas como en la parada del autobús del Spittelmarkt.

Al entrar, nos saludó la madre superiora, hermana del granjero más acomodado de mi pueblo natal.

—¡Dios mío, señor capellán, qué aspecto tiene!

—¿Capellán? —objeté—. Si mal no recuerdo, sigo siendo el párroco de Süssenbergl.

Ella se echó a reír.

—Pues si lo recuerda, demuestra que aún le quedan energías y que pronto podremos restablecerle.

Pero el padre Wehner, un buen conocido mío, que con gran satisfacción por mi parte, era el sacerdote de la casa, al contemplarme de cerca frunció el entrecejo. Años más tarde, me confió que entonces le había parecido la imagen de Job sobre el montón de estiércol, raspándose sus llagas. Sobre mi mesita de noche, encontré abierto mi misal de bolsillo, ya harto maltrecho. La Iglesia celebraba la fiesta de la Virgen de la Merced, patrona de los cautivos.

En el hospital se hacían esfuerzos sobrehumanos. Nuestra sección estaba atestada de repatriados procedentes de

Rusia. Cada espacio imaginable —bañeras, bodega, sillas acopladas de las salas de espera, hamacas en el desván— estaba ocupado por los pacientes. Las hermanas mismas pernoctaban hacinadas en unas pocas habitaciones. A pesar de tantos esfuerzos, centenares de solicitudes tenían que ser denegadas, por no quedar materialmente libre el menor espacio, lo que era más de lamentar por ser muchos de los peticionarios familiares de las hermanas, que casi todas procedían del este. La manutención era muy escasa. Medicamentos y reconstituyentes habían sido robados por los rusos. No fue de extrañar, por consiguiente, que muchos de los repatriados de Rusia murieran de distrofia. Yo mismo, más de una vez, y con voracidad irreprimible esperaba la hora de una colación que no llegaría a calmar mi hambre. ¡Cuántas veces me sorprendí soñando, con los ojos abiertos, con mesas colmadas de manjares, de un banquete campesino, donde podía servirme tantas tortillas y tanta carne como quería!

En las noches de insomnio, mis pensamientos iban en busca de mis feligreses, de mis deudos. A los repatriados y expulsados que esperaban poder salir de Berlín, les daba breves mensajes para las zonas occidentales, pues no funcionaba todavía el servicio de correos.

El día de Nuestra Señora del Rosario, al recordar lo mucho que había sufrido la Virgen al perder a su Hijo en su peregrinaje a Jerusalén, le imploré que me concediera la gracia de una sola indicación: dónde podría encontrar a mis familiares y a los miembros de mi parroquia.

Cuando la enfermera, después del oficio, me condujo en el sillón de ruedas a mi habitación, me sentí tan extenuado que rogué que me dejara descansar un momento en el sillón, antes de volver a la cama. Mientras procuraba hacer acopio de fuerzas, se abrió la puerta, y un joven con muchos bríos se me acercó y alegremente me dijo:

—¡Buenos días, Gerardo! Te traigo saludos de nuestro obispo desde Halle. —El capellán Wolski, un amigo de mi tierra, sacó un gran sobre amarillo de debajo del muñón de



su brazo derecho, y guiñándome el ojo, continuó—: El obispo manda preguntar si reconoces la letra de esta carta.

Era la letra de mi buena madre. Había escrito aquella carta tres meses antes, y la había confiado al obispo de Osnabrück, para su reexpedición. Escribía desde una buhardilla de un pueblecito de Osnabrück. Al cabo de una huida sobre los hielos y la nieve de la laguna del Frische Haff, hasta Dantzig, y luego siguiendo la costa del mar Báltico, a través de Pomerania y Mecklemburgo, se había refugiado allí, con mi padre. Refería cómo la Divina Providencia no la había desamparado y cómo lo que ella había considerado impedimento principal de su huida, se había convertido en instrumento de su salvación: el hijo que tenía que dar a luz mi hermana. En atención al estado de mi hermana, un médico militar alemán, en el último instante de la evacuación de aquel distrito, le había ofrecido, a ella y a mis padres, asiento en su automóvil. Con ayuda de un prisionero de guerra francés, también mi hermana Irmgard, con su pequeña ahijada Renata, poco antes de la evacuación había llegado a la casa paterna. De sus ocho hijos, mi madre sabía que vivían cinco. Uno había caído en el frente, los dos mayores habíamos desaparecido. Aquella Christa Fittkau, de cuya muerte me enteré al llegar a mi segundo campamento, resultó no ser mi hermana; su apellido, exactamente, era «Fietkau» y procedía de la región de Elbing. Mi hermana Christa también había logrado escapar, y, frente al portal de la catedral de Osnabrück, se encontró un día con mi madre.

Junto con la carta, el obispo me mandaba saludos de bienvenida, su bendición especial y sus votos por un pronto restablecimiento, para que, con nuevos ánimos, pudiera ponerme de nuevo al servicio de la Iglesia.

Aquellas dos cartas surtieron más efecto que la mejor medicina; aceleraron más mi restablecimiento que las escasas gotas de aceite de hígado de bacalao y que los pocos tomates, que la hermana, con sus trazas y mañas, me podía conseguir. A las dos semanas, empezaron a presentarse los primeros síntomas de mi curación.

Mientras paulatinamente fui recuperando mis fuerzas, dirigí la vista a aquel Valle de la Muerte que acababa de atravesar, y me sentí embargado por un profundo sentimiento de gratitud hacia el Señor, quien, bajo la sombra de sus alas, nos había guarecido.

## EPÍLOGO

### UN DECENIO DESPUÉS

*Más de diez años han transcurrido desde que yo, precariamente restablecido, me dirigí a la zona británica en un tren carbonero vacío, para reunirme con mis familiares. Del párroco Teschner, quien, con sus achaques, lo había sobrevivido todo, tuve las primeras noticias sobre la suerte de mi parroquia. En la larga lista de muertos que me remitió, leí los nombres de tía Ana, tía Elisabeth y tío Franz. Estos dos habían fallecido poco después de haber regresado el tío Franz de los calabozos de Heilsberg; tía Ana casi había sobrevivido un año a sus hermanos. De las viejas familias de granjeros, después de los padres y los abuelos, habían sido secuestrados hijos e hijas adolescentes. Del preboste Poschmann y de sus cuatro hijos mayores nada se sabía. La miseria de la población alemana, maltratada y despojada de cuanto poseía, era tan insoportable que esperaba como una liberación la inminente expulsión de la tierra de sus padres.*

*Hasta 1948 no conseguí reunir un buen número de mis feligreses (todos expulsados ya a la zona soviética) en el hospital de Santa Gertrudis, de Berlín, con motivo de la Ascensión del Señor. Compareció uno de los pocos hombres supervivientes, el viejo señor Grimm. Su raída barba volvía a crecer frondosa y bien cuidada, pero costaba trabajo reconocer las facciones, depauperadas por las penalidades y el dolor. Su hija mayor seguía esperando el regreso de su marido, desapa-*

recido en Rusia. Los dos hijos del matrimonio, al menor de los cuales el padre aún no había visto nunca, habían muerto de hambre; en cambio, quedaba con vida el vástago ruso, hijo de padre desconocido, a pesar de haber nacido durante el fatídico invierno del hambre, antes de la expulsión. De las dos hijas menores, la familia nunca más había sabido nada desde que fueron recogidos para «ir a pelar patatas algunos días». Desde Brandeburgo, Sajonia y Mecklemburgo llegaron hasta ochenta de mis fieles vecinos de Süssenberg. Todos habían sufrido penalidades parecidas a las del abuelo Grimm, y todos llevaban la misma pregunta en el corazón:

—¿Cuándo podremos volver a casa? ¿Qué será de nuestros hijos?

Las madres hablaban de lo que los niños oían en la escuela comunista, o en el patio de las barracas, relataban cómo los patronos profanaban los domingos, cómo en varias leguas a la redonda no habían quedado sacerdotes ni altares.

Para poder contestar a tanta pregunta angustiada, desde la liberación de la esclavitud soviética, me he constituido en prisionero de mis queridos feligreses dispersos y de sus compañeros de infortunio: primero, como auxiliar de mi obispo Maximilian Kalle, nombrado por Su Santidad el Papa Pío XII padre de todos los alemanes expulsados de su patria, y, a su muerte, en mis largas estancias entre los cristianos de Suiza y de América. Como un mendigo más de la misión que nos ha sido confiada, he sido recibido con esa «simple cordialidad» con que las primeras comunidades cristianas de la Diáspora de Macedonia recibían a los primeros mensajeros de la Madre Iglesia acosada, y con «amor desbordante» socorrer a los que de nosotros tan duro castigo han sufrido. Con mi buen amigo el pastor Theo Goebel, devuelto a su comunidad y a su familia un año después de mi liberación del cautiverio ruso, comparto la reconfortante convicción de que «Dios nos juzga, mas no nos sojuzga, que nos castiga, mas nos salva», y de que con Su ayuda, hemos atravesado el Valle del Dolor.

FIN



# ÍNDICE



<i>Prólogo</i> . . . . .	7
--------------------------	---

**I. ¿POR QUÉ TU IRA SE HA INFLAMADO CONTRA LOS REBAÑOS DE TU VERGEL?**

Süssenberg . . . . .	11
La hora once . . . . .	22
En el polvo de la muerte . . . . .	43

**II. SOY COMO AQUELLOS QUE SON LLEVADOS A LA SEPULTURA**

De Pilato a Herodes . . . . .	107
Corderos para el matadero . . . . .	136
El calvario . . . . .	147

**III. AUNQUE ME MATARAS, QUIERO CREER EN TI**

Ecce Homo . . . . .	185
Columna siete . . . . .	209
Reino de la muerte . . . . .	259

**IV. YO NO MORIRÉ, VIVIRÉ**

¡Levántate y anda! . . . . .	301
Ante mí, una mesa bien provista . . . . .	323
<i>Epílogo: Un decenio después</i> . . . . .	339







*Editorial*  
PLANETA

BNPHU



36859-10